

Diarios I

(1910-1913)

Franz Kafka

1910

Los espectadores se pasan, cuando pasa el tren.

«Wenn er mich immer fragt» («Siempre que él me pregunte»). La ä, desprendida de la frase, salió volando como una pelota por la pradera.

Su seriedad me mata. La cabeza encajada en el cuello de la camisa, los cabellos ordenados en torno al cráneo con absoluta inmovilidad, los músculos de las mejillas, más abajo, tensos en su lugar...

¿Sigue estando ahí el bosque? El bosque estaba poco más o menos ahí. No obstante, apenas mi vista se alejó diez pasos, desistí, nuevamente atrapado por la aburrida conversación.

En el bosque oscuro, en el suelo empapado, sólo me orientaba por la blancura del cuello de su camisa.

En sueños le pedí a la bailarina Eduardova que bailase otra vez el czardas. Tenía una ancha banda de sombra o de luz en pleno rostro, entre el borde inferior de la frente y el centro de la barbilla. Precisamente llegó alguien con los asquerosos movimientos del intrigante inconsciente, para decirle que el tren iba a salir. Por la lorma de escuchar la noticia, vi con terrible claridad que ya no volvería a bailar. «Oh no», dije, «eso no», y tomé una dirección cualquiera para alejarme.

Anteriormente le pregunté por qué llevaba tantas flores metidas en la cintura. «Son de todos los príncipes de Europa», dijo. Me puse a pensar en el sentido que tenía el hecho de

que aquellas flores, frescas en su cintura, le hubiesen sido regaladas a la bailarina Eduardova por todos los príncipes de Europa.

La bailarina Eduardova, amante de la música, viaja, como en cualquier otro vehículo, también en el tranvía eléctrico en compañía de dos violinistas, a quienes hace tocar con frecuencia. Porque no hay ninguna prohibición que impida tocar en el tranvía eléctrico, si lo que se toca es bueno, si les resulta agradable a los viajeros y no cuesta nada, es decir, si después no se pasa el platillo. De todos modos, al principio es un poco sorprendente y, durante unos breves instantes, a todo el mundo le parece improcedente. Pero en plena marcha, con el fuerte viento que sopla y en una calle silenciosa, la música es bonita.

La bailarina Eduardova, al aire libre, no es tan bonita como en escena. El color pálido, esos pómulos que tensan la piel hasta el punto de que apenas si puede mover la cara, la nariz grande que surge como de una cavidad, con la que no se pueden gastar bromas... tales como comprobar la dureza de la punta o cogerla delicadamente por el hueso y moverla de un lado a otro, diciendo: «Ahora sí vas a venirme conmigo.» La corpulenta figura de alto talle, con sus faldas llenas de pliegues —¿a quién puede gustarle?— se parece a una de mis tías, una señora de edad; muchas tías viejas de mucha gente se parecen a ella. En la Eduardova, cuando está al aire libre, nada compensa tales defectos, aparte de sus hermosos pies, porque no hay realmente nada que motive el entusiasmo, el asombro o simplemente el respeto. Y así, he visto con mucha frecuencia que la Eduardova era tratada con una indiferencia que incluso caballeros muy correctos, muy diplomáticos, no sabían ocultar, aunque, naturalmente, se esforzaban mucho en este sentido, por tratarse de una bailarina tan famosa como lo seguía siendo la Eduardova.

El pabellón de mi oreja se palpaba fresco, áspero, frío y jugoso como una hoja.

Es totalmente cierto que escribo esto porque estoy desesperado a causa de mi cuerpo y del futuro con este cuerpo.

Cuando la desesperación resulta tan definida, tan vinculada a su objeto, tan contenida como la de un soldado que cubre la retirada y se deja despedazar por ello, entonces no es la verdadera desesperación. La verdadera desesperación ha ido, siempre e inmediatamente, más allá de su meta, (al poner esta coma, se ha demostrado que sólo la primera frase era cierta).

¿Estás desesperado? ¿Sí? ¿Estás desesperado? ¿Escapas? ¿Quieres esconderte?

Los escritores hablan hediondez.

Las costureras de ropa blanca bajo el aguacero.

Al fin, tras cinco meses de mi vida en los que no pude escribir nada que me dejase satisfecho, y que ningún poder me compensará, aunque todos se sintiesen comprometidos a ello, me viene la ocurrencia de hablar una vez más conmigo mismo. Seguía dando siempre una respuesta, cuando realmente me preguntaba algo, seguía existiendo siempre algo que arrancar de mí, de ese montón de paja que soy desde hace cinco meses y cuyo destino parece ser encenderse en verano y arder antes de que el espectador pestañee. ¡Ojalá me sucediese esto! Y que me sucediera decenas de veces, porque ni siquiera me arrepiento de esa época infortunada. Mi estado no es la desdicha, pero tampoco es dicha, ni indiferencia, ni debilidad, ni agotamiento, ni cualquier otro interés, ¿qué es entonces? El hecho de que

no lo sepa se relaciona sin duda con mi incapacidad de escribir. Y ésta creo comprenderla sin conocer su causa. De hecho, todas las cosas que se me ocurren, no se me ocurren desde su raíz, sino sólo desde algún punto situado en su mitad. Que intente entonces alguien agarrarlas, que alguien intente coger una hierba y retenerla junto a sí, cuando esta hierba sólo crece desde la mitad del tallo para arriba. Tal vez puedan hacerlo algunos individuos, por ejemplo, algunos malabaristas japoneses que se suben a una escalera de mano cuya parte inferior no está posada en el suelo sino en las plantas de los pies de una persona semi-tendida, y cuya parte superior no se apoya en la pared, sino que se cierne en el aire. Yo no puedo hacerlo, aparte de que mi escalera no dispone siquiera de aquellas plantas de unos pies. Naturalmente, esto no es todo, y no basta semejante demanda para hacerme hablar. Pero al menos deberían dirigir hacia mí una línea cada día, como dirigen ahora el telescopio hacia los cometas. Y si yo apareciese entonces una vez ante esa frase, atraído por esa frase como lo estuve por ejemplo la Navidad pasada, cuando había llegado a un punto en que apenas si podía ya contenerme y en que realmente parecía hallarme en el último peldaño de mi escalera, la cual descansaba tranquilamente en el suelo y en la pared. Pero, ¡qué suelo, qué pared! Y sin embargo la escalera no se caía, tanto la apretaban mis pies contra el suelo, tanto la alzaban mis manos contra la pared.

Hoy, por ejemplo, he cometido tres impertinencias, una con un conductor, otra con una persona que me han presentado; bueno, no han sido más que dos, pero me duelen como un dolor de estómago. Si en cualquier otra persona habrían sido impertinencias, cuánto más en mi caso. Así que, me salí de mis casillas, me debatí en el aire, en medio de la niebla, y lo que es peor: nadie se dio cuenta de que, con mis acompañantes, cometí también la impertinencia como tal impertinencia, tuve que cometerla, tuve que asumir la expresión adecuada, la responsabilidad; no obstante, lo peor fue que uno de mis acompañantes ni siquiera tomó esa impertinencia como signo de un carácter, sino como el carácter en sí, me hizo observar mi impertinencia y la admiró. ¿Por qué no me quedo encerrado en mí mismo? Evidentemente, ahora me digo: mira, el mundo acepta tus golpes, el conductor y la persona que te presentaron permanecieron en silencio cuando tú te alejaste, y el último de ambos incluso te saludó. Pero esto no significa nada. No puedes conseguir nada si te abandonas, pero cuántas cosas desatiendes además dentro de tu círculo. A estas palabras, respondo tan sólo: prefiero dejarme golpear dentro de este círculo, que dar golpes yo mismo fuera de él, pero ¿dónde diablos está este círculo? Hubo una temporada en la que lo veía en el suelo, como marcado con cal; pero ahora anda flotando a mi alrededor, no, ni siquiera flota.

Noche del cometa, 17-18 de mayo. He estado con Blei, su mujer y su niño; a ratos, saliendo de mi interior, he oído algo así como el gemido de un gatito, incidentalmente pero con indudable insistencia.

Cuántos días han transcurrido nuevamente en silencio; estamos a 28 de mayo. No tengo siquiera la resolución de tomar cada día este portaplumas, este pedazo de madera en mi mano. Estoy convencido de que no la tengo. Remo, monto a caballo, nado, me tiendo al sol. Por ello las pantorrillas están bien, los muslos no están mal, el vientre puede pasar, pero el pecho está impresentable y si la cabeza hundida entre los hombros me...

Domingo, 19 de julio de 1910, dormir, despertar, dormir, despertar, perra vida.

Si me pongo a pensarlo, tengo que decir que, en muchos sentidos, mi educación me ha perjudicado mucho. No obstante, no me eduqué en ningún lugar apartado, en alguna ruina en las montañas; no podría encontrar una sola palabra de reproche contra esta posibilidad. Aun a riesgo de que todos mis maestros pasados no puedan comprenderlo, me hubiese

gustado y habría preferido ser ese pequeño habitante de unas ruinas, tostado por el sol, el cual, entre los escombros, sobre la hiedra tibia, me habría iluminado por todas partes, aunque al principio me habría sentido débil bajo el peso de mis buenas cualidades, unas cualidades que habrían crecido en mí con la fuerza con que crecen las malas hierbas.

Si me pongo a pensarlo, tengo que decir, que, en muchos sentidos, mi educación me ha perjudicado mucho. Este reproche afecta a una serie de gente: a mis padres, a unos cuantos parientes, a determinados visitantes de nuestra casa, a diversos escritores, a cierta cocinera que me acompañó a la escuela un año seguido, a un montón de maestros (que debo comprimir estrechamente en mi memoria, pues de lo contrario se me desprendería alguno por un lado u otro; pero como los tengo a todos tan apretujados, es todo el conjunto lo que se va desmoronando a trechos), a un inspector escolar, a unos transeúntes que caminaban lentamente, en una palabra, este reproche serpentea por toda la sociedad como un puñal y nadie, lo repito, nadie está desgraciadamente seguro de que la punta del puñal no vaya a aparecer de pronto por delante, por detrás o por un lado. No quiero oír réplica alguna a este reproche, porque he oído ya demasiadas, y puesto que, en la mayoría de las réplicas, he sido también refutado, incluyo también dichas réplicas en mi reproche, y declaro que mi educación y esta refutación me han perjudicado mucho en más de un sentido.

A menudo reflexiono y siempre tengo que acabar diciendo que mi educación, en muchos aspectos, me ha perjudicado mucho. Este reproche va dirigido contra una serie de gentes que, por lo demás, aparecen todas juntas y, como en las viejas fotografías de grupo, no saben qué hacer unas al lado de otras; ni siquiera se les ocurre cerrar los ojos, y no se atreven a reír a causa de su actitud expectante. Ahí están mis padres, unos cuantos parientes, algunos maestros, cierta cocinera, algunas muchachas de las lecciones de baile, algunos visitantes de nuestra casa en los primeros tiempos, algunos escritores, un profesor de natación, un cobrador de billetes, un inspector escolar, y luego algunos a quienes sólo he encontrado una vez por la calle, y otros que no puedo recordar exactamente, y aquellos a quienes no voy a recordar nunca más, y aquellos, en fin, cuya enseñanza, por hallarme entonces acaso distraído, me pasó completamente desapercibida, en una palabra, son tantos que uno debe andarse con cuidado para no citar a uno dos veces. Y frente a todos ellos, formulo mi reproche, hago que, de este modo, se conozcan entre sí, pero no tolero réplicas. Porque he aguantado ya, realmente, demasiadas réplicas, y como me han refutado en la mayoría de los casos, no tengo otro remedio que incluir estas refutaciones en mi reproche y decir que, además de mi educación, estas refutaciones me han perjudicado en más de un sentido.

Tal vez se podría suponer que me han educado en cualquier lugar apartado. No, en plena ciudad me han educado, en plena ciudad. No, por ejemplo, en alguna ruina en las montañas o junto a un lago. Hasta el momento, mis padres y sus secuaces quedaban cubiertos y ensombrecidos por mi reproche; ahora lo echan fácilmente a un lado y sonríen, porque he apartado las manos de ellos, me las he llevado a la frente y pienso: debiera haber sido el pequeño habitante de las ruinas, a la escucha del graznido de los grajos, bajo sus sombras que me sobrevuelan, enfriándome bajo la luna, aunque al principio hubiese sido algo débil bajo el peso de mis buenas cualidades, que necesariamente habrían crecido en mí con la fuerza de las malas hierbas; tostado por el sol, el cual, entre los escombros, me habría iluminado por todas partes en mi lecho de hiedra.

Nos informan, y estamos dispuestos a creerlo, que los hombres en peligro no respetan nada, ni siquiera a las más bellas desconocidas; las empujan contra las paredes, las empujan con la cabeza y con las manos, con las rodillas y con los codos, cuando esas

mujeres les impiden la huida del teatro en llamas. En tal caso, se callan nuestras parlanchinas mujeres; en su charla interminable aparece el verbo y el punto; sus cejas se alzan, abandonando su posición de reposo; el movimiento respiratorio de sus muslos y caderas se interrumpe; en sus bocas, mal cerradas por el miedo, entra más aire que de costumbre, y las mejillas parecen un poco hinchadas.

Aquí sigue, sin título, el relato «Desdicha», de *Contemplación* (véase La condena). Este borrador se interrumpe unas líneas antes del final. En otra página sigue únicamente un título: «El pequeño habitante de las ruinas», que al parecer se relaciona con los fragmentos que anteceden sobre una crítica de la educación. Los fragmentos que siguen forman un mosaico difícil de ordenar, en el que se repiten varias veces muchas partes. La narración se inicia una y otra vez con las mismas palabras y aún en 1911 aparecen sus últimos y aislados reflujos. — El conjunto tiene muchos puntos de contacto con algunos capítulos de *Descripción de una lucha*; véase especialmente la «Conversación con el orante»; también los tiene con el estudio *Desenmascaramiento de un embaucador*, publicado por Kafka.

«Eh, tú», dije, y le di un pequeño golpe con la rodilla (con estas palabras súbitas, me saltó de la boca un poco de saliva, como un mal augurio), «¡no te duermas!»

«No me duermo», respondió y, al abrir los ojos, sacudió la cabeza. «Si me durmiese, ¿cómo podría vigilarte? ¿Y no tengo que hacerlo? ¿No fue por esta razón que, entonces, frente a la iglesia, te pegaste a mí? Sí, hace ya mucho tiempo, lo sabemos, deja en paz el reloj en el bolsillo.»

«Es que es ya muy tarde», dije. Tuve que reírme un poco y, para disimularlo, miré con esfuerzo hacia el interior de la casa.

«¿Te gusta tanto, realmente? ¿O sea que te gustaría subir, te gustaría mucho? Bueno, dilo, que no te voy a morder. Mira, si crees que allá arriba estarás mejor que aquí abajo, entonces no tienes más que subir, inmediatamente, sin pensar en mí. De que mi opinión — que es la opinión de un transeúnte cualquiera — sea que pronto volverás a bajar, y que entonces será muy bueno encontrar aquí, de un modo u otro, a alguien cuyo rostro no mirarás siquiera, pero que te tomará del brazo, te reconfortará con vino en un local cercano y luego te llevará a su habitación que, aun siendo tan miserable, siempre tendrá un par de cristales que la separen de la noche, de esta opinión puedes reírte momentáneamente. Lo cierto, y esto puedo repetirlo ante quien quieras, es que no estamos bien aquí abajo, e incluso diría que nos va fatal, pero esto ahora, para mí, no tiene remedio, tanto si me quedo aquí tendido en el desagüe, atajando el agua de la lluvia, como si bebo champán arriba, bajo los candelabros, con los mismos labios, no hay ninguna diferencia para mí. Por otra parte, ni siquiera tengo posibilidad de elección entre estas dos cosas, nunca me ocurre algo de tal índole que pueda reclamar la atención de las gentes, ¿cómo podría bajo la superestructura de las ceremonias, para mí necesarias, bajo las cuales sólo puedo continuar arrastrándome exactamente igual que una sabandija? Tú, en cambio, quién sabe todo lo que llevas dentro; tienes valor o al menos crees tenerlo; inténtalo entonces, ¿qué arriesgas? ...A menudo uno se reconoce ya, si pone atención, en el rostro del criado que abre la puerta.»

«Si supiera con toda seguridad que eres sincero conmigo. Haría rato que habría subido. ¿Cómo podría averiguar si eres sincero conmigo? Ahora me miras como si yo fuese un crío, lo que no me sirve de nada, sino que aún empeora las cosas. Pero tal vez quieres empeorarlas. Además, no soporto ya el aire de la calleja; pertenezco ya a las gentes de arriba. Si presto atención, me noto la garganta irritada, ya lo estás viendo, tengo tos.

¿Tienes acaso una noción de cómo me irá allá arriba? El pie con el que penetraré en la sala se habrá transformado ya antes de que levante el otro.»

«Tienes razón, no soy sincero contigo.»

«Bueno, yo me largo, voy a subir la escalera, aunque sea dando volteretas. De las personas reunidas me prometo todo lo que echo en falta, especialmente la organización de mis fuerzas, a las que no basta una agudización como la que supone la única posibilidad para este soltero en medio de la calle. Es cierto que éste se da ya por satisfecho con que aguante su cuerpo, por cierto nada presentable, con asegurar sus dos comidas diarias, con evitar influencias de otras personas, en una palabra, con mantener tantas cosas como sea posible en este mundo que se desintegra. No obstante, lo que pierde, intenta recuperarlo por la violencia, aunque sea cambiado, debilitado, y aunque sólo en apariencia sea lo que anteriormente poseyó (y así es casi siempre). Por tanto, su personalidad es suicida, sólo tiene dientes para la propia carne, y carne para los propios dientes. Porque, sin tener un centro, sin tener una profesión, un amor, una familia, una renta, es decir, sin enfrentarse al mundo en lo importante (sólo como intento, naturalmente), sin aturdido pues, en cierto modo, a base de un gran complejo de bienes de propiedad, uno no puede preservarse de unas pérdidas momentáneamente destructoras. Este soltero, con sus ropas exiguas, su arte de orar, sus huesos persistentes, su temida vivienda de alquiler, su existencia hecha en general de remiendos, promovida ahora nuevamente después de tanto tiempo, lo mantiene todo entre sus brazos y siempre tiene que perder dos cosas, cuando agarra alguna otra cosita al azar. Naturalmente, ahí está la verdad, la verdad que en ningún otro aspecto se muestra con mayor nitidez. Porque el que realmente se nos presenta como el ciudadano más perfecto, es decir, el que navega por el mar en un barco, con espuma delante y una estela detrás, es decir, con grandes influjos en su entorno, tan distinto al hombre que está sobre las olas con sus cuatro tablones que, además, entrechocan y se hunden los unos a los otros, ...él, ese señor y ciudadano, no corre menos peligro. Porque él y su propiedad no son una sola cosa, sino dos, y quien destroza el lazo que las une, le destroza también a él. Nosotros y nuestros conocidos somos sin duda irreconocibles en este aspecto, porque quedamos totalmente ocultos; a mí, por ejemplo, me oculta ahora mi profesión, mis sufrimientos imaginarios o reales, mis aficiones literarias, etc. Pero yo, precisamente, siento que llego al fondo con demasiada frecuencia y con demasiada intensidad para que, ni siquiera a medias, pueda sentirme satisfecho. Y me basta con sentir ese fondo ininterrumpidamente durante un solo cuarto de hora, y ya el mundo ponzoñoso fluye en mi boca como el agua en la boca del que se ahoga.

»Apenas si existe, por el momento, diferencia alguna entre el soltero y yo, sólo que yo puedo recordar aún mi juventud en la aldea y tal vez, si así lo deseo, tal vez incluso si me lo exige simplemente mi situación, puedo arrojarme nuevamente hacia allí. Pero el soltero no tiene nada ante él, y por ello tampoco tiene nada detrás. En este momento no hay diferencia, pero el soltero no tiene más que este momento. En aquella época que hoy nadie puede conocer, porque nada puede estar tan aniquilado como aquella época, en aquella época cometió su error, cuando sintió de un modo constante que tocaba su propio fondo, como cuando percibimos de pronto en nuestro cuerpo una úlcera que hasta ese momento fue lo más insignificante de nuestro cuerpo, ni siquiera lo más insignificante, porque no parecía existir aún, y ahora es más que todo lo que poseíamos en el cuerpo desde nuestro nacimiento. Si hasta entonces, con toda nuestra persona, nos concentrábamos en el trabajo de nuestras manos, en lo que veían nuestros ojos, en lo que oían nuestros oídos, en los pasos de nuestros pies, ahora nos orientamos de pronto hacia lo diametralmente opuesto, como una veleta en la montaña.

»Entonces, en lugar de escapar corriendo, aunque fuese en esta última dirección, porque sólo la huida podía mantenerle sobre las puntas de los pies, y sólo las puntas de los pies

podían mantenerle en el mundo, en lugar de hacer eso, se acostó como, durante el invierno, se tienden los niños aquí y allá, sobre la nieve, para morir de frío. El y esos niños saben perfectamente que la culpa es suya, por haberse acostado o por haber cedido de cualquier otro modo, saben que no debían haberlo hecho a ningún precio, pero no pueden saber que, después de la transformación que se produce entonces con ellos en los campos o en la ciudad, olvidarán toda culpa anterior y toda coerción, y que se moverán dentro del nuevo elemento como si fuese el antiguo. Pero la palabra olvidar no es exacta en este caso. La memoria de este hombre ha sufrido tan poco como su imaginación. Pero, ciertamente, no pueden mover montañas; el hombre queda desde este momento fuera de nuestro pueblo, fuera de nuestra humanidad, hambriento ya para siempre, sólo le pertenece el momento, el momento incesante de la pena, al que no sigue ni un solo destello de un momento de alivio, sólo una cosa le queda para siempre: sus dolores, pero en todo el ámbito del Universo no hay ninguna otra cosa que pueda utilizar como medicina, no le queda otro suelo que el que necesitan sus dos pies, ni otro sostén que el que abarcan sus dos manos, es decir, le queda mucho menos que al trapealista de variedades, bajo el cual, al menos, han tendido una red.

»A nosotros, a los demás, nos sostienen nuestro pasado y nuestro futuro. Casi todas nuestras horas de ocio y otras tantas de nuestro trabajo las ocupamos viendo subir y bajar a ambos en la oscilación de la balanza. ¡ La ventaja que tiene el futuro en su amplitud viene compensada por el peso que tiene el pasado, y a la postre ambos son ya indiferenciables; la primera adolescencia acaba volviéndose clara como el futuro, y el final del futuro ha sido vivido ya realmente con todos nuestros suspiros y se ha vuelto pasado. Así se cierra casi este círculo, por cuyo borde caminamos. Ahora bien, este círculo nos pertenece sin lugar a dudas, pero nos pertenece tan sólo mientras nos atenemos a él; basta con que nos desviemos un poco, en cualquier ensimismamiento, en una distracción, un susto, un asombro, una lasitud, para que lo perdamos ya en los espacios; hasta ese momento, teníamos la nariz metida en el fluir de los tiempos, ahora nos rezagamos, antes éramos nadadores, hoy somos paseantes, y estamos perdidos. Quedamos, pues, fuera de la ley, nadie lo sabe y sin embargo todos nos tratan como si lo supieran.»

«Ahora no debes pensar en mí. ¿Cómo vas a compararte conmigo, por otra parte? Yo llevo ya más de veinte años en esta ciudad. ¿Puedes hacerte siquiera una idea exacta de lo que es esto? Veinte veces he pasado aquí cada una de las estaciones del año.» —Aquí, fígitó sobre nuestras cabezas la mano cerrada—. «Estos árboles han ido creciendo durante veinte años sobre mí; qué pequeño ha de verse uno a su lado. Y todas esas noches, ¿sabes?, en todas las casas. Tan pronto se apoya uno en esta pared como en aquella otra, y así la ventana se desplaza alrededor de uno. Y esas mañanas en que uno se asoma a la ventana, aparta la butaca de la cama y se sienta a tomar el café. Y esas noches en que uno apoya el codo y se sostiene la oreja con la mano. ¡Si no fuera eso todo lo que hay! ¡Si al menos adquiriese uno algunas costumbres nuevas, de las que cada día se pueden observar por esas calles! — ¿Imaginas acaso que voy a quejarme de ello? Pues no, por qué iba a quejarme, puesto que ni lo uno ni lo otro me está permitido. No tengo otra cosa que hacer más que mis paseos y esto debe bastarme, porque no hay otro lugar en el mundo donde no pudiese dar mis paseos. Pero ahora parece nuevamente como si me jactase de ello.»

«O sea que para mí no hay problema. No debí quedarme aquí, frente a la casa.»

«En este aspecto, por tanto, no te compares conmigo ni dejes que te suma en la incertidumbre. Eres un hombre adulto y además, por lo que parece, te encuentras bastante solo en esta ciudad.»

«Poco me falta para encontrarme solo. Parece que mi esencia protectora se ha disuelto en esta ciudad; me sentía muy bien en los primeros tiempos, porque tal disolución se produce como una apoteosis en la que todo lo que nos mantiene vivos se nos escapa volando, pero mientras escapa, nos ilumina por última vez con su luz humana. Así me encuentro ahora

frente a mi hombre soltero, y es muy probable que él me quiera por ello, sin que, no obstante, vea muy claro el motivo. De vez en cuando, sus discursos parecen indicar que lo sabe todo de sí mismo, que sabe a quién tiene delante y que por esta razón puede permitírsele todo. No, esto no es así, sin embargo. De esta suerte preferiría enfrentarse con todo el mundo, porque sólo puede vivir como un ermitaño o como un parásito. Si sólo es un ermitaño por obligación, cuando esta obligación es vencida de pronto por fuerzas que le son desconocidas, se convierte ya en un parásito que recurre a la insolencia en cuanto puede. Por descontado, nada en el mundo puede ya salvarle, y así, ante su conducta, se puede pensar en el cadáver de un ahogado que, arrastrado a la superficie por una corriente, choca con un nadador cansado, le pone las manos encima e intenta agarrarse. El cadáver no vuelve a la vida y ni siquiera puede ser puesto a salvo, pero puede hundir al hombre consigo.»

6 de noviembre. Conferencia de cierta Madame Ch. sobre Musset. Costumbre femenina judía de chasquear la lengua. Comprensión del francés a través de todos los preparativos y dificultades de la anécdota, hasta que justo antes de la palabra final, que debe sobrevivir en el corazón sobre las ruinas de toda la anécdota, el francés se desvanece ante nuestros ojos; tal vez nos habíamos esforzado demasiado hasta entonces; la gente que entiende el francés se va antes del final, porque ya ha oído bastante, pero los demás están aún muy lejos de haber oído lo suficiente; la acústica de la sala, que favorece más las toses en los palcos que la emisión de la palabra; cena en casa de Rachel; lee la *Fedra* de Racine con Musset, el libro está entre ellos, en la mesa, donde, por otra parte, hay todo lo imaginable.

El cónsul Claudel, brillo en los ojos que acoge e irradia el ancho rostro; una y otra vez quiere despedirse, y consigue hacerlo de algunos individuos, pero no de todos en general, porque cuando se despide de uno, se presenta otro ante él, y tras éste vuelve a colocarse el que ya está despedido. Sobre la tribuna de conferencias hay un palco para la orquesta. Molestan ruidos de toda índole. Camareros en el vestíbulo, invitados en sus habitaciones, un piano, una lejana orquesta de cuerda, un martilleo al fin, un altercado cuya localización provoca grandes dificultades y por esta razón es irritante. En un palco, una dama con diamantes en los pendientes, cuyo fulgor varía casi sin interrupción. En la contaduría, jóvenes vestidos de negro pertenecientes a un «cercle» francés. Uno de ellos saluda con una inclinación profunda, que le hace pasear los ojos por el suelo. Al mismo tiempo, sonrío vivamente. Sin embargo, lo hace tan sólo ante las muchachas, a los hombres los mira directa y francamente a la cara, con una expresión grave en la boca, con lo que al propio tiempo explica el anterior saludo como una ceremonia tal vez ridícula, pero en cualquier caso ineludible.

7 de noviembre. Conferencia de Wiegler sobre Hebbel. Está sentado en el escenario, envuelto en la decoración de una moderna estancia, como si su amada fuese a entrar de un salto por una puerta, para que al fin empezase la pieza teatral. Pero no, inicia la conferencia. El hambre de Hebbel. Complicadas relaciones con Elisa Lensing. En la escuela, tiene como maestra a una solterona que fuma, toma rapé, pega palizas y regala pasas a los que se portan bien. Viaja por doquier (Heidelberg, Munich, París) sin ninguna intención aparente. Primero es criado en casa del administrador de una parroquia; duerme en una misma cama con el cochero, bajo la escalera.

Paul Wiegler, traductor de *Moralités legendaires*, de Jules Laforgue. Esta traducción, y más tarde también el original, se convirtieron en una importante experiencia para Kafka y para mí. Una fuerte influencia de los versos de Laforgue se deja sentir asimismo en algunos poemas de Werrel. — Posteriormente, Paul

Wiegler escribió *Französisches Theater der Vergangenheit* (Teatro francés del pasado), Y una extensa y erudita *Geschichte der deutschen Literatur* (Historia de la literatura remana), entre otras cosas. Fue redactor en Berlín, en Praga y luego nuevamente en Berlín (Ed. Ullstein). Murió en 1949.

Julius Schnorr von Carolsfeld —dibujo de Friedrich Olivier, que está dibujando en una ladera, qué aspecto tan hermoso y serio tiene (un sombrero alto como un gorro achatado de payaso, con el ala dura, estrecha, vuelta sobre el rostro, cabellos largos, ondulados, ojos que sólo están pendientes de su dibujo, manos quietas, la lámina sobre las rodillas, un pie hundido en el talud, algo más bajo que el otro). Pero no, es Friedrich Olivier, dibujado por Schnorr.

15 de noviembre, las diez de la noche. No dejaré que me domine el cansancio. Me lanzaré de un salto a mi narración corta, aunque me despedace la cara.

16 de noviembre, las doce. Leo *Ifigenia en Táuride*. La verdad es que, aparte de algunos pasajes francamente defectuosos, asombra literalmente en ella el árido idioma alemán en boca de un joven puro. Por el verso, cada palabra, en el momento de la lectura, es elevada ante el lector a las alturas, donde permanece envuelta en una luz acaso débil, pero penetrante.

27 de noviembre. Bernhard Kellermann ha hecho una lectura. «Algunas cosas inéditas salidas de mi pluma», empezó diciendo. En apariencia, un hombre simpático, de pelo tieso, casi canoso; afeitado cuidadosamente, la nariz puntiaguda, sobre los pómulos, la carne de las mejillas oscila a menudo de un lado a otro, como una ola. Es un escritor mediocre, con buenos momentos (un hombre sale al corredor, tose y mira a su alrededor, a ver si no hay nadie), es además un hombre honrado, que quiere leer lo que ha prometido, pero el público no le dejó; el terror ante el primer relato sobre un manicomio, el aburrimiento por su forma de leer, hicieron que a pesar de las tensiones, mal resueltas, de la historia; salieron con diligencia, como si hubiese otro lector en la sala contigua. Cuando, tras el primer tercio de la historia, bebió un poco de agua mineral, se fue un montón de gente. El se asustó. «Esto se está acabando», mintió sencillamente. Cuando estuvo listo, todo el mundo se levantó, hubo unos pocos aplausos que sonaron como si, entre toda la gente puesta en pie, hubiera alguien sentado aplaudiendo para sí. Entonces Kellermann pretendió continuar la lectura, otro relato, tal vez algunos más. Ante la desbandada, se quedó simplemente con la boca abierta. Al fin, tras habérselo aconsejado algunos, dijo: «Me gustaría leer un breve cuento, que sólo dura quince minutos. Voy a hacer un descanso de cinco minutos.» Algunos se quedaron todavía, y él les leyó un cuento con pasajes que habrían justificado a cualquiera salir corriendo a través y por encima de todos los oyentes, desde el último rincón de la sala.

15 de diciembre. Simplemente no puedo creer en mis deducciones sobre mi actual estado, que dura ya casi un año; para tales deducciones, mi estado es demasiado serio. Ni siquiera sé si puedo decir que no es un estado nuevo. De todos modos, mi verdadera opinión es: este estado es nuevo; los he conocido semejantes, pero ninguno como el actual. La verdad es que soy como de piedra, soy como mi propio mausoleo; no queda ni un resquicio para la duda o para la fe, para el amor o para la repulsión, para el valor o para el miedo, en lo concreto o en lo general; vive únicamente una vaga esperanza, pero no mejor que las inscripciones de los mausoleos. Casi ninguna de las palabras que escribo armoniza con la otra, oigo restregarse entre sí las consonantes con un ruido de hojalata, y las vocales unen a ellas su canto como negros de barraca de feria. Mis dudas se levantan en círculo alrededor

de cada palabra, las veo antes que la palabra, pero, ¡qué digo!, la palabra no la veo en absoluto, la invento. Y ésta no sería la peor de las desgracias, porque entonces me bastaría con inventar palabras capaces de barrer en alguna dirección el olor a cadáver, para que éste no nos diera en la cara directamente a mí y al lector. Cuando me pongo ante mi escritorio, no me siento más a gusto que uno que cae en pleno tráfico de la Place de l'Opéra y se rompe las dos piernas. Todos los vehículos, a pesar de su estrépito, se afanan en silencio desde todas las direcciones y hacía todas las direcciones, pero el dolor de este hombre pone orden mejor que los guardias; este dolor le cierra los ojos y deja desiertas la plaza y las calles, sin que los vehículos tengan que dar la vuelta. El exceso de animación le duele, porque él, sin duda, no obstruye la circulación, pero el vacío no es menos grave, porque deja rienda suelta a su verdadero dolor.

16 de diciembre. No volveré a abandonar este diario. Debo mantenerme aferrado a él, porque no puedo aferrarme a otra cosa. Me gustaría explicar el sentimiento de felicidad que, de vez en cuando, siento en mi interior, como ahora, precisamente. Es en verdad algo efervescente, que me llena del todo con un ligero y agradable estremecimiento y me convence de que tengo unas aptitudes de cuya inexistencia puedo convencerme en cualquier instante, también ahora, con toda seguridad.

Hebbel elogia las *Sombras viajeras*, de Justinus Kerner. «Y una obra como ésta apenas existe, nadie la conoce.»

La calle del abandono, de W. Fred. ¿Cómo escribimos libros semejantes? Un hombre que, en pequeña escala, produce cosas que están bien, resulta que en esta obra diluye su talento de un modo tan lamentable en la amplitud de una novela, que a uno le da náuseas, aunque no deje de admirar esa energía empleada en malgastar el propio talento.

Esta persecución de personajes secundarios, a quienes encuentro al leer novelas, obras teatrales, etc. ¡Esta sensación de solidaridad que tengo entonces! En *Las doncellas de Bischofsberg* (¿se llama así?) se habla de dos costureras que confeccionan la ropa blanca de una única novia que aparece en la obra. ¿Cuál es la suerte de esas dos muchachas? ¿Dónde viven? ¿Qué mal han hecho para que no puedan participar en la obra, sino que, abandonadas en el exterior, ante el arca de Noé, casi ahogándose bajo el aguacero, sólo puedan oprimir su rostro por última vez contra el tragaluz de un camarote, para que el espectador de platea no vea allí, por unos instantes, más que una sombra oscura?

17 de diciembre. Cuando, de un modo apremiante, le preguntaron a Zenón si había algo en reposo, dijo: sí, la flecha que vuela está en reposo.

Si los franceses, en su manera de ser, fuesen como los alemanes, ¡cómo serían admirados desde ese momento y sobre todo por los alemanes!

El hecho de que haya desechado y tachado tantas cosas, casi todas las que he escrito durante este año, también ahora supone en gran medida un obstáculo para mi actividad de escritor. Es efectivamente una montaña cinco veces más grande que todo lo que había escrito anteriormente, y por su volumen, se me lleva de debajo de la pluma todo lo que escribo, arrastrándolo hacia sí.

18 de diciembre. Si no fuese indudable que la razón de que deje las cartas (incluso aquellas de contenido presumiblemente inocuo, como una que tengo precisamente ahora)

sin abrir durante una temporada sea tan sólo una debilidad y una cobardía que titubean antes de abrir una carta como vacilarían en abrir la puerta de una habitación ante la cual tal vez me espera un hombre ya impaciente, entonces se podría explicar mejor este abandono de las cartas como escrupulosidad. Si admitimos, pues, que soy un hombre escrupuloso, debería intentar prolongar lo más posible lo que atañe a la carta, es decir, abrirla con lentitud, leerla con lentitud y repetidas veces, reflexionar largo tiempo, preparar con muchos borradores la copia en limpio de la respuesta y, finalmente, demorar el envío de la misma. Todo ello depende de mí, sólo que, precisamente, lo que no puedo evitar es la súbita llegada de la carta. Así que, también esto lo retardo de una manera artificial, me paso mucho tiempo sin abrirla, la carta permanece sobre la mesa, se me ofrece continuamente, la recibo continuamente, pero no la cojo.

Noche, las once y media. El hecho de que, en tanto no me haya liberado de mi oficina, estoy sencillamente perdido, me resulta de lo más claro; de ahí que se trate tan sólo, mientras ello sea posible, de mantener la cabeza lo bastante alta para no ahogarme. Hasta qué punto será difícil, qué fuerzas habrá que extraer de mí, son cosas que se demuestran por el simple hecho de que hoy no he podido llenar las nuevas horas de escritorio, de ocho a once de la noche; de que incluso no considero ahora esta circunstancia como una desgracia tan grande, y de que he escrito sólo estas pocas líneas precipitadamente, antes de acostarme.

19 de diciembre. He empezado a trabajar en la oficina. Tarde en casa de Max.

He leído un poco los diarios de Goethe. La lejanía mantiene a esta vida en la serenidad; estos diarios la incendian. La claridad de todos los acontecimientos la hace misteriosa, del mismo modo que la verja de un parque proporciona jeposo a la vista cuando ésta contempla vastas extensiones de césped, y nos inspira sin embargo un respeto no legítimo. Ahora mismo viene a visitarnos por primera vez mi hermana casada.

20 de diciembre. ¿Con qué voy a perdonarme la observación de ayer sobre Goethe (que es casi tan falsa como el sentimiento descrito por ella, puesto que el verdadero fue desalojado por la llegada de mi hermana)? Con nada. ¿Con qué voy a perdonarme que hoy no haya escrito nada todavía? Con nada. Sobre todo porque mi disposición no es hoy la peor. Tengo continuamente una llamada en el oído: «¡Ojalá vinieras, invisible sentencia!»

Para que estos pasajes falsos, que no quieren dejar la historia a ningún precio, acaben por dejarme en paz, escribo dos aquí:

«Su respiración era ruidosa como suspiros en un sueño en el que la desdicha es más soportable que en nuestro mundo, de suerte que la simple respiración es ya bastante equivalente al suspiro.»

«Ahora lo domino con libertad, como se domina un pequeño juego de paciencia, del que uno se dice: ¿qué importa que no pueda introducir las bolitas en sus agujeros, si todo ello me pertenece, el cristal, la montura, las bolitas y todo lo demás? Puedo meterme tranquilamente todo el arte en el bolsillo.»

21 de diciembre. Curiosidades de 'Hechos del gran Alejandro', de Michail Kusmin:

«Niño con la mitad superior del cuerpo muerta, la inferior viva, cadáver de niño con las rojas piernecitas en movimiento.»

«A los inmundos reyes Gog y Magog, que se alimentaban de gusanos y moscas, los desterró a unas peñas hendidas y los selló hasta el fin del mundo con el sello de Salomón.»

«Ríos de piedras donde, en lugar de agua, rodaban piedras con estruendo, dejando atrás arroyos de arena que fluyen tres días hacia el sur y tres días hacia el norte.»

«Amazonas, mujeres con el seno derecho quemado, pelo corto, calzado masculino.»

«Cocodrilos que con su orina quemaban los árboles.»

Visitado a Baum; oído cosas muy bonitas. Yo, decaído como antes y como siempre. La sensación de estar atado, y al mismo tiempo la otra, la de que, si me desatara, sería peor aún.

22 de diciembre. Hoy he examinado más atentamente mi escritorio y he observado que en él no puede hacerse nada bueno. Hay tantas cosas esparcidas, y en un desorden sin proporción y sin esa facilidad con que se toleran las cosas desordenadas y que hace generalmente soportable cualquier desorden. Que reine pues cuanto quiera el desorden en el paño verde, ya que así debió ocurrir también en la platea de los antiguos teatros. Pero que de las entradas de paseo... [Continúa el día siguiente]

25 de diciembre. ...del cajón abierto bajo el suplemento de la mesa surjan recortes de periódicos viejos, catálogos, tarjetas postales, cartas, todo medio desgarrado, medio abierto, en forma de escalera; esta indigna situación lo estropea todo. Algunos objetos de proporciones relativamente enormes de la platea se presentan en toda su actividad posible, como si en el teatro estuviese permitido que el comerciante lleve sus libros en la sala, que el carpintero; golpee con el martillo, que el oficial blanda el sable, que el sacerdote persuada a los corazones, el sabio a la razón, el político al espíritu cívico, que los amantes no se contengan, etc. En mi escritorio sólo se mantiene erguido el espejo de afeitarse, tal como uno lo usa para afeitarse; el cepillo de la ropa está en la mesa con la parte de las cerdas para abajo; el portamonedas está abierto para el caso de que tenga que efectuar un pago; del llavero asoma una llave, lista para cumplir su función, y la corbata está aún medio arrollada al cuello postizo que me he quitado. El cajón inmediato superior, abierto, ya constreñido por los pequeños cajones laterales cerrados, no es más que un cuarto trastero, como si el palco de platea, en definitiva el lugar más visible del teatro, se hubiese reservado a la gente más ordinaria, para viejos verdes cuya suciedad se muestra progresivamente de dentro a afuera, tipos groseros que dejan colgar los pies sobre la baranda del palco. Familias con tantos niños que uno se los mira por encima, sin poder contarlos, imponen aquí la mugre de los cuartos de los niños pobres (ya se forma un reguero hacia la platea), el fondo sombrío lo ocupan enfermos incurables, que afortunadamente sólo se ven cuando se dirige la luz hacia ellos, etc. En este compartimiento hay papeles viejos que habría tirado hace mucho, si tuviese una papelería, lápices de punta rota, una caja de cerillas vacía, un pisapapeles de Karlsbad, una regla con un borde cuya sinuosidad sería insoportable en una carretera, muchos botones de cuello postizo, hojas de afeitarse embotadas (para ellas no hay lugar en el mundo), alfileres de corbata y otro pesado pisapapeles de hierro. En el cajón superior...

Mísero, mísero y no obstante bien intencionado. Ya es medianoche, pero, como he dormido lo suficiente, esto es sólo una excusa, puesto que de día tampoco he escrito nada. La bombilla encendida, la casa silenciosa, la oscuridad del exterior, los últimos momentos de vigilia, todo ello me da derecho a escribir aunque sea las cosas más deplorables. Y me apresuro a usar este derecho. Así soy yo.

26 de diciembre. Hace dos días y medio que, aunque no del todo, estoy solo y, si no me he transformado ya, voy en camino de hacerlo. La soledad tiene sobre mí un poder que nunca falla. Mi interioridad se diluye (por el momento sólo superficialmente) y está dispuesta a

dar salida a lo profundo. Una pequeña ordenación de mi interior empieza a producirse, y nada más necesito, porque cuando se tienen escasas aptitudes, lo peor es el desorden.

27 de diciembre. Mi fuerza no da ya para una frase más. Sí, si se tratara de palabras, si bastase colocar una palabra y pudiera uno apartarse con la tranquila conciencia de haberla llenado totalmente de uno mismo.

En parte se me ha ido la tarde durmiendo; mientras estuve despierto, me hallaba tendido en el canapé, consideraba algunas experiencias amorosas de mi juventud, me detenía molesto en una ocasión desperdiciada (entonces estaba resfriado en cama y mi institutriz me leía *La sonata a Kreutzer*, con lo que pretendía sacar partido de mi turbación), me imaginaba mi cena vegetariana, estaba satisfecho de mi digestión y tenía mis temores sobre si la vista iba a durarme toda la vida.

28 de diciembre. Cuando me he comportado humanamente unas horas, como hoy en casa de Max y después en casa de Baum, me siento ya orgulloso al ir a acostarme.

1911

3 de enero. «Tú», le dije, y acto seguido le di un pequeño golpe con la rodilla. «Quiero despedirme.» Con esta frase súbita, me saltó un poco de saliva de la boca, como un mal presagio.

«Te lo has pensado mucho», dijo, se apartó de la pared y se desperezó.

«No, no me lo he pensado en absoluto.»

«Entonces, ¿en qué pensabas?»

«Por última vez, me he preparado un poco más para la tertulia. Aunque te esfuerces todo lo que puedas, no lo comprenderás. Yo, un provinciano cualquiera, que en cualquier momento puede ser confundido con uno de esos que se juntan a centenares en las estaciones a las horas en que llegan determinados trenes.»

4 de enero. *Fe y patria*, de Schönherr.

Los dedos húmedos de los visitantes de la galería, que se secan los ojos.

6 de enero. «Tú», dije, tomé la puntería y le di un pequeño golpe con la rodilla, «ahora sí que me marchó. Si quieres verlo, abre los ojos.»

«¿Ah, sí?», preguntó él mirándome con una mirada fija de sus ojos completamente abiertos, una mirada que, sin embargo, era tan débil, que yo habría podido contrarrestarla con un movimiento del brazo. «Así que, ¿te vas? ¿Qué voy a hacer? No puedo retenerte. Y aunque pudiera, no quiero hacerlo. Con esto sólo quiero explicarte tu sensación de que podría detenerte.» E inmediatamente puso esa cara de los sirvientes inferiores, con la que, dentro de un estado bien reglamentado en lo general, pueden suscitar la obediencia o el temor en los hijos de los señores.

7 de enero. La hermana de N. tan enamorada de su novio que se las arregla para hablar a solas con todas las visitas, ya que ante una sola persona uno puede expresar y repetir mejor su amor.

Como por arte de magia (porque ni las circunstancias exteriores ni las interiores, hoy más favorables que hace un año, me lo impedían) me he pasado todo el día libre, que es un domingo, sin escribir. Han nacido en mí, consoladoramente, nuevas nociones sobre lo desgraciado que soy.

12 de enero. Durante estos últimos días he dejado de escribir muchas cosas sobre mí, en parte por holgazanería (ahora duermo tanto y tan profundamente durante el día, y durante el sueño mi peso es mayor), en parte también por miedo a traicionar la conciencia de mí mismo. Este miedo es justificado, porque sólo habría que fijar definitivamente la conciencia de uno mismo mediante la literatura, cuando esto pudiera hacerse con la mayor integridad hasta las últimas consecuencias accesorias, así como con entera veracidad. Porque de no ocurrir así —y de todos modos no soy capaz de ello—, lo escrito sustituye entonces, por propio deseo y con la prepotencia de lo fijado, a lo que se siente de un modo general y lo hace únicamente de manera que el auténtico sentimiento desaparece, y uno reconoce demasiado tarde la futilidad de lo anotado.

Hace unos días, Leonie Frippon, cantante de cabaret, en el «Stadt Wien». Peinado: un montón de rizos apretados. Mal corsé, vestido muy viejo, pero muy bonita con sus trágicos ademanes, los forzados movimientos de los párpados, la forma de disparar las largas

piernas, los bien concebidos desplazamientos de los brazos a lo largo del cuerpo, la significación del cuello erguido en los momentos equívocos. Cantó: Colección de botones en el Louvre.

Schiller dibujado en 1804 por Schadow en Berlín, donde había sido muy celebrado. No se puede captar un rostro más vigorosamente, que por esta nariz. El tabique nasal sobresale un poco por debajo a causa de la costumbre de estirarse la nariz durante el trabajo. Un hombre amable, de mejillas algo hundidas, a quien la cara afeitada ha dado posiblemente un aspecto senil.

14 de enero. Una novela, *Casados*, de Beradt. Mal judaísmo en cantidad. Una súbita, monótona, cómica aparición del autor; por ejemplo, todos estaban contentos, pero había uno que no estaba contento. O bien: ahí viene un tal señor Stern (de quien conocemos ya sus mismos novelísticos huesos). También en Hamsun existe algo semejante, pero allí es tan natural como los nudos de la madera; en cambio aquí gotea sobre la acción como un remedio de moda, sobre el azúcar. — Se aferra sin motivo a expresiones curiosas, por ejemplo: se afanaba, se afanaba y volvía a afanarse con los cabellos de ella. — Algunos personajes, sin ser situados bajo una nueva luz, están bien descritos, tan bien que ni siquiera importan ya algunos defectos incidentales. Personajes secundarios generalmente desesperantes.

17 de enero. Max me ha leído el primer acto de *Adiós a la juventud*. Tal como yo estoy ahora, cómo puedo alcanzar ese mismo nivel; tendría que andar buscando un año entero para hallar en mí un sentimiento auténtico, y he de tener derecho a permanecer sentado en mi sillón, en el café, hasta altas horas de la noche, torturado por las ventosidades de una digestión que es mala a pesar de todo, frente a una obra tan grande.

19 de enero. Puesto que, al parecer, estoy acabado del todo —durante el año pasado no he estado nunca despierto más de cinco minutos seguidos—, habré de desear cada día verme fuera del mundo, o bien, sin que pueda encontrar tampoco en ello la más moderada esperanza, deberé empezar desde el principio, como una criatura. Externamente, esto me resultará más fácil que antes. Porque, en aquellos tiempos, apenas si me esforzaba aún, con un vago presentimiento, por dar una descripción que estuviese vinculada, palabra por palabra, a mi vida, que pudiese apretar contra mi pecho y que me arrebatase de donde estoy. ¡Con qué aflicción (de todos modos no comparable a la de ahora) empecé! ¡Qué frío me persiguió días y días, desde las palabras escritas! ¡Qué grande era el peligro y con qué escasas interrupciones operaba, para que no sintiera aquel frío en absoluto, lo que no disminuía mucho, en conjunto, mi desdicha!

Una vez proyecté una novela en la que dos hermanos luchaban entre sí; uno de ellos se marchaba a América, mientras que el otro se quedaba en una cárcel europea. Sólo de tarde en tarde me ponía a escribir unas líneas, porque me cansaba en seguida. Una vez, era la tarde de un domingo en que habíamos ido a visitar a los abuelos y habíamos comido un pan que siempre solían tener allí, especialmente tierno, escribí también algo sobre mi cárcel. En gran medida, es posible que lo hiciera por vanidad y que, al mover el papel sobre el paño de la mesa, al dar golpecitos con el lápiz, al mirar en todas direcciones bajo la lámpara, quisiera atraer la atención de alguno de los presentes para que me quitase lo escrito, le echase una ojeada y me admirase. En las pocas líneas se describía básicamente el corredor de la cárcel, sobre todo su silencio y su frialdad; también se decían unas palabras compasivas sobre el hermano que se había quedado, porque era el hermano bueno. Tal vez tuviese yo una momentánea sensación de lo poco que valía mi descripción;

sin embargo, antes de aquella tarde, poca atención había prestado a tales sentimientos, cuando me hallaba sentado entre los parientes, a quienes estaba habituado (mi desasosiego era tan grande, que me nacía sentir casi feliz cuando me encontraba en medio de lo habitual), alrededor de la mesa redonda, en la bien conocida habitación, y no podía olvidar que era joven y que, desde la calma presente, estaba llamado a hacer grandes cosas. Un tío propenso a las burlas me quitó al fin el papel, que yo sólo sostenía a medias, lo miró brevemente, me lo devolvió, sin reír siquiera, y se limitó a decir a los demás, que le seguían con la vista: «las zarandajas de siempre». A mí no me dijo nada. Yo me quedé sentado y me incliné como antes sobre mi papel considerado evidentemente inservible, pero de hecho me habían expulsado de la sociedad con un empujón; la condena de mi tío se repetía en mí con una significación ya casi real e, incluso en el seno del sentimiento familiar, tuve una noción de los helados espacios de nuestro mundo, que yo había de calentar con un fuego que tenía que buscar primero.

19 de febrero. Hoy, cuando iba a dejar la cama, me he doblado simplemente sobre mí mismo. La razón es muy sencilla; estoy totalmente agotado por exceso de trabajo. No por la oficina, sino por mis restantes ocupaciones. La oficina sólo tiene una parte inocente de culpa, en la medida en que, si no tuviese que acudir a ella, podría vivir tranquilamente para mi trabajo y no tendría que pasarme allí las seis horas diarias, que me han torturado especialmente los viernes y los sábados hasta un extremo que usted no puede imaginar, completamente entregado como estoy a mis propios asuntos. Al fin y al cabo, lo sé muy bien, todo esto no es más que palabrería, el culpable soy yo, y la oficina tiene respecto a mí las más claras y justificadas exigencias. Pero precisamente para mí esto supone una terrible doble vida, la única salida de la cual es probablemente la locura. Escribo esto a la amable luz matutina, y es seguro que no lo escribiría si no fuese tan cierto y si no le quisiera a usted como un hijo.

Por lo demás, mañana volveré a estar seguramente normal e iré a la oficina, donde lo primero que oíré será que usted quiere sacarme de su departamento.

19 de febrero. La especial naturaleza de mi inspiración, bajo la cual yo, el más venturoso y el más desventurado de los seres, me acuesto ahora, a las dos de la madrugada (tal vez si consigo soportar su idea, perdurará, porque es superior a todas las anteriores) es tal, que soy capaz de todo, no sólo de entregarme a una obra determinada. Cuando escribo indiscriminadamente una frase, por ejemplo «se asomó a la ventana», esta frase me sale ya perfecta.

«¿Te quedarás aún mucho rato?», pregunté. Con esta súbita, me saltó un poco de saliva de la boca, como un mal presagio.

«¿Te molesta? Si te molesta o tal vez te impide subir, me voy inmediatamente; de lo contrario, me quedaré aquí con mucho gusto, porque estoy cansado.»

Después de todo, él podía sentirse satisfecho, y tanto más satisfecho cuanto mejor le conociera yo. Porque él me conocía evidentemente cada vez más a fondo y sin duda se me podía meter en el bolsillo con todos mis conocimientos. ¿Cómo, si no, podía explicarse que yo permaneciese aún en la calle, como si ante mí no hubiera un edificio, sino un fuego? Cuando a uno le invitan a una reunión, uno penetra simplemente en la casa, sube la escalera y apenas si se da cuenta de ello, tan sumido está en sus pensamientos. Sólo así actúa uno correctamente ante sí mismo y ante la sociedad.

20 de febrero. Mella Mars en el «Lucerna». Una graciosa actriz trágica que, en cierto modo, actúa en un escenario puesto al revés, como se presentan a veces las actrices trágicas detrás de la escena. Al hacer su aparición, tiene un rostro cansado, viejo, vacío y también como achatado, lo que suele ser el arranque natural de todos los actores conscientes. Habla con mucha energía, y también son bruscos sus ademanes, empezando por el pulgar en ángulo, que parece tener tendones duros en lugar de huesos. Insólita capacidad de transformación de su nariz por las luces que cambian, y concavidades de los músculos que juegan en todas las direcciones. A pesar de los eternos rayos de sus gestos y palabras, acentúa con delicadeza.

Las ciudades pequeñas tienen también pequeños alrededores para los paseantes.

Los jóvenes, limpios, bien vestidos jóvenes que pasaban por mi lado en el Promenoir me recordaban mi juventud, y por ello me produjeron una impresión repugnante.

Cartas de juventud de Kleist, a los veintidós años. Abandona el estado militar. En casa le preguntan ¿con qué carrera vas a ganarte el pan?, porque consideraban que era algo natural. Puedes elegir entre jurisprudencia y ciencias políticas. Pero, ¿tienes buenas relaciones en la Corte? «Al principio dije que no, algo confuso, pero luego declaré con tanto mayor orgullo que, aun en el caso de tener buenas relaciones, habría de darme vergüenza contar con ellas, de acuerdo con mis actuales ideas. Se sonrieron y me di cuenta de que me había precipitado. Hay que guardarse de manifestar estas verdades.»

21 de febrero. Mi vida aquí es como si estuviese totalmente seguro de una segunda vida, del mismo modo que, por ejemplo, me consolé de mi malograda estancia en París con la idea de que procuraría volver allí pronto. Al mismo tiempo, la visión de las zonas de luz y sombra en el pavimento de la calle, claramente delimitadas.

Durante unos instantes, me sentí como metido en una armadura.

Qué lejos están de mí, por ejemplo, los músculos braquiales.

Marc Henry — Delvard. El sentimiento trágico producido en el espectador por la sala vacía favorece el efecto de las canciones tristes, perjudica las alegres. Henry dice el prólogo mientras la Delvard, tras una cortina transparente, cosa que ella no sabe, se arregla el pelo. — En las funciones poco concurridas, W., el empresario, parece tener encanecida su barba asiria, generalmente negrísima. — Es bueno dejarse exaltar por un temperamento como el suyo; es algo que se mantiene durante veinticuatro horas, no, no tanto. — Gran ostentación de trajes, trajes bretones, la falda inferior es la más larga, de suerte que se puede calcular la riqueza desde lejos. — Como han querido ahorrarse un acompañante, acompaña primero la Delvard, con un vestido verde muy escotado, y tiene frío. — Gritos callejeros parisienses. Se han eliminado los vendedores de periódicos. — Alguien me interpela; antes de que me dé tiempo a respirar, se despide de mí. — La Delvard es ridícula; tiene la sonrisa de las solteronas, una solterona del cabaret alemán. Con un chal rojo, que va a buscar tras la cortina, hace la revolución. Poemas de Dauthendey con la misma voz dura, que ni un hacha podría cortar. Sólo al principio, cuando se sentó al piano en una actitud femenina, resultó simpática. Con la canción «a Batignolles» sentí a París en mi garganta. Batignolles debe de producir grandes rentas, incluso a sus apaches. Bruant ha dedicado a cada barrio su canción.

El mundo urbano

Oskar M., un estudiante de cierta edad —al mirarlo de cereal lo espantaban a uno sus ojos— se detuvo una tarde de invierno en medio de la nieve, en una plaza vacía, con sus ropas de invierno, el gabán encima, una bufanda en torno al cuello y una gorra de piel en la cabeza. Parpadeó al reflexionar. Se había abandonado hasta tal punto a sus pensamientos, que de improviso se quitó la gorra y se acarició la cara con su rizada piel. Finalmente pareció llegar a una conclusión y, con un giro de bailarín, se volvió para regresar a casa.

Al abrir la puerta de la sala de estar de su casa paterna, vio a su padre, un hombre pulcramente afeitado, con un pesado rostro carnosos, dirigido hacia la puerta; estaba sentado ante una mesa vacía. «Al fin», dijo éste, apenas Oskar hubo puesto el pie en la habitación, «quédate, te lo ruego, junto a la puerta, porque estoy tan furioso contigo que no respondo de mí.»

«Pero, padre», dijo Oskar, y sólo al hablar notó que se había cansado corriendo.

«Silencio», gritó el padre y se levantó, cubriendo una ventana. «Silencio, te ordeno. Y no me vengas con tus "peros", ¿entiendes?» Entonces agarró la mesa con ambas manos y la acercó un paso a Oskar. «No soporto ya por más tiempo tu vida de crápula. Soy un anciano. Pensaba que en ti tendría un consuelo para mi vejez, pero me resultas peor que todas mis enfermedades. ¡Vaya un hijo que con su pereza, su prodigalidad, su maldad y (por qué no decirlo francamente) su estupidez, está llevando a la tumba a su propio padre!» Aquí, el padre enmudeció, pero movía el rostro como si aún continuase hablando.

«Querido padre», dijo Oskar, y avanzó con precaución hacia la mesa, «tranquilízate, todo se arreglará. Hoy he tenido una idea que me convertirá en un hombre tan activo como puedas desear.»

«¿Cómo?», preguntó el padre, y miró hacia una esquina de la habitación.

«Confía en mí; durante la cena te lo explicaré todo. En mi interior he sido siempre un buen hijo, pero nunca pude demostrarlo en lo exterior; esto me amargaba de tal modo, que prefería disgustarte, si no podía darte satisfacciones. Pero ahora, permíteme que dé un pequeño paseo, para que se me aclaren las ideas.»

El padre, que en el primer momento, al prestar atención, se había sentado en el borde de la mesa, se levantó. «No creo que lo que ahora me has dicho tenga mucho sentido; más bien lo considero pura charlatanería. Pero al fin y al cabo eres mi hijo. No tardes, cenaremos en casa y entonces podrás exponerme el asunto.»

«Esta pequeña confianza me basta y te la agradezco de todo corazón. Pero, ¿no se ve en mi simple forma de mirar que estoy completamente ocupado en un asunto serio?»

«Por el momento no veo nada», dijo el padre. «Pero puede que sea culpa mía, porque he perdido incluso el hábito de mirarte.» Al propio tiempo, como era su costumbre, hacía notar cómo pasaba el tiempo dando unos golpes regulares en la mesa. «Pero lo fundamental es que ya no tengo la menor confianza en ti, Oskar. Si alguna vez te grito —cuando entraste, te he gritado, ¿no es así?— no lo hago con la esperanza de poder mejorarte, lo hago sólo pensando en tu pobre y buena madre, que tal vez no siente ahora una pena inmediata por ti, pero a quien destruye lentamente el simple esfuerzo de ahuyentar esta pena, pues ella cree que con ello presta alguna ayuda. Aunque, en definitiva, son cosas que tú sabes muy bien y que, por simple consideración hacia mí mismo, no habría vuelto a recordarte, si no me hubieses incitado a ello con tus promesas.»

Mientras pronunciaba estas últimas palabras, entró la criada a vigilar el fuego de la chimenea. Apenas hubo salido de nuevo, Oskar exclamó: «¡Pero, padre! No podía esperarlo. Si hubiese tenido únicamente una pequeña idea, digamos una idea sobre mi tesis, que ya lleva diez años en el cajón y necesita ideas como las comidas necesitan sal, es posible, aunque no probable, que yo, como ha ocurrido hoy mismo, hubiese regresado a

casa de mi paseo y te hubiese dicho: Padre, por suerte he tenido esta idea o esta otra. Entonces, si tú, con tu venerable voz, me hubieses lanzado a la cara los reproches de antes, yo habría eliminado de un soplo mi idea e inmediatamente me habría tenido que largar con cualquier excusa o sin ella. ¡Ahora, en cambio! Todo lo que dices contra mí favorece mis ideas, no cesan de llenarme la cabeza cada vez más fuertes. Me iré, porque únicamente la soledad me permitirá ponerlas en orden.» Al respirar, tragó el aire de la cálida habitación.

«También puede tratarse de alguna canallada que se te haya metido en la cabeza», dijo el padre con los ojos muy abiertos, «y en tal caso no creo que te suelte. En cambio, si algo bueno anda perdido en tu interior, se te esfumará durante la noche. Te conozco.»

Oskar hizo girar la cabeza como si alguien le agarrase por el cuello. «Déjame ahora. Estás hurgando en mí sin fundamento alguno. La simple posibilidad de predecir correctamente cómo voy a acabar, no debería realmente inducirte a perturbarme en mis buenos pensamientos. Puede que mi pasado te dé derecho a ello, pero no deberías aprovecharte de él.»

«Tú, mejor que nadie, ves lo grande que debe de ser tu inseguridad, puesto que te obliga a hablar así contra mí.»

«Nada me obliga», dijo Oskar, y sintió una sacudida en la nuca. Luego se acercó tanto a la mesa que no se supo ya a quién pertenecía. «Lo que he dicho, lo he dicho por respeto e incluso por amor hacia ti, como podrás ver más adelante, porque en mis decisiones tiene una parte fundamental la consideración hacia ti y hacia mamá.»

«Entonces tendré que agradecértelo ahora mismo», dijo el padre, «porque es muy probable que tu madre y yo no estemos en condiciones de hacerlo cuando llegue el momento.»

«Por favor, padre, deja que el futuro siga todavía durmiendo como merece. Ya que si uno lo despierta antes de tiempo, tiene entonces un presente dormido. ¡Que sea tu hijo el primero que tenga que decírtelo! Por lo demás, tampoco quería convencerte aún, sino darte simplemente la noticia. Y esto, al menos, lo he conseguido, como tú mismo debes admitir.»

«Ahora, Oskar, hay otra cosa que también me sorprende: que no hayas venido a verme más a menudo con un asunto semejante al de hoy. Concuerda con la personalidad que has tenido hasta el presente. No, de veras que lo digo muy en serio.»

«Sí, y entonces me habrías molido a palos en lugar de escucharme. Dios sabe que he acudido a ti corriendo para darte una alegría. Pero nada puedo revelarte hasta que mi plan no esté completamente listo. ¿Por qué me castigas, pues, por mis buenas intenciones y me pides unas explicaciones que, en este momento, sólo podrían perjudicar la realización de mi proyecto?»

«Calla, no quiero saber nada. Pero debo responderte con toda celeridad, porque retrocedes hacia la puerta y, al parecer, te propones algo muy urgente: con tu treta, has aplacado mi primera explosión de ira, pero he aquí que ahora me siento aún más triste que antes y por esta razón te suplico —si insistes puedo incluso juntar las manos— que al menos no digas nada a tu madre de tus ideas. Que te baste conmigo.»

«No es mi padre el que habla así», gritó Oskar, que ya había apoyado el brazo en el picaporte. «Desde este mediodía, algo te ha ocurrido, o eres un desconocido a quien encuentro por primera vez en la habitación de mi padre. Mi verdadero padre» —Oskar se calló unos instantes con la boca abierta— «me habría dado sin duda un abrazo y habría llamado a mi madre. ¿Qué te pasa, padre?»

«Mejor será que cenes con tu verdadero padre, digo yo. Resultará más divertido.»

«Ya vendrá. A la larga, no puede dejar de venir. Y mi madre tiene que estar presente. Y Franz, a quien voy a buscar ahora mismo.» E inmediatamente Oskar empujó con el hombro la puerta, que se abría con facilidad, como si se hubiese propuesto hundirla.

Una vez en casa de Franz, saludó con una inclinación a la diminuta patrona y le dijo: «El señor ingeniero duerme, lo sé, pero no importa», y sin ocuparse de la mujer que, descontenta con la visita, andaba sin objeto de un lado a otro del vestíbulo, abrió la puerta vidriera que, como si la hubiesen tocado en un punto muy sensible, tembló en su mano, y gritó sin que le preocupase el interior de la estancia, que apenas veía aún: «A levantarse, Franz. Necesito tu consejo profesional. Pero aquí en tu cuarto no lo soporto, tenemos que salir a dar un pequeño paseo, y además debes quedarte a cenar con nosotros. Venga, rápido.»

«Con mucho gusto», dijo el ingeniero desde su sofá de piel, «pero, ¿qué es lo primero que hay que hacer? ¿Levantarse, cenar, pasear, dar un consejo? Y aún debe de haber algo más que se me «a pasado por alto».

«Ante todo, no bromear, Franz. Es lo más importante, y lo había olvidado.»

«Este favor puedo hacértelo en seguida. ¡Pero, levantarme! Por ti, preferiría cenar dos veces antes que levantarme una sola.»

«¡Pues ya te estás levantando! No me repliques.» Oskar agarró al débil individuo por las solapas de la chaqueta y lo hizo sentar.

«Estás loco de atar. Con todos mis respetos. ¿Alguna vez te he arrancado así del sofá?» Se frotó los ojos cerrados con ambos meñiques.

«Pero, Franz», dijo Oskar con el rostro contraído, «vístete ya. No soy tan necio como para haberte despertado sin motivo.»

«Tampoco yo dormía sin motivo. Ayer tuve turno de noche, y hoy pierdo la siesta, también por tu causa...»

«¿Qué?»

«Que ya empieza a fastidiarme la poca consideración que tienes conmigo. No es la primera vez. Naturalmente, eres un estudiante libre y puedes hacer lo que quieras. No todo el mundo tiene tanta suerte. Pero al menos podrías tener más consideración, ¡diablos! Es verdad que soy amigo tuyo, pero no por ello me han desposeído aún de mi trabajo.» Para demostrarlo, movía de un lado a otro las manos abiertas, mostrando las palmas.

«Después de toda esta palabrería, ¿no he de creer que has dormido ya más de lo suficiente?», dijo Oskar, que se mantenía de pie, pegado a uno de los postes de la cama, desde donde contemplaba al ingeniero como si tuviera un poco más de tiempo que antes.

«Bueno, en realidad, ¿qué quieres de mí? O mejor dicho, ¿por qué me has despertado?», preguntó el ingeniero, y se frotó el cuello con energía bajo su barba de chivo, con esta relación más íntima que uno tiene con su cuerpo después de dormir.

«¿Qué quiero de ti?», dijo Oskar en voz baja, y dio a la cama un golpe con el tacón. «Muy poca cosa. Te lo dije ya desde el vestíbulo: que te vistas.»

«Si con ello pretendes insinuar, Oskar, que tu noticia me interesal muy poco, estás en lo cierto.»

«Tanto mejor. Así el incendio que provocará en ti arderá por su propia cuenta, sin que intervenga para nada nuestra amistad. Además, la información será más clara. Necesito una información, clara, no lo pierdas de vista. Por otra parte, si buscas tu cuello y tu corbata, están ahí, en aquella silla.»

«Gracias», dijo el ingeniero, y empezó a ponerse el cuello y la corbata, «después de todo, uno puede confiar en ti.»

26 de marzo. Conferencias teosóficas del doctor Rudolf Steiner, Berlín. Efecto retórico: cómodo coloquio sobre las objeciones de los oponentes; al oyente le asombra tan intensa oposición; el oyente es asaltado por la inquietud, total submersión en dichas objeciones, como si no existiera otra cosa; el oyente considera ahora de todo punto imposible una refutación y está más que satisfecho con una somera descripción de la posibilidad de

defensa. Este efecto retórico corresponde por lo demás a la prescripción de una atmósfera devocional. — Persistente contemplación de la palma de la mano extendida. — Supresión del punto final. Por lo general, la frase hablada se inicia con su gran mayúscula en el orador, se dobla cuanto puede hacia los oyentes en su posterior desarrollo y regresa al orador con el punto final. Pero si se suprime el punto, la frase, sin sostén, se lanza de manera inmediata, con toda la fuerza de su aliento, sobre los oyentes.

Con anterioridad, conferencia de Loos y de Kraus.

En las narraciones europeas occidentales, así que se pretende incluir unos grupos de judíos, estamos acostumbrados a buscar y a encontrar inmediatamente la solución de la cuestión judía por debajo o por encima de lo narrado. No obstante, en *Las judías* (de Brod) no aparece dicha solución y ni siquiera se conjetura, porque precisamente los personajes que se ocupan de esta cuestión están muy alejados del centro neurálgico del relato, en una zona donde los acontecimientos se desenvuelven con mayor celeridad, de suerte que, aunque podamos observarlos aún con detenimiento, no tenemos ya la oportunidad de obtener de ellos una información circunstanciada de sus aspiraciones. Mirándolo por encima, reconocemos en ello un defecto de la narración y nos sentimos tanto más autorizados a formular tal punto de vista, cuanto que hoy, desde la existencia del sionismo, las posibilidades de solución se ordenan con tanta claridad en torno al problema judío, que al escritor le habría bastado con dar unos pasos para hallar una solución acorde con su relato.

Pero este defecto nace de otro. A *Las judías* le faltan los espectadores no judíos, esos hombres respetables que sirven de contraste, que en otras narraciones proyectan hacia el exterior lo específicamente judío, que avanza hacia ellos con admiración, duda, envidia, terror y, finalmente, produce la confianza en uno mismo y, en todo caso, sólo frente a ellos puede erguirse en toda su extensión. Es esto lo que pedimos, y no sabemos ver otra solución de todo este judaísmo. Tampoco nos remitimos a este sentimiento únicamente en este caso; es algo general, al menos en cierto sentido. Así nos encanta también sobremanera, cuando andamos por un camino en Italia, la estremecida aparición de una largartija ante nuestros pasos, y siempre que ello ocurre, deseamos agacharnos; pero si las vemos a centenares en la tienda de un comerciante, arrastrándose entre los grandes frascos donde se suelen guardar los pepinos, entonces no sabemos cómo tomarlo.

A ambos defectos viene a unirse un tercero. *Las judías* se permite prescindir del joven que se sitúa en primer plano, que suele atraer hacia sí a lo mejor de la narración, y lo conduce, en una hermosa irradiación, hasta los límites del círculo judío. En esto, precisamente, no transigimos: en el hecho de que la narración pueda prescindir de este joven; aquí presentimos un defecto, más que verlo realmente.

28 de marzo. El pintor P. Karlin, su mujer, dos anchos y grandes incisivos superiores que aguzan el rostro grande, más bien plano; la señora del Consejero de Corte B., madre del compositor, a quien la vejez hace resaltar su sólida osamenta, hasta el punto de que, al menos cuando está sentada, parece un hombre.

El doctor Steiner es reclamado en gran medida por sus discípulos ausentes. — Durante la conferencia es insistentemente rodeado por los muertos. ¿Ansia de saber? ¿Es que realmente lo necesitan? Parece evidente... Duerme dos horas. Desde que una vez le cortaron la luz eléctrica, siempre lleva una vela consigo. — Estaba muy próximo a Cristo. — En Munich, escenificó su pieza teatral (puedes estudiarla un año entero y no la entenderás), él mismo diseñó los trajes, escribió la música. — Instruyó a un químico. — Löwy Simon, vendedor de jabón en París, Quai Moncey, recibió de él los mejores consejos

comerciales. Tradujo sus obras al francés. De ahí que la Señora Consejera anotase en su agenda: «¿Cómo llegar al conocimiento de mundos superiores? En casa de S. Löwy, en París.»

En la Logia de Viena hay un teósofo de sesenta y cinco años, de una fuerza gigantesca, que fue gran bebedor y duro de cabeza; siempre tiene fe y siempre tiene dudas. Debió de ser muy divertido cuando, una vez, durante un congreso en Budapest, mientras cenaban en el Blocksberg en una noche de luna y se les apareció inesperadamente el doctor Steiner, él se escondió aterrado, con su jarro en la mano, detrás de un barril de cerveza (aunque el doctor Steiner no se enfadó por ello).

Puede que no sea el primer investigador actual del espiritismo, pero sólo a él le han asignado la tarea de armonizar la teosofía con la ciencia. Por esta razón lo sabe todo. — A su aldea natal llegó una vez un botánico, gran maestro del ocultismo. Fue él quien le iluminó. — El hecho de que yo fuese a ver al doctor Steiner me fue comentado por la dama como un inicio de reminiscencia. — El médico de la dama, cuando en ella se manifestaron los primeros atisbos de gripe, le pidió un remedio al doctor Steiner, se lo recetó a la dama y la curó inmediatamente. — Una francesa se despidió de él con un *Au revoir*. El doctor hizo un movimiento con la mano a espaldas de ella. Ella murió a los dos meses. Otro caso parecido en Munich. — Un médico de Munich cura con colores que decide el doctor Steiner. También envía enfermos a la pinacoteca con la orden de concentrarse durante media hora, o más, ante un cuadro determinado.

Fin del mundo atlántico, fin del mundo lemuriano, y ahora el fin a causa del egoísmo. — Vivimos una época decisiva. El experimento del doctor Steiner será un éxito, sólo con que las fuerzas de Ahrimán no le tomen la delantera. — Consume dos litros de leche de almendras y frutas que crecen en las alturas. — Se comunica con sus discípulos ausentes mediante formas mentales que les envía sin ocuparse más de ellas después de producirlas. Pero pronto se gastan y tiene que reemplazarlas por otras.

Señora F.: «Tengo mala memoria.»

Doctor St.: «No coma huevos.»

Mi visita al doctor Steiner.

Una mujer espera ya (en el segundo piso del Hotel Victoria, en la Jungmannstrasse), pero me pide con insistencia que entre antes que ella. Esperamos. Aparece la secretaria y nos da ánimos. Miro a través del corredor y lo veo. Inmediatamente se dirige hacia nosotros con los brazos semiextendidos. La mujer dice que yo estaba primero. Sigo sus pasos y me hace entrar en su habitación. Su negra levita cruzada, que en las conferencias parece como lustrosa por el uso (no es lustrosa, sino brillante por la pureza de su color negro) aparece ahora, a la luz del día (las tres de la tarde) polvorienta e incluso con manchas, especialmente en la espalda y en los hombros.

En su habitación, intento demostrar mi humildad, que no puedo sentir, buscando un lugar ridículo para mi sombrero; lo dejo sobre un pequeño escabel que sirve para atarse los cordones de las botas. Mesa en el centro, me siento con la vista orientada hacia la ventana, y él en el lado izquierdo de la mesa. En la mesa, papeles con algunos dibujos que recuerdan los de las conferencias sobre fisiología ocultista. Un número de *Anales de filosofía naturalista* encima de un pequeño montón de libros, que parecen estar también esparcidos por otros lugares. Pero uno no puede mirar a su alrededor, porque él intenta retenerle constantemente a uno con sus ojos. Y si alguna vez deja de hacerlo, hay que estar atento al retorno de su mirada. Empieza con unas cuantas frases sueltas: ¡Ah! ¿Es usted el doctor Kafka? ¿Hace mucho que se interesa por la filosofía?

Pero yo me lanzo con la alocución que llevo preparada: Siento que una parte importante de mi ser tiende hacia la teosofía, pero al mismo tiempo ésta me produce un miedo terrible.

La verdad es que temo que de ella me venga una nueva confusión. Esta confusión radica en lo siguiente: mi felicidad, mis aptitudes y cualquier posibilidad de ser útil en algún aspecto residen desde siempre en lo literario. Y es en este campo donde, por lo demás, he vivido situaciones (no muchas) que, en mi opinión, están muy cerca de los estados visionarios que usted describe, doctor. En ellos vivo totalmente en cada una de mis ideas, pero con ellos he llenado también cada una de estas ideas; y en ellos, me siento transportado no sólo a los límites de mí mismo, sino a los límites de lo humano como tal. A estos estados sólo les faltaba, aunque tampoco les faltaba del todo, esa serenidad del entusiasmo que probablemente es propia del vidente. De este hecho deduzco que no he escrito lo mejor de mis obras en tales estados. — O sea que no puedo entregarme completamente a este trabajo literario, como debería ser, y no puedo hacerlo así por razones diversas. Al margen de mis relaciones familiares, yo no podría vivir de la literatura a causa de la larga gestación de mis trabajos y de su carácter insólito; además, mi salud y mi carácter me impiden asimismo entregarme a una vida que, en el mejor de los casos, sería incierta. Por ello soy funcionario de un organismo de seguros sociales. Pero resulta que estas dos profesiones nunca pueden tolerarse entre sí ni dar lugar a una feliz convivencia. La mejor suerte en una de ellas viene a convertirse en una gran desgracia en la otra. Si una noche he escrito algo bueno, lo quemo al día siguiente en la oficina y no puedo acabar nada. Este ir y venir es cada vez más desagradable. En la oficina cumplo con mis obligaciones externas, pero no con mis obligaciones internas, y toda obligación interna no cumplida se convierte en una desdicha que ya no se aparta de mí. Y a esas dos aspiraciones que nunca se equilibran, ¿debo añadir una tercera, la teosofía? ¿No perturbará a las otras dos, siendo a su vez perturbada por ellas? ¿Podré yo, que ya ahora soy tan desgraciado, llevar las tres a feliz término? He venido, doctor, a preguntárselo, porque presiento que, si usted me considera capaz de ello, puedo realmente intentar la empresa.

Me escuchó con extrema atención, sin observarme aparentemente en lo más mínimo, concentrado del todo en mis palabras. Asentía de vez en cuando, cosa que parecía considerar un recurso para concentrarse mejor. Al principio le producía molestias un resfriado silencioso, se le humedecía constantemente la nariz y no cesaba de hurgarla con el pañuelo hasta el fondo, con un dedo metido en cada agujero.

27 de mayo. Hoy es tu cumpleaños, pero ni siquiera te mandol el libro habitual, porque esto sería pura simulación; en el fondo, ni siquiera estoy en condiciones de regalarte un libro. Sólo porque tengo tanta necesidad de estar cerca de ti, aunque no sea más que con esta carta, te escribo, y he empezado con la lamentación únicamente para que me reconozcas en seguida.

15 de agosto. Todo el tiempo que ha pasado y en el cual no he escrito ni una sola palabra, ha sido para mí tan importante porque, en las escuelas de natación de Praga, Königsaal y Czernoschitz, he dejado de avergonzarme de mi cuerpo. Con cuánto retraso intento ahora, a los veintiocho años, recuperar en mi educación el tiempo perdido; en una carrera dirían que he tomado la salida retrasado. Y tal vez lo malo de semejante infortunio no consiste precisamente en que uno no triunfe; esto último es simplemente el núcleo todavía visible, claro y sano de la desgracia, que luego se disuelve progresivamente y se vuelve ilimitada, arrastrándole a uno hacia el centro del círculo, cuando aún debería contornearlo. Por lo demás, en esta época que también ha sido dichosa en una pequeña parte, he observado en mí otras muchas cosas, e intentaré exponerlas durante los días que siguen.

20 de agosto. Tengo la infortunada creencia de que me falta tiempo para realizar el menor trabajo bueno, porque realmente me falta tiempo para una historia, para extenderme en todas direcciones, como debería hacerlo. Pero después vuelvo a creer que mi viaje me dará mejores resultados, que comprenderé mejor las cosas si me relajo escribiendo un poco, y por ello vuelvo a intentarlo.

Cuando le miraba, adivinaba los esfuerzos que había aceptado por mi causa y que ahora, tal vez porque estaba cansado, le daban esa seguridad. ¿No habría bastado un pequeño esfuerzo más, para que el engaño hubiese tenido éxito? ¿Lo tenía ya ahora? ¿Me defendí entonces? Ciertamente estaba de pie, inexorable, frente a esta casa, pero no menos inexorablemente me resistía a entrar en ella. ¿Esperaba a que los invitados saliesen a buscarme cantando?

He leído algo sobre Dickens. ¿Es tan difícil? ¿Puede comprender quien está fuera el hecho de que uno viva dentro de sí mismo una historia desde su comienzo, desde el remoto punto de partida hasta la locomotora de acero, carbón y vapor, que se aproxima, y que ni siquiera entonces la abandone, sino que quiera ser perseguido por ella y aún le quede tiempo para ello, o sea que ella le acosa y él corre delante por propio impulso, dondequiera que ella se lance y dondequiera que uno la atraiga?

No puedo comprenderlo y ni siquiera creerlo. Vivo únicamente a ratos en una pequeña palabra, en cuya vocal modificada —en la palabra «lance» («stósst»), escrita más arriba— pierdo, por ejemplo, mi inútil cabeza durante un segundo. La primera y la última letra son el principio y el fin de esa sensación mía que es como un pecado.

24 de agosto. Sentarse con unos amigos en la mesa de un café, al aire libre, y mirar en la mesa contigua a una mujer que acaba de llegar; respira con dificultad bajo unos grandes pechos y se sienta con el rostro acalorado, moreno, brillante. Echa hacia atrás la cabeza y se hace visible un bozo considerable; vuelve los ojos hacia arriba, casi como cuando mira quizás algunas veces a su marido, que ahora está leyendo a su lado una revista ilustrada. Ojalá pudiera uno convencerle de que, al lado de su mujer, en el café, se puede leer a lo sumo el periódico, pero nunca una revista ilustrada. En un momento dado, ella tiene conciencia de su opulencia física y se aparta un poco de la mesa.

26 de agosto. Mañana tengo que salir para Italia. Esta noche mi padre estaba tan agitado que no podía dormirse, dominado completamente por las preocupaciones del negocio y por la enfermedad que éstas le han agudizado. Un paño húmedo sobre el corazón, vómitos, ahogo, paseos inquietos entre suspiros. La madre, en su angustia, encuentra un nuevo consuelo que darle. Siempre ha sido tan enérgico, siempre ha superado todas las dificultades, y ahora... Yo digo que los apuros del negocio sólo pueden durar unos tres meses más y que luego se arreglará todo. El anda de un lado a otro suspirando y meneando la cabeza. Está claro que, desde su punto de vista, nosotros no vamos a quitarle las penas, ni siquiera a aliviárselas, pero también desde nuestro punto de vista, aun con la mejor voluntad, nos queda siempre algo de la triste convicción de que es él quien debe ocuparse de su familia... Con sus frecuentes bostezos o con su acción de meterse los dedos en la nariz, no tan repugnante después de todo, mi padre consigue un pequeño alivio, apenas consciente, de su estado; sin embargo, no hace normalmente tales cosas cuando está bien de salud. Ottla me lo ha confirmado... Mi pobre madre tendrá que ir a suplicar mañana al dueño de la casa.

Entre esta anotación y la anterior se encuentra el Diario del viaje a París-Lugano-Erlenbach. La anotación, por su parte, tiene relación con el proyecto de la novela *Ricardo y Samuel*, nacido durante dicho viaje (véase *La condena*).

Era ya una costumbre de los cuatro amigos, Robert, Samuel, Max y Franz, utilizar cada verano u otoño su breve período de vacaciones para hacer un viaje juntos. Durante el resto del año, su amistad consistía en que les gustaba reunirse una noche a la semana, generalmente en casa de Samuel, que, por ser el más acomodado, tenía una habitación más grande; se contaban cosas y bebían cerveza con moderación. A medianoche, cuando se separaban, nunca habían acabado de contárselo todo; porque Robert! era secretario de una entidad, Samuel empleado en una oficina comercial, Max funcionario público y Franz empleado de banca, de suerte que casi todo lo que a cada uno de ellos le había ocurrido en el trabajo durante la semana, no sólo era ignorado por los otros tres y había que contárselo sin tardanza, sino que además resultaba incomprensible sin una explicación pormenorizada. Pero la diversidad de sus profesiones comportaba principalmente que cada uno de ellos se viese obligado a describir una y otra vez el propio trabajo a los demás, porque, siendo como eran unas débiles criaturas humanas, nunca acababan de entender del todo estas descripciones, y precisamente por ello, y también por su buena amistad, ellos mismos las exigían una y otra vez.

En cambio, raras veces se dedicaban a hablar de mujeres, porque, aunque Samuel, personalmente, habría encontrado placer en ello, se guardaba muy bien de exigir que la conversación se adaptase a sus necesidades; en este sentido, la vieja criada que les traía la cerveza aparecía a menudo como una advertencia. Con todo, se reían tanto en aquellas veladas, que Max, mientras regresaban a casa, decía que era una lástima aquella risa continua, puesto que le hacía olvidar las cosas serias que todo el mundo lleva dentro en abundancia. Mientras reímos, pensamos que ya habrá tiempo para las cosas serias. Pero esto no es cierto, porque la seriedad plantea naturalmente a los seres humanos unas exigencias superiores, y era evidente que, en compañía de los amigos, uno también era más capaz de satisfacer esas exigencias superiores que si estaba solo. Era en la oficina donde había que reírse, porque allí uno no tiene nada mejor que hacer. Esta opinión iba dirigida contra Robert, porque trabajaba mucho en su entidad artística, que él tenía que revitalizar, y a la vez descubría en lo viejo las cosas más hilarantes con las que entretenía a sus amigos.

Apenas empezaba, los amigos abandonaban sus asientos, iban a colocarse a su lado o se sentaban a la mesa y reían, especialmente Max y Franz, tan olvidados de sí mismos, que Samuel trasladaba todos los vasos a una mesita lateral. Cuando se cansaban de sus historias, Max se sentaba al piano con súbita y renovada energía, y tocaba, mientras Robert y Samuel se sentaban en la banqueta, a su lado; en cambio Franz, que nada entendía de música, se quedaba solo en la mesa, mirando la colección de postales de Samuel o leyendo el periódico. Cuando las noches eran más cálidas y la ventana podía ya permanecer abierta, solían acercarse los cuatro a la ventana y, con las manos a la espalda, se asomaban a la calle sin permitir que el tránsito, realmente escaso, les distrajera de su conversación. Sólo de vez en cuando regresaba uno a la mesa a echar un trago, o señalaba el pelo ensortijado de dos muchachas sentadas abajo, frente al local, o la luna, que les cogía un poco por sorpresa, hasta que finalmente Franz decía que hacía frío y que había que cerrar la ventana.

En verano se encontraban a veces en un jardín público, se sentaban a una mesa, muy al borde del jardín, donde estaba oscuro, brindaban y, mientras conversaban con las cabezas juntas, apenas si prestaban atención a la lejana banda de música. Luego, cogidos del brazo, volvían a casa con paso uniforme a través de los jardines. Los dos de cada extremo hacían voltear los bastones o golpeaban con ellos los arbustos; Robert los incitaba a cantar, pero

después cantaba solo, cantaba por cuatro, mientras el otro que quedaba en medio se sentía especialmente bien protegido.

Una de aquellas noches, Franz apretó más junto a sí a sus dos vecinos y dijo que era muy bonito estar juntos y que por qué sólo se reunían una vez por semana, cuando tan fácil sería, de no ser posible más a menudo, verse al menos dos veces por semana. Todos estuvieron de acuerdo, incluso el cuarto que, desde su extremo, sólo vagamente había entendido las poco audibles palabras de Franz. Seguro que tal placer compensaría el pequeño esfuerzo que, de vez en cuando, tendría que hacer alguno de ellos. Como si recibiese un castigo por hablar en nombre de todos sin que se lo pidieran, Franz tuvo la impresión de que su voz sonaba a hueco. Pero no dejó de hablar. Y si realmente uno de ellos no podía acudir, peor para él, ya podría consolarse en la reunión siguiente, pero, ¿habían de renunciar por ello a verse los otros? ¿No bastaba con que fuesen tres, o incluso dos, si era preciso? «Naturalmente, naturalmente», dijeron todos. Samuel se soltó de su extremo y se puso delante, a escasa distancia de los otros tres, porque así estaban más juntos. Pero después le pareció que no era así y prefirió volverse a enganchar a un extremo.

Robert hizo una propuesta: «Reunámonos todas las semanas para estudiar italiano. Eso de estudiar italiano lo tenemos decidido, porque ya el año pasado, en el pedacito de Italia donde estuvimos, vimos que nuestro italiano sólo no bastó para preguntar el camino cuando —¿lo recordáis— nos perdimos entre los muros de viñedos de la Campania. Y aun así las personas a quienes preguntamos tuvieron que efectuar los mayores esfuerzos. Así que tenemos que aprender, si queremos volver a Italia este año. No hay otro remedio. ¿Y no es lo mejor estudiar juntos?»

«No», dijo Max, «juntos no aprenderemos nada. Lo sé con la misma seguridad con que tú, Samuel, te muestras partidario del estudio en común.»

«¡Y cómo!», dijo Samuel. «Seguro que juntos aprenderemos mucho, y siempre lamento que no fuésemos ya juntos a la escuela. ¿Sabéis que, en realidad, sólo hace dos años que nos conocemos?» Se inclinó hacia adelante para ver a los otros tres. Habían aminorado el paso y se habían soltado los brazos.

«La verdad es que aún no hemos estudiado nada juntos», dijo Franz. «Y a mí me parece muy bien así. Yo no quiero aprender nada. Pero si tenemos que aprender italiano, mejor que lo haga cada uno por su cuenta.»

«No entiendo», dijo Samuel. «Primero quieres que nos reunamos cada semana, y luego no quieres.»

«Vamos», dijo Max, «yo y Franz queremos simplemente que nuestra convivencia no sea perturbada por el estudio, y que nuestro estudio no se vea perturbado por nuestra convivencia, nada más.»

«Eso es», dijo Franz.

«Además, tampoco nos queda ya mucho tiempo», dijo Max, «estamos en junio y queremos hacer el viaje en setiembre.»

«Por esto, precisamente, deseo que estudiemos juntos», dijo Robert, y miró con los ojos muy abiertos a los dos que tenía en contra. Su cuello, en especial, se volvía flexible cuando le contradecían.

Uno piensa que se describe correctamente, pero sólo hay una aproximación y el diario la corrige.

Probablemente reside en la esencia de la amistad y la sigue como una sombra —uno la recibirá con gusto, otro con pesar, el tercero no la notará siquiera...

26 de setiembre. El dibujante Kubin recomienda como laxante «Regulin», un alga molida que se hincha en el intestino, produce en él vibraciones, o sea que actúa mecánicamente, a diferencia de los efectos químicos, insanos, de otros laxantes, que simplemente desgarran las heces y las dejan por tanto colgando en las paredes intestinales.

Coincidió con Hamsun en casa de Langen. El (Hamsun) ironiza sin motivo. Durante la conversación, sin que nadie le interrumpiese, se puso el pie sobre la rodilla, cogió de la mesa unas grandes tijeras de cortar papel y se cortó las hilachas del borde del pantalón. Lleva ropas raídas, con algún detalle de distinción, como por ejemplo corbata.

Anécdotas de una pensión de artistas en Munich, donde vivían pintores y veterinarios (la escuela de estos últimos quedaba cerca) y donde reinaba tal degradación, que las ventanas de la casa de enfrente, desde donde se gozaba de una buena vista, eran alquiladas. Para satisfacer a estos espectadores, un pensionista saltaba a veces sobre el alféizar y, adoptando la postura de un mono, iba devorando la sopa a cucharadas de la sopera.

Un fabricante de antigüedades falsas, que obtenía el efecto de vejez a fuerza de disparos de perdigones y que dijo de una mesa: ahora basta con que nos tomemos en ella dos o tres cafés y podremos mandarla al Museo de Innsbruck.

Kubin en persona: muy fuerte, cara de expresiones algo monótonas, con la misma tensión de un músculo describe las cosas más diversas. Su edad, estatura y vigor parecen distintos según esté sentado, de pie, en traje o con el sobretodo puesto.

27 de setiembre. Ayer, en la Wenzelsplatz, encuentro con dos muchachas; demasiado tiempo con la vista fija en una de ellas, en tanto que precisamente la otra —como se demostró demasiado tarde— llevaba un abrigo familiarmente suelto, marrón, arrugado, holgado, un poco abierto, tenía un cuello y una nariz delicados, y el cabello era hermoso de un modo que he olvidado ya. — Anciano con pantalones que cuelgan abombados, en el Belvedere. Silba; cuando le miro, deja de hacerlo; al final silba aunque le mire. — El botón grande y hermoso, hermosamente colocado en el extremo inferior de la manga de un vestido de muchacha. El vestido, llevado también de un modo hermoso, ondeando sobre unas botas americanas. Qué pocas veces consigo, algo hermoso, y este botón inadvertido y su ignorante costurera sí lo consiguen. — La narradora, camino del Belvedere; sus ojos vivaces, independientemente de las palabras del momento, abarcaban satisfechos toda la historia, hasta su fin. — Enérgica media vuelta del cuello de una muchacha vigorosa.

29 de setiembre. Diarios de Goethe. Una persona que no lleva un diario se halla en una posición falsa ante un diario. Cuando, por ejemplo, en los diarios de Goethe, lee: «11-1-1797. Todo el día en casa, ocupado en arreglos diversos», le parece que él mismo nunca ha hecho tan poca cosa en un día.

Las observaciones de viaje de Goethe, distintas a las de hoy, porque fueron hechas desde una diligencia y evolucionan de un modo más sencillo con las lentas transformaciones del terreno, y pueden ser seguidas con mucha mayor facilidad incluso por el que no conoce aquellas regiones. Hace su aparición una forma de pensar sosegada, propiamente rural. Dado que el paraje se ofrece incólume, en su carácter innato, al ocupante del vehículo, y también los caminos dividen el campo de un modo mucho más natural que las vías férreas, con las que probablemente guardan la misma relación de los ríos con los canales, tampoco necesita que se produzcan violencias en el espectador, y éste puede verlo sistemáticamente sin gran esfuerzo. De ahí que las observaciones de un momento sean escasas, casi siempre en interiores, donde unas personas determinadas pueden brotar ante nuestros ojos de un modo brusco y sin límites, por ejemplo unos oficiales austríacos en Heidelberg; en cambio el fragmento de los hombres de Wiesenheim se halla más próximo al paisaje, «llevan chaquetas azules y chalecos blancos con flores estampadas» (cito de memoria). Escribe

mucho sobre la cascada del Rhin en Schaffhausen, y en medio, con letras más grandes: «Ideas suscitadas».

Cabaret Lucerna. Lucie König exhibe fotografías con peinados antiguos. Cara estropeada. A veces consigue algo con su nariz respingona, con el brazo en alto y un movimiento giratorio de todos los dedos. Cara estropajosa. — Longen (el pintor Pittermann): chistes mímicos. Un trabajo hecho evidentemente sin alegría, y no obstante tampoco puede ser realizado con tanta desgana, porque entonces no podría hacerse cada noche, sobre todo porque fue ya algo tan desganado en su invención, que no ha dado lugar a ningún esquema suficiente para evitar la aparición, bastante frecuente, de la persona entera. Bonito salto de un clown, sobre una butaca, hacia el vacío de los bastidores laterales. El conjunto recuerda una exhibición en una tertulia de amigos, en la que se aplaude excesivamente un trabajo penoso, insignificante, por un imperativo social, para que la consideración hacia el mínimo que nos da el trabajo nos haga obtener algo fluido y redondeado gracias al máximo de los aplausos. El cantante Vaschata. Tan malo que uno se pierde al contemplarlo. Pero como es un hombre vigoroso, consigue retener a medias la atención del público a base de una fuerza bestial, de la que seguramente sólo yo tengo conciencia.

Grünbaum produce efecto con la desolación, que según dicen es sólo aparente, de su existencia.

Odys, bailarina. Torpe de caderas. Verdadera falta de carnes. Rodillas coloradas, que sólo van bien con la danza «Sensación de primavera».

30 de setiembre. La muchacha de la habitación contigua, anteayer (H. H.). Estaba tendido en el canapé y oí su voz en la linde de la somnolencia. La imaginé abundantemente vestida, no sólo con sus ropas, sino también con toda la habitación contigua, únicamente sus hombros bien torneados, de una desnuda redondez y de una intensa oscuridad, que yo había visto en el baño, se imponían contra su ropa. Durante unos momentos, me pareció que me lanzaba vapor y que llenaba con su vapor toda la habitación contigua. Luego se irguió con un corpino de color ceniza, tan separado del cuerpo en su parte inferior, que uno podía sentarse encima y así, en cierto modo, cabalgar en él.

Otra vez Kubin: la costumbre de repetir en cualquier circunstancia y en tono aprobatorio las últimas palabras del otro, aunque las propias palabras añadidas a lo anterior con una ilación lógica, permitan deducir que uno no está en absoluto de acuerdo con el otro. Fastidioso. — Al escuchar sus numerosas historias, uno puede olvidar lo que vale. Lo recuerda uno de pronto y se asusta. Estábamos diciendo que un local al que deseábamos ir era peligroso; él dijo que no iba; yo le pregunté si tenía miedo, a lo que respondió, tomándome además del brazo: «Naturalmente; soy joven y aún tengo mucha vida por delante.»

Durante toda la noche habló a menudo, y a mi entender con gran seriedad, de mi estreñimiento y el suyo. Pero hacia medianoche, cuando dejé la mano colgando al borde de la mesa, vio una parte de mi brazo y dijo: «¡Pero si está usted realmente enfermo!» Desde este momento me trató con mucha mayor deferencia y más tarde se opuso también a los demás, que querían convencerme para que fuera de p... con ellos. Tras despedirnos, aún me gritó desde lejos: «¡Regulin!»

Tucholsky y Szafranski: el resollante dialecto berlinés, en el que la voz necesita pausas formadas por un «nicht» (¿no?). El primero, un hombre completamente de una pieza, de veintiún años. Desde el balanceo contenido y enérgico de su bastón de paseo, que le levantaba juvenilmente los hombros, hasta el premeditado placer y el desdén que le producen sus propios trabajos de escritor. Quiere ser abogado defensor, ve pocos

obstáculos para ello, y a la vez la posibilidad de vencerlos: su voz clara, que tras el timbre viril de la primera media hora, parece volverse como de muchacha —dudas sobre la propia capacidad para la pose, que sin embargo espera obtener con una mayor experiencia mundana—; finalmente, miedo a una evolución hacia el pesimismo romántico, que ha notado en algunos judíos berlineses de más edad y de su mismo talante; con todo, momentáneamente, no siente nada de esto. Se casará pronto.

Szafranski, discípulo de la Bemhard, mientras delinea y observa, hace muecas que están en relación con lo imitado. Esto me recuerda que, por mi parte, tengo una notable capacidad de transformación, que nadie advierte. Cuántas veces debo de haber imitado a Max. Anoche, cuando iba a casa, de haberme visto como espectador, podría haberme confundido con Tucholsky. Entonces, la personalidad del otro debe de ser tan neta e invisible en mi interior como la figura oculta en uno de esos dibujos con trampa, en el que nunca encontraríamos nada, si no supiéramos que se esconde en ellos. Al producirse tales metamorfosis, me gustaría creer que se me enturbian un poco los propios ojos.

1 de octubre. Ayer, sinagoga de Alt-Neu. Kol Nidre. Murmullos; apagados, como de gente en la Bolsa. En el vestíbulo, una cajita con esta leyenda: «Una callada donación aplaca toda indignación.» Interior propio de una iglesia. Tres devotos judíos, al parecer orientales. En calcetines. Inclınados sobre el libro de rezos, con el manto de las plegarias sobre la cabeza, se han encogido todo lo posible. Dos lloran, ¿conmovidos simplemente por el día de fiesta? Uno de ellos quizá tiene únicamente los ojos doloridos, sobre los que aplica fugazmente el pañuelo, todavía doblado, para volver en seguida a inclınar el rostro sobre el texto. Las palabras no son propiamente ni principalmente cantadas, pero tras las palabras vienen unos arabescos formados con una prolongación, fina como un cabello, de esas mismas palabras. El niño que, sin la menor idea del conjunto y sin posibilidades de orientación, con el rumor en los oídos, se abre paso entre la gente aglomerada, dando y recibiendo empujones. El tipo con aspecto de dependiente de comercio, que reza con rápidas sacudidas, lo que debe interpretarse como un intento de dar a cada palabra el énfasis máximo, aunque tal vez incomprensible, protegiendo así su voz; la cual, de todos modos, no conseguiría una acentuación clara en medio de este ruido. La familia del propietario del burdel. En la sinagoga de Pinkas fui conmovido de un modo incomparablemente más intenso por el judaísmo.

El día antes de anteayer. Una judía de cara pequeña, o mejor dicho, rematada por una pequeña barbilla, pero que se extiende a lo ancho gracias a un amplio peinado ondulado. Las tres puertecitas que comunican el interior del edificio con el salón. Los huéspedes, como en una conserjería de un escenario; bebidas en una mesa, que apenas si nadie toca. La de cara achatada con su vestido anguloso, que sólo muy abajo, en el borde, empieza a moverse. Algunas de las presentes, vestidas como las marionetas de un teatro para niños, de esas que venden en la feria de Navidad, es decir, con volantes y oro aplicados, y cosidos someramente, de suerte que se pueden romper de un tirón y luego se le deshacen a uno entre los dedos. La patrona, con el pelo estirado, de un rubio descolorido, sobre unos postizos sin duda repugnantes, con la nariz marcadamente caída hacia abajo, cuya dirección guarda cierta relación geométrica con los pechos colgantes y el vientre ceñido con rigidez, se queja de dolores de cabeza ocasionados por el hecho de que hoy, sábado, haya tanto barullo para nada.

Sobre Kubin: la anécdota de Hamsun es sospechosa. Tales historias, sacadas a millares de sus obras, se podrían contar como cosas vividas.

Sobre Goethe: las «ideas suscitadas» son simplemente las ideas que le suscita la cascada del Rhin. Se advierte en una carta a Schiller. — La observación aislada y momentánea: «ritmo de castañuelas de los niños con zuecos», ha hecho tanto efecto, se ha aceptado de un modo tan general, que es inimaginable que alguien, aunque nunca hubiese leído tal anotación, pudiera sentir esta observación como una idea propia y original.

2 de octubre. Noche de insomnio. Es ya la tercera de la serie. Me duermo bien, pero una hora después me despierto como si hubiese metido la cabeza en un agujero equivocado. Estoy totalmente desvelado, tengo la sensación de no haber dormido nada o de haberlo hecho sólo bajo una fina membrana; de nuevo veo ante mí el trabajo de volver a dormirme y me siento rechazado por el sueño. Y desde este instante hasta cerca de las cinco, transcurre toda la noche en un estado en el que realmente duermo, pero a la vez me mantienen despierto unos sueños de gran intensidad. Duermo literalmente junto a mí, mientras yo mismo tengo que andar a golpes con los sueños. Hacia las cinco, se ha consumido el último rastro de somnolencia, y ya sólo sueño, lo que resulta más fatigoso que estar en vela. En resumen, me paso toda la noche en el estado en que se encuentra una persona sana unos breves instantes, antes de dormirse realmente. Cuando me despierto, todos los sueños se han congregado en torno a mí, pero evito pasarles revista en mi memoria. Con las primeras luces, suspiro sobre la almohada porque, por esta noche, se ha esfumado toda esperanza. Pienso en las noches a cuyo término era yo sacado del sueño profundo, y despertaba como si hubiese permanecido encerrado en el interior de una nuez.

Esta noche ha sido terrible la aparición de una niña ciega, al parecer hija de mi tía de Leimeritz, que por otra parte no tiene hijas, sino únicamente hijos, uno de los cuales se rompió una vez un pie. En cambio, sí había una relación entre esta niña y la hija del doctor Ms., la cual, como he comprobado últimamente, está en camino de dejar de ser una hermosa niña para convertirse en una muchachita gorda y vestida con envarada afectación. Esta niña, ciega o muy corta de vista, tenía ambos ojos cubiertos por unas gafas; el izquierdo, bajo una lente que quedaba bastante distanciada, era de un color gris lechoso y aparecía abombado; el otro se retraía y se hallaba cubierto por una lente ajustada a él. Para que esta lente quedase ópticamente bien colocada, era necesario utilizar, en lugar del habitual gancho sostenido en la oreja, una palanca cuyo punto de sostén sólo podía fijarse en el pómulo; así, desde la lente bajaba una barrita hasta la mejilla, se introducía en la carne y acababa en el hueso, en tanto que otra barrita de alambre emergía de un lado y retrocedía hasta detrás de la oreja.

Creo que este insomnio se debe únicamente a que escribo. Ya que, por poco y por mal que escriba, estas pequeñas conmociones me sensibilizan; especialmente al caer la noche, y más aún por la mañana, el soplo, la inmediata posibilidad de estados más importantes, más desgarradores, que podrían capacitarme para cualquier cosa, y luego, en medio del fragor general que hay en mi interior y al que no tengo tiempo de dar órdenes, no encuentro reposo. Al fin y al cabo, este fragor no es más que una armonía contenida, reprimida, que, de ser liberada, me llenaría totalmente, y más aún, me desplegaría en la inmensidad y luego me seguiría llenando. Pero hora este estado, junto a unas débiles esperanzas, sólo me causa perjuicios, puesto que mi ser no posee la resistencia suficiente para oportar la actual mescolanza, de día me ayuda el mundo visible, de noche me hace pedazos sin que nadie lo impida. En este aspecto, pienso siempre en París, donde en la época del asedio y posteriormente hasta la Comuna, la población de los suburbios del norte y el este, hasta entonces desconocida para los parisienses, en unos meses, literalmente de hora en hora, avanzó a sacudidas como las agujas de un reloj, llegando al mismísimo centro de París por las calles que la ponían en comunicación con él.

Mi consuelo —y con él me acuesto ahora— es que llevo mucho tiempo sin escribir; que por esta razón no he podido inscribir en mis actuales circunstancias esta actividad literaria; que sin embargo, con un poco de virilidad, tengo que conseguirlo, al menos provisionalmente.

Hoy estaba tan débil que incluso le he contado a mi jefe la historia de la niña. — Ahora recuerdo que las gafas del sueño proceden de mi madre, quien se sienta a mi lado por la noche y, mientras juega a las cartas, me dirige miradas no demasiado agradables bajo sus lentes de pinza. Sus lentes de pinza tienen incluso —lo que no recuerdo haber observado antes— la lente derecha más cerca del ojo que la izquierda.

3 de octubre. Una noche igual, sólo que aún me dormí con mayor dificultad. Al dormirme, un dolor que se movía verticalmente en la cabeza sobre el arranque de la nariz, como producido por una arruga de la frente demasiado apretada. A fin de tener el mayor peso posible, cosa que considero buena para conciliar el sueño, había cruzado los brazos y puesto las manos sobre los hombros, de modo que me hallaba tendido como un soldado con su equipo. Una vez más, la fuerza de mis sueños, que ya en vela irradian sobre el momento de dormirme, fue lo que no me dejó dormir. Por la noche y por la mañana, es imposible calibrar la conciencia de mis facultades poéticas. Me siento vaciado hasta el fondo de mi ser y puedo sacar de mi interior lo que quiera. Esta extracción de unas energías a las que luego uno no deja actuar, me recuerda mi relación con B. También en este caso hay efusiones que no son liberadas, sino que, en su retroceso, deben aniquilarse a sí mismas, sólo que ahora —ésta es la diferencia— se trata de fuerzas más misteriosas y de lo último que queda en mí.

En la Josefsplatz, pasó junto a mí un gran automóvil de turismo con toda una familia apiñada en su interior. Tras el automóvil, con el olor de gasolina, me bañó el rostro un soplo de aire de París.

En la oficina, dictando una extensa circular para un alto mando de la policía del distrito. Al final, que debía encumbrarse, me quedé atascado y no podía hacer otra cosa que mirar a la señorita K., la mecanógrafa, quien, según su costumbre, se volvió especialmente activa, movió su sillón, tosió, tamborileó sobre la mesa con las puntas de los dedos y atrajo así la atención de toda la oficina sobre mi desgracia. La idea buscada tendrá ahora el valor adicional de que debe calmarla a ella, y será tanto más difícil encontrarla, puesto que ha de ser más valiosa. Por fin doy con la palabra «estigmatizar» y con la frase adecuada a ella, pero no dejo que salga aún de mi boca, con tanto asco y tanta vergüenza como si se tratase de carne cruda, de carne cortada de mí mismo (tantos esfuerzos me ha costado). Al fin la digo, pero no me abandona el gran temor de que todo en mí está dispuesto para un trabajo literario y de que este trabajo sería para mí un éxtasis celestial y el inicio de una verdadera vida; en cambio, por culpa de tan miserable documento, he de robar, en esta oficina, un pedazo de su propia carne a un cuerpo capaz de tal felicidad.

4 de octubre. Estoy inquieto y lleno de ponzoña. Ayer, antes de dormirme, tenía en la parte superior izquierda de la cabeza una llamita fría y trémula. Sobre mi ojo izquierdo, hay una tensión que ha adquirido ya carta de naturaleza. Al pensarlo, me parece que no podría aguantar más en la oficina, ni aunque me dijeran que iba a ser libre dentro de un mes. Y sin embargo en la oficina cumplo generalmente con mi obligación, me siento bastante tranquilo cuando puedo estar seguro de la satisfacción de mi jefe y no considero que mi situación sea tan terrible. Por otra parte, anoche me insensibilicé intencionadamente, salí de paseo, leí a Dickens, luego me sentí algo mejor y había perdido

la energía para la tristeza, una tristeza que consideraba justificada, aunque también me parecía verla algo más apartada de mí; ello me daba la esperanza de dormir mejor. Efectivamente, el sueño fue un poco más profundo, pero no suficiente, y menudearon las interrupciones. Para consolarme, me dije que, de hecho, había vuelto a reprimir la gran agitación que hubo en mí; que sin embargo, no quería abandonarme, como me había ocurrido siempre después de semejantes períodos, sino que quería permanecer consciente de los últimos vestigios de aquella agitación, lo que anteriormente no había hecho nunca. Tal vez así pudiera hallar en mi interior una firmeza oculta.

Al anochecer, en la oscuridad de mi cuarto, en el canapé. ¿Por qué se tarda algún tiempo en identificar un color, y luego, cuando la comprensión ha dado el giro decisivo, uno queda siempre inmediatamente convencido de estar viendo dicho color? Si, desde fuera, la luz de la antesala y la de la cocina actúan simultáneamente sobre el vidrio de la puerta, inunda la estancia una luz verdosa, mejor dicho (para no menoscabar la impresión exacta), una luz verdosa que casi llega a la parte inferior de los cristales. Si se apaga la luz de la antesala y sólo se deja la luz de la cocina, entonces el cristal más próximo a la cocina se vuelve azul marino, el otro azul blanquecino, tan blanquecino que se disuelve todo el dibujo en el vidrio opaco (amapolas estilizadas, zarcillos, diversos rectángulos y hojas).

Las luces y sombras proyectadas desde abajo por la luz eléctrica de la calle y el puente sobre las paredes y el techo son desordenadas, en parte deterioradas, superpuestas y difíciles de distinguir. Precisamente cuando instalaron los faroles de arco voltaico abajo y cuando fue amueblada esta habitación, no hubo ninguna ama de casa que tuviese en cuenta el aspecto que tendría mi habitación a esta hora, desde el canapé y sin encender la luz.

El resplandor que proyecta sobre el techo el tranvía eléctrico que pasa por abajo se desplaza blanquecino, vaporoso y con mecánicas sacudidas a lo largo de una de las paredes y del techo, quebrándose en el ángulo. — El globo terráqueo se alza frente al primer reflejo, fresco y pleno, de la iluminación callejera, sobre la cómoda, cuya parte superior aparece bañada en una diáfana luz verdosa; el globo tiene un punto brillante en su curva superficie y un aspecto como si el resplandor fuese excesivo para él, aunque la luz se desliza sobre su tersura y lo deja más bien pardusco, como una manzana de cuero. — La luz de la antesala envía un resplandor que ocupa una gran extensión en la pared, pasando por encima de la cama; queda delimitado por la cabecera que forma una línea ondulada, la cual parece, en este momento, oprimir la cama hacia abajo, ensanchar los postes y elevar el techo de la estancia.

5 de octubre. Por primera vez después de algunos días, la inquietud de nuevo, incluso ante estas líneas. Furor contra mi hermana, que entra en la habitación y se sienta junto a la mesa con un libro. Espera de la primera y mínima ocasión para deshacerse de este furor. Finalmente ella toma una tarjeta de visita de la bandeja y se escarba con ella la dentadura. Con furor decreciente, del que sólo me queda un acre vapor en la cabeza, y con un alivio y una confianza incipientes, me pongo a escribir.

Anoche, en el Café Savoy. (Se trata aquí de una compañía ambulante de actores judíos orientales que, desde entonces, tuvo importancia en la vida y en la evolución de Kafka. La compañía utilizaba para sus actuaciones un pequeño café de poca categoría. En mayo de 1910, pática y yo habíamos visto representaciones semejantes en el mismo café, efectuadas por otra compañía). Reunión de judíos. — La señora K., «imitadora de personajes masculinos». Con caftán, pantalón corto negro, medias blancas, una camisa blanca, de lana fina, que asoma del negro chaleco, abrochada en el pecho por un botón hecho de hebras de hilo, y que luego se abre

formando un cuello ancho, holgado, de largas puntas. Sobre la cabeza, ciñéndole el pelo femenino, pero necesario de todos modos, y también sobre la cabeza de su marido, un gorrito oscuro, sin reborde; encima, un gran sombrero blando, de color negro, con el ala doblada hacia arriba. — En realidad no sé qué personajes representan ella y su marido. Si quisiera explicárselo a alguien a quien no deseara confesar mi ignorancia, diría que los tengo por unos servidores de parroquia, por empleados del templo, haraganes con quienes la comunidad ha llegado a un acuerdo, parásitos privilegiados por alguna razón religiosa, gentes que, a causa de sus correrías inútiles y siempre al acecho, saben muchas canciones, conocen al dedillo las relaciones existentes entre todos los miembros de la comunidad, pero a causa de su falta de conexión con la vida profesional y laboral, no son capaces de emprender nada con tales conocimientos; gentes que son judíos de una manera especialmente pura, sólo porque viven en la religión, pero sin esfuerzo, comprensión ni dolor. Parecen hacer burla de todo el mundo, se ríen cuando acaba de ser asesinado un noble judío, se venden a un renegado, bailan llevándose las manos a las patillas de puro gozo cuando el asesino desenmascarado se envenena y clama a Dios, y todo lo hacen simplemente porque son ligeros como una pluma, porque se derrumban a la menor presión, son sensibles, lloran en seguida con la cara seca (se deshacen en llanto entre muecas); pero así que la presión desaparece, demuestran ser gente sin ningún peso, y tienen que remontarse inmediatamente de un salto.

Por ello deben de haber causado realmente muchas molestias en una obra seria, como lo es el *Meschemed* de Lateiner, porque siempre se plantan con toda su estatura, y a menudo saltando de puntillas con ambas piernas en el aire, en primer término del escenario, y no favorecen la tensión de la obra, sino que la destrozan. Y en cambio, la seriedad de la obra se pone de manifiesto con palabras tan redondeadas, tan equilibradas aun con toda su posible improvisación, tan tensas por un sentimiento unitario, que, aunque la acción se desenvuelva únicamente al fondo de la escena, siempre se salva su significado. Ocurre más bien que, de vez en cuando, los dos de caftán quedan sofocados como corresponde a su naturaleza y, a pesar de sus brazos extendidos y de sus dedos que castañetea, uno ve al fondo, únicamente, al asesino que, con el veneno en el cuerpo y la mano en el cuello de la camisa, por otra parte demasiado ancho, se tambalea hacia la puerta.

Las melodías son largas, el cuerpo se confía, se abandona a ellas con placer. A causa de su longitud, que se produce de un modo ininterrumpido, los movimientos que mejor le van son el balanceo de caderas, los brazos extendidos que suben y bajan siguiendo el compás de una respiración pausada, el acercamiento de las palmas de las manos a las sienes y la huida cuidadosa de todo contacto. Recuerda un poco el Schlapak.

Algunas canciones, la expresión «hijo de Israel», alguna que otra mirada de esta mujer que, desde el podio, por el hecho de ser judía, nos atrae a los espectadores, porque también somos judíos, sin nostalgia o curiosidad por los cristianos, todo ello me produjo un temblor en las mejillas. El representante del gobierno, que con excepción de un camarero y dos criadas situadas a la izquierda del escenario, tal vez sea el único cristiano de la sala, es un pobre hombre, dominado por un tic facial que, especialmente en la parte izquierda del rostro (aunque arrastrando en gran parte la derecha), contrae y distiende la cara con la casi despiadada velocidad, quiero decir con la misma fugacidad que la aguja segundera del reloj, y también con idéntica regularidad. Cuando le llega al ojo izquierdo, casi lo borra. Para esta contracción, se le han desarrollado en la cara, por otra parte completamente ajada, unos pequeños músculos nuevos.

La melodía talmúdica con sus preguntas precisas, sus conjuros o explicaciones: por un tubo pasa el aire y se lleva el tubo, mientras se vuelve hacia el interrogado, desde unos inicios diminutos y remotos, una gran rosca, orgullosa en su totalidad, humilde en sus espirales.

6 de octubre. Dos ancianos en primer término, ante la larga mesa pegada al escenario. Uno de ellos se apoya con ambos brazos en la mesa y sólo ha vuelto hacia la derecha del escenario su rostro, cuyo rubor falso y exagerado, enmarcado por una barba cuadrada, irregular, enmarañada, disimula tristemente su vejez; mientras que el otro, de cara al escenario, echa hacia atrás su rostro, completamente reseco por la edad, manteniéndolo apartado de la mesa, en la que apoya únicamente el brazo izquierdo y mantiene doblado en el aire el brazo derecho, para gozar mejor de la melodía, que sigue con los pies y a la que cede débilmente la pipa corta de su mano derecha. «Tateleben, cantad también», les grita la mujer alternativamente a uno y a otro, inclinándose un poco y tendiéndoles los brazos de un modo incitante.

Las melodías sirven para captar la atención de cualquier persona con ganas de saltar y para dar cabida a todo su entusiasmo sin desgarrarlo, aunque uno no quiera ya creer que se lo producen. Porque especialmente los dos de caftán se apresuran a cantar como si esto les distendiera el cuerpo de acuerdo con sus necesidades más íntimas, y las palmas con que llevan el compás del canto demuestran evidentemente el inmejorable estado de salud personal en el actor. — Los hijos del patrón, en un rincón, mantienen un contacto infantil con la señora K. en el escenario, y cantan con ella, llena la boca de la melodía entre los labios semiabiertos.

La obra: Seidemann, un rico judío, haciendo visiblemente acopio de todos sus instintos criminales, se propuso hacerse bautizar, hace de ello veinte años, y envenenó entonces a su mujer, que no quiso bautizarse a la fuerza. Desde entonces, se ha esforzado por olvidar la jerga judía, que resuena aún, sin intención suya en su habla, especialmente al principio, para que los oyentes lo noten y porque los acontecimientos que se avecinan aún le dejan tiempo para ello, y manifiesta continuamente una gran repugnancia por todo lo judío. Ha destinado su hija al oficial Dragomirov, pero ella, que ama a su primo, el joven Edelmann, en una gran escena donde se yergue en una actitud pétrea e inhabitual que sólo se quiebra en la cintura, explica a su padre que se mantiene fiel al judaísmo, y remata todo un acto de la obra con una carcajada de desprecio por la violencia que pretende hacerle su padre. (Los cristianos de la obra son: un honrado sirviente polaco de Seidemann, que después contribuye a desenmascarar a éste y que es honrado principalmente porque, en torno a Seidemann, deben acumularse los contrastes; el oficial, de quien poco nos dice la obra, aparte de describir sus deudas, porque como cristiano distinguido, no interesa a nadie, lo mismo que un presidente de tribunal que aparece más tarde, y finalmente un ordenanza de tribunales cuya maldad no va más allá de las exigencias de su empleo y de la hilaridad de los dos de caftán, si bien Max le llama un pogromista.) Sin embargo, por alguna razón, Dragomirov sólo puede casarse si recupera sus letras de cambio, que están en posesión del viejo Edelmann, pero que éste no quiere soltar, a pesar de que está a punto de partir hacia Palestina y aunque Seidemann se las paga al contado. La hija se muestra orgullosa ante el oficial y se vanagloria de su judaísmo, aunque está bautizada; el oficial no sabe cómo salir del paso y mira al padre con los brazos caídos, las manos vagamente enlazadas, pidiendo ayuda. La hija huye a casa de Edelmann, quiere casarse con su amado, aunque por el momento deba hacerlo en secreto, puesto que, de acuerdo con las leyes civiles, un judío no puede casarse con una cristiana y ella, al parecer, no puede pasarse al judaísmo sin el consentimiento de su padre. Llega el padre, ve que sin astucia todo está perdido y da su aparente bendición a este matrimonio. Todos le perdonan, empiezan a quererle como si hubiesen cometido ellos la injusticia, incluido el viejo Edelmann, y éste de un modo especial, aunque sabe que Seidemann envenenó a su hermana. (Esta laguna tal vez sea debida a un corte, pero también puede haber nacido del hecho de que la obra se ha transmitido sobre todo por tradición oral, de una compañía a otra.) Con esta reconciliación,

Seidemann consigue principalmente las letras de cambio de Dragomirov, porque «¿sabes?, dice, “no quiero que ese Dragomirov hable mal de los judíos», y Edelmann se las regala; luego Seidemann lo llama a la galería del fondo, aparentemente para enseñarle algo, y lo apuñala mortalmente por la espalda, clavándole el cuchillo a través del batín. (Entre la reconciliación y el asesinato, Seidemann había abandonado un rato la escena para maquinar su plan y comprar el cuchillo.) Con su acción, quiere llevar a la horca al joven Edelmann, porque sobre él deben recaer las sospechas, y así su hija quedará libre para Dragomirov. Huye. Edelmann está tendido tras la puerta de la galería. Aparece la hija con el velo de novia, del brazo del joven Edelmann, que se ha puesto el blusón de las plegarias. Ven que el padre, por desgracia, no está. Entra Seidemann y parece contento de ver a la pareja de novios. Entonces aparece un hombre, quizás el propio Dragomirov, o un simple actor, y en realidad un detective que no conocíamos, y declara que debe efectuar un registro, porque «en esta casa, uno no tiene la vida segura». Seidemann: «Hijos míos, no os preocupéis, se trata naturalmente de un error, es evidente. Todo se aclarará.» Es descubierto el cadáver de Edelmann; el joven Edelmann es arrancado de los brazos de su novia y detenido. Durante todo un acto, Seidemann instruye con mucha paciencia y breves observaciones incidentales perfectamente subrayadas. (Sí, sí, muy bien. Pero esto es falso. Sí, esto ya está mejor. En efecto, en efecto.) A los dos de caftán sobre la manera de atestiguar ante el tribunal la supuesta hostilidad de muchos años entre el viejo y el joven Edelmann. A ambos les cuesta entrar en la argumentación, hay muchos malentendidos, y en ún simulacro improvisado de la escena del juicio, avanzan y declaran que Seidemann les ha recomendado que declaren como van a hacerlo, hasta que finalmente asimilan tan a fondo dicha hostilidad (ni Seidemann puede ya detenerlos) que se ven capaces de explicar cómo ocurrió el mismo asesinato, y el hombre acuchilla a la mujer con una barra de pan. Naturalmente, esto vuelve a exceder lo necesario. Sin embargo, Seidemann queda bastante satisfecho de ambos y espera obtener con su ayuda un desenlace favorable del proceso. Aquí, ante el crédulo espectador y sin que medie explicación alguna, porque es perfectamente lógico, interviene el mismo Dios en lugar del autor (que se echa hacia atrás) y castiga al malvado con la ceguera.

En el último acto, ocupa el puesto de presidente del tribunal el eterno actor-Dragomirov (también en esto se demuestra el desprecio por todo lo cristiano, ya que un actor judío puede interpretar perfectamente tres papeles de cristiano, y si los interpreta mal, no importa) y a su lado, con gran aparato de bigotes y peluca, actúa como abogado defensor la hija de Seidemann, a quien se reconoce inmediatamente. Uno la reconoce en seguida, pero, pensando en Dragomirov, supone durante mucho rato que la actriz está haciendo una sustitución, hasta que hacia la mitad del acto, descubre que se ha disfrazado para salvar a su novio. Los dos de caftán deben prestar testimonio por separado, lo que les resulta muy difícil, porque han ensayado juntos. Además, no entienden el alto alemán del presidente, a quien por lo demás, saca de apuros el defensor cuando el lío es demasiado grande y le ayuda a pronunciarse en otros aspectos. Aparece luego Seidemann, que ya anteriormente ha intentado dirigir a los dos de caftán tirándoles de la ropa; con su charla fluida y precisa, su actitud comprensiva y su forma correcta de dirigirse al presidente del tribunal (a diferencia de los anteriores testigos) causa una buena impresión, que contrasta terriblemente con lo que de él sabemos. Su declaración no dice mucho; por desgracia sabe muy poco de todo el asunto. Pero ahora, como último testigo, comparece el criado que, sin tener clara conciencia de ello, es el verdadero acusador de Seidemann. Vio cómo Seidemann compraba el cuchillo, sabe que Seidemann estaba en casa de Edelmann en el momento crítico, y sabe finalmente que Seidemann odiaba a los judíos y especialmente a Edelmann, y que quería sus letras de cambio. Los dos de caftán se levantan de un salto y se muestran contentos de poder confirmarlo todo. Seidemann se defiende como un hombre de

honor algo desconcertado. Entonces pasan a hablar de su hija. ¿Dónde está? Naturalmente en casa, y le dará la razón. No, no lo hará, afirma el abogado defensor, y va a demostrarlo; se vuelve hacia la pared, se quita la peluca y se vuelve hacia el aterrado Seidemann convertido en su hija. Es vindicativo el puro color blanco de su labio superior cuando se quita también el bigote. Seidemann ha tomado un veneno para escapar a la justicia terrena, confiesa sus crímenes, pero no yafl los hombres, sino al Dios de los judíos, de quien ahora se declara creyente. Entretanto, el pianista ha atacado una melodía; los dos de caftán se sienten arrebatados por ella y se lanzan a bailar. Al fondo, de pie, la pareja de novios, unida; cantan, especialmente el novio, serio, acompañando la melodía a la antigua usanza del templo.

Primera aparición de los dos de caftán. Entran en la habitación de Seidemann con alcancías de limosnas para el templo, miran a su alrededor, se sienten incómodos, se miran. Recorren con las manos las jambas de la puerta, no encuentran ninguna «mesusa». Tampoco en las otras puertas. No quieren creerlo y saltan junto a varias puertas y dan sonoros manotazos, como para cazar moscas, elevándose y cayendo, siempre sobre las jambas, hasta su parte más alta. Desgraciadamente todo es en vano. Hasta este momento no han dicho una sola palabra.

Semejanza entre la señora K. y la señora W. del año pasado. Tal vez el temperamento de la señora K. sea un ápice más débil uniforme, pero en cambio ella es más linda y respetable. La W. hacía siempre la misma gracia, empujar con su gran trasero a los otros actores. Además, siempre iba acompañada de una mala cantante y era algo totalmente nuevo para nosotros.

«Imitadora de personajes masculinos» es en realidad una denominación errónea. Como va envuelta en su caftán, olvidamos totalmente su cuerpo. Sólo cuando se encoge de hombros y mueve el trasero, como si la picasen las pulgas, recordamos su cuerpo. Continuamente tiene que estar subiéndose un poquito las mangas, aunque las lleva cortas; de este gesto espera el espectador un gran alivio —y está atento a que se produzca— para esta mujer que tanto tiene que cantar y que explicar a la manera talmúdica.

El deseo de ver un gran teatro yiddish, ya que esta representación tal vez adolezca de una escasez de personal y de una falta de los ensayos precisos. También el deseo de conocer la literatura yiddish, que al parecer tiene asignada una posición de lucha nacional ininterrumpida, que condiciona cada una de sus obras. Una posición que no tiene ninguna literatura, ni siquiera la del pueblo más oprimido, de un modo tan general. Tal vez con otros pueblos, en épocas de lucha, suceda que la literatura nacional, de combate, prevalezca, y ciertas obras que están lejos de pertenecer a ella alcanzan entonces una apariencia nacional por el entusiasmo del público, como ocurre por ejemplo con *La novia vendida*, pero en nuestro caso sólo parecen existir obras del primer tipo, y de un modo constante.

La visión del escenario sencillo, que espera a los actores tan callado como nosotros. Puesto que, con sus tres paredes, el sillón y la mesa, tiene que bastar para todas las acciones, no esperamos nada de él, y en cambio sí esperamos con todas nuestras energías a los actores y por ello nos sentimos atraídos sin resistencia por el canto que, tras las paredes vacías, sirve de introducción al espectáculo.

9 de octubre. Si llego a los cuarenta años, probablemente me casaré con una chica ya mayor, de dientes superiores salidos, algo descubiertos por el labio de arriba. Los incisivos

superiores de la señorita K., que estuvo en París y en Londres, se montan el uno sobre el otro, como unas piernas que se cruzan levemente a la altura de las rodillas. Pero difícilmente llegaré a los cuarenta; así lo indica, por ejemplo, la tensión que se me pone a menudo en la mitad izquierda del cráneo; la siento como una lepra interna que, si prescindo de los aspectos desagradables y me limito a observar, me produce la misma impresión que cuando veo la sección transversal del cráneo en los libros escolares, o una disección casi indolora, en vivo, en la que el cuchillo, un poco refrescante, cauto, que se detiene y retrocede a menudo, y que a veces descansa, va cortando membranas finas como el papel muy cerca de sectores del cerebro en plena actividad.

El sueño de esta noche, que ni siquiera a primeras horas de la mañana me parecía hermoso, aparte de una pequeña escena cómica constituida por dos observaciones contradictorias, que tuvo como consecuencia aquella tremenda complacencia onírica, que sin embargo he olvidado.

Andaba —no sé si Max me acompañaba desde el principio— a través de una larga hilera de casas a la altura del primero o del segundo piso, del mismo modo que uno pasa de un vagón a otro en los trenes enlazados por corredores. Iba muy aprisa, tal vez porque la casa era a veces tan frágil, que había que apresurarse. No advertía en absoluto las puertas de las casas; más bien se trataba de una enorme serie de habitaciones, y sin embargo no sólo era identificable la diversidad de cada una de las viviendas, sino también la de los edificios. Puede que todas las estancias que crucé fuesen cuartos con camas. Me ha quedado en la memoria una cama típica que quedaba a mi izquierda, adosada a la pared oblicua, oscura o sucia, como de buhardilla, con unas cuantas sábanas formando una pila baja y ancha, y cuya colcha, en realidad una sábana de grosero lino, colgaba en punta, pisoteada por los pies del que había dormido en la cama. Me daba vergüenza cruzar las habitaciones a una hora en la que aún había mucha gente acostada; por esta razón andaba de puntillas, a grandes pasos, con lo que esperaba demostrar de alguna manera que si pasaba por allí lo hacía a la fuerza, que trataba de provocar la menor molestia y el menor ruido posibles, que mi paso no tenía realmente la menor importancia. De ahí que jamás volviese la cabeza dentro de la misma habitación, y sólo miraba lo que había a la derecha, en la calle, o a la izquierda, pegado a la pared del fondo.

La sucesión de viviendas quedaba interrumpida a menudo por burdeles, por los que yo pasaba aún más aprisa —aunque al parecer hacía mi recorrido para visitarlos—, hasta el punto de que no percibía otra cosa que su existencia. Y la última habitación de todas las viviendas volvía a ser un burdel, y allí me quedé. La pared opuesta a la puerta por donde entré, es decir, la última pared de la serie de edificios, o era de cristal o estaba reventada, y yo me habría caído, de haber continuado mi avance. Incluso es más probable que estuviese reventada, porque las prostitutas estaban tendidas junto al borde del piso. Veía a dos de ellas con claridad; una tenía la cabeza colgando un poco hacia afuera, sobre el borde, al aire libre. A la izquierda había una pared sólida; en cambio, la pared de la derecha no estaba completa; se divisaba el patio, abajo, aunque no hasta el suelo, y una ruinosa escalera gris bajaba hasta allí en diversos tramos. A juzgar por la luz de la habitación, el cielo raso era igual que el de las otras estancias.

Yo me ocupaba principalmente de la prostituta cuya cabeza colgaba hacia el exterior. Max de la que estaba acostada a su izquierda. Le toqué las piernas y luego me dediqué únicamente a presionarle el muslo a intervalos regulares. Aquello me daba tanto placer, que me sorprendía no tener que pagar nada por un entretenimiento que, precisamente, no podía ser ya más agradable. Estaba convencido de que yo (y sólo yo) engañaba al mundo. Luego la prostituta, sin mover las piernas, irguió el torso y me dio la espalda que, para horror mío, aparecía cubierta de grandes círculos de un rojo de lacre, con los bordes

empalidecidos, y entre los círculos, salpicaduras rojas que habían saltado de los mismos. Entonces advertí que todo su cuerpo estaba lleno de esas salpicaduras, que yo tenía mis pulgares, sobre el muslo, puestos en manchas de aquéllas, y que esas partículas rojas, como de un sello de lacre machacado, también cubrían mis dedos.

Retrocedí hasta una cantidad de hombres que, pegados a la pared, junto a la boca de la escalera (por la que había cierto trasiego), parecían estar esperando. Esperaban como suelen hacerlo los hombres del campo que se reúnen el domingo por la mañana en la plaza del mercado. Por consiguiente, también era domingo. Aquí se produjo una escena cómica, cuando un hombre, a quien Max y yo teníamos motivos para temer, salió, luego subió la escalera, se me acercó y, mientras yo y Max esperábamos con miedo alguna tremenda amenaza, me hizo una pregunta de una simplicidad ridícula. Luego yo me quedé allí, de pie, y vi con preocupación que Max se sentaba sin miedo en el suelo, en algún lugar situado a la izquierda del local, y se puso a comer una espesa sopa de patatas, de la que asomaban las patatas como grandes bolas, especialmente una de ellas. El las aplastaba dentro de la sopa con la cuchara, tal vez con dos cucharas, o se limitaba a darles vueltas.

10 de octubre. He escrito un artículo sofístico, a favor y en contra de la Compañía donde trabajo, para el *Tetschen-Bodenbacher Zeitung*.

Anoche, en el Graben. En dirección a mí, tres actrices que venían del ensayo. Es tan difícil hacerse una idea con rapidez de la belleza de tres mujeres, cuando a la vez quiere uno mirar a dos actores lúe se acercan tras ellas con el paso excesivamente oscilante, y además alado, de los actores. Los dos —el de la izquierda, con su regordete y juvenil rostro, el gabán desabrochado que ondea sobre a robusta figura, caracteriza ya bastante a ambos— alcanzan a las amas; el de la izquierda por la acera, el de la derecha bajando a la calzada. El de la izquierda coge su sombrero por arriba, lo agarra con los cinco dedos, lo levanta y grita (y es sólo ahora cuando el de la derecha se acuerda de hacerlo): ¡Hasta la vista! ¡Buenas noches! Sin embargo, así como la carrera y el saludo han separado a los caballeros, las damas que han recibido dicho saludo prosiguen su camino completamente imperturbables, con un leve saludo que apenas si interrumpe su concertada conversación, como si a las tres las guiase la más próxima a la calzada, que parece ser la más débil y alta, pero también la más joven y hermosa. En aquel momento, el conjunto me pareció una sólida prueba de que, entre nosotros, las relaciones entre la gente de teatro son ordenadas y bien llevadas.

Anteayer, entre los judíos del Café Savoy. *Die Sejdernacht* de Feimann. En ocasiones (me asaltó en aquel momento la conciencia de ello) no intervinimos en la acción por el simple hecho de que estábamos demasiado excitados, no porque fuésemos meros espectadores.

12 de octubre. Ayer, en casa de Max, trabajé en mi diario de París. En la semioscuridad de la Rittergasse, cálida, y gruesa en su ropa de otoño, está R., a quien conocimos cuando llevaba únicamente su blusa veraniega y su delgada chaquetilla azul, con la que una muchacha cuyo aspecto no sea completamente impecable acaba sintiéndose peor que desnuda. Lo primero que habíamos advertido había sido su considerable nariz sobre el rostro exangüe, cuyas mejillas se podían apretar largo rato con las manos sin que apareciese la menor señal de rubor, el vello rubio que se amontonaba en la mejilla y sobre el labio superior, el polvo del ferrocarril que se había introducido entre la nariz y la mejilla, y la blancura enfermiza en el escote de la blusa. Hoy, sin embargo, hemos corrido tras ella respetuosos y cuando, en la esquina de un pasaje que da a la Ferdinandstrasse, yo tuve que despedirme por no ir afeitado y por otros detalles nada presentables de mi aspecto, sentí

después un leve atisbo de inclinación hacia ella. Y al reflexionar el porqué, no pude más que repetirme: porque iba tan bien abrigada.

13 de octubre. Transición antiestética de la piel lisa de la calva de mi jefe a las suaves arrugas de su frente. Un evidente fallo de la naturaleza que no resulta muy fácil imitar; los billetes de banco no deberían hacerse así.

La descripción de R. no la considero lograda; pero debe haber sido no obstante mejor de lo que yo creía, o tal vez la impresión que anteayer me produjo R. debió de ser tan incompleta, que la descripción le correspondía o incluso la superaba. Porque anoche, cuando volvía a casa, me vino de pronto a la memoria mi descripción que reemplazó imperceptiblemente la impresión original, y me pareció que hasta ayer no había visto nunca a R., y precisamente sin Max, de modo que me preparé para contarle cosas de ella tal como la he descrito.

Anoche, en la Schützanzinsel, no encontré a mis colegas y me fui en seguida. Causé cierta sensación con mi americana y el sombrero blando y aplastado en la mano, porque en el exterior hacía frío, pero allí hacía un calor que venía del aliento de los bebedores de cerveza, de los fumadores y de los músicos de la banda militar. La banda no estaba en una posición muy elevada, ni podía estarlo, porque la sala es bastante baja; ocupaba un extremo de la sala, entre dos paredes. La multitud de músicos parecían introducidos en aquel extremo del salón como en una lata de conservas. Esta impresión de agobio se perdía un poco en la sala, porque los lugares próximos a la banda estaban bastante vacíos y la sala empezaba a llenarse hacia la mitad.

Locuacidad del doctor K. Deambulé con él durante horas tras la estación Francisco José; le pedía de vez en cuando que me soltara, con las manos entrelazadas a causa de la impaciencia, y le escuchaba lo menos posible. Me pareció que un hombre capaz de hacer algo bueno en su profesión, debe volverse un irresponsable cuando se pierde en anécdotas del trabajo; su aptitud le llena la conciencia, de cada historia salen ramificaciones, siempre varias, y él las domina todas, porque las ha vivido; la prisa y la consideración hacia mí le obligan a callarse muchas, y algunas se las destruyo yo mismo a base de preguntas, pero también le recuerdo otras, le demuestro que también se ha adueñado considerablemente de mi propio pensamiento; su persona hace en la mayoría de las historias un magnífico papel, que él se limita a insinuar, con lo que aún le parecen más significativas las cosas que se calla; además, está tan seguro de mi admiración, que puede incluso lamentarse, porque aun en su desgracia, en su vejación, en su duda, es admirable; sus adversarios son asimismo gente capacitada y digna de interés; en un bufete de abogados donde hay cuatro pasantes y dos jefes, hubo un litigio durante el cual él solo se enfrentó al bufete en peso, y aquello fue tema de las conversaciones diarias de los seis juristas durante semanas. Su mejor orador, un agudo jurista, se enfrentó a él —a esto se añade el Tribunal Supremo, cuyas sentencias son al parecer malas y se contradicen entre sí; en tono de despedida, inicio un asomo de defensa de este tribunal, y entonces él aduce pruebas de que este tribunal no puede ser defendido, y otra vez calle arriba y calle abajo; inmediatamente me asombro de la maldad de este tribunal, y él explica las razones de que sea así: el tribunal anda sobrecargado; por qué y cómo. Bueno, yo tengo que irme, y bien, el Tribunal de Casación es mejor, y el Tribunal Administrativo mucho mejor aún, y por qué, y cómo; al fin no puedo resistir ni un momento más, y él intenta retenerme con mis propios asuntos, a causa de los cuales he ido a verle (instalación de la fábrica) y de los cuales venimos hablando desde hace mucho tiempo; así espera inconscientemente poder mantenerme entre sus garras y atraerme de

nuevo a sus historias. Entonces digo algo, pero mientras hablo le tiendo la mano con clara intención de despedirme y me libero de él.

Por lo demás, cuenta muy bien las cosas, en su narración se mezclan la riqueza de pormenores de las frases escritas y el discurso vivaz, como suele uno encontrarlos en esos judíos obesos, morenos, de buena salud transitoria, de estatura media, excitados de tanto fumar cigarrillos sin parar. Las expresiones jurídicas dan consistencia al discurso, se citan párrafos cuya elevada cifra parece perderse en la lejanía. Cada historia se desarrolla desde su origen, se aducen frases y réplicas y se las agita, por así decirlo, con observaciones personales; se mencionan en primer lugar aspectos accesorios en los que nadie pensaría, y luego se hace observar su carácter accesorio y se dejan de lado («una persona, su nombre es algo secundario»); el oyente se ve personalmente implicado, se le hacen preguntas, mientras la historia se va concentrando; a veces, ante una historia que no puede interesarle en absoluto, el oyente es objeto de un interrogatorio, naturalmente inútil, a fin de establecer alguna relación provisional; las observaciones que introduce el oyente no son puestas en su lugar inmediatamente, lo que resultaría molesto (Kubin), pero sí bastante pronto, cuando así lo requiere el curso de la narración; esto es una adulación objetiva que mete al oyente en la historia, porque le da un derecho muy especial a ser su oyente.

14 de octubre. Anoche, en el Savoy, *Sulamith*, de A. Goldfaden. En realidad, una ópera, pero toda pieza cantada recibe el nombre de opereta; aunque ya esta pequenez me parece señalar una tendencia artística obstinada, precipitada, y también apasionada por razones erróneas, que va penetrando el arte europeo en una dirección parcialmente arbitraria.

El argumento: un héroe salva a una muchacha perdida en el desierto («Oh Dios grande y fuerte, oye mi plegaria») y que se ha caído en una cisterna, acosada por la sed. Se juran fidelidad («Querida mía, mi bienamada, mi diamante encontrado en el desierto») tomando por testigos el pozo y un gato del desierto, de ojos encarnados. La chica, Sulamith (la señora Ts.) es devuelta por Cingitang, el salvaje servidor de Absalón (P.) a Belén, a casa de su padre Manoach (Ts.), en tanto que Absalón (K.) emprende un nuevo viaje a Jerusalén; pero allí se enamora de Abigail, una rica joven de Jerusalén (Sra. K.), olvida a Sulamith y se casa. Sulamith espera al amado en su casa de Belén. «Mucha gente va a Jeruscholajim y vuelve.» «El, el Exquisito, ¿me será infiel?» Con desesperados arrebatos, acaba conquistando una confianza dispuesta a todo y resuelve hacerse pasar por loca para no tener que casarse y poder esperar. «Mi voluntad es de hierro, convierto mi corazón en una fortaleza.» Y aun en la locura, que finge durante años, goza tristemente y en alta voz, con la forzosa tolerancia de todos, del recuerdo de su amado, y su locura se ocupa tan sólo del desierto, el pozo y el gato. Gracias a su locura, se deshace en seguida de sus tres pretendientes, con quienes Manoach sólo pudo llegar a un acuerdo organizando una pacífica lotería: Joel Gedoni (U.), «soy el más fuerte de los héroes judíos»; Avidanov, terrateniente (R. P.) y el barrigudo sacerdote Nathan (Löwy), que se siente superior a todos, «dádmela, porque muero por ella». Absalón no tuvo suerte, uno de sus hijos fue mordido mortalmente por un gato del desierto; el segundo se cae a un pozo. Recuerda su culpa y se lo confiesa todo a Abigail. «Modera tu llanto.» «Deja de partirme el corazón con tus palabras.» «Por desgracia, todo lo que digo es cierto.» En torno a ellos, nacen y desaparecen algunas ideas que giran en círculo. ¿Volverá Absalón a Sulamith y abandonará a Abigail? También Sulamith merece ser feliz. Finalmente, Abigail lo deja libre. En Belén, Manoach se queja de su hija: «¡Oh dolor, oh mi vejez!» Absalón cura a la muchacha con su voz. «El resto, padre, te lo contaré más tarde.» Abigail, allá en el viñado de Jerusalén, se desploma; Absalón no tiene otra justificación que su heroísmo.

Al final de la representación, esperamos aún al lector Löwy, a quien yo quisiera admirar hasta en el polvo. Como siempre, tendrá que «anunciar»: «Queridos espectadores, en

nombre de todos nosotros les agradezco su asistencia y les invito cordialmente a la función de mañana, en la que se dará la obra maestra... de... ¡Hasta ahora!» Y hace mutis con un sombrerazo.

En lugar de ello, vemos por el momento la cortina bien cerrada; luego se separan un poquito ambas cortinas, como si las probasen, la cosa dura bastante rato. Finalmente, se abre del todo. En el centro, un nudo traba ambas cortinas, detrás vemos a Löwy que da un paso hacia el proscenio; tiene el rostro inclinado hacia el público y, sólo con las manos, se defiende de alguien que le agarra por detrás, hasta que de pronto todo el telón, con su refuerzo superior de alambre, es arrancado por Löwy, que buscaba un punto de apoyo, y Löwy, ante nuestros ojos, cayendo de rodillas, es agarrado por P., que interpretó el salvaje y que aún se mantiene inclinado para saludar, como si el telón estuviese levantado; éste arrastra literalmente hacia atrás a Löwy y lo hace salir por un lado del escenario. Todo el mundo corre hacia la parte lateral de la sala. «¡Corred el telón!», gritan en el escenario casi totalmente al descubierto; en él está la señora Ts. con su pálido rostro de Sulamith y con un aspecto lamentable; algunos camareros, encaramados en mesas y sillas, arreglan el telón a medias; el dueño del local intenta tranquilizar al representante del gobierno, cuyo único deseo es escapar de allí y que se ve retenido en el local por aquellos intentos de calmarle; detrás del telón se oye a la señora Ts.: «Y querernos predicar moral al público desde el escenario...» La Asociación de Ordenanzas Judíos «Futuro», que ha aceptado el encargo de organizar la función de mañana por la noche y que ha celebrado una asamblea general ordinaria antes de la representación de hoy, decide convocar, a causa del incidente, una asamblea general extraordinaria para dentro de media hora; un socio checo profetiza a los actores la ruina total a causa de su escandalosa conducta. Entonces vemos de pronto a Löwy, que parecía haberse esfumado, empujado hacia una puerta con las manos, y quizá también con las rodillas, por el jefe de camareros R. Va a ser expulsado sin contemplaciones. Este jefe de camareros que, tanto antes como después, se planta ante cada uno de los parroquianos, también ante nosotros, como un perro, con un hocico de perro que le cae sobre una gran boca cerrada entre unos pliegues de humildad, tiene su...

16 de octubre. Ayer, domingo fatigoso. Todo el personal se despidió de mi padre. Con buenas palabras, cordialidad, eficaces alusiones a la enfermedad; con su corpulencia y antiguo vigor, su experiencia, su inteligencia, consigue recuperarlos a casi todos mediante entrevistas colectivas y particulares. Un importante oficinista, F., quiere un plazo para pensarlo hasta el lunes, porque ha dado su palabra a nuestro gerente, que nos deja y desea llevarse a su recién fundado negocio todo el personal. El contable en cuestión nos escribe el domingo diciendo que no puede seguir con nosotros, porque R. no le permite faltar a su palabra.

Voy a Zizkov a verle. Su joven esposa, de redondas mejillas, cara alargada y una nariz diminuta y tosca, de esas que nunca estropean los rostros checos. Un salto de cama demasiado largo, demasiado holgado, floreado y manchado. Le queda especialmente largo y suelto porque hace unos gestos muy bruscos para saludarme, para colocar correctamente el álbum en la mesa, como último adorno para embellecer la casa, y para marcharse a buscar a su marido. El marido, con gestos semejantes, bruscos, tal vez imitados por la mujer (demasiado dependiente de él), con movimientos pendulares cuando inclina el torso hacia adelante, mientras la parte inferior del cuerpo queda visiblemente retrasada. Impresión de un hombre conocido desde hace diez años, visto con frecuencia y al que se ha prestado escasa atención, con el que uno entra de pronto en una relación más íntima. Cuanto menor es el éxito que obtengo con mis exhortaciones en checo (pues él tenía ya un contrato firmado con R. y mi padre le había conmovido tanto la noche del sábado, que no había hablado del contrato), más se acentúa el aspecto felino de su rostro. Hacia el final,

interpreto mi papel con cierta sensación de comodidad, paseo la vista por la estancia con el rostro un poco alargado y los ojos empuñados, como si persiguiese algo que se insinúa en lo indecible. Pero no soy desgraciado cuando veo que esto queda sin efecto, y que en lugar de oírle a él hablándome en otro tono, tengo que empezar a penetrar de nuevo en su argumentación. La conversación se inició aludiendo que, al otro lado de la calle, vivía otro T., y acabó cerca de la puerta, con su sorpresa por mi traje ligero a pesar del frío. Esto simboliza mis primeras esperanzas y mi fracaso final. No obstante, le comprometí a venir a ver a mi padre por la tarde. Mi argumentación, a trechos demasiado abstracta y formal. Un error: no haber hecho que llamara a su mujer a la habitación.

Por la tarde, viaje a Radotin para retener al contable. Esto me hace perder mi encuentro con Löwy, en el que pienso continuamente. En el vagón de ferrocarril: punta de la nariz de la anciana de cutis terso, casi juvenil todavía. ¿Es que la juventud acaba en la punta de la nariz y allí empieza la muerte? Los pasajeros tragando saliva, que se desliza cuello abajo; el ensanchamiento de su boca, signo de que juzgan irreprochables, naturales, nada sospechosos, el viaje en tren, la composición de los restantes viajeros, su disposición en los asientos, la temperatura del vagón, e incluso el número de *Pan* que tengo sobre las rodillas y las miradas que le dirijo de vez en cuando (aunque después de todo es algo que no podían prever en el departamento), mientras creen aún que todo podía haber sido mucho peor.

Idas y venidas por el patio del señor H., un perro me pone una pata en la punta del pie, que balanceo. Niños, gallinas, adultos de vez en cuando. Una niñera, inclinada por momentos sobre el «pawlatsche» (balcón) o escondiéndose tras una puerta, me mira con deseo. Bajo sus ojos no sé lo que realmente soy, si indiferente, vergonzoso, joven o viejo, insolente o afectuoso, con las manos delante o detrás, con frío o calor, amante de los animales u hombre de negocios, amigo de H. o solicitante, superior a los participantes en una asamblea, que a veces salen del local y van a orinar haciendo ininterrumpidamente el trayecto de ida y vuelta, o ridículo a causa de mi traje ligero, judío o cristiano, etc. El hecho de deambular, de limpiarme la nariz, de leer *Pan* alguna que otra vez, de evitar el «pawlatsche» con ojos medrosos para comprobar de pronto que está vacío, de mirar las aves de corral, de ser saludado por un hombre, de ver a través de la ventana del restaurante los rostros juntos, inclinados y achatados de unos hombres, vueltos hacia un orador, todo ayuda. El señor H. — que de vez en cuando viene de la asamblea y a quien pido que utilice en beneficio nuestro su influencia sobre el contable, a quien él hizo entrar en nuestra empresa. Barba entre negra y castaña, que enmarca mejillas y mentón, ojos negros, y entre los ojos y la barba, las oscuras tonalidades de las mejillas. Es amigo de mi padre; le conozco desde que yo era niño, y la idea de que fue tostador de café me lo hizo aún más moreno y viril de lo que era.

17 de octubre. No termino nunca nada, porque no tengo tiempo y esto me oprime mucho. Si tuviese todo el día libre y esta inquietud matinal pudiese crecer en mí hasta mediodía y agotarse hasta la caída de la tarde, entonces podría dormir. Pero ahora, para esta inquietud, queda a lo sumo una hora del anochecer; se intensifica un poco, luego es reprimida y me socava la noche de un modo estéril y nocivo. ¿Lo soportaré mucho tiempo? ¿Tiene objeto soportarlo, y podré tener tiempo?

Cuando pienso en esta anécdota: Napoleón cuenta en la mesa de la Corte de Erfurt: cuando aún era un simple teniente del quinto regimiento... (las altezas reales se miran consternadas, Napoleón lo advierte y se corrige), cuando aún tenía el honor de ser un simple teniente...; las venas del cuello se me hinchan con un orgullo levemente comprensivo, que penetra artificialmente en mí.

Más cosas de Radotin: después deambulé solo, helado, por el jardín cubierto de césped; luego, en la ventana abierta, reconocí a la niñera, que había pasado a esta otra parte de la casa, siguiéndome...

20 de octubre. El 18, en casa de Max; escrito sobre París. Mal escrito, sin entrar propiamente en la libertad de la descripción propiamente dicha, que nos hace elevar los pies sobre la experiencia vivida. Además, estaba aletargado tras la gran exaltación del día anterior, que había concluido con la lectura pública de Löwy. Durante el día, no estuve aún en una disposición fuera de lo habitual; fui con Max a recoger a su madre, que venía de Gablonz, les acompañé al café y luego a casa de Max, que tocó para mí una danza gitana de *La doncella de Perth*. Una danza en la que, durante muchas páginas, sólo se mecen las caderas con un tic tac monótono, y el rostro tiene una expresión lenta y cordial. Hasta que, hacia el final, llega, breve y tardía, la íntima fiereza suscitada, agita todo el cuerpo, lo avasalla, comprime la melodía, que lanza a las alturas y a las profundidades (se oyen notas especialmente amargas, sordas) y luego concluye inadvertidamente. Al principio y durante toda la pieza, sin perderse nunca, una intensa afinidad con lo gitano, tal vez porque un pueblo tan salvaje en sus danzas sólo se muestra tranquilo ante el amigo. Impresión de una gran verdad en la primera danza. Después hojeé las *Máximas de Napoleón*. ¡Con qué facilidad se vuelve uno momentáneamente una partícula de la propia idea enorme de Napoleón! Después, ya en ebullición, fui a casa, no podía resistir ninguna de mis ideas, desordenado, grávido, revuelto, hinchado, en el centro de mis muebles, que rodaban a mi alrededor; abrumado por mis penas y cuidados, ocupando el mayor espacio posible, porque a pesar de mi extensión estaba muy nervioso, penetré en la sala de conferencias. Según estaba, por ejemplo, sentado, y sentado de un modo muy verdadero, yo mismo, como espectador, habría reconocido inmediatamente mi estado.

Löwy leyó fragmentos humorísticos de Schlem Aleichem, luego un cuento de Perez, un poema de Bialik (en él, el poeta, para popularizar su poema sobre el «pogrom» de Kischinew, explotándolo en beneficio del futuro del pueblo judío, abandonó el hebreo por el yiddish, e incluso tradujo al yiddish su poesía, originariamente hebrea), *La vendedora de velas* de Rosenfeld. Una manera constante de abrir mucho los ojos, natural en el actor, que sólo los deja así un instante, enmarcados por las cejas levantadas. Perfecta veracidad de toda la lectura; la débil elevación del brazo derecho, desde el hombro, el gesto de hacer subir los lentes de pinza, que parecen prestados, tan mal se ajustan a su nariz; la posición de la pierna bajo la mesa, tan extendida, que se pone especialmente en actividad la débil articulación ósea entre el muslo y la pierna; la curvatura de la espalda, que parece débil y mísera, porque ante una espalda uniforme y lisa, el espectador no se deja engañar en sus juicios, como podría dejarse engañar por la observación del rostro a través de los ojos, las cavidades y protuberancias de las mejillas, o cualquier minucia, aunque sea un pelo de la barba. Después de la lectura, ya camino de casa, sentía acumuladas todas mis facultades, y por ello me quejé a mis hermanas, e incluso a mi madre, en casa.

El día 19, en casa del doctor K., por la fábrica. La leve animosidad teórica que debe surgir entre los contratantes a la firma de los contratos. Cómo escudriñaba yo con la vista el rostro de H., vuelto hacia el doctor. Esta animosidad surgirá tanto más entre dos personas que no están generalmente acostumbradas a someter a examen su mutua relación y por ello chocan ante cualquier pequeñez. La costumbre que tiene el doctor K. de recorrer la habitación en diagonal, con el torso oscilar del busto hacia adelante, propio de los salones, mientras cuenta algo y, con frecuencia, al final de una de sus diagonales, sacude la ceniza de su cigarrillo en no de los tres ceniceros distribuidos por la estancia.

Esta mañana, en la empresa N. N. Cómo el jefe se reclina en su sillón con la espalda ladeada, para dar espacio y apoyo a su gesticulación de judío oriental. El juego concertado y el recíproco subrayarse de los gestos de rostro y manos. A veces une ambas cosas, bien mirándose las manos, bien manteniéndolas cerca del rostro, para comodidad del oyente. Melodías del templo en la cadencia de su discurso, especialmente al enumerar distintos puntos, conduce la melodía de dedo a dedo, como a través de diversos registros. Luego, en el Graben, encuentro con mi padre acompañado de un tal señor P., el cual alza la mano para que caiga la manga un poco hacia atrás (porque no quiere subirse la manga él mismo) y hace en medio del Graben los más enérgicos ademanes en espiral, abriendo la mano con un movimiento deslizante y extendiendo los dedos.

Probablemente estoy enfermo; desde ayer me escuece todo el cuerpo. Por la tarde, tenía una cara tan caliente y de tantos colores distintos, que mientras me cortaban el pelo, temí que el oficial, que podía verme continuamente a mí y a mi imagen reflejada en el espejo, descubriese en mí una grave enfermedad. También la relación entre estómago y boca ha quedado parcialmente destruida; una tapa del tamaño de una moneda de florín me sube o me baja, o se me queda abajo e irradia unos efectos ligeramente opresivos, que se propagan, que se extienden por el pecho en su superficie.

Más sobre Radotin: la invité a que bajase. La primera respuesta fue seria, aunque hasta entonces, con la niña que le habían confiado, hubiese reído y coqueteado conmigo desde arriba, como no habría osado hacerlo a partir del instante en que trabamos conocimiento. Luego nos reímos juntos muchas veces, aunque, yo abajo y ella arriba con la ventana abierta, nos helásemos de frío. Ella se apretaba los pechos con los brazos cruzados, y todo ello con las rodillas al parecer dobladas para apoyarse en el alféizar. Tenía diecisiete años y pensaba que yo tenía quince o dieciséis, sin que toda nuestra conversación llegase a disuadirla de ello. Su pequeña nariz era algo torcida y por este motivo proyectaba una sombra no habitual sobre la mejilla, lo que no me ayudaría sin dudaba reconocerla. No era de Radotin, sino de Cuchle (la primera estación en dirección a Praga), lo que no quería que fuese olvidado. Después, el paseo con el contable, que se habría quedado en nuestra empresa aun sin mi viaje, en la oscuridad de la carretera que sale de Radotin, y regreso a la estación. A un lado, colinas asoladas, aprovechadas por una fábrica de cemento para su provisión de cal. Viejos molinos. Historia de un álamo arrancado por una tromba de viento, con sus raíces que primero emergen verticalmente de la tierra y luego se expanden. Cara del contable: carne rojiza, pastosa, sobre huesos fuertes, tiene el aspecto cansado, pero enérgico dentro de sus limitaciones. La cadencia de su voz indica que no le asombra siquiera el hecho de que estemos paseando por ese lugar. Sobre un gran campo, comprado previsoriamente por una fábrica, dejado transitoriamente en barbecho, situado en plena localidad, rodeado de edificios fabriles iluminados intensamente pero sólo a trechos por la luz eléctrica, hay una luna clara, el humo de una chimenea, nebuloso por la luz que lo llena. Correrías de ratas junto al largo camino que cruza el campo, un camino trazado por la población contra la voluntad de la fábrica.

Ejemplos del poder reconfortante que debo a estos textos, en conjunto tan insignificantes:

El lunes, día 16, fui con Löwy al Teatro Nacional a ver la *Trilogía de Dubrovnická* de Ivo Vojnovic. La obra y la representación fueron un desastre. Del primer acto, me queda en la memoria el bello sonido de un reloj de chimenea; el canto de *La Marsellesa* por unos franceses que pasan junto a la ventana; el himno, al extinguirse, es reemprendido una y otra vez por los que van llegando, y vuelve a elevarse; una muchacha vestida de negro arrastra su sombra entre las franjas de luz que proyecta el sol poniente sobre el entarimado. Del segundo acto no me queda más que el cuello delicado de una muchacha, el cual asciende tenso de los hombros, cubiertos por una tela parda rojiza, entre las mangas

abombadas, hasta la pequeña cabeza. Del tercer acto, la levita cruzada, estrujada, el oscuro chaleco de fantasía con la cadena de oro del reloj, que lo cruza transversalmente, de un viejo y encorvado descendiente de los antiguos «gospodar». O sea que no es mucho. Las entradas eran caras. Fui un mal benefactor al tirar el dinero en semejante cosa, cuando mi compañero tiene necesidad de él; al final se aburría más que yo. En resumen: volví a demostrar el final desgraciado que tienen todas las cosas que emprendo yo solo. Pero, aunque por lo general me uno indisolublemente a esta desgracia, y atraigo hacia mí, desde arriba y desde abajo, a todas las desdichas anteriores y posteriores, esta vez estaba casi totalmente al margen, lo soporté todo muy fácilmente, como algo único, e incluso, por primera vez en el teatro, sentí que mi cabeza era una cabeza de espectador, que se erguía de la oscuridad concentrada de la butaca y del cuerpo hacia una luz especial, independientemente del pésimo estímulo que significaba aquella obra y aquella representación.

Un segundo ejemplo: anoche tendí ambas manos a la vez a mis aas cuñadas en la Mariengasse, con tanta destreza como si hubiesen sido dos manos derechas y yo una persona doble.

21 de octubre. Un ejemplo opuesto: a mi jefe, cuando trata conmigo asuntos de la oficina (hoy el archivador), no puedo mirarle mucho rato a los ojos sin que, contra mi voluntad, aparezca mi mirada una leve amargura, que desvía su vista o la mía. Su mirada, de un modo más pasajero pero más frecuente, porque él no es consciente del motivo, cede al impulso de desviarse hacia otra parte, aunque inmediatamente él hace que vuelva a dirigirse a mí, porque considera el conjunto como una simple fatiga momentánea de sus ojos. Yo me defiendo contra ello con mayor energía, acelero por tanto el desplazamiento en zigzag de mi vista, la deslizo preferentemente a lo largo de su nariz y hacia las sombras de sus mejillas; mantengo a menudo el rostro vuelto hacia él sólo con ayuda de mis dientes y de la lengua en la boca cerrada; si no hay otro remedio, bajo realmente los ojos, pero nunca más abajo de su corbata; sin embargo, mi mirada adquiere inmediatamente toda su plenitud, cuando él desvía los ojos y yo le sigo con precisión y sin consideración.

Los actores judíos: la señora Tschissik tiene protuberancias en las mejillas, cerca de la boca. Nacidas en parte de las mejillas caídas a causa del hambre, de los partos, de los viajes y de las actuaciones en el teatro, en parte de unos músculos insólitos, en reposo, que tuvieron que desarrollarse para los movimientos escénicos de su boca grande, seguramente de gesto duro y pesado en su origen. Interpretando a Sulamith, llevaba casi siempre el pelo suelto, que le cubría las mejillas, de suerte que su rostro parecía en ocasiones el rostro de una muchacha de otros tiempos. Tiene un cuerpo grande, huesudo, pasablemente robusto, y va muy encorsetada. Fácilmente adquiere su andar algo solemne, pues tiene la costumbre de levantar, extender y mover con lentitud sus largos brazos. En especial cuando cantaba el himno nacional judío, mecía débilmente las anchas caderas, con las manos cóncavas, como si jugara con una pelota que volase lentamente.

22 de octubre. Ayer, con los judíos. *Kol Nidre*, de Scharkansky, una obra bastante mala, con una buena y chistosa escena donde se escribe una carta; una plegaria de dos jóvenes, de pie, uno junto a otro con las manos unidas; el Gran Inquisidor convertido, arrimándose a la cortina del Arca de la Alianza; sube las gradas y permanece allí, con la cabeza inclinada, los labios pegados a la cortina; sostiene el libro de rezos ante sus dientes que castañetean. Por primera vez en esta cuarta sesión, mi evidente incapacidad para obtener una impresión clara. También tuvieron la culpa de ello lo numeroso de nuestro grupo y las visitas de mi hermana a la mesa. Sin embargo, no tenía necesidad de sentirme tan débil. A causa de mi

amor por la señora Ts., que sólo gracias a Max se sentó a mi lado, tuve un comportamiento lamentable en la mesa. Pero saldré adelante, y ahora mismo me siento ya mucho mejor.

La señora Tschissik (escribo su nombre con tanto placer) inclina cabeza durante la comida, incluso cuando come ganso asado; no cree poder introducirse con la mirada bajo sus párpados, si previamente mira con precaución las mejillas en toda su longitud y luego, encogiéndose, se cuela en su interior, sin que sea necesario levantar antes los párpados, porque ya están levantados y dejan pasar un resplandor azulado que induce al intento. Del conjunto de sus auténticos recursos interpretativos surgen de vez en cuando bruscos movimientos del puño, giros del brazo, que atraen invisibles colas formando arrugas en torno al cuerpo, dedos separados y extendidos sobre el pecho, porque no basta el grito desprovisto de arte. Su técnica interpretativa no es muy variada: la mirada aterrada a un oponente, la búsqueda de una salida en el pequeño escenario, la voz dulce que se vuelve heroica con un breve y recto ascenso, sólo con ayuda de una superior resonancia interna, sin forzarla, el gozo que penetra en ella a través de su rostro que se abre, que se expande por toda la alta frente hasta los cabellos, el dominio de sí misma en los solos cantados, sin recurrir a nuevos sistemas, la forma de erguirse al ofrecer resistencia, que obliga al espectador a preocuparse por la totalidad del cuerpo de la actriz; y poca cosa más. Pero en esto reside la verdad del conjunto y, consiguientemente, la convicción de que no se puede quitar ni un ápice a sus efectos, de que ella es independiente de la obra y de nosotros.

La compasión que sentimos por estos actores, que son tan buenos y no ganan nada, y que además están muy lejos de obtener el agradecimiento y la gloria suficientes, es en realidad la compasión por el triste destino de muchos nobles esfuerzos, y sobre todo el de los nuestros. Por ello su intención resulta desproporcionada, porque externamente se atiene a unas personas ajenas a nosotros, y en realidad nos pertenece. Sin embargo, todo ello está sin duda tan estrechamente vinculado a los actores, que ni siquiera ahora puedo separarlo de ellos. El hecho de que lo reconozca determina que aún se estreche más la unión con ellos.

La sorprendente tersura de las mejillas de la señora Tschissik junto a su boca musculosa. Su niña, algo informe.

Tres horas paseando con Löwy y con mi hermana.

23 de octubre. Con su presencia, los actores me convencen una y otra vez, para horror mío, de que casi todo lo que he escrito hasta ahora sobre ellos es falso. Es falso porque escribo con un amor invariable (ahora, en el mismo momento de escribirlo, esto también se vuelve falso), pero escribo sobre ellos con una energía variable, y esta energía variable no acierta a hablar claro y con exactitud de los actores reales, sino que se pierde sordamente en ese amor que jamás se dará por satisfecho con la energía y que, por el hecho de contenerla, cree proteger a los actores.

Disputa entre Tschissik y Löwy. — Ts.: Edelstatt es el más grande escritor judío. Es sublime. Naturalmente, Rosenfeld es también un gran escritor, pero no el primero. — Löwy: Ts. es socialista, y como Edelstatt escribe poemas socialistas (es redactor de un periódico socialista judío en Londres), pues por esto Ts. lo considera el más grande. Pero, ¿quién es Edelstatt? Lo conoce su partido y nadie más; en cambio Rosenfeld es conocido en todo el mundo — Ts.: No se trata de ser conocido. Todo lo que escribe Edelstatt es sublime. — L.: También yo lo conozco bien. *El suicida*, por ejemplo, es muy bueno. —

Ts.: ¿De qué sirve discutir? No nos pondremos de acuerdo. Yo sostendré mi opinión hasta mañana, y tú, lo mismo. — L.: Yo, hasta pasado mañana.

Goldfaden, casado, derrochador aunque esté en grandes apuros. Unas cien obras. Melodías litúrgicas robadas, popularizadas. Todo el pueblo las canta. El sastre en su trabajo (se remedan sus gestos), la criada, etc.

Con tan poco espacio para vestirse, como dice Ts., tiene que haber peleas a la fuerza. Uno viene excitado del escenario, cada uno se considera el mejor actor, y si el uno, por ejemplo, le da un pisotón al otro, cosa inevitable, no sólo hay pelea, sino una batalla. Sí, en Varsovia había setenta y cinco pequeños camerinos, todos iluminados.

A las seis me encontré con los actores en su café, sentados alrededor de dos mesas, en cada una de las cuales se sitúa uno de los dos grupos hostiles. En la mesa del grupo de Ts. había un libro de Perez. Löwy acababa de cerrarlo y se levantó para marcharse conmigo.

Hasta los veinte años, Löwy fue un «bocher» que estudiaba y gastaba dinero de su acaudalado padre. Había entonces un grupo de jóvenes de la misma edad que, precisamente en sábado, se reunían en un local cerrado y fumaban, vestidos con sus caftanes, cometiendo además otros pecados contra el precepto de celebrar el día festivo.

«El gran Adler», el más famoso actor yiddish de Nueva York, que es millonario, para quien Gordin escribió *El hombre salvaje* y a quien Löwy, en Karlsbad, ha pedido que no vaya a ver la representación, ya que no tiene valor para actuar ante él en su mal provisto escenario. — Se necesitan decorados, y no ese escenario miserable en el que uno ni puede moverse. ¡Cómo vamos a representar *El hombre salvaje*! Se necesita un diván. En el Kristall-palast de Leipzig era magnífico. Ventanas que se podían abrir, y entraba el sol; si la obra exigía un trono, pues bien, ahí estaba el trono; yo me dirigía hacia él entre la muchedumbre y era realmente un rey. Allí es mucho más fácil trabajar. Aquí todo le desconcierta a uno.

24 de octubre. Mi madre trabaja todo el día; es alegre o triste según los casos, sin querer utilizar su estado para hacer reclamación alguna; tiene la voz clara, demasiado fuerte para la conversación normal, pero hace bien oírla cuando uno está triste y la oye súbitamente después de algún tiempo. Hace ya mucho que me quejo de que siempre estoy enfermo, pero nunca tengo una enfermedad concreta que me obligue a guardar cama. En su mayor parte, este deseo proviene sin duda de que sé cómo puede consolarme mi madre, cuando, por ejemplo, pasa de la sala de estar iluminada a la penumbra del cuarto del enfermo; o al anochecer, cuando el día pasa uniformemente a convertirse en noche, ella regresa del negocio y, con sus cuidados y rápidas disposiciones, hace que vuelva a empezar el día, aunque sea tan tarde, y da ánimos al enfermo para que la ayude en ello. Desearía que todo esto volviera a ocurrirme, porque entonces estaría débil, y por esto mismo convencido de todo lo que mi madre hiciera, y podría tener las alegrías infantiles con la capacidad de goce, más acentuada en los adultos. Ayer se me ocurrió que no había amado siempre a mi madre como se merecía y como podía amarla, por el simple hecho de que me lo impedía la lengua alemana. La madre judía no es una «madre»; la denominación de madre la convierte en algo ligeramente cómico (no por ella misma, ya que estamos en Alemania); damos a una mujer judía el nombre alemán de madre, pero olvidamos la contradicción, que nos penetra tanto más gravemente en el sentimiento. «Madre» es para los judíos algo especialmente alemán; junto a un esplendor cristiano, contiene inconscientemente una

frialdad cristiana, y así la mujer judía que recibe el nombre de madre no sólo resulta algo cómico sino también algo ajeno. Mamá sería un nombre mejor, si uno no imaginara tras él el nombre de «madre». Creo que sólo los recuerdos del ghetto mantienen en pie la familia judía, porque la palabra padre no corresponde tampoco, ni remotamente, al padre judío.

Hoy me encontraba frente al consejero L., que me preguntó por mi enfermedad inesperadamente, sin que se lo pidiera, de un modo infantil, ridículamente falso y capaz de hacerle perder a uno la paciencia. No habíamos hablado con tal intimidad en mucho tiempo —o quizás no lo habíamos hecho nunca—; entonces sentí que mi rostro, jamás observado por él tan detenidamente, se abría en aspectos falsos, mal comprendidos, pero no por ello menos sorprendentes. Era para mí mismo un desconocido. A él, le conozco perfectamente.

26 de octubre. Jueves. Ayer, Löwy leyó durante toda la tarde *Dios, hombre, diablo*, de Gordin, y luego fragmentos de sus propios diarios de París. Gordin es mejor que Lateiner, Scharkansky, Feimann, etc., porque tiene más detalles, más orden y más consecuencia en este orden; además, en él ya no existe tanto el judaísmo inmediato, improvisado de un modo formalista de una vez por todas, propio de las otras piezas; el clamor de este judaísmo suena más apagado y consiguientemente resulta de nuevo menos detallado. Con todo, se hacen concesiones al público y a veces uno cree tener que enderezarse para ver la pieza por encima de las cabezas del público judío neoyorquino (la figura del hombre salvaje, toda la historia de la señora Selde), pero es todavía peor que se hagan evidentes concesiones a una especie de arte presentido; que, por ejemplo, en *El hombre salvaje*, la acción ande flotando por los aires un acto entero, a causa de las dudas; que el hombre salvaje pronuncie discursos humanamente confusos y literariamente tan toscos que uno prefiere cerrar los ojos, y lo mismo hace la muchacha mayor en *Dios, hombre, diablo*. En parte, la acción de *El hombre salvaje* es muy audaz. Una viuda joven se casa con un viejo que tiene cuatro hijos y se lleva a vivir con ellos a su amante, Vladimir Vorobeichik. Los dos arruinan a toda la familia; Schmul Leiblich (Pipes) debe ceder todo su dinero y enferma; Simón, el hijo mayor (Klug), un estudiante, abandona la casa; Alexander se da a la bebida y al juego; Lise (Tschissik) se dedica a la prostitución y Lemech (Löwy), el idiota, cae en un estado de demencia idiótica frente a la señora Selde, a causa del odio que siente por ella, puesto que ha reemplazado a su madre, y a causa del amor, porque es la primera mujer joven que tiene cerca de él. Llegado a este punto, el argumento se resuelve con el asesinato de la Selde por Lemech. Todos los demás dejan en el espectador el recuerdo de algo inconcluso y desamparado. La creación de esta mujer y de su amante, una creación que a nadie pide su parecer, me ha dado una confusa y diversa confianza en mí mismo.

La discreta impresión que produce el programa de mano. No sólo se entera uno de los nombres, sino de algo más, pero no de tanto, sino sólo de lo que se debe hacer saber al público, aun al más benevolente e imparcial, sobre una familia que espera su veredicto. Schmul Leiblich es un «rico comerciante», pero no se dice que es viejo y enfermizo, que es un ridículo mujeriego, un mal padre y un viudo sin piedad, que se casa al cumplirse el primer aniversario de la muerte de su anterior esposa. Y sin embargo, todas estas explicaciones serían más ricas que las del programa de mano, porque al final de la obra ya no es rico, ya que la Selde lo ha desvalijado, ni casi es tampoco un comerciante, puesto que ha desatendido su negocio. En el programa, Simón es «un estudiante», o sea algo muy vago, algo que, a nuestro entender, son muchos hijos de nuestros conocidos más lejanos. Alexander, el joven sin carácter, es sólo "Alexander», y de Lise, la joven de su casa, sólo sabemos asimismo que es «Lise». Lemech es desgraciadamente «un idiota», porque esto es algo que no se puede ocultar. Vladimir Vorobeichik es únicamente el «amante de la

Selde», pero no la ruina de una familia, borracho, jugador, libertino, holgazán y parásito. Con la denominación «amante de la Selde» se descubre mucho, pero es lo menos que se puede decir en relación con su conducta. Luego, además, el lugar de la acción es Rusia. Los personajes apenas reunidos se esparcen por un territorio tan inmenso o se reúnen en un pequeño punto, no revelado, de dicho territorio; en resumen, la obra se ha vuelto imposible; no habrá nada que ver para el espectador.

A pesar de todo, la obra empieza, actúan los poderes sin duda considerables del autor del texto, salen a la luz cosas que no podemos atribuir a los personajes del programa de mano, pero que les corresponden con la máxima seguridad, sólo con que uno se disponga a creer en todos los latigazos, raptos, estacazos, palmadas en el hombro, desvanecimientos, degüellos, cojeras, danzas con botas rusas de caña alta, danzas con faldas femeninas levantadas, revolcones en el canapé, porque tales cosas difícilmente admiten contradicción. Y sin embargo, ni siquiera es necesario el punto álgido de excitación del espectador, vivido como recuerdo, para reconocer que la discreta impresión producida por el programa es una impresión falsa, que la verdadera sólo puede formarse después de la representación, pero ya es inexacta, imposible incluso, sólo puede surgir en un espectador cansado, que ha permanecido al margen, ya que para el que emite un juicio sincero después de la representación, no puede existir relación alguna entre la representación y el programa de mano.

Desde la raya, empecé a escribir con desesperación, porque hoy juegan a las cartas de un modo especialmente ruidoso, yo tengo que estar sentado a la mesa colectiva, O. se muestra inclinada a reír a pleno pulmón, se levanta, se sienta, extiende el brazo hacia el otro lado de la mesa, me dirige la palabra y, para colmo de la desgracia, escribo muy mal y tengo que pensar en lo buenos que son los recuerdos de París escritos por Löwy con una emoción ininterrumpida, nacidos de un fuego que arde por sí mismo, mientras que yo, al menos ahora, tal vez debido sobre todo a que tengo tan poco tiempo, me hallo casi exclusivamente bajo la influencia de Max, lo que a veces, para colmo, me echa a perder además el disfrute de sus obras. Como me sirve de consuelo, transcribo aquí una observación autobiográfica de Shaw, aunque en realidad contiene lo contrario de un consuelo: de muchacho, era aprendiz en la oficina de un agente inmobiliario de Dublín. Abandonó pronto este empleo, se fue a Londres y se dedicó a escribir. Durante los primeros nueve años, de 1876 a 1885, ganó en total ciento cuarenta coronas. «Sin embargo, aunque era un joven fuerte y mi familia estaba en mala posición económica, no me lancé a la lucha por la vida; lancé a mi madre a esta lucha y dejé que ella me mantuviese. No fui un sostén para mi padre, al contrario, me agarré a los faldones de su levita.» Después de todo, esto me consuela un poco. Los años que él pasó libremente en Londres han pasado ya para mí; la felicidad posible se pierde cada vez más en lo imposible; llevo un horrible sucedáneo de vida, y soy lo bastante cobarde y miserable para seguir únicamente a Shaw en el hecho de haber leído el citado fragmento a mis padres. ¡Cómo centellea ante mis ojos esta vida posible, con colores acerados, con tensas barras de acero y una etérea oscuridad entre ellas!

27 de octubre. Narraciones y diarios de Löwy: cómo le espanta Notre Dame, cómo le impresiona el tigre del Jardin des Plantes como una representación de lo desesperado y lo esperanzado que se sacia devorando desesperación y esperanza, cómo su devoto padre le pregunta en la representación si puede salir de paseo los sábados, si ahora tiene tiempo de leer libros modernos, si puede comer los días festivos, cuando en realidad tiene que trabajar los sábados, no tiene ni pizca de tiempo y ayuna más de lo que nunca ha prescrito una religión. Cuando, mascando su pan negro, pasea por las calles, visto desde lejos parece que está comiendo chocolate. El trabajo en la fábrica de gorras y su amigo, el socialista, que considera burgueses a todos los que no trabajan como él (por ejemplo a Löwy, con sus

manos finas), que se aburre los domingos, desprecia la lectura como un lujo petulante, él mismo no sabe leer y pide a Löwy con ironía que le lea una carta que ha recibido.

Las abluciones judías, que en Rusia practican todas las comunidades judaicas; me imagino una cabina con una pila de una conformación determinada, con las instalaciones dispuestas y vigiladas por el rabino; sólo sirve para limpiar la suciedad terrena del alma; por ello es indiferente su estado exterior; es un símbolo, y por tanto puede estar sucia y maloliente, y lo está, pero cumple su misión. La mujer acude para purificarse de sus días de menstruación, el escriba de la Tora para purificarse de todo pensamiento pecaminoso antes de escribir la última frase de un párrafo de la Tora.

Costumbre de introducir tres veces los dedos en el agua después de despertarse, porque los malos espíritus se instalan durante la noche en la segunda y la tercera falange. Explicación racionalista: hay que impedir que los dedos toquen en seguida la cara, porque con el dormir y los sueños, pueden haber tocado, sin posibilidad de dominarse, las axilas, el trasero, los órganos genitales.

Detrás de su escritorio, el camerino es tan reducido, que cuando uno, por casualidad, está de pie detrás de la cortina de la puerta que da al escenario, y otra persona quiere pasar por su lado, tiene que levantar dicha cortina y mostrarse al público unos instantes, aunque no quiera.

Superstición: beber en un vaso defectuoso es una forma de que los malos espíritus tengan acceso en las personas.

¡Qué heridos me parecieron los actores después de la representación, qué miedo tenía de tocarlos ligeramente con una palabra! ¡Cómo preferí marcharme a toda prisa tras un fugaz apretón de manos, como si estuviera enfadado y descontento, porque me resultaba imposible expresar la verdad de mi impresión! Todos me parecieron falsos, excepto Max, que dijo tranquilamente algunas palabras sin contenido. Pero fue falso el que se informó sobre un detalle que en el fondo no le interesaba, falso el que dio una respuesta jocosa a la observación de un actor, falso el irónico, falso el que se puso a analizar sus múltiples impresiones, toda la chusma que, apiñada en las sombras de la sala, como le correspondía, se levantaba ahora, ya muy entrada la noche, y volvía a tener conciencia de su valor. (Muy lejos de la verdad.)

28 de octubre. Sin duda yo tenía una sensación semejante, pero la verdad es que, esa noche, tanto la obra como la representación me parecieron muy lejos de ser perfectas. Precisamente por ello me sentía comprometido a mostrar un respeto especial a los actores. ¿Quién sabe a quién hay que culpar de las pequeñas, aunque numerosas insuficiencias en la impresión general? La señora Tschissik se pisó una vez el borde del vestido y se tambaleó unos instantes en su principesco traje de ramera, como una columna maciza; una vez se le trabó la lengua y, muy agitada, se fue hacia el foro para que la lengua se le calmase, aunque aquello no correspondía precisamente al texto; me desconcertó, pero no impidió un asomo de estremecimiento en la parte alta de los pómulos; lo siento siempre que oigo su voz. Por haber sentido una impresión mucho más impura que yo, los otros conocidos míos me parecieron más obligados a un respeto todavía mayor, también porque en mi opinión su respeto habría sido mucho más eficaz que el mío, lo que me daba un doble motivo para maldecir su conducta.

Axiomas sobre el drama, de Max, en la Schaubühne. Tiene todo el carácter de una verdad de sueño, lo que concuerda asimismo con la expresión «axioma». Cuanto más se infla como un sueño, más fríamente hay que enfocarla. Se expresan los principios siguientes:

La esencia del drama reside en una insuficiencia, es la tesis.

El drama (en el escenario) es más exhaustivo que la novela, porque vemos lo que, de otro modo, sólo leemos.

Esto es sólo aparente, porque en la novela, el escritor puede mostrarnos únicamente lo importante; en el drama, por el contrario, lo vemos todo, los actores, los decorados, y por consiguiente no sólo lo importante, sino también lo que no lo es tanto. De ahí que, en el sentido de la novela, el mejor drama sería un drama de contenido por ejemplo filosófico, sin el menor incentivo, leído por los actores sentados en cualquier decorado que representara una habitación.

Y sin embargo, el mejor drama es el que ofrece más incentivos en el tiempo y en el espacio, el que se libera de todas las exigencias de la vida, se limita a los discursos, a las ideas expresadas en monólogos, a los puntos clave del acontecer dramático; todo lo demás se domina a base de sugerencias, y elevado en un escudo que sostienen los actores, los decoradores, los directores, sigue únicamente sus inspiraciones supremas.

Defectos de esta conclusión: cambia el punto de vista sin anunciarlo; ve las cosas tan pronto desde el cuarto del escritor como desde el público. Admitiendo que el público no lo ve todo en el sentido del escritor, que le sorprende la misma representación (29 de octubre, domingo), este último es quien ha llevado dentro la pieza con todos sus detalles, ha ido progresando de un detalle a otro y, por el simple hecho de haber reunido todos los detalles en el discurso, les ha dado fuerza y consistencia dramáticas. Es así como el drama, en su desarrollo supremo, llega a una humanización insoportable, y la misión del actor es hacerlo descender, hacerlo soportable al llevar en torno a sí el papel que tiene asignado, de un modo suelto, desmembrado, ondeante. O sea que el drama flota en el aire, pero no como un techo arrastrado por la tormenta, sino como todo un edificio, cuyos cimientos, con una fuerza que aún hoy linda con la locura, han sido arrancados de la tierra.

A veces parece que la obra cuelga de las bambalinas, que los actores han arrancado jirones cuyos cabos sostienes mientras están actuando, o bien se los han enrollado al cuerpo, y que sólo de vez en cuando, algún jirón difícil de desprender se lleva al actor hacia lo alto con gran espanto del público.

Hoy he soñado con un asno parecido a un galgo, que era muy reservado en sus movimientos. Le observé detenidamente, porque era consciente de la rareza del fenómeno, pero no conservo más que el recuerdo de que sus delgados pies humanos no me acababan de gustar a causa de su longitud y simetría. Le ofrecí ramitas de ciprés, frescas, de color verde oscuro, que me acababa de dar una vieja dama de Zurich (todo ello ocurría en Zurich); pero él no las quiso, se limitó a olisquearlas un poco; pero luego, cuando las dejé en una mesa, se las comió tan completamente que no quedó más que un núcleo como una castaña, apenas reconocible. Más tarde se habló de que dicho asno aún no había andado nunca a cuatro patas, sino que siempre se mantenía erguido como una persona y mostraba su pecho de brillo plateado y su barriguita. Pero en realidad no era cierto.

Soñé además con un inglés al que conocí en una asamblea como las del Ejército de Salvación en Zurich. Había unos asientos como los de la escuela; bajo el pupitre había además un cajón abierto; cuando metí en él la mano para poner algo en orden, me maravilló la facilidad con que se hacen amistades en los viajes. Evidentemente pensaba en el inglés, que se me acercó al poco rato. Llevaba un traje claro y holgado, en muy buen estado; sólo la parte trasera de los brazos, en lugar de la ropa —o al menos cosida en ella—

tenía un paño gris, arrugado, un poco colgante, rasgado en tiras, como punteado de arañas, que recordaba tanto los apliques de cuero en los pantalones de montar como los parches en las mangas de las costureras, vendedoras, oficinistas. Su rostro estaba asimismo cubierto por un paño gris, con hábiles aberturas para la boca, los ojos y probablemente también para la nariz. Pero dicho paño era nuevo, afelpado, más bien como de franela, muy blando y flexible, de excelente fabricación inglesa. Todo aquello me gustó hasta el punto de que sentí deseos de conocer al hombre. Quiso invitarme además a su casa, pero como yo tenía que partir a los dos días, se deshizo el proyecto. Antes de abandonar la asamblea, se puso unas cuantas prendas de vestir más, al parecer muy prácticas, las cuales, una vez abrochadas, le permitían pasar totalmente desapercibido. Aunque no pudo invitarme a su casa, sí me pidió que le acompañase a la calle. Le seguí, nos quedarnos de pie frente al local de asambleas, en el borde de una acera, yo abajo, él arriba, y después de un rato de conversación, volvimos a descubrir que la invitación era imposible.

Luego soñé que Max, su hermano Otto y yo teníamos la costumbre de hacer las maletas al llegar a la estación. Llevábamos, por ejemplo, las camisas a través del vestíbulo principal, hasta nuestras lejanas maletas. Aunque aquello parecía ser una costumbre general, a nosotros no nos satisfacía, especialmente porque empezamos a hacer el equipaje poco antes de la salida del tren. Así que estábamos naturalmente excitados, y pocas esperanzas teníamos de alcanzar el tren, y menos aún de encontrar buenos asientos.

Aunque los clientes habituales y los empleados del café sienten simpatía por los actores, no pueden tenerles respeto en medio de las deprimentes impresiones que les producen, y desprecian a los actores por muertos de hambre, vagabundos, judíos, exactamente igual que en otras épocas históricas. Así, el jefe de camareros quiso expulsar a Löwy del local; el portero, ex empleado de burdel y actual chulo, abroncó a la pequeña Tschissik cuando ésta, movida a compasión durante *El hombre salvaje*, quiso que les alcanzasen no sé qué a los actores, y anteayer, cuando acompañé a Löwy de regreso al café, después que me hubo leído en el Café City el primer acto de *Elieser ben Schevia* de Gordin, ese mismo sujeto (es bizco y entre la nariz corva y puntiaguda y la boca tiene una cavidad de la que emerge erizado un pequeño bigote) le gritó: «Vamos, idiota (alusión a su papel en *El hombre salvaje*). Te esperan. Hoy tienes una visita que realmente no mereces. Se ha dignado venir un oficial voluntario de artillería. Mira.» Y le señalaba una de las cortinas de las vidrieras, tras la cual debía de estar sentado el voluntario. Löwy se pasó la mano por la frente: «De Elieser ben Schevia a esto.»

La visión de una escalera me impresiona hoy muchísimo. Ya muy de mañana, y varias veces desde entonces, me alegró ver desde mi ventana el fragmento triangular de la baranda de piedra de la escalera que, a la derecha del Puente Checo, baja hasta el nivel del muelle. Muy empinada, como si sólo ofreciera una rápida indicación. Y ahora, al otro lado del río, veo sobre el talud una escalerilla que conduce al agua. Siempre ha estado allí, pero sólo en otoño e invierno, con la retirada de la escuela de natación que la oculta, queda al descubierto, y allí se une al juego de las perspectivas, en la verde hierba oscura bajo los árboles pardos.

Löwy: Cuatro amigos de juventud se convirtieron con la edad en grandes eruditos talmudistas. Pero cada uno de ellos tuvo distinta suerte. Uno se volvió loco, uno murió, el rabino Elieser se volvió librepensador a los cuarenta años y únicamente el de más edad, Akiba, que no había empezado a estudiar hasta los cuarenta años, llegó al saber perfecto. El discípulo de Elieser fue el rabino Meir, un hombre piadoso; su devoción era tan grande, que no le perjudicaron las enseñanzas del librepensador. Como él mismo decía, comía la

nuez y tiraba la cáscara. Una vez, en sábado, Elieser dio un paseo a caballo; el rabino Meir le siguió a pie con el Talmud en la mano, aunque no más de dos mil pasos, porque no se debe andar más en sábado. Y he aquí que el paseo dio lugar a una frase y a una réplica simbólicas. «Regresa a tu pueblo», dijo el rabino Meir. El rabino Elieser se negó con un juego de palabras.

30 de octubre. Este deseo que siento casi siempre, cuando me encuentro bien del estómago, de acumular ideas de grandes atrevimientos en las comidas. Este deseo lo satisfago especialmente ante las charcuterías. Si veo un embutido con un cartelito que lo define como una sólida salchicha casera, la muerdo en mi imaginación con toda la dentadura y trago con rapidez, con regularidad y sin miramientos, como una máquina. La desesperación que este acto tiene como inmediata consecuencia, aun en la imaginación, acrecienta mi prisa. Las largas sartas de costillas me las meto en la boca sin masticar, y luego las saco por detrás desgarrando el estómago y los intestinos. Me como hasta dejarlas totalmente vacías las sucias tiendas de comestibles. Me atiborro de arenques, pepinos y toda clase de comidas fuertes, malas y viejas. De sus botes de lata, se precipitan bombones en mi boca como granizo. Con ello gozo no sólo de mi propia salud, sino también de un sufrimiento que no es doloroso y que puede pasar en seguida.

Es una vieja costumbre mía no permitir que circulen benéficamente por todo mi ser unas impresiones puras, sean dolorosas o alegres, en el momento en que han alcanzado su máxima pureza, sino enturbiarlas y ahuyentarlas con impresiones nuevas, imprevistas, débiles. No existe la mala intención de perjudicarme a mí mismo, sino unas debilidades para soportar la pureza de aquella impresión, unas debilidades que sin embargo no son confesadas, sino que prefiere uno intentar salir del paso con un silencio interior, mediante la provocación arbitraria de una nueva impresión, en lugar de dejar que se manifestase o de llamar en su apoyo a otras fuerzas, lo que sería la única actitud correcta.

Así, por ejemplo, el sábado por la noche, después de oír la lectura de la excelente narración corta de la señorita T., que sin embargo pertenece más a Max que a ella, o al menos le pertenece en mayor medida, con mayor participación, que una obra propia; luego, tras oír la magnífica pieza *Concurrencia*, de Baum, en la que uno puede ver una fuerza dramática tan ininterrumpida en el trabajo y en los efectos como en la producción de un artesano vivo; después de escuchar estas dos creaciones literarias, quedé tan abatido, y se me llenó el alma, vacía ya durante unos cuantos días, de una tristeza tan profunda, que al volver a casa le declaré a Max que *Roberto y Samuel* no podía convertirse en nada importante. Para semejante declaración tampoco se necesitaba en aquel momento el mejor coraje, tanto por parte mía como de Max. La conversación siguiente me confundió un poco, puesto que *Roberto y Samuel* estaba muy lejos de constituir entonces mi preocupación principal, y por ello no hallé las respuestas adecuadas a las objeciones de Max. Pero después, cuando estaba solo y habían desaparecido no sólo el trastorno de mi tristeza, producido por la conversación, sino también el consuelo, casi siempre eficaz, de la presencia de Max, mi desesperanza creció hasta el punto de que empezaron a disolverse mis pensamientos (aquí, mientras me tomo un descanso para cenar, llega Löwy a casa y me interrumpe y me alegra desde las siete hasta las diez). No obstante, en lugar de esperar en casa lo que vendría después, leí desordenadamente dos números de *Aktion*, algo de *El desdichado* de Wilhelm Schäfer y finalmente mis anotaciones de París; luego me acosté, realmente más satisfecho que antes, pero insensibilizado. Me ocurrió lo mismo hace unos días cuando volvía de un paseo imitando claramente a Löwy, con la fuerza de su entusiasmo aparentemente dirigida a mi propio objetivo. También entonces leí y hablé en casa de muchos temas el tremezclados, y me desmoroné.

31 de octubre. Aunque hoy he leído a trechos el catálogo de Fischer, el «Almanaque de Insel», el *Rundschau*, ahora soy bastante consciente de haberlo asimilado todo de un modo relativamente seguro, o tal vez fugaz, pero evitando cualquier daño. Y esta noche podría confiar bastante en mí mismo, si no tuviera que volver a salir con Löwy.

Ante una casamentera que ha venido a casa este mediodía por causa de una de mis hermanas, he sentido una timidez que me ha obligado a bajar los ojos, por diversos motivos entreverados y contrarios. La mujer llevaba un vestido al que los años, el uso y la suciedad daban un vislumbre gris claro. Cuando se levantó, seguía con las manos en el regazo. Bizqueaba, lo que aparentemente aumentaba la dificultad de dejarla a un lado, cuando me veía obligado a mirar a mi padre, el cual me preguntaba algo sobre el joven que ella proponía. En cambio, mi timidez volvió a disminuir por el hecho de verme ante la comida y de tener ya bastante trabajo para mezclar los manjares de mis tres platos. En la cara, que en principio sólo veía fragmentariamente, tenía aquella mujer unas arrugas tan profundas, que yo pensé en el asombro totalmente falto de comprensión con que los animales deben de contemplar tales rostros humanos. De una contundente corporeidad resulta la minúscula nariz angulosa, especialmente en la punta, algo enhiesta.»

El domingo por la tarde, inmediatamente después de adelantar a tres mujeres que pasaban, penetré en casa de Max, y pensé: aún quedan una, dos casas en las que tengo algo que hacer, todavía pueden las mujeres que me siguen verme entrar en el portal de una casa la tarde de un domingo, para algún trabajo, una conversación, con algún motivo, con prisa, apreciando todo esto excepcionalmente desde tal punto de vista. Esto no debe durar mucho tiempo más.

Las narraciones breves de Wilhelm Schäfer, leídas sobre todo en alta voz, las leo con el mismo placer atento con que me haría pasar por la lengua un trozo de hilo. Ayer por la tarde me resultaba al principio algo difícil soportar a Valli, pero cuando le hube prestado *El desdichado* y ella lo leyó un poco y debió de estar realmente bajo la influencia del relato, yo la amé por esta influencia y la acaricié.

Para no olvidarlo, en el caso de que mi padre volviera a llamarme otra vez mal hijo, debo dejar escrito que, ante algunos parientes, sin mayor motivo, fuese para herirme simplemente o fuese con la pretensión de salvarme, calificó a Max de «meschuggenen Ritoch» (loco irresponsable), y que ayer, cuando Löwy estaba en mi habitación, movió el cuerpo y torció la boca irónicamente, y habló de gentes extrañas a quienes se permitía entrar en casa, del interés que un tipo raro podía tener para nosotros, de los motivos que podían llevarnos a tener relaciones tan poco provechosas, etc. — Con todo, no debería haberlo escrito, porque al hacerlo casi siento odio hacia mi padre, cuando hoy no me ha dado realmente ningún motivo para este odio, el cual —al menos en lo que respecta a Löwy— tiene unas proporciones excesivas en relación con lo que he dejado escrito como manifestación de mi padre; y este odio se acrecienta aún más por el hecho de que no acierto a recordar lo que había de realmente malo en la conducta que ayer tuvo mi padre.

1 de noviembre. Hoy he empezado a leer ávida y felizmente *Historia del judaísmo*, de Graetz. Como el deseo de leerla había superado ampliamente la lectura misma, al principio me resultó más extraña de lo que pensaba, y tuve que interrumpir la lectura de vez en cuando, para permitir que, con el descanso, se acumulase mi judaísmo. Pero hacia el final,

me emocionó ya la imperfección de las primeras colonias en la recién conquistada Canaán y la fiel tradición de la imperfección de los jefes populares (Josué, los jueces, Elías).

Anoche, despedida de la señora Klug. Nosotros, Löwy y yo, corrimos a lo largo de todo el vagón y vimos a la señora Klug mirando al exterior en la oscuridad, tras una ventana cerrada del último vagón. Dentro del departamento, tendió con rapidez un brazo hacia nosotros, se levantó, abrió la ventanilla y en ella permaneció unos instantes, amplia, con su abrigo abierto, hasta que se irguió frente a ella el oscuro señor Klug, que sólo es capaz de abrir la boca grande con un gesto de amargura y cerrarla al instante como para siempre. Durante aquellos quince minutos, poco hablé con el señor Klug, y tal vez no le miré más que en dos ocasiones ya que durante la conversación vacilante e ininterrumpida, no pude apartar los ojos de la señora Klug. Estaba totalmente dominada por mi presencia, pero más en su imaginación que en la realidad. Cuando se dirigía a Löwy con la repetida introducción: «Oye Löwy», hablaba para mí; cuando se apretaba contra su marido, que a veces sólo le dejaba asomar el hombro derecho a la ventanilla y que le oprimía las ropas y el abrigo abombado, ella se afanaba por hacerme una señal vacía de contenido.

La primera impresión que tuve en las representaciones fue que yo no le resultaba demasiado agradable, y probablemente era acertada; raras veces me animaba a cantar con ella y cuando, sin ganas, me preguntaba algo, yo le contestaba desgraciadamente mal («¿lo comprende?», yo decía «sí»; ella esperaba un «no», para responder «yo tampoco»); no me ofreció por segunda vez sus tarjetas postales; yo prefería a la señora Tschissik, a quien quería regalar flores para herir a la señora Klug. A esta aversión se añadió sin embargo el respeto por mi doctorado que no se podía separar de mi apariencia infantil, más bien esta apariencia aumentaba su importancia. Este respeto era tan grande, que se traslucía en su frecuente, aunque nada enfática interpelación: «¿Sabe usted, doctor?», hasta el punto de que yo lamentaba de un modo semiinconsciente merecer tan poco tal tratamiento, y me preguntaba si tenía derecho a recibirlo de cualquiera. Pero si como hombre me respetaba tanto, más aún me respetaba como espectador. Me ponía radiante cuando ella cantaba, me reía y la observaba todo el tiempo que estaba en escena; cantaba las melodías con ella, más tarde las letras; le di las gracias después de algunas representaciones; así pudo volver a tenerme simpatía. Pero cuando me hablaba de este sentimiento, yo quedaba turbado, de suerte que seguramente volvía en el fondo de su corazón a su anterior antipatía, y a ella se aferraba. Tanto más había de esforzarme en darme compensaciones como espectador, y lo hacía a gusto, porque es una actriz vanidosa y una mujer de buen carácter.

Especialmente cuando permanecía callada allá arriba, en la ventanilla del ferrocarril, me miraba con la boca contraída por la confusión y la astucia, con los ojos centelleantes, que nadaban sobre las arrugas que ascendían desde la boca. Debía de creer que yo la amaba, como efectivamente ha ocurrido, y con aquellas miradas me daba la única satisfacción que, como mujer experta aunque joven, buena esposa y madre, podía dar a un doctor por ella imaginado. Aquellas miradas eran tan insistentes, y apoyadas en expresiones como: «aquí los espectadores eran tan simpáticos, sobre todo algunos de ellos», que yo me ponía a la defensiva, y era en esos momentos cuando dirigía la vista a su marido. Al compararlos a ambos, sentía un asombro inmotivado por el hecho de que tuviesen que alejarse juntos de nosotros, y de que sin embargo se ocupasen sólo de nosotros y no se mirasen entre ellos. Löwy preguntó si tenían buenos asientos; «sí, si no se llena de gente», contestó la señora Klug, y lanzó una mirada fugaz al interior del compartimiento, cuyo cálido ambiente viciaría el marido fumando. Hablamos de sus hijos, a causa de los cuales emprendían el viaje; tienen cuatro hijos, tres de ellos varones; el mayor tiene nueve años y llevan ya dieciocho meses sin verlos. Cuando, cerca de nosotros, un señor subió al tren muy aprisa, pareció que éste iba a arrancar; nos despedimos apresuradamente, nos tendimos las manos,

yo me quité el sombrero y luego lo mantuve sobre el pecho; nos echamos atrás como suele hacerse cuando los trenes se ponen en movimiento, con lo que se quiere demostrar que todo ha concluido y que uno está conforme. Pero el tren no partió todavía; volvimos a aproximarnos; yo estaba muy contento, ella me preguntó por mis hermanas. Inesperadamente, el tren empezó a moverse con lentitud. La señora Klug preparó su pañuelo para saludar; aún me gritó que le escribiese, que si sabía su dirección; estaba ya demasiado lejos para poder contestarle con palabras; señalé a Löwy, que podía darme la dirección; está bien, pareció indicarnos con la cabeza a mí y a él, y se puso a agitar el pañuelo; yo levanté el sombrero, primero de un modo inhábil, pero luego con mayor libertad a medida que ella se iba alejando.

Más tarde recordé que había tenido la impresión de que el tren no partía realmente, sólo recorrería el breve trayecto de la estación, para jugarnos un golpe de teatro, y luego se esfumaría. Aquella misma tarde, medio dormido, se me apareció la señora Klug, de una estatura inferior a la normal, casi sin piernas; se retorció las manos con el rostro crispado, como si le hubiera sucedido una gran desgracia.

Esta tarde, el dolor por mi soledad me ha invadido de un modo tan penetrante y agudo, que he advertido que así se gasta la energía conseguida con este escrito y no destinada en realidad a este fin.

Tan pronto como el señor Klug llega a una nueva ciudad, se observa que sus joyas y las de su mujer desaparecen en la casa de empeños. Luego, antes de la partida, las vuelve a desempeñar lentamente.

Frase favorita de la mujer del filósofo Mendelssohn: ¡Qué feo me parece «tout l'univers»!

Una de las impresiones más importantes de la despedida de la señora Klug fue que siempre me vi obligado a pensar que, como una simple mujer burguesa, se mantiene con violencia por debajo del nivel de su verdadero destino humano, y que sólo necesita dar un salto, abrir una puerta, encender una luz para ser actriz y subyugarme. Ella estaba también, realmente, arriba, y yo abajo, como en el teatro. — Se casó a los dieciséis años y tiene veintiséis.

2 de noviembre. Esta mañana, a primera hora, por primera vez en mucho tiempo, la alegría de imaginar un cuchillo que gira clavado en mi corazón.

En los periódicos, en la conversación, en la oficina, nos induce frecuentemente a engaño la naturaleza temperamental del lenguaje y también la esperanza, nacida de una debilidad momentánea, y una iluminación súbita, tanto más intensa ya en el momento siguiente, o una sólida confianza en uno mismo, o una simple negligencia, o una gran impresión momentánea que uno quiere a cualquier precio proyectar sobre el futuro, o la opinión de que el verdadero entusiasmo presente justifica todo aturdimiento en el futuro, o el gozo ante unas frases que, con una o dos sacudidas, se elevan en el centro y hacen que la boca se abra gradualmente en todo su tamaño, aunque luego la obligan a cerrarse de un modo demasiado rápido y retorcido, o la huella de la posibilidad de un juicio decisivo, que aspira a la claridad, o el esfuerzo para seguir dando curso a un discurso realmente acabado, o el deseo de abandonar precipitadamente el tema, si es preciso dejándolo patas arriba, o la desesperación que busca una salida para su pesada respiración, o el ansia de una luz sin sombras; todo esto puede conducirnos engañosamente a decir frases como: «el libro que acabo de leer es el más bonito que he leído nunca», o bien «es más hermoso que cualquier otro de los libros que he leído».

Para demostrar que todo lo que escribo y pienso sobre ellos es falso, los actores (excepto el señor y la señora Klug) han vuelto a quedarse aquí, como me contó Löwy, a quien encontré anoche; quién sabe si hoy no han partido de nuevo por idéntica razón, porque Löwy no se ha presentado en el negocio a pesar de haberlo prometido.

3 de noviembre. Para demostrar que las dos cosas que he escrito son falsas, una demostración que casi parece increíble, el propio Löwy se presentó ayer por la noche y me interrumpió mientras estaba escribiendo.

La costumbre de N. de repetirlo todo en el mismo tono de voz. Cuenta a alguien una anécdota de su trabajo, aunque realmente no con tantos detalles como para que ellos solos anulen la historia misma, pero sí de un modo lento, y sólo por ello minucioso, como una comunicación que no aspira a más y que queda por tanto despachada con su terminación. Transcurre un ratito con otro asunto, halla inesperadamente un punto de transición con su anécdota y la repite en su forma anterior, casi sin añadir nada, pero asimismo sin quitar apenas nada, con el aire inofensivo del hombre que va paseando por la habitación una cinta que alguien le ha pegado traidoramente en la espalda. Pero mis padres le tienen un especial aprecio; por ello sienten sus costumbres con más intensidad de lo que las advierten, y así viene a resultar que ambos, sobre todo mi madre, le dan inconscientemente la posibilidad de que se repita. Si alguna noche no se presenta en el momento oportuno para la repetición de una historia, ahí está mi madre que pregunta, y lo hace con una curiosidad que no cede ni después de hacer la pregunta, como sería de esperar. Hay historias que han sido ya repetidas y que no volverían a aparecer por propio impulso; pero mi madre las persigue literalmente con sus preguntas durante noches y noches. La costumbre de N. es sin embargo tan dominante, que a menudo tiene poder para justificarse totalmente. Nadie se encuentra con una frecuencia tan regular en situación de contar a miembros aislados de una familia una historia que en el fondo atañe a todos. Entonces la historia debe ser contada al círculo familiar, que en tales casos va acrecentándose lentamente en intervalos (una persona tras otra) casi tantas veces como personas existen. Y como yo soy el único que ha advertido la costumbre de N., también soy casi siempre el primero que oye la historia y a quien las repeticiones sólo producen el escaso placer de confirmar una observación.

Envidia por el supuesto éxito de Baum, por quien siento sin embargo tanto afecto. Al propio tiempo, la sensación de tener en medio del cuerpo un ovillo que se enrolla rápidamente con innumerables hilos que vienen de la superficie de mi cuerpo.

Löwy. Lo que mi padre dice de él: «El que se acuesta con perros, se levanta con pulgas.» No pude contenerme y dije algo inconveniente. Mi padre, extraordinariamente tranquilo (aunque después de una larga pausa que llenó haciendo otras cosas), responde: «Sabes que no puedo excitarme y que hay que tratarme con consideración. Así que no me vengas con estas cosas. Ya tengo bastantes motivos de agitación, más de los que quisiera. No me vengas, pues, con estos discursos.» Yo digo: «Me esfuerzo por contenerme», y siento en mi padre, como ocurre siempre en estos momentos límite, la presencia de una sabiduría de la que sólo alcanzo a captar un hálito.

Muerte del abuelo de Löwy, un hombre siempre dispuesto a abrir la mano, que conocía varios idiomas, que había hecho grandes viajes hacia el interior de Rusia y que una vez se negó a comer en sábado en casa de un rabino milagrero de Iekaterinoslav, porque los largos cabellos y un pañuelo de colores del hijo de aquel rabino le hicieron sospechosa la religiosidad de la casa.

La cama estaba colocada en el centro del dormitorio; los candelabros los habían prestado los parientes y amigos; por lo tanto, la habitación estaba llena de luz y humo de las velas. Cerca de cuarenta hombres permanecieron todo el día de pie alrededor de su lecho, para alentarse con la muerte de un hombre piadoso. Estuvo consciente hasta el final y en el momento preciso se puso la mano en el pecho y empezó a recitar las plegarias destinadas a aquel trance. Durante su agonía y después de su muerte, la abuela, que estaba con las mujeres en la habitación contigua, lloró incesantemente; pero en el momento mismo de la muerte, se mantuvo en absoluto silencio, porque está prescrito aliviar la muerte al agonizante en la medida de las propias fuerzas. «Se ha ido con sus oraciones en los labios.» Fue muy envidiado por esta muerte, después de una vida tan piadosa.

Fiesta de Pessach. Una asociación de judíos ricos alquila una panadería, sus miembros toman a su cargo los quehaceres necesarios para la fabricación de los llamados «mazos de los dieciocho minutos», en lugar de los jefes de las familias: ir por agua, purificarla, amasar, cortar, practicar los agujeros.

5 de noviembre. Ayer dormí desde las siete, después de *Bar Kochba*, leímos con Löwy una carta de su padre. Por la noche, en casa de Baum.

Quiero escribir con un temblor constante en la frente. Estoy sentado en mi habitación, que es el cuartel general del ruido de toda la casa. Oigo golpear todas las puertas; con su estrépito, sólo me libro de oír los pasos de quienes corren entre ellas; oigo incluso el golpe de la puerta del horno de la cocina. Mi padre abre brecha en las puertas de mi habitación y la cruza arrastrando su batín; en la estufa de la habitación vecina están rascando las cenizas; Valli pregunta a alguien indeterminado, a través del vestíbulo, gritando como si estuviera en una calle de París, si ya han limpiado el sombrero de papá; un siseo que está a punto de serme amistoso, suscita el griterío de una voz que le replica. Descorren el cerrojo de la puerta principal y su chirrido parece salir de una garganta acatarrada; luego se sigue abriendo la puerta con el breve canto de una voz femenina y se vuelve a cerrar con un sordo arrebató masculino, que resulta de lo más desconsiderado. El padre ha salido, y ahora se inicia el sonido más suave, más disperso, mas desesperante, presidido por las voces de dos canarios. Ya lo había pensado antes, pero, al oír los cantos de los canarios, se me vuelve a ocurrir que podría abrir la puerta dejando únicamente una pequeña rendija, arrastrarme como una serpiente a la habitación de al lado y así, desde el suelo, pedirles a mis hermanas y a su institutriz que se callen.

La amargura que sentí anoche cuando, en casa de Baum, Max leyó mi pequeña narración del automóvil. Me había encerrado en mí mismo frente a todos y frente a la narración, con la barbilla literalmente clavada en el pecho. Las frases desordenadas de esta historia, con unas lagunas en las que uno podría meter las dos pianos; una frase suena aguda, otra suena grave, al buen tuntún; una frase se roza con la otra, como la lengua con un diente cariado o mal colocado; una frase se nos viene encima con un arranque tan brusco, que todo el cuento se hunde en un asombro mal dispuesto; una soñolienta imitación de Max (reproches reprimidos-alentados) avanza oscilante; a veces parece un curso de baile en su primer cuarto de hora. Me doy a mí mismo la explicación de que tengo demasiado poco tiempo y tranquilidad para extraer de mí, en su totalidad, las posibilidades de mi talento. De ahí que únicamente salgan a la luz unos esbozos inconexos que llenan, por ejemplo, todo el cuento del automóvil. Si alguna vez lograra acabar un todo de proporciones mayores, bien estructurado del principio al fin, entonces el relato nunca podría desprenderse

definitivamente de mí, y yo podría escuchar su lectura tranquilo y con los ojos abiertos, como el consanguíneo de una narración llena de salud; pero ahora cada pedazo de la historia deambula sin patria y me empuja a mí en dirección opuesta. — Y aún puedo darme por satisfecho si esta explicación es cierta.

Representación de *Bar Kochba* de Goldfaden. Falsa apreciación de la obra en toda la sala y en el escenario.

Había llevado para la señora Tschissik un ramo de flores con una tarjeta de visita en la que había puesto: «con gratitud», y esperaba el momento de poder ofrecérselo. Pero la representación había empezado tarde; me habían prometido que la escena principal de la señora Tschissik no se producía hasta el acto cuarto; impaciente y con miedo a que las flores se marchitasen, hice que el camarero las desenvolviese durante el tercer acto (eran las once); ahora estaban a un lado de una mesa; el personal de la cocina y algunos mugrientos parroquianos las manoseaban y las olían; yo no podía hacer otra cosa que mirarlos preocupado y furioso; durante su gran escena de la cárcel, amé a la señora Tschissik, y sin embargo, le daba prisa interiormente para que acabara; finalmente, el acto llegó a su fin de un modo inadvertido, a causa de mi distracción; el jefe de camareros hizo entrega de las flores, la señora Tschissik las tomó entre las cortinas ya corridas, hizo una reverencia en una pequeña abertura que quedaba entre ambas y no volvió a aparecer. Nadie había advertido mi amor, y yo había querido mostrarlo a todo el mundo y hacerlo así valioso para la señora Tschissik, en el momento de verse el ramo. Eran ya más de las dos, todo el mundo estaba cansado; algunos espectadores se habían ido ya antes del final y a mí me vinieron ganas de arrojarles mi vaso.

Me acompañaba el inspector P. de nuestra Compañía, un cristiano. Aunque generalmente me gusta estar con él, hoy me estorbaba. Mi preocupación eran las flores, no sus asuntos. Además sabía que él comprendía mal la obra, y yo no tenía tiempo, ni ganas, ni capacidad de obligarle a aceptar una ayuda que él no creía necesitar. Finalmente sentí vergüenza ante él por prestar yo mismo tan poca atención. Al propio tiempo, me molestaba conversar con Max y me molestaba el recuerdo de que antes me gustaba estar en su compañía, de que después volvería a gustarme y él podía tomar a mal mi conducta de hoy.

Pero no sólo yo estaba tan alterado. Max se sentía responsable a causa de su artículo laudatorio en el periódico. Para los judíos que venían acompañados por Bergmann era ya demasiado tarde. Los miembros de la asociación Bar Kochba habían acudido a causa del título de la obra y debían de sentirse decepcionados. Considerando que lo único que conozco de Bar Kochba me venía a través de esa obra, jamás le habría puesto su nombre a una asociación. Al fondo de la sala había dos vendedoras vestidas con sus trajes de fiesta, en compañía de sus enamorados, y hubo que hacerlas callar a grito pelado durante la escena de la muerte. Y, finalmente, la gente que estaba en la calle golpeaba los grandes cristales, irritada por ver tan poco del escenario.

En el escenario faltaban los Klug. — Ridículos comparsas. «Brutos judíos», como decía Löwy. Viajantes de comercio que, por lo demás, no cobraban nada. Casi todo el tiempo se lo pasaban intentando reprimir la risa, o gozándose en ella, aunque lo hacían todo con la mejor intención. Uno de ellos, mofletudo, con una barba rubia, ante el cual apenas podía uno dominar la risa, se reía de un modo particularmente cómico a causa de lo grotesco de su barba postiza, que se le movía y que ponía un marco absurdo a sus mejillas al soltar aquella risa realmente imprevista. Otro se reía sólo cuando quería, pero entonces lo hacía a mandíbula batiente. Cuando Löwy moría, cantando, en brazos de estos dos ancianos, se revolvía y había de deslizarse lentamente hasta el suelo mientras se iba apagando su canto; entonces los dos comparsas juntaban las cabezas tras la espalda del actor para reír por fin

hasta hartarse, sin ser vistos del público (así lo creían ellos). Ayer mismo, al recordarlo durante el almuerzo, no pude contener la risa.

La señora Tschissik, en la cárcel, tiene que quitarle el yelmo al gobernador romano borracho que la visita (el joven Pipes), y luego tiene que ponérselo ella. Cuando se lo quita, cae una toalla aplastada que al parecer Pipes había metido dentro, porque el yelmo le pesaba demasiado. Aunque sin duda debía saber que le quitaban el yelmo en escena, dirigió a la señora Tschissik una mirada llena de reproches, olvidándose de su borrachera.

Hermoso: cómo se revolvía la señora Tschissik entre las manos de los soldados romanos (a los que tuvo que estirar hacia ella, porque al parecer tenían miedo a tocarla), mientras los movimientos de los tres hombres, gracias a la solicitud y al arte de la Tschissik, seguían casi (sólo casi) el ritmo del canto; la canción en la que la actriz anuncia la aparición del Mesías, sin producir el menor estorbo, sólo con su poder, representa el tañido de las arpas mediante el movimiento de los arcos de los violines: en la prisión, donde la frecuente aproximación de unos pasos la obliga a interrumpir su canto fúnebre, acude presurosa al molino de tambor y lo hace girar al compás de una canción de trabajadores; luego vuelve a entregarse a su canto y regresa nuevamente al molino; cómo canta en sueños, cuando Papus la visita, y su boca abierta es como un ojo parpadeante; cómo, principalmente, las comisuras de su boca, al abrirse, recuerdan los ángulos de sus ojos. — Tanto con el velo blanco como con el negro, estaba hermosa.

Algo nuevo en sus movimientos ya conocidos: presión de la mano en la parte baja del corpiño, no muy bueno; breves sacudidas de hombros y caderas cuando se muestra sarcástica, especialmente cuando da la espalda a la persona despreciada.

Llevó toda la representación como una madre hacendosa. Apuntaba a todos, pero ella no se interrumpía nunca; instruyó a los comparsas, les suplicó, y finalmente los empujó cuando hubo necesidad de ello; su voz clara, cuando ella no estaba en escena, se mezclaba con los débiles cantos del coro que se hallaba en el escenario; sostuvo el biombo (que en el último acto debía representar una ciudadela) que los comparsas habían derribado diez veces.

Con el ramo de flores, esperaba satisfacer un poco mi amor por ella, y fue totalmente inútil. Sólo es posible satisfacerlo por medio de la literatura o acostándome con ella. No escribo esto porque no lo sepa, sino porque tal vez es bueno escribir a menudo lo que nos sirve de advertencia.

7 de noviembre. Martes. Ayer los actores se fueron definitivamente con la señora Tschissik. Por la noche acompañé a Löwy al café, pero esperé fuera; no quise entrar, no quería ver a la señora Tschissik. Pero al ir y venir por la calle, vi que ella abría la puerta y salía con Löwy; me dirigí a ellos para saludarles y los alcancé en medio de la calzada. La señora Tschissik me agradeció el ramo con los elevados y sin embargo naturales vocablos de su manera de expresarse; dijo que acababa de enterarse de que era yo quien lo había enviado. O sea que aquel mentiroso de Löwy no le había dicho nada. Yo tuve miedo por ella, porque sólo llevaba una ligera blusa de manga corta, y le pedí —estuve a punto de tocarla para obligarla— que volviese a entrar en el local, para que no se resfriara. No, dijo, no se resfriaba, además tenía un chal, y se lo levantó un poco para mostrarlo, apretándolo contra su pecho. No podía decirle que, en realidad, no tenía miedo por ella, sino que estaba simplemente contento de haber hallado un sentimiento que me permitiese gozar de mi amor, y por ello volví a decirle que tenía miedo.

Entretanto, habían salido también su marido, su hijita y el señor Pipes, y resultó que no estaba en absoluto decidido si irían a Brunn como Löwy me había insinuado, y Pipes estaba incluso decidido a ir a Nuremberg. Dijo que esto era lo mejor, que era fácil conseguir una sala, que la comunidad judía era numerosa y que además el viaje a Leipzig y

Berlín era muy cómodo. Por lo demás, lo habían estado discutiendo todo el día, y Löwy, que había dormido hasta las cuatro, les había dejado esperar y habían perdido el tren de las siete y media para Brunn. Con estas argumentaciones, entramos en el local y nos sentamos en torno a una mesa, yo frente a la señora Tschissik. Me habría gustado mucho distinguirme, y bien mirado no era difícil; me habría bastado conocer algunos enlaces de ferrocarril, distinguir las estaciones, facilitar la decisión entre Nuremberg o Brunn, pero sobre todo habría tenido que hacer callar a Pipes, que se comportaba como su Bar Kochba, y a cuyos gritos Löwy, muy razonable aunque sin intención, oponía una charla muy rápida, a media voz, imposible de interrumpir y bastante incomprensible para mí, al menos en aquel momento. En lugar de distinguirme, permanecía hundido en mi sillón, miraba alternativamente a Pipes y a Löwy y, en estos desplazamientos de mi vista, me encontraba con los ojos de la señora Tschissik; pero cuando ella me respondía con una mirada (por ejemplo, tuvo que dedicarme una sonrisa a causa de la excitación de Pipes), yo desviaba los ojos. No lo hacía sin motivo. Entre nosotros dos no podía haber sonrisas motivadas por la excitación de Pipes. Para ello me sentía demasiado serio teniendo su rostro frente a mí, y estaba muy cansado de esta seriedad. Si deseaba reírme de algo, podía contemplar por encima de sus hombros a la mujer gorda que había hecho el papel de gobernadora en Bar Kochba. Pero en realidad tampoco podía mirarla seriamente. Porque esto habría significado que la amaba. Incluso el joven Pipes, detrás de mí, habría tenido que darse cuenta, a pesar de su inocencia. Y esto habría sido algo realmente inaudito. Yo, un joven a quien todo el mundo le calcula dieciocho años, ante los parroquianos del Café Savoy, con los camareros de pie a su alrededor, junto a la mesa de los actores, declara a una mujer de treinta años, que apenas nadie considera siquiera hermosa, con dos hijos de diez y de ocho años, que tiene a su marido sentado a su lado y que es un modelo de respetabilidad y sentido del ahorro declara a esta mujer su amor, que le tiene totalmente dominado, y — ahora viene lo más curioso, que sin duda nadie habría advertido — renuncia inmediatamente a la mujer, como renunciaría asimismo a ella si fuese joven y soltera. Debo agradecer o maldecir el hecho de que, a pesar de toda mi desdicha, aún pueda sentir temor, un amor no terrenal, pero dirigido a objetos terrenales.

Ayer estaba hermosa la señora Tschissik. La belleza evidentemente normal de las manos pequeñas, de los dedos ágiles, de los fondeados antebrazos, tan perfectos en sí mismos que ni la visión inhabitual de su desnudez nos hace pensar en el resto del cuerpo. El pelo partido en dos ondas, claramente iluminado por la luz de gas. El cutis algo impuro en torno a la comisura derecha de la boca. Como para una queja infantil, se abre su boca formando arriba y abajo dos arcos de fino dibujo. Uno piensa que esta hermosa formación de vocablos, que expande la luz de las vocales en las palabras y preserva con la punta de la lengua el puro contorno de las mismas, sólo puede conseguirse una vez, y queda asombrado de que se repita. Frente baja y blanca. Los polvos, cuando se usan como lo he visto hasta ahora, son algo que aborrezco, pero cuando este color blanco, este velo que flota cerca de la piel, proviene de estos polvos de color lechoso, algo turbio, entonces quisiera que todas las mujeres se empolvasen. Le gusta llevarse dos dedos a la comisura derecha de la boca; tal vez se ha introducido en ella las puntas de los dedos, e incluso puede haberse metido en la boca un mondadientes. No miré con atención sus dedos, pero casi parecía que se había introducido un mondadientes en un diente cariado y que lo había dejado allí durante un cuarto de hora.

8 de noviembre. Toda la tarde con el doctor (abogado), por cosas de la fábrica.

La muchacha que, sólo por andar del brazo de su amado, miraba tranquila a su alrededor.

La empleada de la oficina de N. me recordó la intérprete de Manette Salomon en el Odéon de París hace año y medio. Por lo menos cuando estaba sentada. Unos senos blandos, más anchos que largos, ceñidos por un tejido de lana. Un rostro ancho hasta la boca, pero que luego se estrechaba rápidamente. Rizos naturales descuidados, en un peinado liso. Celo y calma en un cuerpo robusto. El recuerdo se acentuó, como ahora advierto, porque trabajaba de firme (en su máquina de escribir volaban las barritas de las teclas —sistema Oliver— como las agujas de tejer en otros tiempos), también andaba de un lado a otro, pero apenas si dijo dos palabras en media hora, como si llevara dentro a Manette Salomon.

En casa del doctor, mientras estaba esperando, miré a una de las mecanógrafas y pensé lo mucho que costaba retener su cara, aun mirándola. Desconcertaba especialmente la relación entre un peinado estofado, que sobresalía alrededor de la cabeza, siempre con idéntico espesor, y una nariz recta que casi siempre parecía demasiado larga. Ante un movimiento más chocante de la muchacha, que leía precisamente un acta, casi quedé afectado por la observación de que, con todas mis reflexiones, había permanecido más extraño a ella que si le hubiese rozado la falda con el meñique.

Cuando, en la lectura del contrato, el doctor llegó a un párrafo que trataba de mi posible futura esposa y de mis posibles hijos observé frente a mí una mesa rodeada por dos butacas grandes y otra más pequeña. La idea de que nunca estaría en situación de ocupar esas butacas u otras tres cualesquiera, con mi mujer y mi hijo, me produjo desde el primer instante un deseo tan desesperado de dicha felicidad que, agitado, formulé al doctor la única pregunta durante toda la lectura del contrato, que puso inmediatamente al descubierto mi absoluta incompreensión de una gran parte del contrato que ya me había sido leída.

Continuación de la despedida: En Pipes, al sentirme oprimido por él, observé sobre todo las puntas de sus dientes, irregulares y cubiertas de puntitos negros. Finalmente tuve media ocurrencia: «¿Por qué viajar de una sola tirada hasta una ciudad que está tan lejos como Nuremberg?», pregunté, «¿por qué no dar una o dos representaciones en una estación más pequeña del trayecto?» «¿Conoce alguna?», preguntó la señora Tschissik sin utilizar ni remotamente el tono cortante con que yo lo escribo, y así me obligó a mirarla. Todo su cuerpo visible al otro lado de la mesa, toda la redondez de los hombros, la espalda y el pecho era suave, a pesar de su constitución huesuda y casi tosca cuando está en escena vestida a la europea. Cometí la ridiculez de mencionar Pilsen. Los clientes de la mesa de al lado, más razonables, hablaron de Teplitz. El señor Tschissik habría optado por cualquier estación intermedia, porque sólo se siente confiado en empresas pequeñas, y también la señora Tschissik, aunque no se lo consultaron mucho entre sí; por otra parte, ella preguntó a los presentes los precios del viaje. A menudo decían: bastaría con ganar para el «parnusse» (lo necesario para vivir). Su niña frota la mejilla contra el brazo de la madre; ella no percibe seguramente que para los adultos existe la pueril convicción de que a un niño no le puede ocurrir nada junto a sus padres, aunque sean actores ambulantes, y de que las verdaderas preocupaciones no se encuentran tan a ras de tierra, sino únicamente a la altura del rostro de los adultos. Yo insistí mucho en Teplitz, porque podía darte una carta de recomendación para el doctor P. y así hacer algo por la señora Tschissik. Con la oposición de Pipes, que organizó el sorteo para elegir entre las tres ciudades posibles y dirigió con gran actividad el juego, salió Teplitz por tercera vez. Yo pasé a la mesa vecina y redacté excitado la carta de recomendación. Con la excusa de que tenía que ir a casa para preguntar la dirección exacta del doctor P., que en realidad no era necesaria y que en casa tampoco sabía nadie, me despedí. Mientras Löwy se preparaba para acompañarme, acaricié con turbación la mano de la mujer y la barbilla de su hija.

9 de noviembre. Un sueño que tuve anteayer:

Todo, un teatro. Yo estaba tan pronto arriba, en la galería, como en el escenario; una muchacha que me había gustado unos meses atrás estaba actuando; tensaba su cuerpo flexible cuando el terror la obligaba a agarrarse al respaldo de una silla; desde la galería, yo señalaba a la muchacha, que representaba un papel de hombre; a mi acompañante no le gustaba. En uno de los actos, el decorado era tan grande que no se veía otra cosa, ni escenario, ni sala para el público, ni oscuridad, ni candilejas; en cambio todos los espectadores, en gran cantidad, llenaban la escena, que representaba el Altstädter Ring, visto probablemente desde la embocadura de la Niklasstrasse. Aunque desde este ángulo, habría sido en realidad imposible ver la plaza que está frente al reloj del ayuntamiento y el pequeño Ring, esto se conseguía sin embargo mediante breves giros y lentas oscilaciones del suelo del escenario, de suerte que, por ejemplo, desde el Palacio Kinsky, se dominaba la plazoleta circular. Esto no tenía otro objeto que mostrar en lo posible todo el decorado, puesto que allí estaba con tanta perfección, y habría sido como para ponerse a llorar que hubiese quedado invisible algo de dicho decorado, el cual, como yo sabía muy bien, era el decorado más hermoso de todo el mundo y de todos los tiempos. La iluminación venía determinada por la existencia de unas nubes oscuras, otoñales. La luz tamizada del sol relucía de un modo disperso en tal o cual ventana pintada de la esquina sureste de la plaza. Como todo estaba reproducido en su tamaño natural y sin omitir el menor detalle, producía una impresión extraordinaria, hasta el punto de que algunas de las batientes de las ventanas se abrían y cerraban al soplo de un viento templado, sin que se oyera el menor ruido, a causa de la gran altura de los edificios. La plaza formaba una pendiente pronunciada, el pavimento era casi negro, la Teinkirche estaba en su lugar exacto, pero frente a ella había un pequeño palacio imperial, en cuyo antepatio aparecían reunidos en perfecto orden todos los monumentos que en realidad se hallan en la plaza: la Columna de Santa María, la antigua fuente que hay frente al ayuntamiento y que yo mismo no he visto nunca, la fuente situada ante la Niklaskirche, y una valla de tablas que ahora han puesto alrededor de la excavación para el monumento a Hus.

Se representaba —en la sala uno olvida a menudo que sólo se trata de una representación, cuanto más en el escenario y entre bastidores— una fiesta imperial y una revolución. La revolución era tan grande, con enormes multitudes que avanzaban y retrocedían por la plaza, como seguramente jamás se había producido en Praga; al parecer la habían trasladado a Praga únicamente a causa del decorado, cuando en realidad correspondía a París. De la fiesta, al principio, no se veía nada; de todos modos la corte se había ido a una fiesta y entretanto había estallado la revolución, el pueblo había invadido el palacio, yo mismo corrí, saltando por encima de la fuente del patio, hasta salir al exterior; para la corte, debía ser imposible regresar al palacio. Entonces llegaron los carruajes de la corte por la Eisengasse, rodando a una velocidad tan vertiginosa, que tuvieron que frenar a gran distancia de la entrada del palacio, y siguieron arrastrándose por el pavimento con las ruedas trabadas. Eran carruajes de los que se ven en las fiestas populares y en las cabalgatas, en los que se exhiben cuadros vivientes; o sea que eran planos, rodeados por una guirnalda de flores, y con un paño de colores colgado alrededor del suelo del vehículo y cubriendo las ruedas. Todo ello le daba a uno más conciencia del terror que comportaba la velocidad de los mismos. Fueron arrastrados por los caballos, como inconscientemente, dibujando un arco desde la Eisengasse hasta el palacio, ante cuya entrada se encabitaron. Precisamente pasaron corriendo por mi lado muchas personas en dirección a la plaza, la mayoría espectadores a quien conocí por haberlos visto en la calle y que tal vez acababan de llegar. Entre ellos había asimismo una muchacha conocida, pero no sé cuál; a su lado iba un joven elegante, con un úlster a cuadritos, de color amarillo oscuro; llevaba la mano

derecha embutida en el bolsillo. Se encaminaron hacia la Niklasstrasse. A partir de este momento no vi nada más.

Schiller en alguna parte: lo principal (o algo así) es «convertir la emoción en carácter».

1 de noviembre. Sábado. Ayer, toda la tarde en casa de Max. Fijamos el orden de los artículos para *La belleza de los cuadros feos*. Sin buena impresión. Pero es precisamente en estos casos cuando Max me quiere más, o sólo me lo parece, porque de un modo tan claro soy consciente de mis pocos méritos. No, realmente me quiere más. Quiere incluir también mi «Brescia» en el libro. Todo lo bueno que hay en mí se opone a ello. Hoy tenía que ir con él a Brunn. Todo lo malo y lo débil que hay en mí me han retenido. Porque eso de que mañana he de escribir algo bueno no puedo creerlo.

Las muchachas envueltas en sus delantales que las ciñen especialmente por detrás. Una de la casa Löwy & Winterberg, hoy por la mañana; en ella, las tiras del delantal, sólo cerrado en el trasero, no se juntaban como es habitual, sino que iban dando pasadas una sobre otra, de suerte que la muchacha quedaba empaquetada como un bebé de pañales. Impresión sensual al verlo, como la que me han producido siempre, inconscientemente, los bebés de pañales, tan constreñidos en sus mantillas y camitas, y sujetos con cintas, como para dar satisfacción a un deseo.

En una entrevista en Norteamérica sobre su viaje a Bohemia, Edison cuenta que, a su parecer, el desarrollo relativamente alto de Bohemia (en los suburbios hay calles anchas, jardincitos delante de las casas, y viajando por el campo se ven construir fábricas) se debe a que la emigración de checos a Norteamérica es muy grande, y los que van regresando, uno por uno, traen de allá nuevas aspiraciones.

Tan pronto como, de un modo u otro, me doy cuenta de que dejo pasar unos abusos a cuya eliminación estoy realmente destinado (por ejemplo, la vida aparentemente satisfecha, pero que a mí me parece lamentable, de mi hermana casada), pierdo por un momento la sensibilidad en los músculos de mis brazos.

Progresivamente, intentaré agrupar todo lo que hay en mí de indudable, luego lo creíble, luego lo posible, etc. Es indudable mi avidez por los libros. No tanto por poseerlos o leerlos como por verlos, por convencerme de su permanente existencia en los estantes de una librería. Si en alguna parte hay varios ejemplares del mismo libro, cada uno de ellos me alegra. Es como si dicha avidez partiese del estómago, como si fuese un apetito descaminado. Los libros que yo poseo me dan menos gusto; en cambio me alegran ya los libros de mis hermanas. El deseo de poseerlos es incomparablemente menor, casi inexistente.

12 de noviembre. Domingo. Ayer, conferencia de Richépin: «La légende de Napoléon», en el Rudolfinum. Bastante vacío. Como para poner a prueba los modales del conferenciante, en el trayecto que va de la puertecilla del escenario a la mesa de conferencias, han colocado un enorme piano. El conferenciante entra; con la mirada fija en el público, quiere llegar a su mesa por el camino más corto, se aproxima demasiado al piano, se asombra, retrocede y lo rodea delicadamente sin mirar ya al público. Al producirse el entusiasmo final de su charla y los abundantes aplausos, hace ya mucho que ha olvidado el piano, puesto que éste no se ha hecho notar durante la conferencia; el conferenciante, con las manos sobre el pecho, quiere tardar lo más posible en dar la

espalda al público; Para ello da unos pasos elegantes andando de lado; como es natural, choca un poco con el piano y, de puntillas, tiene que flexionar algo la espalda antes de encontrarse otra vez en campo libre. Así por lo menos lo hizo Richepin.

Un cincuentón alto y fuerte, con el talle bien ceñido. El peinado de rizos tiesos alrededor de la cabeza (Daudet, por ejemplo), firmemente pegado al cráneo, sin que nunca se deshaga. Como en todos los viejos meridionales que tienen una nariz gruesa y la cara ancha y arrugada que corresponde a dicha nariz, de cuyos orificios puede salir un fuerte viento como del hocico de un caballo, y ante los cuales uno sabe perfectamente que éste es el estado definitivo de su rostro, ya inalterable, pero que aún va a durar mucho, su cara me recordó también la cara de una vieja italiana provista de una crecida barba, indudablemente natural.

El color gris claro de la tarima de conciertos recién pintada, que se alzaba tras él, desconcertaba al principio. El pelo canoso se confundía literalmente con este color y perdía su contorno. Cuando echaba la cabeza hacia atrás, el color se ponía en movimiento, su cabeza se fundía casi en él. Sólo mediada ya la conferencia, cuando yo tenía concentrada totalmente mi atención, desapareció la molestia, especialmente cuando él, al recitar, se levantó con su alto cuerpo vestido de negro y, con un amplio gesto arqueado de las manos, dirigía los versos y ahuyentaba el color gris. — Al principio le hacía a uno sentirse incómodo por sus muchos cumplidos en todas direcciones. Cuando contó la historia de un soldado napoleónico a quien él llegó a conocer y que había recibido cincuenta y siete heridas, manifestó que sólo un gran colorista como su amigo Mucha, que estaba entre los presentes, habría podido reproducir la gran variedad de colores del torso de aquel hombre.

Advertí un progreso en mi capacidad de dejarme emocionar por personas que ocupan una tribuna. No pensé en mis dolores y preocupaciones. Estaba reclinado contra la esquina izquierda de mi sillón, pero introducido de lleno en la conferencia, con las manos juntas entre las rodillas. Richepin me producía un efecto semejante al que debió de sentir el rey David cuando llevaba jovencitas a su lecho. Tuve incluso una fugaz visión de Napoleón, el cual, en una fantasía sistematizada, entraba también por la puertecilla del escenario, aunque igualmente habría podido surgir de la madera de la tarima o del órgano. Dominó toda la sala, que en aquel momento estaba repleta. Aunque de hecho me hallaba muy cerca de él, no tuve nunca la menor duda, ni habría podido tenerla, de su influjo. Tal vez habría observado cualquier ridiculez en su atavío, como en el de Richepin, pero tal observación no me habría molestado. ¡En cambio, qué frío era yo de niño! A menudo deseé verme frente al Emperador para demostrarle la ineficacia de su influjo. Y esto no era valentía, sino frialdad.

Recitaba poesía como discursos en el parlamento. Golpeaba la mesa cual impotente espectador de las batallas; agitando los brazos extendidos, abría en medio de la sala un callejón para los guardias; «Empereur!», gritaba con el brazo alzado, convertido en bandera, y al repetirlo, le respondía realmente el eco de un ejército que gritaba allá abajo, en la llanura. En la descripción de una batalla, un piececito golpeó el suelo en alguna parte, y luego se vio que era su pie, demasiado poco seguro de sí mismo. Pero esto no le alteró. Al recitar los *Granaderos* en una traducción de Gérard de Nerval que él admiraba especialmente, fue cuando tuvo menos aplausos.

En su juventud, la tumba de Napoleón era abierta una vez al año, y era mostrado a los inválidos, a quienes se hacía desfilar ante él, el rostro embalsamado, una visión más digna de terror que de admiración, porque la cara estaba hinchada y verdosa; de ahí que posteriormente se aboliese esta costumbre de abrir la tumba. Richepin alcanzó aún a ver el rostro del Emperador, en brazos de su tío abuelo, que había servido en África y para quien el comandante mandó abrir la tumba ex profeso.

Cuando va a recitar un poema (tiene una memoria infalible, como siempre debe de existir en los temperamentos enérgicos) lo anuncia mucho antes, diserta sobre él, y los futuros versos provocan ya un pequeño terremoto bajo esas palabras; antes del primer poema, llegó a decir que lo recitaría con todo su fuego. Y lo cumplió.

En el último poema, llegó el climax con una imperceptible introducción en los versos (versos de Victor Hugo), se levantó lentamente, no se volvió a sentar después de los versos, dio cabida a los amplios ademanes de su recitado dentro de la última potencia de su prosa, y los mantuvo. Concluyó con el juramento de que, aun después de mil años, cada partícula de polvo de su cadáver, si tenía conciencia, estaría dispuesta a seguir la llamada de Napoleón.

El francés, de corto aliento, gracias a la rápida sucesión de sus válvulas de escape, resistió incluso las más ingenuas improvisaciones; ni siquiera se desgarró cuando con tanta frecuencia hablaba de los poetas que embellecen la vida diaria, de su propia imaginación (ojos cerrados) como de la de un poeta, de sus alucinaciones (ojos abiertos bruscamente y dirigidos a disgusto hacia un punto lejano) como de las de un poeta, etc. Al propio tiempo se cubría a veces los ojos y volvía a descubrirlos lentamente, separando los dedos uno a uno. — Ha prestado su servicio, su tío en África, su abuelo con Napoleón; incluso llegó a cantar dos versos de un himno bélico. — 13 de noviembre. Y este hombre, me lo han dicho hoy, tiene sesenta y dos años.

14 de noviembre. Ayer, en casa de Max, que volvía de su conferencia en Brünn.

Por la tarde, en el momento de dormirme. Como si la sólida tapa del cráneo, que envuelve el cráneo insensible, se hubiese atraído profundamente en sí misma y dejado una parte del cerebro expuesta al libre juego de luces y músculos.

Despertar en una fría mañana de otoño, de luz amarillenta. Salir por la ventana casi cerrada y, todavía frente a los cristales, antes de caerse, flotar con los brazos extendidos, el vientre formando un arco, las piernas dobladas hacia atrás, como los mascarones de proa en los navios de otros tiempos.

Antes de dormirme.

Parece tan desagradable ser soltero, pedir que a uno le admitan, ya viejo y preservando arduamente la propia dignidad, cuando desea pasar una velada con otras personas; llevarse a casa algo de comer en una mano, no poder esperar ociosamente a nadie con sosegada confianza, no poder obsequiar a alguien más que con un esfuerzo o a disgusto, despedirse frente a la puerta de la calle, no poder subir nunca la escalera con la mujer propia, estar enfermo y no tener otro consuelo que la vista que se ve desde la propia ventana (si es que uno puede sentarse), no tener en la propia estancia más que unas puertas laterales que conducen a viviendas de gentes desconocidas, notar el despego de los propios parientes, con quienes sólo se puede conservar la amistad por medio del matrimonio, primero a través del matrimonio de los padres, luego, cuando pasan los efectos del mismo, a través del propio; tener que admirar los niños ajenos y no poder repetir constantemente: yo no los tengo, y como no hay una familia que crezca con uno mismo, tener una invariable sensación de decrepitud; conformar el propio aspecto y la propia conducta de acuerdo con uno o dos solterones que recordamos de nuestra juventud. Todo esto es cierto, pero también se comete fácilmente el error de desplegar demasiado ante uno mismo los futuros sufrimientos, hasta el punto de que la vista debe lanzarse mucho más allá de ellos y ya no vuelve más, cuando en realidad, hoy y más adelante, uno seguirá igual, con un cuerpo y con una cabeza real, y también, por lo tanto, con una frente para poder golpeársela con la mano.

Ahora, intentar un esbozo de introducción para Ricardo Samuel.

15 de noviembre. Anoche levanté ya la colcha de la cama con un presentimiento, me acosté y volví a tener conciencia de todas mis facultades, como si las sostuviera en la mano; para consolarme porque no me levantaba a trabajar, estuve un ratito repitiéndome: «no puede ser sano, no puede ser sano», y quise correr el sueño sobre mi cabeza con una decisión casi visible. Pensé continuamente en un gorro de visera que, para protegerme, suelo apretar con mano enérgica sobre mi frente. Cuánto perdí anoche, hasta qué punto la sangre bullía en mi angosta cabeza, capaz de todo y sólo retenido por unas energías que son indispensables para la simple supervivencia y que se desperdician en esta empresa.

Es seguro que todo lo que he ideado anticipadamente, con buen ánimo, palabra por palabra, o bien de un modo incidental pero con palabras precisas, al intentar transcribirlo en mi escritorio, queda seco, alterado, inmovilizado, molesto para cuanto me rodea, temeroso, pero sobre todo fragmentario, aunque nada haya sido olvidado de la idea original. En gran parte, esto se debe naturalmente a que sólo ideo algo bueno cuando estoy libre del papel, sólo en el momento de exaltación, más temido que deseado, por mucho que realmente lo desee; a que luego, sin embargo, la plenitud es tan grande, que debo renunciar, o sea que sólo extraigo de esta corriente torrencial lo que puedo tomar a ciegas, azarosamente, de suerte que lo obtenido, al escribirlo con reflexión, no es nada comparado con la plenitud en la que cobró vida, es incapaz de dar salida a esta plenitud, y por ello resulta malo e incómodo, porque atrae inútilmente.

16 de noviembre. Hoy al mediodía, antes de dormirme, aunque no logré dormirme, yacía sobre mí el torso de una mujer de cera. Su cara se inclinaba sobre la mía, su antebrazo izquierdo me oprimía el pecho.

Tres noches sin dormir; al menor intento de hacer algo, inmediatamente caigo en el punto más bajo de mis fuerzas.

De un viejo cuaderno de notas: «Esta noche, tras haber estudiado desde las seis de la mañana, me di cuenta de que la mano izquierda llevaba ya un rato manteniendo agarrados compasivamente los dedos de la derecha.»

18 de noviembre. Ayer en la fábrica. Regreso en el tranvía eléctrico; me senté en un rincón con las piernas extendidas, veía las personas del exterior, las luces encendidas de los comercios, los muros de los viaductos por donde circulábamos, nuevas espaldas y caras; al salir de la calle comercial del suburbio, una carretera sin otro signo de humanidad que la gente que iba a casa, las luces eléctricas cortantes que ardían en la oscuridad de la estación de ierrocarril; chimenea baja, muy cónica, de una fábrica de gas; un cartel sobre la función de gira de una cantante de Treville nos va saliendo al paso en las paredes hasta una calleja cercana al cementerio, desde donde regresa conmigo del frío de los campos al calor habitable de la ciudad. Uno acepta las ciudades desconocidas como un hecho, los habitantes viven en ellas sin penetrar en nuestra manera de vivir, del mismo modo que nosotros tampoco podemos penetrar en las suyas, uno debe comparar, no puede eludirlo, aunque sabe muy bien que esto no tiene ningún valor moral, ni siquiera psicológico; después de todo, a menudo puede uno también renunciar a la compasión, porque la excesiva diversidad de las condiciones de vida le eximen de ello.

No obstante, los suburbios de nuestra ciudad natal nos resultan asimismo desconocidos, pero en este caso las comparaciones tienen valor; un paseo de media hora nos lo puede

demostrar una y otra vez; allí la gente vive parcialmente en el centro de nuestra ciudad y parcialmente en la periferia mísera, oscura, llena de surcos como un gran desfiladero, aunque todos ellos tienen un círculo de intereses comunes mayor que cualquier otro grupo humano de fuera de la ciudad. De ahí que siempre me meta en el suburbio con un sentimiento heterogéneo de miedo, de desamparo, de compasión, de curiosidad, de altivez, de espíritu viajero, de virilidad, y regreso con agrado, seriedad y tranquilidad, especialmente de Zizkov.

19 de noviembre. Domingo. Sueño:

En el teatro. Representación de *La tierra lejana*, de Schnitzler, adaptada por Utitz. Estoy sentado, muy adelante, en un banco; creo que es en la primera fila, hasta que finalmente resulta que es en la segunda. El respaldo del banco está mirando al escenario, de suerte que uno puede ver cómodamente la sala, pero no puede ver el escenario si no se vuelve. El autor está cerca, en alguna parte; no puedo reprimir mi mala opinión de la obra, que al parecer ya conozco, pero añadido, como compensación, que el tercer acto debe ser gracioso. Con este «debe» quiero decir, además, que si se habla de los mejores pasajes, no conozco la obra y tengo que fiarme de lo que he oído decir; por ello repito otra vez mi observación, no sólo para mí, aunque la verdad es que los demás no me hacen el menor caso. A mi alrededor hay una gran aglomeración, todo el mundo parece haber acudido con sus ropas de invierno y por este motivo desbordan el espacio de los asientos. Gente a mi lado, detrás de mí (a la que no veo), me interpelan, me muestran a los recién llegados, me dicen sus nombres; en especial me llama la atención un matrimonio que se abre paso a lo largo de una fila, porque la mujer tiene un rostro amarillo oscuro, masculino, de nariz larga, y por añadidura, dentro de lo que uno puede distinguir entre la muchedumbre donde asoma su cabeza, va vestida de hombre; junto a mí, moviéndose con sorprendente libertad, está sentado el actor Löwy, aunque en nada se parece al verdadero, y pronuncia excitados discursos en los que se repite la palabra «principium»; yo espero constantemente las palabras «tertium comparationis», que no llegan. En un palco del segundo piso, en realidad sólo una esquina de la galería, a la derecha desde la perspectiva del escenario, que en aquel lugar se une a los palcos, está cierto tercer hijo de la familia Kisch, detrás de su madre, sentada, y dirige la palabra al teatro; lleva una hermosa levita cruzada, cuyos faldones son muy amplios. Los discursos de Löwy tienen relación con sus discursos. Entre otras cosas, Kisch señala, a lo alto, un punto del telón y dice que allí está el alemán Kisch, refiriéndose a mi compañero de escuela, que ha estudiado germanística.

Al levantarse el telón, el teatro empieza a oscurecerse y Kisch, para demostrar con toda claridad que en cualquier caso se hubiera ido, asciende por la galería con su madre hasta desaparecer desplegando una vez más los brazos, los faldones de la levita y las piernas.

El escenario queda algo más bajo que la sala, hay que mirar hacia abajo, con la barbilla sobre el respaldo. El decorado consta de dos gruesas columnas bajas, situadas en el centro del escenario. Se representa un banquete en el que participan muchachas y muchachos. Veo poco, porque, aunque al iniciarse el espectáculo mucha gente se ha ido precisamente de los primeros bancos (al parecer han ido a colocarse detrás de la escena), las muchachas que se han quedado me quitan visibilidad con sus grandes sombreros llanos, casi todos de color azul, que se mueven oscilantes a todo lo largo del banco. Sin embargo, veo claramente en el escenario a un niño que tendrá de diez a quince años. Tiene el pelo seco, peinado a raya, corto y en punta. Ni siquiera sabe ponerse la servilleta en el regazo; para hacerlo tiene que mirar hacia abajo con atención, y en esta obra debe representar a un hombre de mundo. Como resultado de tal observación, no tengo ya demasiada confianza en este teatro. El grupo que está en escena espera ahora a unos cuantos forasteros, que bajan al escenario desde las primeras filas de espectadores. Pero tampoco se ha ensayado

bien la obra. Así, acaba de entrar una actriz, de nombre Hackelberg; un actor se dirige a ella reclinado en su butaca con aire de hombre de mundo, llamándola «Hackel»; se da cuenta de su error y se corrige. Entra luego una muchacha que conozco (Frankel, creo que se llama); se sube a mi asiento por encima del respaldo; al subir, veo que tiene la espalda completamente desnuda; la piel no es muy fina; sobre la cadera derecha tiene incluso una zona amoratada y arañada, del tamaño del pomo de una puerta. Pero, una vez en el escenario, cuando se vuelve y vemos su rostro puro, actúa muy bien. Ahora, un jinete que canta debe venir de lejos al galope; un piano imita elrido de los cascos, oímos el canto tempestuoso que se aproxima, y finalmente veo también al cantor que, para dar al canto el natural aumento de intensidad del que se acerca a toda prisa, corre a lo largo de la galería de arriba, en dirección al escenario. Aún no ha llegado a él ni tampoco al final de la canción, pero sí que ha llegado al límite de su velocidad y de su canto a gritos; tampoco el piano puede ya seguir imitando con mayor claridad los cascos del caballo sobre las piedras. Por lo cual, ambos desisten y el cantor se acerca cantando tranquilamente, aunque se encoge tanto, que sólo su cabeza sobresale de la baranda de la galería, y no se le ve por tanto con mucha claridad.

Así acaba el primer acto, pero el telón no desciende, y el teatro sigue a oscuras. En el escenario hay dos críticos sentados en el suelo y escriben con la espalda apoyada en un decorado. Un dramaturgo o director de barba rubia y puntiaguda sube de un salto al escenario; aún en el aire, extiende una mano para dar una indicación; en la otra lleva un racimo de uvas, que antes estuvo en un frutero del banquete, y se lo come.

Vuelto nuevamente de cara a la sala, veo que está iluminada por simples lámparas de petróleo metidas en simples candelabros como en las calles; ahora, naturalmente, dan muy poca luz. De pronto, la impureza del petróleo o alguna parte defectuosa de la mecha son causa de que brote intensamente la luz de una de dichas lámparas y lance vastas explosiones de chispas sobre los espectadores, que la mirada es incapaz de diferenciar y que forman una masa negra como la tierra. Entonces se levanta de dicha masa un caballero, avanza literalmente por encima de ella, hasta la lámpara, es evidente que quiere arreglarla, pero primero mira la lámpara, se queda un rato de pie junto a ella, y cuando ve que no ocurre nada, vuelve tranquilamente a su sitio, donde se sumerge. Yo me confundo con él e inclino la cara hacia lo negro.

Yo y Max debemos de ser sin duda radicalmente distintos. Por mucho que admire sus escritos, cuando los veo ante mí como un todo inaccesible a mi intromisión y a la de cualquier otro —hoy mismo, una serie de pequeñas recensiones—, cada frase que escribe para *Ricardo* y *Samuel* va unida a una concesión hecha de mala gana por mi parte, una concesión que siento dolorosamente hasta lo más hondo, al menos hoy.

Esta noche he estado lleno nuevamente de una capacidad medrosamente retenida.

20 de noviembre. Sueño donde aparecía un cuadro, al parecer de Ingres. Las muchachas en el bosque de mil espejos, o más bien: Las vírgenes... etc. Agrupadas y vaporosas como en los telones de los teatros; a la derecha de la imagen había un grupo más compacto; en dirección a la izquierda, estaban sentadas y tendidas en una enorme rama, o en una cinta ondeante, o flotando por sí mismas en una cadena que ascendía lentamente hacia el cielo. Y no sólo se reflejaban hacia el espectador, sino también apartándose de él, se volvían imprecisas y múltiples; lo que la vista perdía en detalle, lo ganaba en abundancia. Pero en primer término había una muchacha desnuda, no influida por los reflejos; apoyaba en una pierna el peso del cuerpo, con una cadera saliente. Aquí se podía admirar el arte del dibujo de Ingres, aunque descubrí con agrado que había quedado en esta muchacha un resto de

desnudez real excesiva, aun para el sentido del tacto. De un lugar que ella ocultaba, emergía un resplandor de luz amarillenta y pálida.

Es segura mi repugnancia por las antítesis. Sin duda se presentan inesperadamente, pero no sorprenden, porque su presencia ha sido siempre muy próxima; cuando eran inconscientes, lo eran únicamente en su zona más periférica. Es cierto que engendran solidez, plenitud, continuidad, pero tan sólo como una figura en el juego de la rueda de la vida; hemos ido persiguiendo en círculo nuestra pequeña idea. Por distintas que puedan ser, no tienen matices; como esponjadas por el agua, nos crecen en la mano con una perspectiva inicial de inmensidad y con un tamaño final mediano y siempre idéntico. Se enrollan, no se pueden extender, no proporcionan un punto de partida, son agujeros en la madera, son asaltos inmóviles, atraen hacia sí otras antítesis, como he demostrado. Ojalá las atrajeran todas y para siempre.

Para el drama: Weiss, profesor de inglés: cómo pasa apresuradamente, con los hombros tiesos, las manos embutidas en los bolsillos del abrigo amarillento de tensos pliegues, una vez, de noche, por la Wenzelsplatz, cruzando la vía con pasos enérgicos, muy cerca del tranvía eléctrico, que aún está detenido pero que ya hace sonar la campanilla. Se aleja de nosotros.

E. ¡Anna!

A. alzando la vista: Sí.

E. Ven aquí.

A. *a grandes pasos tranquilos*: ¿Qué quieres?

E. Quería decirte que, desde hace algún tiempo, estoy descontento de ti.

A. ¡Pero...!

E. Así es.

A. Entonces debes despedirme, Emil.

E. ¿Tan rápido? ¿Ni siquiera me preguntas la causa?

A. La conozco.

E. ¿Ah, sí?

A. No te gusta la comida.

E. *se levanta de prisa, en voz alta*: ¿Sabes que Kurt sale esta noche de viaje, o no lo sabes?

A. *interiormente imperturbable*: Claro que sí, por desgracia sale de viaje; no debías haberme llamado para esto.

21 de noviembre. Mi antigua niñera, la de la cara amarilla negruzca, la nariz cuadrada y una verruga, que tanto me gustaba entonces, en algún lugar de la mejilla, estuvo hoy en casa por segunda vez en poco tiempo, para verme a mí. La primera vez no me encontró, y esta segunda, yo quería que me dejaran en paz y dormir, y mandé decirle que no estaba en casa. ¿Por qué me habrá educado tan mal? No obstante, yo era dócil; ahora mismo se lo está diciendo en la antesala a la cocinera y a la institutriz; yo era de carácter tranquilo y formal. ¿Por qué no supo aprovecharlo en beneficio mío y no me preparó para un futuro mejor? Está casada o viuda, tiene hijos, habla con una vivacidad que no me deja dormir, piensa que soy un caballero alto y sano, en la hermosa edad de veintiocho años, que me gusta recordar mi adolescencia y que, sobre todo, sé lo que debo hacer conmigo. Y sin embargo estoy aquí, tumbado en el canapé, expulsado del mundo de una patada, a la espera del sueño que no quiere venir, y si viene, me rozará tan sólo; tengo las articulaciones lastimadas por el cansancio, mi cuerpo reseco camina temblando hacia el abismo, con excitaciones de las que no debo tener plena conciencia; las sacudidas de mi cabeza son

asombrosas. Y ahí están las tres mujeres, ante mi puerta; una me elogia tal como era, dos, tal como soy. La cocinera dice que me iré en seguida (quiere decir sin dar rodeos) al cielo. Así será.

Löwy: Un rabino en el Talmud tenía el principio —en este caso muy agradable a Dios— de no aceptar nada de nadie, ni siquiera un vaso de agua. Pero ocurrió que el más grande rabino de su tiempo quiso conocerlo y por lo tanto le invitó a comer. Rechazar la invitación de un hombre como aquél no era posible. De ahí que el primer rabino se pusiese en camino tristemente. Pero como su principio era tan fuerte, se interpuso entre ambos rabinos una montaña.

ANNA sentada a la mesa, lee el periódico.

KARL deambula por la habitación; cuando llega a la ventana, se detiene y mira al exterior; una vez llega incluso a abrir la ventán interior.

ANNA: Por favor, deja la ventana, que hace frío.

KARL *cierra la ventana*: La verdad es que tenemos preocupaciones distintas.

22 de noviembre. ANNA: Pero tú has adquirido una nueva costumbre, Emil, una costumbre repugnante. Eres capaz de agarrarte a la menor minucia para encontrar en mí una mala cualidad.

KARL *se frota los dedos*: Porque no tienes ninguna consideración, porque eres totalmente incomprensible.

Es evidente que mi estado físico constituye un obstáculo fundamental para mi progreso. Con semejante cuerpo es imposible llegar a nada. Tendré que acostumbrarme a sus constantes renunciaciones. A causa de las últimas noches, llenas de arrebatados sueños, en las que apenas si he dormido a trechos, me he sentido esta mañana tan falto de coherencia; no sentía otra cosa que mi frente, veía un estado medianamente soportable, situado mucho más allá del actual, y me hubiera gustado acurrucarme sobre las losas de cemento del corredor, con las actas en la mano, de tan dispuesto como estaba a morir. Mi cuerpo es demasiado largo para sus flaquezas, no tiene la menor cantidad de grasa para producir un calor beneficioso, para preservar el fuego interior, ninguna grasa de la que el espíritu pudiese alimentarse al margen de las necesidades diarias más indispensables, sin perjudicar el conjunto. ¿Cómo puede mi débil corazón, que a menudo me ha atormentado últimamente, impulsar la sangre a través de toda la extensión de estas piernas? Bastante trabajo debe tener para hacerla llegar hasta las rodillas, y luego ella se limita a irrigar las frías pantorrillas con una fuerza senil. Y he aquí que ahora vuelve a ser necesaria en la parte de arriba; uno espera que suba, pero ella se desperdicia allá abajo. La longitud del cuerpo hace que todo se desperdigue. ¿Qué rendimiento puede dar si —aunque fuese más compacto— tal vez no tendría fuerzas suficientes para lo que yo quiero conseguir?

De una carta de Löwy a su padre: si voy a Varsovia, me pasearé entre vosotros con mis ropas europeas como «una araña ante los ojos, como un enlutado entre los invitados a una boda».

Löwy habla de un amigo casado que vive en Postin, una pequeña ciudad cercana a Varsovia, y que se siente solo, y por consiguiente desgraciado, debido a sus intereses progresivos: «Postin, ¿es acaso una gran ciudad?» «¿Así de grande?», y me tiende la mano abierta. La cubre un guante tosco y rugoso, de color amarillo oscuro, y parece una región desértica.

23 de noviembre. El día 21, centenario de la muerte de Kleist, la familia Kleist puso en su tumba una corona con la inscripción:

«Al mejor de su linaje.»

¡De qué estados me hace depender mi forma de vida! Está noche he dormido algo mejor que la semana pasada; esta tarde he dormido incluso bastante bien; incluso me queda la somnolencia que sigue a un sueño medianamente reparador; por esta razón, temo no escribir tan bien, siento que algunas facultades se repliegan más en mi interior, y estoy dispuesto para todas las sorpresas, lo cual significa que ya las veo venir.

24 de noviembre. *Schhite* (el que aprende el oficio de matarife). Pieza teatral de Gordin. En ella, citas del Talmud. Por ejemplo:

Cuando al atardecer o durante la noche, un gran sabio comete pecado, no es necesario reprocharle nada a la mañana siguiente, porque, con su sabiduría, él mismo debe de estar ya arrepentido.

Si uno roba un buey, tiene que devolver dos; si mata el buey sustraído, tiene que devolver cuatro; pero si se mata un ternero robado, entonces no hay que devolver más que tres, porque se supone que el ternero hubo que llevarlo a cuevas y que se ha hecho por tanto un duro trabajo. Esta suposición condiciona el castigo, aun cuando uno se haya llevado el ternero con toda comodidad.

Honradez de los malos pensamientos. Anoche me sentí especialmente desgraciado. Otra vez tenía el estómago echado a perder, había escrito con esfuerzo, escuché con dificultad la lectura pública de Löwy en el café (que al principio fue tranquila y hubo de ser respetada por nosotros, pero que luego se animó y ya no nos dejaba en paz), lo triste de mi futuro inmediato me pareció que no merecía entrar en él; desamparado, caminaba por la Ferdinandstrasse. En la esquina del Bergstein, me volvieron mis pensamientos sobre mi futuro más alejado. ¿Cómo iba a soportarlo con este cuerpo sacado de un cuarto de trastos viejos? También en el Talmud se dice: «Venís ahora, malos pensamientos, ahora que estoy débil y tengo el estómago echado a perder. Precisamente ahora habéis de pasar por mi mente. Así lo habéis dispuesto, sólo porque os convenía. Avergonzaos. Venid en otro momento, cuando tenga más fuerzas. No os aprovechéis así de mi actual estado.» Y en efecto, sin esperar siquiera otras pruebas, retrocedieron, se disiparon lentamente y ya no volvieron a molestarme durante el resto de mi paseo, naturalmente no demasiado feliz. No obstante, olvidaron al parecer que, si querían respetar todas mis malas situaciones, pocas veces les llegaría el turno de actuar.

El olor a gasolina de un automóvil procedente del teatro me hizo observar que a los espectadores que salían del teatro y venían hacia mí, acabando de ponerse los abrigos y poniendo en orden los gemelos colgados al cuello, les esperaba visiblemente una agradable vida doméstica (aunque sólo tuvieran la luz de una vela, que basta para ir a acostarse); aunque también parecía que les habían echado del teatro, como personajes subalternos ante los cuales ha caído el telón por última vez y detrás de los cuales se han abierto las puertas por donde entraron orgullosos de alguna ridícula inquietud, antes de empezar la obra o durante el primer acto.

25 de noviembre. Toda la tarde en el Café City convenciendo a M. de que firmase una declaración según la cual no era más que dependiente en nuestra empresa, y por tanto no estaba asegurado, por lo que mi padre no tiene la obligación de cargar con los enormes gastos de su seguridad social. El me promete hacerlo, yo hablo el checo con fluidez, y especialmente me disculpo con elegancia por mis errores; promete que el lunes nos enviará

la declaración a la empresa; siento que, si no me estima, al menos me respeta. Sin embargo, el lunes no envía nada y no está ni siquiera en Praga; ha salido de viaje.

Por la noche, decaimiento en casa de Baum, sin Max. Lectura de *El odioso*, una historia todavía demasiado desordenada; el primer capítulo es más bien el soporte para iniciar una historia.

26 de noviembre. Con Max, *Ricardo* y *Samuel* por la mañana y por la tarde hasta las cinco. Después, a casa de N., coleccionista de Linz, recomendado por Kubin, cincuenta años, gigantesco, movimientos de torre; cuando calla durante mucho rato, uno inclina la cabeza, porque calla del todo, mientras que cuando habla, no habla del todo; su vida consiste en el coleccionismo y el coito.

Coleccionismo: empezó con una colección de sellos, luego pasó a los grabados, luego lo coleccionó todo, se dio cuenta de la inutilidad de esta actividad coleccionista que nunca llegaba al fondo y se limitó a los amuletos, posteriormente a las medallas de peregrinos y a los textos sobre peregrinaciones del sur de Austria y el sur de Baviera. Son medallas y papeles que se publican nuevamente para cada peregrinación, casi siempre sin valor material ni artístico, pero a menudo con imágenes agradables. Además, empezó a publicar activamente, siendo el primero que lo hizo, sobre este tema, para cuya sistematización estableció por primera vez unos criterios. Naturalmente, los que hasta entonces habían coleccionado esos objetos sin que se les ocurriera publicar nada, se indignaron, aunque luego tuvieron que darse por satisfechos. Ahora es un experto reconocido en esas medallas de peregrinaciones; de todas partes le llegan peticiones para que opine y dictamine sobre tales medallas, y es él quien tiene la última palabra. Por lo demás, sigue coleccionando las otras cosas; su orgullo es un cinturón de castidad que, como todos sus amuletos, ha sido expuesto en la Exposición de Higiene de Dresden. (Acababa de llegar de allí, donde había hecho embalar las piezas para el transporte.) Tiene también una hermosa espada nobiliaria de los Falkenstein. Respecto al arte, actúa con una claridad mala, que sólo se adquiere con el coleccionismo.

Desde el café del Hotel Graf, nos hace subir a su habitación, excesivamente caldeada; se sienta en la cama, nosotros en dos butacas, frente a él, de modo que formamos un agradable grupo. Su primera pregunta: «¿Son ustedes coleccionistas?» «No, sólo unos tristes aficionados.» «No importa.» Saca la cartera y nos cubre materialmente de ex libris, propios y ajenos, entre los cuales se mezcla también un prospecto de su próximo libro *Magia y superstición en el reino mineral*. Ha escrito ya mucho, especialmente sobre «Maternidad en el arte»; considera que el cuerpo grávido es el más hermoso, y para él resulta también el más agradable para... Ha escrito asimismo sobre amuletos. Tuvo un cargo en los Museos de la Corte de Viena, ha dirigido excavaciones en Braila, junto a la desembocadura del Danubio, inventó un procedimiento que lleva su nombre para restaurar vasijas excavadas, es miembro de trece sociedades científicas y museos, su colección ha sido legada testamentariamente al Museo Germánico de Nuremberg, a menudo permanece hasta la una o las dos de la madrugada en su escritorio y reanuda el trabajo a las ocho de la mañana. Tenemos que escribir algo en el álbum de una amiga suya; lo ha traído consigo en el viaje para que se lo llenen. Los creadores van al principio. Max anota un complicado verso, que el señor N. intenta traducir con el refrán: «Tras la tempestad viene la calma.» Primero lo leyó con una voz de madera. Yo escribo: «Alma mía, salta y baila...», etc.

Vuelve a leer en voz alta, yo le ayudo, y finalmente dice: «¿Un ritmo persa? ¿Cómo se llama? ¿Gacela? ¿No?» Y nosotros no podemos confirmarlo, ni adivinar tampoco a qué se refiere. Acaba citando un «ritornello» de Rückert. Sí, sí, un «ritornello», eso es lo que ha dicho. Pero en realidad tampoco lo es. Bueno, la verdad es que tiene cierta eufonía.

Es amigo de Halbe. Le gustaría "hablar de él. Nosotros preferimos hablar de Blei. Pero sobre él no hay mucho que decir; en el mundo literario de Munich le desdeñan por sus suciedades literarias; está separado de su mujer, que era dentista, tenía un consultorio muy concurrido y le mantenía; su hija, de dieciséis años, rubia y de ojos azules, es la muchacha más desenfadada de Munich. En *El pantalón* de Sternheim —N. estuvo con Halbe en el teatro—, Blei hacía el papel de un viejo calavera. Al día siguiente, cuando N. lo encontró, le dijo: «Doctor, usted hizo ayer el papel del doctor Blei.» «¿Cómo? ¿Cómo?», dijo éste, confuso, «yo hice tal y cual personaje.» — Cuando salimos, levanta la ropa de la cama para que se sature del calor de la habitación; además, ordena que la calienten aún más.

Del Talmud: si un sabio va a ver a su novia, debe llevar consigo a un «amborez», un hombre sin educación, porque él está tan absorto en su sabiduría, que no se fijaría ni en lo más necesario.

Los hilos telefónicos y telegráficos que rodean Varsovia han sido completados, gracias al soborno, formando un círculo perfecto que, en el sentido del Talmud, hace de la ciudad un coto cerrado, en cierto modo un patio interior, de suerte que incluso "los más piadosos pueden moverse libremente en sábado dentro de dicho círculo, y llevar consigo pequeñeces (como pañuelos).

Las tertulias de los Chassidim, en las que conversan alegremente sobre cuestiones del Talmud. Si la conversación se interrumpe o alguien no toma parte en ella, se desquitan con cánticos. Se inventan melodías; si alguna les sale bien, llaman a otros miembros de la familia, para repetirla y estudiarla con ellos. Un milagroso rabino, que a menudo tenía alucinaciones, durante una de aquellas tertulias ocultó de pronto su rostro en el brazo que tenía puesto sobre la mesa, y así permaneció tres horas en medio del silencio general. Al despertar, lloró y les cantó a los presentes una alegre marcha militar, totalmente nueva. Era la melodía con que los ángeles de la muerte acababan de acompañar al cielo a un milagroso rabino que en aquel momento había muerto en una remota ciudad rusa.

Según la Cábala, los devotos reciben en viernes un alma nueva, totalmente celestial, más delicada, que permanece en ellos hasta la noche del sábado.

La noche del viernes, dos ángeles acompañan a todos los devotos desde el templo hasta su casa; el dueño de la casa les recibe de pie en el comedor; se quedan poco tiempo.

La educación de las muchachas, su desarrollo, la adaptación a las leyes del mundo, siempre han tenido para mí un interés especial. Entonces ya no se apartan tan desesperadamente de alguien que sólo las conoce por encima y que quisiera hablar superficialmente con ellas; ya se detienen un poco, aunque no sea precisamente en el punto de la habitación en que uno desearía que lo hiciesen, ya no hay que retenerlas con miradas, con amenazas o con el poder del amor; cuando nos dan la espalda lo hacen lentamente y no quieren herirnos, y luego vemos que también se ha vuelto más ancha su espalda. Lo que se les dice no se pierde; escuchan toda la pregunta sin que uno tenga necesidad de apresurarse, y responden, sin duda en broma, pero con toda exactitud, a la pregunta formulada. Incluso ellas mismas hacen preguntas con la cara levantada, y no les resulta insoportable una pequeña conversación. Un espectador no les impide ya continuar el trabajo emprendido; le prestan ya menos atención, pero dicho espectador puede permanecer también más tiempo contemplándolas. Sólo cuando tienen que vestirse se retiran. Es el único momento en que uno puede sentirse inseguro. Por lo demás, uno no tiene que correr ya por las calles, estar al acecho en las puertas de las casas y esperar continuamente una feliz casualidad, aunque uno ha comprobado ya que no tiene la facultad de forzarla.

Sin embargo, a pesar de esta gran transformación que se ha producido en ellas, no tiene nada de extraño que, en un encuentro inesperado, se nos presenten con una cara melancólica, pongan la mano llana sobre la nuestra y, con lentos gestos, nos inviten a entrar en su casa como a un compañero de trabajo; pero cuando penetramos en ella con avidez y con despecho, se acurrucan en el hueco de una ventana y leen el periódico sin dignarse concedernos una sola mirada.

30 de noviembre. Tres días sin escribir nada.

3 de diciembre. He leído un fragmento de *La vida de Karl Stauffer, Crónica de una pasión*, de Schäfer, y la gran impresión que penetra en mi interior, a la que sólo presto oído esporádicamente, me tiene preso e inmovilizado; pero también el hambre que me impone mi estómago estropeado y la habitual excitación del domingo sin nada que hacer, llevan dicha excitación hasta tal lejanía, que sólo puedo escribir, del mismo modo que, ante una excitación impuesta desde el exterior, no le queda a uno otro remedio que agitar los brazos.

La infelicidad del solterón, sea aparente o real, es tan fácil de adivinar por cuantos le rodean, que maldecirá su decisión en cualquier caso, si se ha quedado soltero por el placer del misterio. Es cierto que anda por ahí con la chaqueta bien abrochada, las manos en los bolsillos, que le quedan altos, los codos salientes, el sombrero encasquetado hasta los ojos, una falsa sonrisa, ya innata, que debe proteger su boca, como los lentes de pinza protegen sus ojos; los pantalones son más estrechos de lo que conviene estéticamente a unas piernas delgadas. Pero todo el mundo sabe lo que le ocurre, puede enumerarle todos sus sufrimientos. Un soplo de frialdad emana de su interior, donde se asoma con la mitad más triste de su doble rostro. Se muda por así decirlo incesantemente, pero con una regularidad prevista. Cuanto más se aparta de los vivos, para quienes debe trabajar como un esclavo consciente que no debe exteriorizar su conciencia —y éste es el peor de los sarcasmos—, tanto menor es el espacio que los demás consideran suficiente para él. Mientras los demás, aunque se hayan pasado toda la vida en un lecho de enfermo, sólo pueden ser vencidos por la muerte, puesto que (si bien habrían sucumbido mucho antes a sus propias debilidades) los sostiene su relación con los consanguíneos o consortes sanos, fuertes y amantes, él, el soltero, ya en la mitad de su vida, se resigna aparentemente por propia voluntad a un espacio cada vez más reducido, y cuando muere, el ataúd es justamente lo que necesitaba.

Hace poco, cuando les leí a mis hermanas la autobiografía de Mörike, empecé ya bien la lectura, pero continué aún mejor, y al final, con las puntas de los dedos juntas, con mi voz siempre tranquila, vencí los obstáculos interiores, doté a mi voz de un horizonte cada vez más vasto y, finalmente, a mi alrededor, toda la habitación no podía acoger otra cosa que mi voz. Hasta que llamaron a la puerta mis padres, que regresaban de su negocio.

Antes de dormirme, sentí en mi cuerpo el peso de los puños al final de mis ligeros brazos.

8 de diciembre. Viernes. Mucho tiempo sin escribir, pero esta vez se debía a inedias a la satisfacción de haber acabado yo mismo el primer capítulo de *Roberto y Samuel*, y porque me parece especialmente lograda la descripción inicial del sueño en el cupé. Más aún, creo que en mí se consuma algo muy próximo a aquella transformación schilleriana de la emoción en carácter. Tengo que escribir esto por encima de toda la resistencia de mi interior.

Paseo con Löwy hasta el castillo del Gobernador, que yo llamé la Fortaleza de Sión. Los portales y el color del cielo convergían de un modo muy claro.

Otro paseo a la isla de Hetz. Historia de la señora Tschissik, de cómo en Berlín la admitieron por compasión en la compañía, siendo primero una cantante de dúos insignificante que llevaba traje y sombrero de la vieja Franconia. Lectura de una carta de Varsovia en la que un joven judío varsoviano se queja de la decadencia del teatro judío, y escribe que prefiere ir al Nowosti, teatro de opereta polaco, que al judío, porque aquella pobreza de medios, las indecencias, los cuplés «enmohecidos», etc., son insoportables. Basta con pensar en el principal efecto de una opereta judía, que consiste en que la «prima donna» camina hacia el escenario por el público, seguida de un cortejo de niños. Todos llevan pequeños rollos de la Tora y cantan: «toire is die beste schoire», la Tora es la mejor mercancía.

Después de los pasajes conseguidos de *Roberto y Samuel*, hermoso paseo a solas por el Hradschin y el Belvedere. En la Nerudastrasse, una placa: Anna Krizová, Corte y confección, estudios en Francia con la duquesa viuda de Ahrenberg, nacida princesa Ahrenberg. — Me hallaba en el centro del primer patio del castillo y vi un ensayo de alarma de la guardia.

A Max no le han gustado los fragmentos que he escrito, o en todo caso, no le han gustado porque cree que no van con el conjunto, aunque es posible que también los considere malos. Esto es muy probable, porque me advirtió que no escribiera fragmentos tan largos y piensa que estos textos producen el efecto de algo gelatinoso.

Para poder hablar con jovencitas, necesito la presencia de personas de más edad. La leve molestia que ocasionan hace más viva mi conversación, la exigencias que se me imponen parecen reducirse inmediatamente; lo que digo de un modo irreflexivo, si no es válido para las muchachas, siempre puede ser indicado para la persona mayor, de quien puedo obtener, en caso de necesidad, una buena cantidad de ayuda.

La señorita H. me recuerda a la señora Bl. Sólo su nariz, por su longitud, su ligera doble curvatura y su relativa estrechez, se parece a la estropeada nariz de la señora Bl. Pero tiene también en el rostro un tinte negro apenas superficial, que sólo un carácter enérgico pudo poner en su cutis. Anchas caderas, que son un proyecto anticipado de unas opulentas formas femeninas; cuerpo macizo, que, gracias a la bien cortada chaqueta, parece delgado y en el que esta chaqueta de corte estrecho aún queda suelta. Tras cierto embarazo en la conversación, la acción de alzar libremente la cabeza indica que se ha encontrado una salida. Yo no me había venido abajo con aquella conversación, ni tampoco en mi interior me había dado ya por vencido, pero de haberme visto a mi mismo desde fuera, no habría podido explicar de otro modo mi comportamiento. Antes no podía hablar libremente con mujeres recién conocidas, porque me lo impedía la existencia inconsciente de deseos sexuales; ahora me lo impide su inexistencia consciente.

Encuentro con el matrimonio Tschissik en el Graben. Ella llevaba su traje de mujerzuela de *El hombre salvaje*. Si desconpongo en sus detalles su aparición, tal como se me presentó entonces en el Graben, resulta inverosímil. (Sólo la vi fugazmente, porque me espanté al verla, no la saludé, tampoco ella me vio y yo no me atreví a volverme.) Era mucho más baja que de costumbre, avanzaba la cadera izquierda, pero no a intervalos, sino de un modo permanente; la pierna derecha doblada, el movimiento del cuello y de la cabeza con el que se acercaba a su marido, era muy precipitado; con el brazo derecho

curvado y tendido hacia un lado, intentaba tomar del brazo a su marido. Este llevaba su sombrerito veraniego, con el ala bajada en su parte frontal. Cuando me di la vuelta, ya no estaban. Adiviné que habían entrado en el Café Central, esperé un poco al otro lado del Graben y tuve la suerte de verlos aparecer en la ventana después de un buen rato. Cuando ella se sentó a la mesa, sólo se veía el ala de su sombrero de cartón forrado de terciopelo azul.

Luego, en sueños, me vi en un pasaje angosto, entre dos casas no excesivamente altas, bajo una bóveda de vidrio, semejante a las intransitables comunicaciones en las pinturas italianas primitivas; visto desde lejos, se parecía asimismo a un pasaje que vimos en París, como una ramificación de la Rue des Petits Champs. Sólo que el de París era sin duda más ancho y estaba repleto de comercios; en cambio éste estaba flanqueado por paredes desnudas y, a primera vista, apenas si dejaba espacio para que pasasen dos personas juntas; no obstante, si se entraba realmente en él, como hice yo con la señora Tschissik, era sorprendente la cantidad de espacio que había, sin que a nosotros nos sorprendiese. Mientras yo salía con la señora Tschissik por uno de los accesos, en dirección hacia un posible observador de todo el conjunto, y la señora Tschissik se disculpaba por alguna posible incorrección (al parecer por su embriaguez) y me pedía que no diera crédito a sus calumniadores, el señor Tschissik, en el otro extremo del pasaje, azotaba a un perro San Bernardo, rubio y peludo, que se sostenía ante él sobre las patas traseras. No quedaba muy claro si el señor Tschissik sólo bromeaba con el perro y por él no se ocupaba de su mujer, o si él mismo era atacado seriamente por el perro, o si, finalmente, quería mantener el perro alejado de nosotros.

Con L. en el muelle. Tuve un leve ataque de desfallecimiento, que oprimió todo mi ser, lo superé y, al poco rato, lo recordé como algo olvidado mucho tiempo atrás.

Aun cuando prescinda de todos los obstáculos restantes (estado físico, padres, carácter), tengo una buena disculpa para no limitarme a pesar de todo a la literatura con la alternativa siguiente: a nada puedo atreverme, mientras no lleve a término un trabajo de mayor importancia, que me satisfaga completamente. Esto es ciertamente irrefutable.

Ahora siento, y lo sentía ya por la tarde, un gran deseo de arrancarme escribiendo todo este estado de desasosiego y, así como viene de las profundidades, hundirlo en las profundidades del papel, o bien dejar constancia escrita de un modo que me permitiera incorporar lo escrito íntegramente en mi interior. No se trata de un deseo estético.

Hoy, cuando Löwy me hablaba de su insatisfacción y de su indiferencia frente a todo lo que hace la compañía de teatro, recurrí a la nostalgia como explicación de su estado, pero no le di, en cierto modo, esta explicación, aunque la expresara, sino que la guardé para mí y la gocé transitoriamente como mi propia tristeza.

9 de diciembre. Stauffer-Bern: «La dulzura de la producción literaria nos engaña en lo que respecta a su valor absoluto.»

Cuando uno se siente dominado por un libro de cartas o de memorias, independientemente de quien sea el autor, en este caso Karl Stauffer-Bern, no se lo incorpora con sus propias fuerzas, porque para ello ya se necesita arte, y éste es feliz consigo mismo, sino que se entrega —así le ocurre muy pronto a quien simplemente no opone resistencia— dejándose arrastrar por la totalidad del otro y se deja convertir en un ser afín al otro; entonces no tiene nada de extraño que, al cerrar el libro, uno sea devuelto a sí mismo, vuelva a sentirse cómodo, tras esta excursión y este desahogo, en su personalidad propia, nuevamente reconocida, removida de nuevo, contemplada por unos momentos a distancia, y quede con

la cabeza más despejada. — Sólo posteriormente puede sorprendernos que aquella peripecia vital de un extraño, a pesar de su viveza, esté descrita de un modo inalterable en un libro, aunque creemos saber por experiencia propia que nada en el mundo dista tanto de una experiencia —por ejemplo, el dolor por la muerte de un amigo— como la descripción de esta experiencia. Sin embargo, lo que está bien para nuestra persona, no lo está para los otros. Cuando, pongamos por caso, no podemos dar satisfacción a nuestros sentimientos con nuestras cartas —naturalmente hay aquí una cantidad de gradaciones que se diluyen en ambos sentidos—, cuando debemos recurrir una y otra vez, aun en nuestros mejores momentos, a expresiones como «indescriptible», «indecible», o a un «tan triste» o «tan hermoso», seguido de una frase que se desmorona rápidamente, introducida por un «que», entonces se nos da como compensación la facultad de comprender informaciones de otros con la tranquila precisión que nos falta ante las propias cartas, al menos en tal medida. El desconocimiento en que nos hallamos respecto a los sentimientos que nos han llevado según los casos a estrujar o a extender el papel de la carta; precisamente tal desconocimiento se convierte en inteligencia, puesto que nos vemos obligados a atenernos a la carta que tenemos delante, a creer únicamente en lo que hay en ella: a hallarlo perfectamente expresado, y con una expresión igualmente perfecta, como debe ser, si queremos que se abra ante nosotros el camino hacia lo humano. Así, por ejemplo, las cartas de Karl Stauffer sólo contienen el relato de la breve vida de un artista... (se interrumpe).

10 de diciembre. Tengo que ir a visitar a mi hermana y a su niño. Anteayer, cuando mi madre regresó a la una de la noche de casa de mi hermana con la noticia del nacimiento del niño, mi padre recorrió toda la casa en camión, abrió todas las habitaciones, nos despertó a mí, a la criada y a mis hermanas, y nos anunció el nacimiento como si el niño no sólo hubiese nacido, sino llevado ya una vida honorable y tenido un adecuado entierro.

13 de diciembre. No he escrito por cansancio y he estado tumbado en el canapé, sintiendo la habitación alternativamente caliente y fría, con las piernas doloridas y unos sueños repugnantes. Tenía un perro encima, con una pata cerca de la cara; me desperté, pero durante unos instantes aún tuve miedo de abrir los ojos y mirarlo.

Piel de castor, una obra defectuosa, que decae sin un momento de elevación. Escenas falsas del jefe de policía. Interpretación sensible de la Lehmann, del Lessing-Theater; se le mete la falda entre los muslos cuando se agacha. La mirada reflexiva del pueblo. Elevación de las palmas de las manos, que se alinean juntas a la altura del rostro, en la parte izquierda, como para debilitar voluntariamente la fuerza de la voz que niega o asevera. Interpretación incoherente, grosera, de los demás. Insolencias del cómico frente a la obra (tira del sable, confunde los sombreros). Mi frío desagrado. De nuevo en casa, pero también allí, sentado con la impresión de asombro por el hecho de que tantas personas carguen con tanto ajeteo por una noche (gritan, roban, son robadas, importunan, aplauden, descuidan) y de que, en esta obra, si uno la mira sólo con ojos parpadeantes, se confundan sin orden ni concierto tantas voces humanas y tantos gritos. Muchachas bonitas. Una de rostro llano, superficies cutáneas que nada interrumpe, redondez de las mejillas, cabello que nace muy arriba, ojos perdidos y un poco salientes en esta lisa superficie. — Hermosos pasajes de la obra en los que la Wolffen aparece a la vez como ladrona y amiga sincera de las personas inteligentes, Progresistas, democráticas. Un Wehrhan que, como espectador, debía de sentirse aprobado. — Triste paralelismo de los cuatro actos. En el primer acto hay un robo, en el segundo el juicio, y lo mismo en los actos tercero y cuarto.

El sastre concejal, por los judíos. Sin la Tschissik. Pero con dos personas nuevas, espantosas, el matrimonio Liebgold. Mala obra de Richter. El principio molieresco, con el concejal presumido, cargado de relojes. — La Liebgold no sabe leer; su marido tiene que ensayar con ella.

Es casi una costumbre que un actor cómico se case con una actriz dramática, y que un actor dramático se case con una actriz festiva, y que en general sólo viajen en compañía de mujeres casadas o emparentadas con ellos. — Cómo una vez, a medianoche, el pianista, probablemente un solterón, se escurrió por la puerta con sus papeles de música.

Concierto Brahms en la Sociedad Coral. Lo esencial de mi falta de musicalidad es que no puedo disfrutar con continuidad de la música; sólo de vez en cuando surge en mí una impresión, y muy pocas veces es musical. La música que escucho eleva de un modo natural una muralla a mi alrededor, y el único influjo musical permanente que hay en mí es que, así recluido, soy diferente a cuando estoy libre.

Una veneración como la que inspira la música no la tiene el público ante la literatura. Las muchachas que cantaban. En muchas, la boca se mantenía abierta únicamente por la melodía. A una de ellas, de cuerpo pesado, le volaba el cuello y la cabeza al cantar.

Tres clérigos en un palco. El de en medio, de bonete colorado, escucha con calma y dignidad, incommovible y pesado, pero no rígido; el de la derecha está sumido en la meditación, con el rostro afilado, inmóvil, lleno de arrugas; el de la izquierda, obeso, ha puesto la cara inclinada sobre la mano semiabierta. — Pieza interpretada: *Obertura trágica* (no oigo más que pasos lentos, solemnes, ejecutados una vez aquí, una vez allí. Es instructivo observar la transición de la música entre los distintos grupos de instrumentistas, y comprobarlo con el oído. La destrucción del peinado del director). *Reflexión*, de Goethe, *Nenia*, de Schiller, *Canto de las parcas*, *Himno triunfal*. — Las mujeres que cantaban de pie, junto a la balaustrada baja, como en la arquitectura de los primitivos italianos.

Es seguro que, aunque he pasado un tiempo considerable metido en una literatura que a menudo se me ha caído encima, hace tres días que no siento un deseo espontáneo de literatura, al margen de mi general deseo de felicidad. Asimismo, la pasada semana, consideraba a Löwy mi amigo imprescindible, y he prescindido fácilmente de él durante tres días.

Cuando me pongo a escribir después de cierto tiempo, atrapo las palabras como si las sacase del aire vacío. Cuando consigo una, sólo la tengo a ella y todo el trabajo empieza de nuevo desde el principio.

14 de diciembre. Al mediodía, mi padre me ha reprochado que me desentienda de la fábrica. Le he explicado que mi participación en ella se debía a que esperaba ganar algún dinero, pero que no podía trabajar con él mientras siguiese en la oficina. Mi padre siguió despotricando, yo estaba de pie junto a la ventana y callaba, pero por la noche me he sorprendido dando vueltas a la idea, procedente de la conversación del mediodía, de que podía considerarme muy satisfecho con mi actual empleo y debía guardarme muy bien de obtener todo el tiempo libre para la literatura. Apenas sometí esta idea a una observación más detallada, cuando dejó ya de parecerme sorprendente y me resultó familiar. Me negué la facultad de poder aprovechar todo el tiempo para la literatura. Aunque esta convicción respondía sólo a un estado momentáneo, era más fuerte que él. También pensé en Max como en un extraño, aunque hoy tiene en Berlín una apasionante velada de lecturas y presentaciones; ahora se me ocurre que sólo pensé en él al aproximarme a la casa de la señora Taussig durante mi paseo vespertino.

Paseo con Löwy a la orilla del río. El pilar del arco que se eleva desde el puente de Elisabeth, interiormente iluminado por una lámpara eléctrica, era una masa oscura, entre los chorros de luz laterales, que parecía la chimenea de una fábrica, y la cuña de sombra que, sobre él, se expandía por el cielo, era como un humo ascendente. Las verdes superficies luminosas, claramente delimitadas, al lado del puente.

Cómo, durante la lectura de *Beethoven y la pareja de enamorados*, de W. Schäfer, me pasaron con gran claridad por la cabeza unas ideas que nada tenían que ver con la historia que leía (pensé en la cena, en Löwy que me estaba esperando), sin que me distrajeran de la lectura, que precisamente hoy fue muy correcta.

16 de diciembre. Domingo, las doce del mediodía. La mañana ocasionalmente desperdiciada durmiendo y leyendo periódicos. Miedo a dejar lista una crítica para el *Prager Tagblatt*. Este miedo a escribir se traduce siempre en el hecho de que, ocasionalmente, sin sentarme al escritorio, doy con unas frases de introducción a lo que he de escribir, unas frases que inmediatamente resultan inutilizables, áridas, interrumpidas mucho antes del final, y que, con las partes salientes de sus fracturas, parecen anunciar un triste futuro.

Los viejos trucos de la Feria de Navidad. Dos cacatúas en una barra transversal sacan horóscopos. Errores: a una muchacha le profetizan una enamorada. — Un hombre ofrece flores artificiales con versos: To jest ruze udelaná z kuze (Esta es una rosa hecha de cuero).

El joven Piper cuando canta. Como única gesticulación, hace rodar sobre su articulación el antebrazo derecho, la mano semiabierta se abre aún un poco más y luego vuelve a cerrarse. El sudor le baña el rostro, especialmente sobre el labio superior, como esquivas de vidrio. A toda prisa, se ha metido una pechera sin botones bajo el traje abrochado.

La cálida sombra en el rojo suave de la boca de la señora Klug, cuando canta.

Calles judías de París, Rue Rosier, esquina de la Rue de Rivoli.

Cuando una formación desorganizada, que sólo tiene en sí la mínima coherencia necesaria, imprescindible para la simple subsistencia insegura, se ve exhortada de pronto a efectuar unas actividades limitadas en el tiempo (y por lo mismo necesariamente enérgicas), o al propio desarrollo, o a expresarse con palabras, entonces se da una respuesta amarga, en la que se mezclan el orgullo por lo alcanzado —que sólo se puede soportar con todas las fuerzas no ejercitadas—, una pequeña ojeada retrospectiva sobre los conocimientos que escapan sorprendidos y que son especialmente movibles porque eran más presentidos que arraigados, y finalmente el odio y la admiración del ambiente.

Antes de dormirme, tuve ayer la impresión gráfica de un grupo de personas aislado en el aire igual que una montaña, tan completamente nuevo para mí en su técnica de dibujo y tan fácilmente realizable, una vez descubierta dicha técnica. Alrededor de una mesa se había congregado un grupo de gente; el suelo proseguía hasta algo más allá del círculo de personas, pero de todas aquellas gentes yo sólo veía momentáneamente, gracias a una gran potencia visual, a un joven vestido a la antigua. Tenía apoyado en la mesa el brazo izquierdo, la mano colgaba suelta ante la cara; miraba de un modo juguetón a alguien que se inclinaba sobre él solícita o inquisitivamente. Su cuerpo, especialmente la pierna derecha, estaba estirado con juvenil negligencia, más acostado que sentado. Los dos pares

de líneas bien diferenciadas que limitaban las piernas se entrecruzaban y se unían levemente en las líneas que limitaban el cuerpo. Con una tenue corporeidad, entre estas líneas se combaban las ropas de colores pálidos. Asombrado por aquel hermoso dibujo, que produjo en mi mente una tensión que era (estaba convencido de ello) la misma y sin duda permanente tensión capaz de guiar el lápiz en mi mano cuando yo quisiera, me sustraje a este estado crepuscular para poder imaginar mejor todo el dibujo. Entonces se puso pronto de manifiesto que no había imaginado más que un pequeño grupo de porcelana de color blanco grisáceo.

En épocas de transición, como lo ha sido para mí la última semana y lo sigue siendo este momento, se apodera de mí un asombro triste pero sosegado por mi insensibilidad. Estoy separado de todas las cosas por un espacio vacío, a cuyos confines ni siquiera intento acercarme.

Ahora, al anochecer, cuando los pensamientos empiezan a ser más libres en mí, y tal vez sería capaz de hacer algo, tengo que ir al Teatro Nacional a ver *Hipodamia*, un estreno de Vrchlicky.

Es seguro que el domingo nunca puede serme más provechoso que un día laborable, porque desordena todos mis hábitos con su especial distribución, y el tiempo libre sobrante lo necesito para organizarme a medias dentro de ese día tan especial.

Mi deseo de escribir una autobiografía lo cumpliría sin duda inmediatamente en el momento en que me liberase de mi oficina. Al ponerme a escribir, debería tener ante mí un cambio tan radical, como meta transitoria, a fin de poder organizar la masa de los acontecimientos. No puedo concebir otro cambio más alentador que éste, aun siendo tan tremendamente improbable. Pero entonces, el hecho de escribir la autobiografía constituiría una gran satisfacción, porque se efectuaría con tanta facilidad como la transcripción de sueños, y sin embargo tendría para mí un resultado totalmente distinto, grande, que me influiría para siempre, un resultado que, además, sería accesible a la comprensión y a la sensibilidad de cualquier otra persona.

18 de diciembre. Anteayer, *Hipodamia*. Obra desastrosa. Insensato deambular por la mitología griega, sin sentido ni fundamento. Artículo de Kvapil en el programa de mano, que expresa entre líneas la opinión, visible durante toda la representación, de que toda buena dirección escénica (que en este caso no era más que una imitación de Reinhardt) puede convertir una mala composición literaria en una gran obra de teatro. Todo esto debe de ser triste para un checo que haya corrido un poco de mundo. — El gobernador, que durante el descanso respiraba ávidamente el aire del corredor a través de la puertecilla abierta de su palco. — La aparición del difunto Axiocha, cuya sombra es conjurada y desaparece pronto, porque, al haber fallecido poco tiempo antes vuelve a experimentar demasiado intensamente sus viejos dolores humanos al ver el mundo.

No soy puntual, porque no siento las angustias de la espera. Espero como un buey. De hecho siento que, aunque muy inseguro, hay un objetivo para mi existencia actual; me envanezco tanto en mi debilidad, que lo soporto todo con gusto a causa de este objetivo propuesto. Si estuviese enamorado, de qué no sería capaz. Cuánto tiempo esperaba hace años en el Ring, bajo el arbolado, hasta que veía pasar a M., aunque fuera acompañada por su novio. En parte por negligencia, en parte por ignorar las angustias de la espera, he dejado pasar la hora de una cita; pero también lo he hecho en parte para alcanzar el nuevo y complicado objetivo de una renovada e insegura búsqueda de las personas con quienes

me había citado. El simple hecho de que, cuando niño, tenía un gran temor nervioso a la espera, permitiría deducir que estaba destinado a algo mejor, pero que adiviné mi futuro.

Mis estados de ánimo favorables carecen de tiempo y de autorización para desplegarse naturalmente hasta agotar su fuerza; en cambio, los desfavorables tienen más tiempo para ello del que necesitan. Ahora me encuentro en uno de tales estados desde hace nueve, casi diez días, como se puede calcular a través del diario. Ayer volví a acostarme con la cabeza ardiendo, y ya iba a alegrarme de que hubiese pasado esta mala época y a temer que dormiría mal. Pero todo pasó, dormí bastante bien y me despierto mal.

19 de diciembre. Ayer, *El violín de David*, de Lateiner. El hermano desheredado, un artista del violín, vuelve enriquecido, como en los sueños de mis primeros años de enseñanza media; pero antes, vestido de mendigo, con los pies envueltos en andrajos, como uno de esos que quitan la nieve, pone a prueba a sus parientes, que nunca han salido del país: su honrada y pobre hija, el hermano rico, que no ha querido que su hijo se casase con una prima pobre y que va a tomar por esposa a una mujer joven, a pesar de su edad. Sólo posteriormente, el hermano desheredado se descubre abriendo una levita cruzada bajo la cual aparecen, sobre una banda oblicua, las condecoraciones de todos los príncipes de Europa. Tocando el violín y cantando, convierte a todos los parientes y a sus conocidos en buenas personas, y les arregla todas las cosas.

Volvió a actuar la señora Tschissik. Ayer, su cuerpo era más hermoso que su rostro, que parecía más delgado que de costumbre, de suerte que la frente, que se le llena de arrugas a las primeras palabras, llamaba demasiado la atención. El cuerpo, de estatura media y hermosas curvas, no correspondía ayer a su rostro; me recordó vagamente los seres híbridos, como náyades, sirenas, centauros. Luego, cuando la tuve de pie ante mí, con el rostro contraído, el cutis impuro, perjudicado por el maquillaje, con una mancha en la blusa azul marino de manga corta, fue como si tuviese que hablar a una estatua en medio de un círculo de espectadores implacables.

La señora Klug estaba a su lado y me observaba. La señora Weltsch me observaba desde la izquierda. Dije tantas tonterías como pude. Así, no dejé de preguntar a la señora Tschissik por qué se había ido a Dresden, aunque sabía que se había peleado con los demás, que por esta razón se había marchado y que, por todo ello, le resultaba molesto este tema. La verdad es que para mí era aún más molesto, pero no se me ocurrió otro. Cuando, mientras yo hablaba con la señora Klug, se me acercó la señora Tschissik, le dije a la señora Klug, volviéndome hacia la señora Tschissik: «¡Perdón!», como si desde ese instante hubiese tenido la intención de pasar toda mi vida con la señora Tschissik, me di cuenta de que en realidad mi amor no la había captado, sino que revoloteaba a su alrededor, tan pronto lejos como cerca de ella. Era imposible darle reposo.

La señora Liebgold representó el papel de un joven con un traje que le ceñía con fuerza el cuerpo grávido. Como no obedece a su padre (Löwy), éste se la coloca sobre las rodillas en un sillón y le golpea el trasero, donde los pantalones quedan más tensos. Löwy dijo después que la había tocado con el mismo asco con que se toca un ratón. No obstante, vista de frente, es bonita; sólo de perfil, su larga nariz, demasiado caída, resulta excesivamente larga, puntiaguda y cruel.

No llegué hasta las diez; primero di un paseo y saboreé el leve nerviosismo de tener una entrada para el teatro y estar paseando durante la representación, es decir, mientras los solistas intentan atraerme con su canto. También me dejé perder la señora Klug, aunque el

hecho de oír sus canciones, siempre vivas, no suponía más que comprobar la solidez del mundo, cosa que no es indudablemente necesaria.

Hoy, durante el desayuno, hablaba casualmente con mi madre de niños y matrimonios, sólo unas palabras, pero por primera vez advertí con toda claridad hasta qué punto es errónea y pueril la idea que mi madre se hace de mí. Me cree un joven sano, que tiene un poco la ilusión de estar enfermo. Esta ilusión desaparecerá por sí sola con el tiempo. Y sin duda un matrimonio y unos hijos que educar acabarían con ella del modo más radical. También entonces se reduciría el interés por la literatura a la proporción que conviene a una persona educada. El interés por mi trabajo o por la fábrica, o por lo que tenga entre manos en cada ocasión, se impondrá con una presencia natural e ininterrumpida. De ahí que, para una desesperación permanente respecto a mi futuro, no exista el menor motivo, nada que roce el menor presentimiento; hay un pretexto para una desesperación temporal, que tampoco va muy lejos cuando creo tener nuevamente el estómago mal, o cuando no puedo escribir porque escribo demasiado. Posibilidades de solución las hay a millares. La más probable es que me enamore repentinamente de una muchacha y no quiera ya abandonarla ni renunciar a ella. Entonces veré que todo lo que ellos hacían era para bien y que no ponen impedimentos. En cambio, si me quedo soltero como el tío de Madrid, tampoco será una desgracia, porque con mi buen juicio yo sabré arreglármelas.

23 de diciembre. Sábado. Si, al considerar toda mi manera de vivir, que sigue una dirección errónea y extraña para todos mis parientes y conocidos, surge el temor —y así lo expresa mi padre— de que me convierta en un segundo tío Rudolf, es decir, en el majadero de la siguiente generación, un majadero algo distinto de acuerdo con las necesidades de otro tiempo, entonces me será posible desde ahora sentir que en mi madre, cuya oposición a esta opinión va disminuyendo al correr de los años, se acumula y se fortalece todo lo que habla en mi favor y contra el tío Rudolf, y se introduce como una cuña entre las imágenes de ambos.

Anteayer en la fábrica. Por la noche, en casa de Max, donde el pintor Novak estaba desplegando precisamente las litografías que representaban a Max. Ante ellos no pude dominarme, decir que sí o que no. Max expuso algunas opiniones que ya se había formado, y en torno a ellas fueron girando mis ideas, sin resultado. Finalmente me acostumbré a cada una de las diversas láminas, superé cuando menos la sorpresa de los ojos poco habituados, encontré una barbilla redonda, un rostro oprimido, un torso como una coraza o que más bien parecía como si llevara una enorme camisa de pechera almidonada bajo un traje de calle. El pintor expuso, en cambio, algo no comprensible a la primera, ni a la segunda, y sólo debilitó la importancia de lo dicho al decírnoslo justamente a nosotros, que, de quedar demostrado su pensamiento, habíamos manifestado las necesidades más obvias. Afirmó que la misión sentida y aun consciente del artista era adaptar la persona retratada a la forma artística propia.

Para conseguirlo, había efectuado primero un esbozo de retrato en color, que también teníamos ante nosotros, con unos colores oscuros y un parecido que era en realidad demasiado seco pronunciado (sólo ahora puedo reconocer esta sequedad excesiva y que Max reputó como el mejor retrato, porque además del parecido de ojos y boca, presentaba unos rasgos noblemente concebidos, acentuados en su justa medida por los colores oscuros. Si a uno le preguntaban al respecto, no podía negarlo. Luego, según este esbozo, el pintor trabajaba en casa sus litografías, e introduciendo cambios de una litografía en otra, trataba de apartarse cada vez más del natural, aunque a la vez intentaba no sólo no infringir su propia forma artística, sino aproximarse a ella, línea tras línea. Así, por ejemplo, el lóbulo de la oreja perdía sus circunvalaciones humanas y el borde detallado y

se convertía en un vórtice semicircular en torno a un pequeño orificio oscuro. La barbilla de Max, que nace ya, huesuda, en la oreja, perdía su simple contorno por indispensable que éste parezca y aunque, para el espectador, al apartarse de la antigua verdad, no surja otra nueva. El cabello se resolvía en contornos seguros, comprensibles, y seguía siendo un cabello humano, por mucho que el pintor lo negase.

Mientras el pintor nos pedía que comprendiéramos tales modificaciones, indicó luego como de pasada, pero con orgullo, que todo en aquellas láminas tenía significado y que incluso lo casual, por el influjo de todos sus efectos posteriores, era algo necesario. Así, al lado de una cabeza, descendía una estrecha mancha de color café pálido que cruzaba casi toda la lámina; era algo integrado, calculado, y no se podía quitar sin alterar todas las proporciones. En otra lámina, en la esquina izquierda, había una mancha azul, grande, de puntos dispersos, que apenas si llamaba la atención; pero esta mancha había sido colocada allí intencionadamente, a causa de la pequeña iluminación que de ella emanaba sobre la imagen, y en la que el pintor había seguido trabajando después. Ahora, su inmediato objetivo era sobre todo la boca, en la que ya se había producido algo, pero no lo bastante, y luego había que incorporar la nariz en la reelaboración; ante la queja de Max, según la cual la litografía se apartaba así cada más del bello esbozo en color, el artista hizo observar que no excluía aún la posibilidad de aproximarse nuevamente a él. En todo caso, no se podía pasar por alto la seguridad con que el pintor, en cada momento de la conversación, confiaba en lo imprevisto de su inspiración; sólo esta confianza, con la mejor razón, convertía en casi científica su labor artística.

He comprado dos litografías, *Vendedora de manzanas* y *Paseo*.

Una de las ventajas de llevar un diario consiste en que uno se vuelve, con una claridad tranquilizadora, consciente de las transformaciones a las que está sometido incesantemente, unas transformaciones que uno crea, presente y admite generalmente de un modo natural, pero que siempre niega inconscientemente cuando se trata de obtener esperanza y paz con semejante reconocimiento. En el diario se encuentran pruebas de que uno ha vivido, ha mirado a su alrededor y ha anotado observaciones incluso en estados de ánimo que hoy parecen insoportables; o sea que esta mano derecha se movió como en este momento, en el que de hecho, gracias a la posibilidad de tener una visión de conjunto del estado anterior nos hemos vuelto más sensatos, aunque por esto mismo debernos reconocer más aún la intrepidez de nuestro esfuerzo de entonces que sin embargo se mantuvo en una total ignorancia.

Con los poemas de Werfel, tuve toda la mañana de ayer la cabeza llena como de vapor. Hubo un momento en que temí que el entusiasmo me arrastrase sin parar hasta la locura.

Anteayer por la noche, inquietante conversación con Weltsch. Atemorizadas, mis miradas recorrieron su rostro y su cuello durante una hora seguida. Una vez, en medio de una mueca que le provocó la excitación, la debilidad y el aturdimiento, no supe exactamente si podría salir de la habitación sin provocar una ruptura permanente de nuestra relación. Fuera, bajo el cielo lluvioso, apto para pasear en silencio, respiré aliviado y esperé satisfecho durante una hora a M., frente al «Orient». Estas esperas, con miradas espaciadas al reloj y unos pasos indiferentes arriba y abajo, me resultan casi tan agradables como estar acostado en el canapé con las piernas estiradas y las manos en los bolsillos del pantalón. (Cuando está medio dormido, uno no cree tener ya las manos en los bolsillos del pantalón, sino los puños cerrados descansando en la parte alta de los muslos.)

24 de diciembre. Domingo. Ayer fue divertido en casa de Baum. Estuve allí con Weltsch. Max está en Breslau. Me sentía libre, podía efectuar cualquier movimiento hasta el final, contestaba y escuchaba cuando correspondía, hacía más ruido que nadie, y si dije una vez una tontería, no se convirtió en algo de suma importancia, sino que fue barrida inmediatamente. Lo mismo ocurrió al volver a casa con Weltsch bajo la lluvia; a pesar de los charcos, el viento y el frío, el tiempo pasó para nosotros tan de prisa, como si hubiésemos ido en coche. Y a ambos nos supo mal despedirnos.

De niño tenía miedo, y si no miedo, una sensación de incomodidad cuando mi padre, como solía hacer a menudo en su cualidad de hombre de negocios, hablaba de «final de mes» o de «a últimos». Como yo no era curioso, y si alguna vez preguntaba algo, no podía asimilar con rapidez la respuesta a causa de la lentitud de mis ideas y como a menudo una débil curiosidad surgida esporádicamente se daba ya por satisfecha con una pregunta y una respuesta, sin exigir siquiera un sentido, así la expresión «fin de mes» fue siempre para mí un desagradable misterio, al que se añadió, cuando presté mayor atención, la expresión «a últimos», aunque jamás con una significación tan destacada. También era desagradable que ese «fin de mes», temido durante tanto tiempo, jamás pudiese ser pura y simplemente eludido, porque si alguna vez transcurría sin ningún signo específico o incluso sin prestarle especial atención —pues sólo mucho más tarde advertí que venía más o menos cada treinta días—, y si por lo tanto llegaba felizmente el día primero de mes, se volvía a hablar de fin de mes, aunque no con especial temor, y yo relegaba esta circunstancia, sin examen alguno, a las restantes cosas incomprensibles.

Ayer a mediodía, cuando llegué a casa de W., oí la voz de su hermana que me saludaba, pero a ella no la veía, hasta que su débil figura se desprendió de la mecedora que se hallaba ante mí.

Esta mañana, circuncisión de mi sobrino. Un hombre bajo, de piernas torcidas. Austerlitz, que ya tiene a sus espaldas dos mil ochocientas circuncisiones, hizo el trabajo con gran habilidad. La operación viene dificultada porque el niño, en lugar de estar tendido en la mesa, lo está sobre el regazo de su abuelo, y porque el operador, en lugar de poner toda su atención, tiene que murmurar plegarias. Primero el niño es inmovilizado con ataduras que sólo dejan libre el miembro, luego se le coloca un disco de metal perforado que precisa la superficie a cortar, después se practica la incisión con un cuchillo casi común, una especie de cuchillo para pescado. Ahora se ve sangre y carne viva; el «moule» se aplica en ella brevemente con sus dedos temblorosos, de uñas largas, y desplaza sobre la herida, como si fuese el dedo de un guante, la piel obtenida de alguna parte. Todo se resuelve en poco tiempo y el niño apenas ha llorado. Ahora no queda más que una pequeña oración, durante la cual el «moule» bebe vino y, con sus dedos aún no totalmente limpios de sangre, lleva un poco de vino a los labios del niño. Los presentes oran: «Ahora que ha entrado en la Alianza, que le sea dado llegar también al conocimiento de la Tora, al feliz vínculo matrimonial y a la práctica de las buenas obras.»

Cuando hoy, después de la comida, he oído rezar al acólito del «moule», y los presentes, a excepción de los dos abuelos, pasaban el tiempo aburridos o soñando, sin entender absolutamente nada de la plegaria, he visto ante mí el judaísmo europeo occidental implicado en una transición evidente y de imprevisibles consecuencias, que no preocupa a los inmediatamente afectados, los cuales, como auténticas personas de transición, aceptan lo que les viene impuesto. Estas formas religiosas, llegadas a su definitivo final, tenían, en su práctica de hoy, un carácter tan indiscutible y meramente histórico, que sólo parecía

necesario un brevísimo espacio de tiempo, dentro de esa misma mañana, para interesar históricamente a los presentes con relatos sobre la anticuada costumbre primitiva de la circuncisión y sus plegarias semicantadas.

Löwy, a quien casi cada noche hago esperar media hora, me dijo ayer: Desde hace unos días, mientras espero, miro siempre su ventana. Primero veo todavía luz, cuando, como de costumbre, llego antes de tiempo, y supongo entonces que usted está aún trabajando. Luego se apaga la luz, que sigue encendida en la estancia contigua; o sea que está usted cenando; luego se vuelve a ver luz en su habitación, o sea que se lava los dientes; luego se apaga la luz, o sea que está usted en la escalera, pero después vuelve a encenderse...

25 de diciembre. Lo que, a través de Löwy, descubro de la literatura judía contemporánea, y lo que descubro en parte con mi propia experiencia de la actual literatura checa, indica que muchas ventajas del trabajo literario —el movimiento de los espíritus, la cohesión unitaria de la conciencia nacional, a menudo inactiva en la vida pública y siempre en dispersión, el orgullo y el sostén que recibe la nación a través de una literatura, para ella misma y ante el ambiente hostil, la actividad de llevar un dietario de una nación, que es algo distinto a la historiografía y que tiene como consecuencia una evolución más rápida y no obstante controlada en sus diversas facetas, la espiritualización detallada de la superficializada vida pública, la integración de elementos insatisfechos, que inmediatamente son útiles cuando el mal sólo puede venir por desidia, la organización del pueblo en todo el conjunto, que se crea con la circulación de publicaciones periódicas, el hecho de localizar la atención de la nación en su propio círculo y de recibir lo extranjero sólo por reflejo, la aparición del respeto hacia las personas que se dedican a la actividad literaria, el transitorio despertar, que no dejará de tener repercusiones, de unas aspiraciones más elevadas entre las nuevas generaciones, la inclusión de acontecimientos literarios en las inquietudes políticas, el ennoblecimiento y la posibilidad de debate de la oposición entre padres e hijos, el planteamiento de los defectos nacionales de un modo sin duda especialmente doloroso, pero liberador y digno de perdón, la formación de un comercio del libro que sea vivo, y por ello consciente de sí mismo, y el ansia de poseer libros— todos estos efectos pueden provocarse ya por medio de una literatura que no se desarrolle realmente con una amplitud excesiva, pero que lo parezca a causa de la falta de talentos de significación. La vitalidad de tal literatura es incluso mayor que la de una literatura rica en talentos, ya que, como en este caso no hay escritores ante cuyas aptitudes tengan que callarse al menos la mayoría de los escépticos, la polémica literaria adquiere en su máxima medida una verdadera justificación. De ahí que la literatura sin rupturas provocadas por el talento, tampoco posea lagunas por donde se abra paso la indiferencia. El derecho de una literatura a reclamar atención resulta por ello más apremiante. La autonomía de cada escritor, naturalmente sólo dentro de las fronteras nacionales, se preserva mejor. La falta de modelos nacionales irresistibles mantiene apartados de la literatura a los totalmente incapacitados. Pero ni siquiera unas facultades escasas bastarían para que alguien se dejase influir por las borrosas características de los escritores más relevantes, o para introducir los resultados de literaturas extranjeras, o para imitar esta literatura extranjera una vez que ya está introducida, lo que podemos comprobar, por ejemplo, dentro de una literatura rica en grandes talentos como la alemana, donde los malos escritores se atienen en sus imitaciones a lo que hay en el propio país. La fuerza creadora y beneficiosa en las direcciones arriba apuntadas, de una literatura mala en sus aspectos individuales, se revela especialmente dinámica cuando se inicia el registro de escritores desaparecidos con un criterio histórico literario. Sus innegables repercusiones anteriores y actuales se convierten en algo tan evidente, que puede ser confundido con sus creaciones literarias. Se habla de estas últimas

y se piensa en las primeras, e incluso se leen estas últimas y sólo se ven aquéllas. Pero como estas repercusiones no se pueden olvidar, y las creaciones literarias no influyen de manera autónoma en el recuerdo, tampoco existe un olvido ni un nuevo recuerdo. La historia de la literatura ofrece un bloque inamovible y digno de confianza, al que poco pueden perjudicar los gustos del día.

La memoria de una nación pequeña no es menor que la de una nación grande, de ahí que asimile más a fondo el material de que dispone. Sin duda dará ocupación a menos historiadores de la literatura, pero la literatura no es tanto un asunto de la historia literaria como un asunto del pueblo, y por esta razón se conservará de un modo, si no tan puro, mucho más seguro. Porque las exigencias que la conciencia nacional, dentro de un pueblo pequeño, plantea al individuo, traen consigo que cada uno deba estar siempre dispuesto a conocer la parte de la literatura que ha caído en sus manos, a conservarla, a defenderla, y a defenderla en cualquier caso, aunque no la conozca ni la conserve.

Los viejos textos escritos reciben muchas interpretaciones, las cuales, frente al endeble material, proceden con una energía sólo amortiguada por el temor a la posibilidad de penetrar demasiado fácilmente hasta el fin, así como por el respeto que todo el mundo ha acordado conceder a dichos textos. Todo se produce del modo más honesto, sólo que se trabaja dentro de una turbación que no se resuelve nunca, que no admite fatiga y que se propaga a muchas millas de distancia por el simple gesto de una mano hábil. Pero después de todo, esta turbación no sólo supone el impedimento de la visión panorámica, sino también el de la visión de los detalles, con lo que se traza una raya a través de todas estas observaciones.

Al faltar la cohesión de las personas, falla también la cohesión de las acciones literarias. (Un único asunto es hundido hacia las profundidades para poder observarlo desde las alturas, o es lanzado hacia las alturas para poder afirmarse uno mismo a su lado. Erróneo.) Aunque a menudo el asunto concreto sea examinado a fondo y con calma, no por ello se llega a los límites donde entra en conexión con asuntos afines; mucho más fácil es alcanzar el límite en la política, e incluso se aspira a ver este límite antes de que se presente, y a descubrir por doquier estos límites restringidos. La estrechez del espacio, y además el respeto por la sencillez y la homogeneidad, y finalmente la consideración de que, a causa de la autonomía interna de la literatura, es inofensiva su conexión externa con la política, conducen a que la literatura se extienda por el país en virtud de que se aferra a consignas políticas.

Existe por lo general la complacencia en el tratamiento literario de pequeños temas, que sólo pueden tener la magnitud suficiente para que pueda consumirse en ellos un pequeño entusiasmo, y que poseen unas perspectivas y unos respaldos polémicos. Insultos pensados como algo literario van circulando de un lado a otro; vuelan en el ámbito de los temperamentos más enérgicos. Aquello que, dentro de las grandes literaturas, se produce en la parte más baja y constituye un sótano del cual se podría prescindir en el edificio, ocurre aquí a plena luz; lo que allí provoca una concurrencia esporádica de opiniones, aquí plantea nada menos que la decisión sobre la vida y la muerte de todos.

Esquema sobre las características de las pequeñas literaturas

Repercusión, en el buen sentido, sobre todos los sectores y en todos los casos.
Aquí, los efectos son incluso mejores sobre los individuos.

1. Vitalidad
 - a) Polémica
 - b) Escuelas

c) Publicaciones periódicas

2.

Falta de coacción

a) Falta de principios

b) Pequeños temas

c) Fácil formación de símbolos

d) Eliminación de los ineptos

3. Popularidad

a) Conexión con la política

b) Historia de la literatura

c) Fe en la literatura; se le confía la instauración de sus propias leyes.

Es difícil cambiar las propias opiniones, cuando se ha sentido esta vida útil y gozosa en todos los miembros.

Circuncisión en Rusia. En toda la casa, en todos los lugares donde hay puertas, hay tablillas colgadas; tienen el tamaño de una mano y signos cabalísticos impresos, para proteger a la madre durante el tiempo que va del parto a la circuncisión contra los malos espíritus, que en este período pueden resultar especialmente peligrosos para ella y para el niño, tal vez porque el cuerpo de la madre ha quedado tan abierto que ofrece cómodo acceso a todo lo malo, y porque el niño, mientras no es admitido en la Alianza, no puede oponer al mal la menor resistencia. De ahí que, para que la madre no se quede sola ni un instante, se le ponga una mujer que la vigile. También contra los malos espíritus se utiliza el recurso de dejar aproximar a la cama de la madre durante siete días después del nacimiento, con excepción del viernes, a unos diez o quince niños, siempre distintos, y siempre al caer la tarde; los dirige el «belfer» (maestro auxiliar) y allí recitan el *Schema Israel*; luego les obsequian con golosinas. Estos inocentes, que tienen de cinco a ocho años, ahuyentarán de un modo especialmente eficaz a los malos espíritus, que son especialmente importunos al caer la noche. El viernes se celebra una fiesta especial, y también durante la semana se suceden varios banquetes. Antes del día de la Circuncisión es cuando los malos espíritus se vuelven más violentos; de ahí que la última noche sea una noche de vigilancia; hasta el amanecer, hay que pasarla velando al lado de la madre. Generalmente la circuncisión se efectúa en presencia de parientes y amigos, que a menudo pasan del centenar. El más respetado de los presentes debe sostener al niño. El encargado de la circuncisión, que hace su trabajo sin cobrar, es casi siempre un bebedor, porque, ocupado como está, no puede tomar parte en las diversas comidas y por ello sólo puede echarse al colete unos vasos de aguardiente. De ahí que todos ellos tengan la nariz roja y que su aliento huela a alcohol. Por esto mismo no resulta nada agradable cuando, una vez efectuada la incisión, chupan el miembro ensangrentado, tal como está prescrito. Luego, el miembro es recubierto de aserrín y a los tres días suele estar curado.

No parece ser muy común ni característica de los judíos (y menos aun, naturalmente, de los judíos rusos) una vida familiar estricta, porque también entre los cristianos existe al fin y al cabo una vida familiar, y la vida familiar de los judíos se ve dificultada por el hecho de que la mujer está excluida del estudio del Talmud, de suerte que, cuando el hombre quiere departir con sus invitados sobre asuntos de la sabiduría talmúdica, es decir, sobre lo que constituye el centro de su vida, las mujeres se retiran a la habitación contigua, aunque no debían retirarse, siendo aún más curioso que se reúnan con tanta frecuencia, en cualquier

ocasión, sea para orar o para estudiar, o para debatir asuntos sagrados, o para efectuar ágapes cuyo motivo es generalmente religioso y en los que se bebe alcohol, aunque con mucha moderación. Literalmente, van siempre los unos al encuentro de los otros.

Con el poder de sus obras, Goethe detiene probablemente la evolución del idioma alemán. Aunque en el intervalo la prosa se ha apartado de él a menudo, a la larga, como ocurre precisamente ahora, se regresa a él con renovada nostalgia, e incluso se han incorporado giros antiguos, que aparecen en Goethe, pero que en ningún aspecto se pueden relacionar apenas con él, para gozarse en la perfeccionada consideración de su dependencia sin límites.

En hebreo me llamo Amschel, como el abuelo materno de mi madre, el cual ha quedado como un hombre muy devoto y sabio, de larga barba blanca, en el recuerdo de mi madre, que tenía seis años cuando él murió. Recuerda que tuvo que sujetar los dedos gordos de los pies del cadáver y, al mismo tiempo, pedir perdón por las posibles ofensas hechas al abuelo. También recuerda los numerosos libros del abuelo, que cubrían las paredes. Se bañaba en el río cada día, también en invierno; entonces abría a hachazos un agujero en el hielo para bañarse. La madre de mi madre murió prematuramente de tifus. Tras esta muerte, la abuela cayó en la melancolía; se negaba a comer, no hablaba con nadie; un día, al año de la muerte de su hija, salió de paseo y no volvió; su cadáver lo sacaron del Elba. Un hombre aún más instruido que el abuelo fue el bisabuelo de mi madre, respetado igualmente por cristianos y judíos; una vez que hubo un incendio, gracias a su piedad ocurrió el milagro de que el fuego respetó su casa saltando por encima de ella, mientras ardían las casas que la rodeaban. Tuvo cuatro hijos; uno se convirtió al cristianismo y se hizo médico. Todos, excepto el abuelo de mi madre, murieron pronto. Este tuvo un hijo al que mi madre conoció como el loco de tío Nathan, y una hija, que fue la madre de mi madre.

Correr hacia la ventana y por entre maderos y vidrios astillados, debilitado por el gasto de todas las energías, saltar sobre el alféizar.

26 de diciembre. Otra vez he dormido mal. Ya van tres noches. Así he pasado en un estado de desamparo los tres días festivos en los cuales esperaba escribir cosas que debían ayudarme durante todo el año. La víspera de Navidad, paseo con Löwy en dirección de Stern. Ayer, *Blümale o La perla de Varsovia*. Por la constancia de su amor y de su fidelidad, el autor distingue a Blümale en el título con el honroso nombre de «perla de Varsovia». Sólo el largo y suave cuello descubierto de la señora Tschissik explica la conformación de su rostro. El brillo de las lágrimas en los ojos de la señora Klug, cuando canta una melodía uniformemente ondulante, en la que los espectadores se quedan cabizbajos, me pareció de una significación que iba mucho más allá del canto, del teatro, de las preocupaciones de todo el público e incluso de mi propia imaginación. Ojeada al vestuario entre las cortinas del fondo: ahí se ve precisamente a la señora Klug con unas enaguas blancas y una camisa de manga corta. Mi inseguridad respecto a los sentimientos del público, y consiguientemente la esforzada incitación en mi interior de su entusiasmo. La forma hábilmente amable con que ayer hablé con la señorita T. y sus acompañantes. A la libertad de la parte buena de mi ser, que sentí tanto ayer como el sábado, correspondía el hecho de que, aunque ni remotamente lo necesitaba, cierta deferencia hacia el mundo y cierta modestia arrogante me hicieron emplear algunas palabras y ademanes aparentemente apocados. Estaba solo con mi madre y también lo acepté fácil y agradablemente; miraba a todos con firmeza.

Lista de cosas que hoy es fácil imaginar como algo antiguo: los mendigos lisiados en los caminos de los paseos y lugares de excursión, los espacios que quedan sin alumbrado por las noches, los postes cruzados en los puentes.

Lista de pasajes de *Poesía y verdad* que, por una cualidad no identificable, producen una impresión de vida particularmente intensa, que no concuerda esencialmente con lo descrito; por ejemplo, evocan la imagen del joven Goethe; vemos cómo entra en casa de todos sus amigos, curioso, bien vestido, querido y lleno de vitalidad, sólo para ver y oír todo lo que hay que ver y oír. Pero si ahora hojeo el libro, no puedo hallar tales pasajes, todos me parecen diáfanos y contienen una vitalidad que ningún azar puede acrecentar. Tengo que esperar a leer de un modo ingenuo para poderme detener entonces en los pasajes concretos.

Es desagradable oír contar a mi padre, entre incesantes indirectas a la suerte de los jóvenes de hoy y sobre todo a la de sus hijos, las penalidades que tuvo que soportar en su infancia. Nadie niega que, durante años, por la insuficiencia de sus ropas de invierno, tuvo llagas abiertas en las piernas, que pasó hambre con frecuencia, que ya a los diez años, incluso en invierno y muy de mañana, tenía que tirar de un carrito por las aldeas; pero estos hechos reales, comparados con el hecho no menos real de que yo no he pasado todas estas calamidades, no le permiten —cosa que se niega a comprender— sacar en ningún caso la conclusión de que yo he sido más feliz que él, de que puede envanecerse de sus llagas en las piernas, lo que afirma y da por sentado desde el principio, de que yo no puedo apreciar sus pasados sufrimientos y de que, por el simple hecho de no haber pasado esos mismos sufrimientos, tengo que estarle agradecido. Con qué gusto le oiría hablar incesantemente de su infancia y de sus padres; pero oír todo esto contado en un tono de jactancia y de provocación resulta un tormento. Constantemente da palmadas diciendo: «¿Quién sabe hoy estas cosas? ¿Qué saben los hijos? ¡Nadie lo ha sufrido! ¿Lo entiende un muchacho de hoy?» Hoy ha hablado en términos semejantes con tía Julie, que ha venido a vernos. Tiene las mismas facciones de gigante de todos los parientes del lado paterno. Hay un pequeño matiz perturbador en la colocación o en el color erróneos de sus ojos. A los diez años fue empleada de cocinera. En medio de un frío intenso, la enviaban a algún recado con su vestidito mojado; se le saltaba la piel de las piernas, se le helaba el vestido y sólo se le secaba de noche, en la cama.

27 de diciembre. Un hombre desdichado, que no tendrá hijos, estará terriblemente encerrado en su desdicha. En parte alguna existe una esperanza de renovación, de ayuda por parte de una estrella más propicia. Presa de su desdicha, tiene que seguir su camino, y cuando ha concluido su ciclo, darse por satisfecho y no enlazar con nada capaz de indagar si esta desdicha que ha sufrido podría extinguirse u originar incluso algo bueno en un camino más largo, en otras condiciones físicas y temporales.

Esta sensación de falsedad que tengo al escribir podría describirse con la imagen siguiente: ante dos agujeros que hay en el suelo, alguien espera la aparición de algo que sólo puede salir del agujero de la derecha. Pero, mientras éste permanece cerrado por una tapa vagamente perceptible, sale del izquierdo una aparición tras otra; estas apariciones intentan atraer la mirada hacia ellas y acabar consiguiéndolo por su creciente voluminosidad, que llega a cubrir incluso el otro agujero, el nuestro, por mucho que tratemos de impedirlo. Y he aquí que entonces, si no queremos dejar aquel lugar —y no lo queremos a ningún precio—, tenemos que conformarnos con lo que se nos ha aparecido, lo

cual, por su fugacidad —su fuerza se agota en el simple hecho de aparecer—, no puede satisfacernos: pero que, al quedarse inmóvil por su misma debilidad, nos permite desplazarlo hacia adelante y en todas direcciones, con el único fin de suscitar otras apariciones, porque nos resulta insoportable la constante visión de una de ellas, y porque además queda la esperanza de que, tras el agotamiento de las apariciones falsas, surjan finalmente las verdaderas. ¡Qué poca fuerza tiene la imagen precedente! Entre la sensación real y la descripción metafórica aparece colocada, como un tablón, una suposición incoherente.

28 de diciembre. La tortura que me produce la fábrica. ¿Por qué me dejé convencer, cuando me hicieron comprometerme a trabajar en ella por las tardes? Ahora, nadie me obliga por la fuerza, pero mi padre lo hace con sus reproches, Karl con su silencio, y también me obliga mi conciencia de culpabilidad. No sé nada de la fábrica y durante la inspección de la comisión de esta mañana me quedé por ahí sin hacer nada útil y como un perro apaleado. Me niego la posibilidad de hacerme cargo de todos los detalles del funcionamiento de la fábrica. Y si llegara a conocerlos a fuerza de preguntar y molestar sin descanso a todo el mundo, ¿qué habría conseguido? Con mi conocimiento no sabría emprender nada efectivo; yo sólo sirvo para ocupaciones en las que cuente lo aparente y a las que luego ponga la sal el buen sentido de mi jefe, dándoles el aspecto de un trabajo verdaderamente bien hecho. Con estos esfuerzos aplicados sin efecto alguno a la fábrica, me robaría a mí mismo, por otro lado, la posibilidad de aprovechar en beneficio propio las pocas horas de la tarde, lo que habría de conducir forzosamente al total aniquilamiento de mi existencia, que, ya sin esto, se ve cada día más limitada.

Esta tarde, a la salida, he visto, mientras daba unos pasos, a unos miembros totalmente imaginarios de la comisión que tanto miedo me había dado por la mañana; se me acercaban o se cruzaban en mi camino.

29 de diciembre. Los pasajes llenos de vida de Goethe. Página 265: «Por ello llevé a mi amigo a los bosques.»

Goethe, 307: «En esas horas, no oí más que conversaciones sobre medicina o historia natural, y mi imaginación fue transportada a un campo totalmente distinto.»

El crecimiento de las fuerzas gracias a unos recuerdos amplios y contundentes. Una estela independiente es dirigida, dando un giro, hacia nuestro buque, y con sus elevadores efectos se acrecientan la conciencia de nuestras fuerzas y ellas mismas.

Las dificultades para terminar aunque sea un breve ensayo no radican en el hecho de que nuestro sentimiento, para la terminación del trabajo, requiere un fuego que el contenido real de lo anteriormente escrito no ha sido capaz de suscitar por sí mismo, sino que dichas dificultades se deben más bien a que el más insignificante ensayo exige que el autor esté satisfecho de sí mismo y se pierda en su interior; sin estas condiciones es difícil penetrar en la atmósfera del día cotidiano si no hay una enérgica resolución y un acicate exterior, de suerte que, antes de haber concluido el ensayo y de podernos retirar tranquilos, nos lanzamos fuera de él y desde fuera tenemos que completar el final, con unas manos que no sólo deben trabajar, sino también sostenerse a sí mismas.

30 de diciembre. Mi tendencia a la imitación no tiene nada de teatral; le falta principalmente la unidad. Lo grosero, lo llamativamente característico, no puedo imitarlo en toda su extensión; siempre he fracasado en tales intentos; son contrarios a mi naturaleza.

En cambio siento un decisivo impulso hacia la imitación de los detalles de lo grosero; imitar las manipulaciones de ciertas personas con sus bastones de paseo, la posición de sus manos, los movimientos de los dedos, es algo que no puedo resistir y que hago sin esfuerzo. Pero precisamente esta falta de esfuerzo, esta sed de imitar me alejan del actor, porque la falta de esfuerzo tiene su contrapartida en el hecho de que nadie advierte que estoy imitando. Sólo mi propio reconocimiento satisfecho, o más frecuentemente lleno de aversión, me demuestra que lo he conseguido. Sin embargo, mucho más allá de esta imitación exterior, está la interior, a menudo tan convincente y decisiva que no queda espacio dentro de mí para observar y constatar esta imitación, sino que me la encuentro únicamente en el recuerdo. Pero en él, la imitación es también tan perfecta y me sustituye a mí mismo de un modo tan súbito e inmediato, que no sería tolerable en escena, suponiendo que pudiera efectuarse de un modo mínimamente perceptible. No se puede atribuir al espectador otra capacidad que la de percibir el juego del actor. Si un actor que, según le marca el texto, tiene que apalear a otro, lo apalea de verdad a causa de la excitación o de un impulso incontenible de los sentidos, y si el otro grita de dolor, entonces el espectador tiene que convertirse en persona e interponerse entre ambos actores. Pero lo que en esta especie de actuaciones ocurre muy raras veces, ocurre innumerables veces en otro tipo de actuaciones de menor importancia. Lo esencial de un mal actor a consiste en que imita de un modo insuficiente, sino en que imita falsos modelos debido a los fallos de su educación, experiencia y disposición. Pero su principal defecto sigue siendo que no respeta los límites de la obra e imita con exceso. Su confusa idea de la exigencias de la escena le impulsa a ello, y aunque el espectador piense que tal o cual actor es malo porque no sabe estar en escena, juega con las puntas de los dedos cerca del borde de los bolsillos, se pone en jarras sin que venga a cuento, se inclina a escuchar al apuntador, mantiene una medrosa seriedad a toda costa, aunque cambien totalmente las situaciones, lo cierto es que este actor, que parece caído del cielo en el escenario, es malo única y exclusivamente porque imita demasiado, aunque sólo lo haga con la intención.

31 de diciembre. Precisamente porque sus aptitudes son tan limitadas, siempre tiene miedo de quedarse corto. Y aun cuando su aptitud no fuese de un tamaño ridículamente indivisible, de tan mínima, él no querrá revelar que, en determinadas circunstancias y por propia voluntad, dispone de una parte inferior a la totalidad de su arte. (El actor libre, que pierde su consideración hacia el control ejercido desde la platea, guiado por las necesidades puramente sentidas de la interpretación...) [se interrumpe].

Por la mañana me sentía muy fresco para escribir, pero ahora me lo impide completamente la idea de que esta tarde tengo que leerle a Max lo que escriba. Esto demuestra asimismo hasta qué punto estoy incapacitado para la amistad, en el supuesto de que sea posible la amistad en este sentido. Puesto que no es concebible una amistad sin las interrupciones de la vida cotidiana, siempre habrá una serie de manifestaciones que serán dispersadas a los cuatro vientos, aunque su núcleo permanece inalterable. De este núcleo inalterable se formarán sin duda otras manifestaciones nuevas, pero como su formación necesita tiempo y tampoco llegan a formarse todas las que se esperan, jamás se puede volver a empezar por donde se produjo la última ruptura, aun al margen de los cambios de humor personales. Por ello en las amistades profundas, debe surgir, ante cada nuevo encuentro, una inquietud que no debe ser tan grande que se la sienta como tal, pero que puede alterar la conversación y la conducta hasta un punto en que uno se asombra conscientemente, sobre todo porque no conoce el motivo o no puede creerlo. Así pues, ¿cómo voy a hacerle a M. una lectura, o pensar incluso, al escribir esto, que se lo leeré?

Además, me perturba el hecho de que esta mañana haya estado hojeando el diario, para ver lo que podía leerle a M. Pero al efectuar esta revisión, no he descubierto que lo escrito hasta ahora tenga un valor especial, ni que deba tirarlo sin más. Mi sentencia se sitúa entre ambas opiniones, más cerca de la primera, aunque no es tal que, a juzgar por el valor de lo escrito, deba considerarme agotado, a pesar de mis debilidades. No obstante, el gran volumen de lo que he escrito me ha apartado casi irremisiblemente, para las horas que siguen, de la fuente de la propia actividad de escribir, porque la atención se ha perdido en cierto modo río abajo, en este fluir continuo.

Aunque a veces creo que durante toda mi época de estudiante de enseñanza media, y aun antes, podía pensar con especial penetración, y que sólo a causa de la posterior debilitación de mi memoria ya no puedo enjuiciar correctamente este hecho, vuelvo a ver no obstante una vez más que mi mala memoria sólo quiere halagarme y que, en unas cosas que en sí eran poco importante, pero que podían tener graves consecuencias, me comporté con una notable pereza mental. Así, por ejemplo, recuerdo que en mis tiempos de Instituto disputaba a menudo, aunque no muy a fondo —probablemente entonces me cansaba ya fácilmente— con Bergmann sobre Dios y la posibilidad de su existencia, en un estilo talmúdico que me salía de dentro o que imitaba de mi interlocutor. Entonces me gustaba partir de un tema hallado en una revista cristiana —creo que era *El mundo cristiano*—, en el que se ponían en relación un reloj y el mundo, y el relojero y Dios, y la existencia del relojero había de probar la existencia de Dios. En mi opinión esto podía serle refutado muy fácilmente a Bergmann, aunque tampoco dicha refutación estaba muy sólidamente fundamentada en mí, y tenía que componerla como un rompecabezas antes de poder utilizarla. Tal refutación se produjo una vez mientras caminábamos alrededor de la torre del ayuntamiento. Lo recuerdo con precisión, porque hace unos años nos lo recordamos mutuamente.

Pero, mientras yo creía poder distinguirme en estas cuestiones —no me inducía a ello más que el deseo de distinguirme y el placer de producir un efecto, y el de ese mismo efecto—, sólo el hecho de no haberlo pensado demasiado me hacía tolerar mi forma de andar vestido, con unos trajes feísimos que mis padres mandaban confeccionar a alguno de sus clientes y, durante un período más largo, a un sastre de Nusle. Naturalmente, me daba cuenta —lo que era muy fácil— de que iba especialmente mal vestido, y también me fijaba en ello cuando veía a otros que vestían bien; sólo que durante años no llegué a tener conciencia de que la causa de mi lamentable aspecto eran mis ropas. Dado que, ya entonces, más en mis intuiciones que en la realidad, había iniciado el camino del propio menosprecio, estaba convencido de que sólo de mí mismo sacaban los trajes este aspecto, primero de una rigidez de tabla, y luego colgando arrugados. No quería trajes nuevos, porque, si mi aspecto debía ser repulsivo, al menos quería sentirme cómodo, y evitar además exhibir la fealdad de los trajes nuevos ante todo el mundo, que ya se había acostumbrado a los viejos. Estas negativas, siempre prolongadas, ante mi madre, deseosa de mandar confeccionar con más frecuencia trajes nuevos de aquella especie, puesto que ella, con sus ojos de persona adulta, podía encontrar sin duda diferencias entre esos trajes nuevos y los viejos, producían en mí mismo el efecto —confirmándolo así mis padres— de que no daba la menor importancia a mi aspecto.

1912

2 de enero. En consecuencia, también en mi actitud cedí al dominio de aquellos feos trajes; andaba con la espalda encorvada, los hombros torcidos, los brazos y las manos puestos de cualquier manera y en cualquier sitio: tenía miedo de verme en los espejos, porque éstos me reflejaban con una fealdad que en mi opinión era inevitable, y que además no podía ser reflejada de un modo totalmente objetivo, ya que, si aquél hubiese sido realmente mi aspecto, habría tenido que llamar la atención aún más; en los paseos dominicales, toleraba leves golpecitos de mi madre en la espalda, y unas advertencias y profecías demasiado abstractas, que yo no podía relacionar en manera alguna con las cosas que entonces me preocupaban. Sobre todo, me faltaba en absoluto la capacidad de tomar la menor disposición de cara a un futuro real. Mis pensamientos se detenían en las cosas presentes y en sus situaciones presentes, no por escrupulosidad o por un interés excesivamente firme, sino más bien —cuando la causa no era la endebles de mis ideas— por tristeza y por temor; por tristeza, ya que, siendo tan triste el presente, no me creía con derecho a abandonarlo antes de que se hubiese resuelto en felicidad; por temor, ya que, al tener miedo de dar el menor paso en el presente, me consideraba asimismo indigno, con mi lamentable aspecto infantil, de enjuiciar seriamente, con responsabilidad, el vasto porvenir viril, que además me parecía generalmente tan imposible, que el menor avance hacia el se me aparecía como una falsificación, y lo más inmediato como inalcanzable.

Admitía más fácilmente los milagros que el progreso real, pero era demasiado frío para no mantener los milagros dentro de su esfera, y el progreso real en la suya propia. De ahí que, antes de dormirme, pudiese dedicar mucho rato a pensar que alguna vez, ya rico, entraría en el barrio judío en un coche de cuatro caballos, liberaría con una palabra enérgica a una muchacha injustamente apaleada, y me la llevaría en mi coche; no me afectaban mucho, sin embargo, estas frívolas creencias, que probablemente se alimentaban de una sexualidad ya enfermiza, y persistía la convicción de que no aprobaría los exámenes finales de aquel año y de que, si lo conseguía, no pasaría al curso siguiente, y aunque pudiera pasar con engaño, caería definitivamente en los exámenes finales de madurez; por otra parte, era totalmente seguro —sin que importase el momento— que sorprendería de pronto, con la revelación de una incapacidad insólita, tanto a mis padres, adormecidos por la aparente regularidad de mis progresos, como al resto de la gente. Pero, como yo veía siempre mi incapacidad como única señal indicadora del futuro —y sólo muy raras veces mis trabajos literarios—, jamás me resultaba provechosa la reflexión sobre el porvenir; no era más que seguir dándole vueltas a mi dolor presente. Si quería, podía sin duda andar erguido, pero me cansaba, y tampoco acertaba a comprender en qué podía perjudicar mi porvenir el hecho de andar encorvado. Si tengo porvenir, así lo pensaba yo, todo se irá arreglando por sí solo. Tal principio no fue elegido porque contuviese una confianza en el futuro, de cuya existencia dudaba en cualquier caso, sino que perseguía más bien el objetivo de hacerme la vida más fácil. O sea, andar, vestirme, lavarme, leer, sobre todo encerrarme en casa, que era lo que menos me costaba y menos valor exigía. Si iba más allá de estas cosas, sólo conseguía caer en ridículos subterfugios.

Una vez parecía imposible continuar saliendo del paso sin un traje negro de etiqueta, sobre todo porque me habían puesto en la necesidad de decidir si tomaría unas clases de baile. Llamaron a aquel sastre de Nusle y le pidieron consejo sobre el corte del traje. Yo estaba indeciso, como me ocurría siempre en los casos en que podía temer que una manifestación clara, no sólo me arrastrase a una situación desagradable inmediata, sino a otra más permanente y mucho peor. Así que, de entrada, no quise un traje negro; pero cuando, en presencia del forastero, me avergonzaron al observar que no tenía traje de etiqueta, toleré

que se propusiera la confección de un frac; pero, dado que un frac suponía para mí una tremenda convulsión, de la que se puede hablar, pero a la que uno no puede aventurarse nunca, nos pusimos todos de acuerdo en un smoking, prenda que me parecía al menos soportable por su semejanza con la chaqueta habitual. No obstante, al oír que el chaleco del smoking tenía que ser necesariamene abierto y que entonces tendría que llevar también camisa almidonada, casi me sentí decidido a lucha por encima de mis fuerzas, ya que era necesario defenderse contra algo semejante. Yo no quería aquella clase de smoking, sino uno forrado y ribeteado de seda —si no podía evitarse—, pero cerrado hasta arriba. El sastre ignoraba la existencia de semejante tipo de smoking, pero observó que, al margen de lo que yo pudiera imaginar como tal, no podía ser nunca un traje de baile. Pues bien, que no fuese un traje de baile; yo tampoco tenía la menor intención de bailar, sobre esto aún había mucho que hablar, y en cambio deseaba que me confeccionasen la chaqueta descrita. El sastre se mostraba tanto más duro de comprensión, cuanto que hasta entonces me había dejado tomar medidas y probar trajes nuevos con avergonzada negligencia, sin hacer la menor observación ni expresar el menor deseo. De ahí que, como mi madre también apremiaba, no me quedara otra solución, por penoso que esto me resultase, que ir con él al otro lado del Altstädter Ring y ponerlo ante el escaparate de un ropavejero en cuya tienda había visto expuesto hacía ya tiempo un smoking sencillo, que consideré adecuado para mí. Pero desgraciadamente lo habían quitado ya del escaparate, y ni siquiera lo pudimos descubrir al mirar con esforzada atención el interior del establecimiento; yo no me atrevía a entrar en el establecimiento sólo para ver el smoking; así que regresamos a casa sin habernos puesto de acuerdo. Para mí, era como si el futuro smoking hubiese sido maldito por la inutilidad de aquella salida; al menos, aproveché el fastidio de los pros y los contras como pretexto para despedir al sastre con algún encargo insignificante y con una vana promesa respecto al smoking, y quedé agotado, entre los reproches de mi madre, y apartado para siempre —a mí todo me ocurría para siempre— de las muchachas, de una apariencia elegante y de los bailes de sociedad. El contento que esto me produjo de inmediato me hizo sentir miserable, y además tenía miedo de haber hecho el ridículo con el sastre, más que cualquiera de sus clientes.

3 de enero. Lectura abundante de la revista *Neuen Rundschau*. He empezado la novela *El hombre desnudo* de Emil Strauss; quizás sea demasiado llana la claridad del conjunto; en los detalles, impecable. *La huida de Gabriel Schilling*, de Hauptmann. Educación de los seres humanos. Instructivo en lo bueno y en lo malo.

Fin de año. Me había propuesto leerle a Max, por la tarde, algo de mis diarios; me encantaba hacerlo, pero no lo hice. No había consonancia en nuestros sentimientos; esa tarde adivinaba en él una meticulosidad calculadora y cierta prisa; casi no era mi amigo, aunque seguía dominándome aún hasta el punto de que yo hojeaba una y otra vez, inútilmente, mis cuadernos, viéndome a mí mismo con sus ojos, y este constante pasar hojas, que siempre me ponía ante los ojos las mismas páginas, me parecía abominable. Con esta tensión recíproca era naturalmente imposible trabajar juntos, y la única página de *Ricardo y Samuel* que conseguimos llevar a término entre mutuas resistencias es simplemente una prueba de la energía de Max, pero por lo demás es mala. Fin de año en casa de Cada. No estuvo tan mal, porque Weltsch, Kisch y otro compañero aportaron sangre nueva, de suerte que al final, aunque sólo dentro de los límites de aquel grupo de amigos, volví a sentirme unido a Max. En medio de la aglomeración del Graben, le estreché la mano, aunque sin mirarle, y creo recordar que, mientras apretaba contra mí los tres cuadernos, me fui derecho a casa con orgullo.

Las llamas que, en el callejón, en torno a un crisol, ante un edificio en construcción, van ascendiendo en círculo, en forma de helechos.

En mí se puede reconocer perfectamente una concentración apta para escribir. Cuando se hizo evidente en mi organismo que la literatura era la manifestación más productiva de mi personalidad, todo tendió a ella y dejó vacías todas las facultades que se orientaban hacia los placeres del sexo, de la comida, de la bebida, de la meditación filosófica, y principalmente de la música. Me atrofiaba en todos los aspectos. Esto era necesario, porque mis energías, en su totalidad, eran tan escasas que únicamente reunidas podían ser medianamente utilizables para la finalidad de escribir. Naturalmente, no di con esta finalidad de un modo autónomo y consciente; fue ella la que se encontró a sí misma y ahora se ve obstaculizada únicamente, pero de un modo radical, por la oficina. En cualquier caso no debo lamentarme porque no pueda soportar una amante, porque entienda casi tanto de amor como de música y tenga que contentarme con los efectos más superficiales y fugaces, porque la noche de fin de año cenara nabos y espinacas y bebiera un cuartillo de Ceres, y porque el domingo no pudiera asistir a la conferencia de Max sobre sus trabajos filosóficos; la compensación por todo ello es clara como la luz del día. O sea, que sólo tengo que arrojar en medio de todo este montón de cosas el trabajo de la oficina (puesto que mi desarrollo está ya concluido y, por lo que veo, no tengo más que sacrificar) para iniciar mi verdadera vida, en el curso de la cual, con el progreso de mi obra, mi rostro podrá finalmente envejecer de un modo natural.

El giro que toma una conversación cuando al principio se habla detalladamente de la existencia más íntima, y luego, no cortándola, pero tampoco surgiendo naturalmente de ella, se pasa a hablar de cuándo y dónde volveremos a vernos y qué circunstancias hay que tener en cuenta para ello. Si esta conversación acaba asimismo en un apretón de manos, se sale de ella con una fe momentánea en una estructura pura y sólida de nuestra vida, y con respeto hacia la misma.

En una autobiografía, es inevitable que donde, de acuerdo con la verdad, se debería poner «una vez», se ponga «a menudo». Porque uno es siempre consciente de que el recuerdo se extrae de la oscuridad, que se hace añicos con la palabra «una vez» y que con la palabra «a menudo» queda, si no totalmente protegida, al menos conservada en opinión del que escribe, y le transporta a unos aspectos que tal vez no han existido nunca en su vida, pero que le sirven de sucedáneo para aquellos aspectos que ya no puede alcanzar en su recuerdo, ni siquiera con la adivinación.

4 de enero. Sólo por vanidad me gusta tanto leerles cosas a mis hermanas (hasta el punto de que hoy, por ejemplo, se ha hecho demasiado tarde para escribir). No es que esté convencido de que con la lectura pueda alcanzar algo significativo; más bien me domina simplemente el ansia de adentrarme tanto en las excelentes obras que les leo, que junto a ellas, no sólo por mis méritos, sino por la simple atención suscitada por lo leído, y ciega a lo no esencial, ante mis expectantes hermanas, me fundo en uno con ellas, y por esta razón, bajo los efectos encubridores de la vanidad, puedo participar también como una causa en todo el influjo que la obra ha ejercido por sí misma. De ahí que, ante mis hermanas, lea también de un modo realmente maravilloso, que acentúe en ciertos momentos con una precisión que mi sensibilidad cree perfecta, porque así me veo recompensado con creces, no sólo por mí mismo, sino también por mis hermanas.

Pero si leo ante Brod, o Baum, u otros, mi lectura les parecerá espantosamente mala, a causa de mis pretensiones de ser alabado, aun cuando nada sepan de la bondad de mis

habituales lecturas; porque en este caso veo que el oyente mantiene la separación entre yo y lo leído; no puedo fundirme totalmente con el texto sin que, en mi opinión (que no puede esperar ayuda alguna del oyente), resulte ridículo; ando revoloteando con la voz en torno a las palabras leídas; intento, puesto que así lo desean, penetrar en tal o cual aspecto, pero no lo pretendo seriamente, porque tampoco lo esperan de mí; lo que realmente esperan: que lea tranquilo y distante, sin vanidad, y que sólo me apasione cuando mi propia pasión lo exija, es algo que no puedo conseguir; pero aunque creo haberme acostumbrado a ello y me resigno por tanto a leer mal ante todo el mundo, excepto ante mis hermanas, mi vanidad (que en este caso no tendría razón de ser) se demuestra en el hecho de que me siento ofendido si alguien objeta algo a lo leído, me ruborizo y quiero continuar leyendo en seguida, del mismo modo que, una vez he empezado a leer, aspiro a continuar leyendo indefinidamente, con el inconsciente deseo de que, en el transcurso de la prolongada lectura se produzca al menos el falso y vanidoso sentimiento de la unidad con el texto leído; olvido en este caso que nunca tendré la suficiente energía instantánea para incidir con mi sensibilidad en la clara visión del oyente, y que en mi casa son siempre mis hermanas las que empiezan con la anhelada confusión.

5 de enero. Desde hace dos días constato en mí la frialdad y la indiferencia cuando quiero. Anoche, mientras paseaba, el más mínimo rumor callejero, cualquier mirada dirigida a mí, cualquier fotografía en una vitrina, eran para mí más importantes que yo.

La uniformidad. Relato.

Cuando, por la noche, uno parece haberse decidido definitivamente a quedarse en casa, se ha puesto el batín, se ha sentado junto a la mesa iluminada, después de la cena, y ha emprendido aquel trabajo o aquel juego después del cual uno acostumbra a ir acostarse; cuando afuera el tiempo es desapacible y hace perfectamente natural la permanencia en casa; cuando ahora, además uno lleva tanto tiempo en silencio junto a la mesa que si se fuera no sólo provocaría necesariamente el enojo paterno, sino el asombro general; cuando, por añadidura, la escalera de la casa está a oscuras y el portal tiene el cerrojo puesto, y cuando, a pesar de todo ello, uno se levanta con súbito desasosiego, se quita el batín y se pone la chaqueta, comparece inmediatamente vestido de calle, declara que tiene que salir, lo hace además tras una breve despedida, cree haber dejado tras sí más o menos encono, según la rapidez con que ha cerrado de golpe la puerta de la calle cortando así la general discusión sobre la partida; cuando uno se ve nuevamente en la calle, con unos miembros que le recompensan con especial movilidad esa libertad ya inesperada que se les ha dado; cuando, gracias a esta única decisión, uno siente agitarse dentro de sí toda capacidad de decisión; cuando reconoce con mayor consideración que de costumbre que uno tiene más poder que necesidad de operar y soportar fácilmente el más rápido cambio, y que, cuando uno se queda solo, crece en inteligencia y en serenidad, y en el goce de ambas cosas, entonces, por esa noche, se habrá apartado tan completamente de su familia como jamás pudiera conseguirlo de un modo más eficaz con el más largo de los viajes, y habrá tenido una experiencia que, por su soledad, tan singular para Europa, sólo puede llamarse rusa. Todo ello se intensifica aún, si a tan altas horas de la noche uno va a ver a un amigo para preguntarle cómo le va.

Invité a Weltsch al beneficio de la señora Klug. Löwy, con fuertes dolores de cabeza, que probablemente pronostican una grave dolencia en la cabeza, se apoyaba en la pared de una casa, en la calle, donde me esperaba con la mano derecha apretada desesperadamente contra la frente. Se lo mostré a Weltsch, que desde el canapé se asomó a la ventana. Pensé

que por primera vez en mi vida había observado de un modo tan sencillo, desde la ventana, en la calle, un suceso que me concernía. Bien mirado, conozco esta manera de observar por Sherlock Holmes.

6 de enero. Ayer, *Virrey*, de Feimann. La capacidad de sentir impresión ante lo judío me abandona en estas obras, porque son demasiado uniformes y degeneran en un lamento que está orgulloso de sus esporádicas explosiones de mayor energía. En las primeras obras, pude pensar que había dado con un judaísmo en el que se asientan los principios del mío, y que éstos se desarrollarían en mi dirección, y por consiguiente me ilustrarían y me harían progresar en mi torpe judaísmo; pero en lugar de ello se alejan de mí, cuanto más los escucho. Quedan, naturalmente, las personas, y a ellas me atengo.

Era el beneficio de la señora Klug, y por este motivo cantó algunas canciones nuevas e hizo algunos chistes nuevos. Pero sólo en su primera canción me sentí totalmente bajo su influencia, unido por la más intensa relación con cada una de las partículas de su imagen, con los brazos extendidos y los dedos que castañeteaban durante el canto, con los rizos inmóviles de sus sienes, con la fina camisa, lisa e inocente bajo el chaleco, con el labio inferior que, una vez, para gozar de los efectos de un chiste, saca hacia afuera («ya lo veis, puedo hablar todos los idiomas, pero en yiddish»), con los piecitos gordezuelos que, envueltos en gruesas medias blancas, quedan embutidos en los zapatos que cubren los dedos. Pero ayer, el hecho de que cantase canciones nuevas perjudicó su principal efecto sobre mí, consistente en que allí se exhibe una persona que ha dado con unas cuantas canciones y unos cuantos chistes, los cuales ponen ante nosotros del modo más perfecto su temperamento y todas sus energías. Si esta exhibición da resultado, todo da resultado, y si nos alegra dejar que estas personas produzcan a menudo su efecto en nosotros, entonces, naturalmente, no nos desconcertará —y en esto puede que todos los espectadores estén de acuerdo conmigo— la constante repetición de las mismas canciones; más bien le daremos nuestra aprobación como un recurso para concentrarnos mejor, como lo es, por ejemplo, el oscurecimiento de la sala, y separándolos de la mujer reconoceremos en estos recursos aquella intrepidez y aquella conciencia de uno mismo que era lo que precisamente buscábamos. De ahí que, cuando llegaron las nuevas canciones, que nada nuevo podían mostrar de la señora Klug, puesto que las anteriores habían cumplido de modo tan perfecto dicha función, y cuando estas canciones pretendieron ser respetadas como tales canciones (sin que hubiera motivo para ello), y cuando de este modo nos distrajeran de la señora Klug, pero a la vez demostraban que tampoco ella misma se sentía cómoda cantando aquellas canciones, y a veces se equivocaba, a veces ponía unas caras y hacía unos ademanes exagerados, uno debía sentirse a disgusto, y sólo le quedaba el consuelo de que el recuerdo de su perfecta interpretación anterior era demasiado sólido para que pudiese alterarlo el actual espectáculo.

7 de enero. Por desgracia, a la señora Tschissik siempre le dan papeles que sólo muestran la esencia de su personalidad; interpreta siempre mujeres y muchachas que, de golpe, son desgraciadas, escarnecidas, deshonradas, ofendidas, pero a quienes no se les concede tiempo para desarrollar su personalidad de acuerdo con un proceso natural. En la impetuosa fuerza natural con que interpreta tales papeles, que sólo en la representación son puntos culminantes, puesto que en el texto de la obra no son más que insinuaciones a causa de la gran riqueza interpretativa que requieren, uno adivina las cosas que sería capaz de realizar. — Uno de sus principales gestos parte como un escalofrío de sus caderas, algo envaradas, convulsas. Al parecer, su hijita tiene una cadera completamente rígida. — Cuando los actores se abrazan, se sujetan mutuamente las pelucas.

Hace poco, cuando subí con Löwy a su habitación, donde iba a leerme la carta que había escrito al escritor Nomberg, de Varsovia, encontramos en el rellano al matrimonio Tschissik. Llevaban a su habitación los trajes de «Kol Nidre», envueltos como tortas en papel de seda. Nos detuvimos un momentito a hablar con ellos. Yo tenía la baranda como punto de apoyo para las manos y para la acentuación de las frases. La boca grande de ella se movía frente a mí, muy cercana, en formas sorprendentes pero naturales. Por culpa mía, la conversación amenazaba con desembocar en un vacío desesperante, porque mis esfuerzos por expresar apresuradamente todo mi amor y mi devoción, me llevaron únicamente a hacer constar que los asuntos de la compañía marchaban mal, que su repertorio estaba agotado, que no podían quedarse por tanto mucho tiempo más y que el desinterés de los judíos de Praga hacia ellos era incomprensible. — El lunes siguiente — así me lo pidió ella — tenía que ir a ver *Sejdnacht*, aunque ya conocía la obra. Así podré oírla cantar aquella canción (*Bore Isroel*) que, según ella recuerda haberme oído observar, me gusta muchísimo.

«Jeschiwes» es el nombre de las escuelas superiores talmúdicas, mantenidas por muchas comunidades de Polonia y Rusia. Los gastos no son muy elevados, porque estas escuelas son instaladas casi siempre en un viejo edificio inservible, en el que, aparte de las aulas y los dormitorios de los alumnos, se encuentra la vivienda del «Rosch-Jeschiwe», que presta además otros servicios a la comunidad, y de su ayudante. Los alumnos no pagan cuota alguna y les dan de comer por turno los miembros de la comunidad. Aunque estas escuelas se basan en los principios más ortodoxos, son precisamente los centros del progreso de la apostasía, porque en ellas se reúnen jóvenes de los más remotos lugares, y son precisamente los pobres, los enérgicos, los que aspiran a independizarse de la familia; dado que la vigilancia no es muy severa y que los jóvenes dependen totalmente los unos de los otros, y la parte fundamental del estudio consiste en aprender las cosas en común y explicárselas mutuamente; dado que la religiosidad que existe en las diversas poblaciones de origen de los estudiantes es siempre de la misma naturaleza y no requiere demasiados comentarios, mientras que el progreso reprimido, según las diversas condiciones de vida de cada población, crece o se reduce en las formas más variadas, de suerte que en este aspecto sí que hay mucho que contar dado que, de los textos progresistas prohibidos, no se descubre nunca más que uno u otro en manos de un solo estudiante, y en cambio son introducidos en la Jeschiwe desde todas partes, y es aquí donde más pueden influir, porque cada uno de sus poseedores no sólo propaga el texto, sino su propio entusiasmo, por todas estas razones y sus consecuencias inmediatas, en los últimos tiempos han salido de estas escuelas todos los escritores, políticos, periodistas y estudiosos progresistas. De ahí que, por una parte, se haya deteriorado mucho la fama de las mismas entre los ortodoxos, y que por otra parte afluían a ellas jóvenes de mentalidad progresista cada vez en mayor número.

Una Jeschiwe famosa es la de Ostro, pequeña localidad situada a ocho horas de tren de Varsovia. Todo el pueblo de Ostro no es más que una doble hilera de casas a ambos lados de un brevísimo trecho de carretera. Löwy afirma que tiene la longitud de su bastón. Una vez que se detuvo en Ostro un conde con su carruaje de cuatro caballos, los dos caballos delanteros y la parte trasera del vehículo quedaban ya fuera del pueblo.

Más o menos a la edad de catorce años, cuando la presión de la vida familiar le pareció insoportable, Löwy decidió irse a Ostro. Hacia el anochecer, cuando salió del «Klaus», su padre le había golpeado precisamente el hombro y le había dicho, como sin darle importancia, que fuese a verle más tarde porque tenía que hablar con él. Como era evidente que, una vez más, no cabía esperar otra cosa que reproches, Löwy fue directamente del «Klaus» a la estación, sin equipaje, con un caftán algo mejor, porque era sábado, y con todo su dinero, que siempre llevaba encima; partió en el tren de las diez hacia Ostro, a

donde llegó a las siete de la mañana. Se encaminó inmediatamente a la Jeschiwe, sin que allí llamara excesivamente la atención, puesto que cualquiera puede entrar en una Jeschiwe y no hay que efectuar ninguna prueba especial para ingresar. Lo único extraño era que quisiese ingresar precisamente en aquella época del año —era verano—, cosa poco frecuente, y que llevase un caftán de buena calidad. Pero también a ello se habituaron pronto, porque a unas personas tan jóvenes, unidas por su judaísmo con una intensidad para nosotros desconocida, les resulta fácil trabar conocimientos. Se destacó en los estudios, porque ya venía de su casa con muchas cosas aprendidas. Le gustó la conversación con aquellos jóvenes desconocidos, especialmente porque todos, al saber que tenía dinero, le rodearon apremiándole a que les comprara toda clase de cosas. Uno de ellos, que quería venderle «días», le causó especial asombro. Llamaban «días» a las comidas gratuitas. Se habían convertido en algo vendible, porque a los miembros de la comunidad judía (que querían hacer una obra agradable a Dios con aquellas invitaciones, sin tener en cuenta a las personas) les era indiferente quién se sentara a su mesa. Si un estudiante era lo bastante listo, podía conseguir dos invitaciones en un solo día. Estas comidas dobles resultaban perfectamente tolerables, porque no eran muy abundantes, y porque después de la primera uno podía engullir muy a gusto la segunda, y porque, además, podía suceder que un día tuviese uno dos comidas, pero le quedasen otros días vacíos. Sin embargo, a todos les alegraba sin duda poder vender ventajosamente una de aquellas invitaciones adicionales, si tenían ocasión de hacerlo. Ahora bien, si uno llegaba en verano, como Löwy, es decir, en una época en que las invitaciones llevaban ya mucho tiempo repartidas, sólo podía obtenerlas mediante la compra, porque las invitaciones que sobraban al principio habían sido totalmente acaparadas por los especuladores.

En la Jeschiwe, la noche era insoportable. Desde luego, todas las ventanas estaban abiertas, porque la noche era calurosa, pero el mal olor y el sofoco se negaban a abandonar las habitaciones, ya que los estudiantes, que no tenían camas propiamente dichas, se echaban a dormir en cualquier parte, en el último lugar donde estuvieron sentados, sin desvestirse, con sus ropas sudadas. Todo estaba lleno de pulgas. Por la mañana, se humedecían ligeramente las manos y la cara con agua y se ponían de nuevo a estudiar. Casi siempre estudiaban juntos, por lo general dos en un mismo libro. A menudo los debates reunían a varios de ellos en un corro. El Rosch-Jeschiwe se limitaba a aclarar de vez en cuando los pasajes más difíciles. Aunque posteriormente Löwy —estuvo diez días en Ostro, pero comía y dormía en la posada— encontró dos amigos de su misma mentalidad (no era tan fácil, porque previamente había de examinar siempre con precaución las opiniones del otro y la confianza que éste merecía), regresó con mucho gusto a su casa, porque estaba acostumbrado a una vida ordenada y ya no podía aguantar más a causa de la nostalgia.

En el cuarto grande se oía el ruido de los que jugaban a las cartas, y luego la habitual conversación que mi padre dirige cuando se encuentra bien de salud, como hoy, de un modo sostenido pero no coherente. Las palabras representaban sólo pequeños momentos de tensión en medio de un ruido informe. En la habitación de las muchachas, cuya puerta estaba completamente abierta, dormía el pequeño Félix. Al otro lado, en mi habitación, dormía yo. La puerta de esta habitación estaba cerrada en consideración a mi edad. Además, con la puerta abierta se insinuaba que a Félix querían atraerlo aún a la familia, mientras que yo ya estaba separado de ella.

Ayer, en casa de Baum, tenía que ir Strobl, pero estaba en el teatro. Baum leyó un artículo para las páginas literarias de un periódico. «Sobre la canción popular»; malo. Luego un capítulo de *Los juegos y la seriedad del destino*; muy bueno. Yo estaba indiferente, de mal humor, no tuve una impresión clara del conjunto. De vuelta a casa, bajo la lluvia, Max me

contó el proyecto actual de *Irma Polak*. Yo no podía dejar traslucir mi estado, porque Max nunca lo interpretaba correctamente. De ahí que tuviese que ser insincero, lo que acabó de quitarme las ganas de todo. Estaba tan pesaroso, que prefería dirigir la palabra a Max cuando su rostro estaba a oscuras, aunque entonces el mío, iluminado, podía traicionarse más fácilmente. Pero luego el misterioso final de la novela llegó a conmoverme a través de todos los obstáculos. Al volver a casa después de la despedida, arrepentimiento por mi falsedad y dolor por la inevitabilidad de la misma. Intención de redactar un cuaderno propio sobre mi relación con Max. Lo que no está escrito, le centellea a uno ante los ojos y las casualidades ópticas condicionan el juicio total.

Cuando me hallaba tendido en el canapé, y en las habitaciones que tengo a ambos lados hablaban en voz alta, a la izquierda sólo mujeres, a la derecha hombres, tuve la impresión de que son seres rudos, negroides, imposibles de aplacar, que no saben lo que dicen y que sólo hablan para poner el aire en movimiento, que levantan la cara cuando hablan y siguen con la vista las palabras que pronuncian.

Así se me va el domingo tranquilo, lluvioso; estoy sentado en el dormitorio y tengo silencio, pero en lugar de decidirme a escribir, actividad en la que anteayer, por ejemplo, hubiese querido volcarme con todo lo que soy, me he quedado ahora largo rato mirando fijamente mis dedos. Creo que esta semana he estado influido totalmente por Goethe, que acabo de agotar el vigor de dicho influjo y que por ello me he vuelto inútil.

De un poema de Rosenfeld que describe una tempestad en el mar: «tremolan las almas, tiemblan los cuerpos». Mientras recita, Löwy crisca la piel de la frente y el arranque de la nariz como a uno sólo le parece posible crisar las manos. En los pasajes más conmovedores, que él pretende comunicarnos, se nos aproxima él mismo, o mejor, se agranda al hacer más clara su imagen. Sólo se adelanta un poco, mantiene los ojos muy abiertos, se pellizca la chaqueta con la mano izquierda, ausente, y nos tiende la derecha, abierta y grande. Aunque no estemos emocionados, debemos conocer también su emoción y explicarle la posibilidad de la desgracia descrita.

Tengo que posar desnudo ante el pintor Ascher, como modelo para un san Sebastián.

Si esta noche vuelvo a casa de mi familia, como no he escrito nada que pueda satisfacerme, no les pareceré más extraño, más despreciable, más inútil de lo que me lo parezco a mí mismo. Todo esto, naturalmente, de acuerdo con mis sentimientos (que no se dejan engañar ni por la más exacta observación), ya que en realidad todos ellos sienten respeto por mí, y también me quieren.

24 de enero. Miércoles. Tanto tiempo sin escribir por los motivos siguientes: estaba enfadado con mi jefe y sólo pude poner las cosas en su lugar mediante una buena carta; estuve varias veces en la fábrica; leí *L'histoire de la Littérature Judéo-Allemande*, de Pines quinientas páginas, y lo hice con avidez, con un detenimiento, una prisa y un placer que jamás había experimentado al leer tales libros; ahora leo *Organismo del judaísmo*, de Fromer; finalmente, tuve mucho que hacer con los actores judíos, escribí cartas para ellos; a través de la Sociedad Sionista, logré que se preguntara a las Sociedades Sionistas de Bohemia si deseaban invitar a la compañía a dar funciones; escribí la correspondiente circular y la hice reproducir; vi otra vez Sulamith, y por primera vez Herzele Mejiches, de Richter; estuve en la sesión de canciones populares de Bar-Kochba, y anteayer en la representación de *El conde de Gleichen*, de Schmidfbonn.

Sesión de canciones populares: el doctor Natham Birnbaum hace la conferencia de presentación. Costumbre de los judíos orientales de intercalar un «mis distinguidas señoras y caballeros», o simplemente «señores», a cada interrupción del discurso. Al principio de la charla de Birnbaum, esto se repitió hasta el ridículo. Pero, por lo que sé de Löwy, creo que estas constantes locuciones, que también aparecen a menudo en la conversación normal de los judíos del Este como «¡Pobre de mí!» o «¿No es esto?» o «Habría mucho que hablar», no están destinadas a disimular la vacilación, sino que son nuevas fuentes para remover el río de la conversación, que siempre está demasiado inmóvil para el temperamento de los judíos orientales. Pero en Birnbaum no era así.

26 de enero. La espalda del señor Weltsch y el silencio de toda la sala mientras escuchaba los pésimos poemas. — Birnbaum: su peinado de cabellos largos se interrumpe bruscamente en el cuello, que por esta desnudez súbita, o porque es realmente así, aparece muy recto. Gran nariz curva, no demasiado delgada, y sin embargo de grandes superficies a ambos lados, que tiene un hermoso aspecto, principalmente por la buena proporción que guarda con la enorme barba. — El cantante Gollanin. Sonrisa apacible, dulzona, celestial, condescendiente, sostenida largo rato con el rostro doblado hacia un lado y hacia abajo, agudizada por la nariz arrugada, todo lo cual puede también formar parte simplemente de la técnica vocal.

31 de enero. No he escrito nada. Weltsch me trae libros sobre Goethe, que me producen una excitación dispersa, no aplicable a ningún trabajo. Plan para un trabajo sobre *La tremenda personalidad de Goethe*; miedo al paseo vespertino de dos horas que ahora me he impuesto.

4 de febrero. Hace tres días: *El espíritu de la tierra*, de Wedekind. Wedekind y su esposa Tilly intervienen como actores. Voz clara, tajante, de la mujer. Rostro delgado, en forma de media luna. Pierna desviada hacia un lado en posición de reposo. Claridad de la obra, aun al recordarla, de suerte que uno vuelve a casa tranquilo y consciente de sí mismo. Impresión contradictoria de lo sólidamente fundamentado que sigue siéndonos ajeno.

En el momento de ir al teatro me sentía bien. Saboreaba mi intimidad como si fuese miel. La bebía de un solo trago. En el teatro, esto pasó inmediatamente. Por otra parte, era la función de la noche anterior: *Orfeo en los infiernos*, con Pallenberg. La representación era tan mala, los aplausos y las risas a mi alrededor, en la parte de las entradas de paseo, eran tan grandes, que no pude encontrar otro remedio que salir escapado después del segundo acto, y así reducirlo todo al silencio.

Ayer escribí una buena carta a Trautenau para una actuación de Löwy. Cada lectura de la carta me tranquilizaba y me fortalecía, tantas cosas habían cabido en ella que se relacionaban fácilmente con todo lo bueno que hay en mí.

El entusiasmo ininterrumpido con que leo cosas sobre Goethe (conversaciones de Goethe, años de estudiante, horas con Goethe, una estancia de Goethe en Frankfurt) y que me impide totalmente escribir.

S., comerciante, treinta y dos años, sin confesión religiosa, estudios de filosofía, interesado por la buena literatura únicamente siesta se relaciona con lo que él mismo escribe. Cabeza redonda, ojos negros, pequeño bigote enérgico, mejillas sólidas, figura compacta. Hace años que estudia de nueve a una de la noche. Nacido en Stanislau,

conocedor del hebreo y del dialecto. Casado con una mujer que produce la impresión de ser corta de alcances sólo por la forma de su rostro, completamente redondo.

Desde hace muchos días, frialdad con Löwy. Me hace preguntas al respecto. Lo niego.

Conversación tranquila, retirada, con la señorita Taussig en el entreacto de *El espíritu de la tierra*, en la galería. Para lograr una buena conversación hay que pasar la mano, por así decirlo, de un modo profundo, ligero, soñoliento, por debajo del tema a tratar; luego lo levanta uno hasta el asombro. De no hacerlo así, uno se dobla los dedos y no piensa más que en el dolor.

Cuento: Los paseos vespertinos. Invención del paso rápido. Una hermosa habitación oscura como introducción.

La señorita Taussig contó una escena de su nuevo relato, donde una muchacha de mala reputación entra una vez en una academia de costura. La impresión en las otras muchachas. Yo opino que la compadecerán aquellas que sienten claramente en sí mismas la capacidad y el placer de tener una mala reputación, y que por tanto pueden imaginar de un modo inmediato la desgracia que esto supone.

Hace una semana, conferencia del doctor Theilhaber en la sala de fiestas del Ayuntamiento Judío sobre la decadencia de los judíos alemanes. Es incontenible, porque, en primer lugar, los judíos se concentran en las ciudades y desaparecen las comunidades rurales judías. Los devora el afán de lucro. Sólo se efectúan matrimonios considerando la dote de la novia. Sistema de los dos hijos. En segundo lugar: matrimonios mixtos. En tercer lugar: conversiones al cristianismo.

Escenas cómicas, cuando el profesor Ehrenfels, cada día más guapo, cuya calva, a la luz, queda limitada en lo alto por un contorno algo prominente, con las manos cruzadas y apretadas, con su voz llena, modulada como un instrumento musical, con una sonrisa llena de confianza hacia la asamblea, interviene en favor de la mezcla de razas.

5 de febrero. Lunes. Cansado, he dejado incluso la lectura de *Poesía y verdad*. Soy duro por fuera, frío por dentro. Hoy, cuando he ido a ver al doctor F., a pesar de que nos aproximamos el uno al otro lentamente y con reflexión, ha sido como si ambos hubiéramos chocado igual que dos pelotas, dos pelotas que se rechazan y que luego se pierden sin poder dominarse a sí mismas. Le pregunté si estaba cansado. No estaba cansado. ¿Por qué se lo preguntaba? Yo estoy cansado, fue mi respuesta, y me senté.

Pequeño acceso de desvanecimiento, ayer, en el Café City, con Löwy. Inclinación sobre un periódico, para ocultarlo.

Hermosa silueta de Goethe, de cuerpo entero. Impresión simultánea de repulsión a la vista de este cuerpo humano perfecto, puesto que superar este grado de perfección queda fuera de lo imaginable, y sin embargo su aspecto es el de haberse formado de un modo complejo y casual. La posición erguida, los brazos colgantes, el cuello delgado, la curvatura de la rodilla.

La impaciencia y la tristeza por mi lasitud se alimentan especialmente de la perspectiva de mi futuro, que jamás pierdo de vista, y que viene favorecida por esta lasitud. ¡Qué tardes,

qué paseos, qué desesperación en la cama y en el canapé (7 de febrero) se me avecinan, peores aún que las que ya he dejado atrás!

Ayer en la fábrica. Las muchachas con sus vestidos intolerablemente sucios y sueltos, con los pelos revueltos, como si acabasen de despertarse, con la expresión cerrada a causa del ruido incesante de las correas de transmisión y de las máquinas que, aun siendo automáticas, tienen imprevisibles paros bruscos; no son personas, no las saludamos, no les pedimos disculpas cuando tropezamos con ellas; si las llamamos para un pequeño trabajo, lo realizan, pero vuelven inmediatamente a la máquina; con un gesto de cabeza, les indicamos dónde deben ponerse; ahí están en enaguas, sometidas al más mínimo poder, y ni siquiera tienen la mente bastante serena para reconocer dicho poder y ganarse su aquiescencia con unas miradas o unas inclinaciones. Pero así que dan las seis, se llaman unas a otras, se quitan los pañuelos del cuello y de la cabeza, se quitan el polvo con un cepillo que recorre toda la sala y que las impacientes reclaman, se ponen las faldas por la cabeza y se lavan las manos lo mejor que pueden — al fin son mujeres; a pesar de la palidez y de los dientes estropeados, pueden sonreír, menear sus anquilosados cuerpos; ya no podemos tropezar con ellas, mirarlas y pasarlas por alto; nos pegamos a las mugrientas cajas para dejarles libre el paso, nos quitamos el sombrero cuando nos dan las buenas noches, y no sabemos cómo tomarlo cuando una nos sostiene el abrigo para que nos lo pongamos.

8 de febrero. Goethe: Mi placer al crear era ilimitado.

Me he vuelto más nervioso, más débil, y he perdido gran parte de la calma que me enorgullecía hace años. Hoy, al recibir la tarjeta de Baum en la que escribe que no puede dar la conferencia para la velada de los Judíos Orientales, y al ver que necesariamente tenía que encargarme yo del asunto, fui presa de unos estremecimientos incontenibles; como llamitas minúsculas, se dejaban sentir los latidos de las arterias en todo mi cuerpo; si me sentaba, me temblaban las rodillas bajo la mesa y tenía que apretar las manos con fuerza, manteniéndolas bien agarradas. Voy a dar una buena conferencia, esto es evidente; además, la inquietud que llegará a su punto máximo esa misma noche, me hará concentrar de forma que ni siquiera quede espacio para estar inquieto, y el discurso saldrá de mí de un modo certero, como del cañón de una escopeta. Sin embargo, es posible que después me desplome, y en cualquier caso tardaré mucho tiempo en sobreponerme. ¡Tan poco vigor físico! Incluso estas pocas líneas han sido escritas bajo el influjo de la debilidad.

Anoche, con Löwy en casa de Baum. Mi viveza. Hace poco Löwy tradujo en casa de Baum un mal cuento hebreo, *El ojo*.

13 de febrero. Empiezo a escribir la conferencia para los recitales de Löwy. La daré ya el domingo, día 18. Poco tiempo me va a quedar para prepararme, y en este caso estoy ensayando un recitativo, como en la ópera. La razón es, simplemente, que desde hace unos días me acosa una excitación ininterrumpida y, retraído a medias ante el verdadero comienzo, quiero escribir unas palabras sólo para mí, a fin de que después, cuando ya me haya puesto un poco en marcha, pueda presentarme en público. En mí alternan el frío y el calor con los cambios de palabras dentro de la frase; sueño con un ascenso y una caída melódicos, leo frases de Goethe, como si recorriera con todo el cuerpo las acentuaciones.

25 de febrero. ¡Desde hoy, no dejar el diario! ¡Escribir con regularidad! ¡No rendirse! Aunque no haya redención, voy a ser en todo momento digno de ella. He pasado la noche

con total indiferencia junto a la mesa familiar; la mano derecha en el respaldo del sillón de mi hermana, que jugaba a las cartas, y la izquierda posada débilmente sobre las rodillas. De vez en cuando, intentaba ser consciente de mi infortunio, pero lo conseguía a duras penas.

Me he pasado tanto tiempo sin escribir, porque he organizado un recital de Löwy en la sala de actos del Ayuntamiento Judía el día 18-11-1912; en él efectué una pequeña charla de presentación sobre el yiddish. He pasado dos semanas preocupado, porque no lograba sacar adelante esta charla. La noche antes de darla, lo conseguí de repente.

Preparativos para la charla: conferencias con la Sociedad Bar-Kochba, confección del programa, entradas, sala, numeración de los asientos, llave del piano (Sala Toynbee), podio más alto, pianista, vestuario, venta de entradas, gacetillas en los periódicos, censura de la policía y de la comunidad de culto.

Locales donde estuve y personas con quienes hablé o a quienes escribí: con Max, con Schmerler, que estuvo en mi casa, con Baum, que había aceptado anteriormente dar la charla, luego rehusó y yo volví a hacerle cambiar de opinión en el transcurso de una velada destinada a ello, aunque al día siguiente volvió a rehusar por medio de una tarjeta postal; con el doctor Hugo Hermann y con Leo Hermann en el Café Arco; a menudo con Robert Weltsch en su casa; para la venta de entradas, con el doctor Bl. (en vano), el doctor a el doctor Fl.; visita a la señorita T.; conferencia en el Afike Jehuda (del rabino Ehrentreu sobre Jeremías y su tiempo, y pequeña charla fallida sobre Löwy en el corro de gente que se formó después); en casa del maestro W. (después del café, después paseando, de doce a una se quedó ante la puerta de mi casa, vivo como un animal, y no me dejaba entrar). Por la sala, visita al doctor Karl B., dos veces en casa de L., en la Heuwegsplatz, unas cuantas visitas a Otto Pick, en el banco; por lo de la llave del piano, a la conferencia de la Sala Toynbee, con el señor R. y el maestro St.; luego, en casa de este último, recoger la llave y devolverla; por lo del podio, a ver al ordenanza y conserje del Ayuntamiento; por el asunto del pago, a la oficina del Ayuntamiento (dos veces); por lo de la venta a ver a la señora Fr. en la exposición «La mesa bien servida». Escribí a la señorita T., a un tal Otto Kl. (inútilmente) para el «Tagblatt», a Löwy («no voy a poder dar la conferencia, ¡sálveme!»).

Excitaciones: a causa de la conferencia, una noche revolviéndome en la cama, acalorado e insomne; odio al doctor B., miedo a Weltsch (no podrá vender nada), Afike Jehuda; en los periódicos no aparecen las gacetillas en la forma esperada; distracción en mi oficina; el podio no viene, se vende poco, el color de las entradas me pone frenético, hay que interrumpir la conferencia porque el pianista se olvidó las solfas en su casa, en Kosir; frecuente indiferencia hacia Löwy, casi repugnancia.

Beneficios: satisfacción por Löwy y confianza en él; conciencia orgullosa, ultraterrena, durante mi charla (frialidad ante el público, sólo la falta de ejercicio me impide la libertad del ademán entusiasta), voz enérgica, memoria fácil, asentimiento, pero sobre todo el poder con que, a plena voz, con precisión, con decisión, sin fallos, irresistiblemente, con los ojos claros, casi como quien no quiere la cosa, reprimí la insolencia de los tres ordenanzas del Ayuntamiento, y en lugar de las doce coronas que reclamaban, sólo les di seis coronas, y lo hice como un gran señor. Se revelan unas fuerzas a las que con gusto me confiaría, si hubiesen de permanecer. (Mis padres no asistieron.)

Otras cosas: Academia de la Asociación Herder en la Isla Sofía. Al comenzar la conferencia, Bie se pone la mano en el bolsillo del pantalón. Este rostro satisfecho, más allá de todo posible desengaño, de los hombres que trabajan en lo que les gusta. Hofmannsthal lee con un falso timbre de voz. Figura concentrada, empezando por las orejas pegadas a la cabeza. Wiesenthal. Los bonitos fragmentos de baile cuando, por ejemplo, al dejarse caer al suelo, el cuerpo muestra su gravedad natural.

Impresión de la Sala Toynbee.

Asamblea sionista. Blumenfeld. Secretario de la Organización Sionista Internacional.

En las reflexiones sobre mí mismo, ha aparecido en los últimos tiempos una nueva fuerza estabilizadora, que precisamente ahora y sólo ahora, puedo reconocer, porque en la última semana iba derecho a la disolución, a causa de la tristeza y de la esterilidad.

Sentimiento cambiante en medio de la gente joven del Café Arco.

26 de febrero. Mejor conciencia de mí mismo. Pulsaciones cardíacas más cerca de lo deseable. El rumor de la luz de gas sobre mi cabeza.

He abierto la puerta de casa para ver si el tiempo invitaba a dar un paseo. No podía negar que el cielo estaba azul, pero había grandes nubes grises que transparentaban el azul, con bordes curvados en forma valvular, que flotaban muy bajas y se las podía ver aproximarse desde las cercanas colinas boscosas. Sin embargo, la calle estaba llena de gente que había salido a pasear. Los cochecitos de niño eran guiados por las manos firmes de las madres. De vez en cuando, entre la multitud, se detenía un vehículo y esperaba hasta que la gente se dispersaba ante los caballos, que ascendían y descendían. Entretanto, el cochero miraba ante sí sosteniendo tranquilamente las riendas tensas; no perdía el menor detalle, lo examinaba todo varias veces y, en el momento preciso, dio al vehículo el último impulso. Aunque había tan poco espacio, los niños podían correr. Muchachas con vestidos ligeros, con unos sombreros de colores tan pronunciados como los sellos de correos, iban del brazo de los jóvenes, y una melodía reprimida en sus gargantas se hacía perceptible en el paso danzarín de sus piernas. Las familias se mantenían juntas, y si alguna vez se dispersaban en una larga hilera, no faltaban brazos extendidos hacia atrás, manos que hacían señas, llamadas con apelativos cariñosos, que volvían a enlazar a los perdidos. Los hombres que andaban solos intentaban encerrarse aún más en sí mismos, metiéndose las manos en los bolsillos. Era una mezquina necesidad. Primero me quedé de pie en la puerta de la calle, luego me apoyé para mirar con más calma. Los vestidos me rozaban; una vez cogí una cinta que adornaba la parte trasera de la falda de una muchacha y la fui soltando a medida que ella se alejaba; al acariciar una vez el nombro de una muchacha, sólo para halagarla, un transeúnte que venía detrás me dio un golpe en los dedos. Pero yo lo atraje tras el batiente de la puerta que quedaba cerrado; mis reproches consistieron en levantar las manos, en miradas de soslayo, en dar un paso hacia él y un paso alejándome de él; estuvo contento de que le dejara escapar con un empujón. Desde este momento, llamé naturalmente a la gente con frecuencia; bastaba una seña con el dedo o una mirada rápida, que no vacilaba nunca.

En una especie de somnolencia sin esfuerzo, he escrito esta cosa inútil, incompleta.

Hoy he escrito a Löwy. Copio aquí las cartas dirigidas a él, porque espero alcanzar algo con ellas.

Querido amigo:

27 de febrero. No tengo tiempo de escribir cartas por duplicado.

Ayer, a las diez de la noche, bajaba por la Zeltnergasse con mi paso triste. En las inmediaciones de la sombrerería Hess, un joven se detiene a tres pasos de mí, cruzándose en mi camino; esto me obliga a detenerme también; se quita entonces el sombrero y me aborda. De momento, retrocedo espantado; primero pienso que es alguien que quiere

preguntarme por la estación, pero, ¿por qué de ese modo? — Después, al ver que se aproxima con familiaridad y me mira el rostro desde abajo, porque soy más alto que él, me digo: a lo mejor quiere dinero, o algo peor. Mi confusa atención y sus confusas palabras se entremezclan. «Es usted jurista, ¿no es cierto, doctor? Por favor, ¿no podría darme un consejo? Tengo un asunto para el que me hace falta un abogado.» Por precaución, por una sospecha generalizada y por miedo a meter la pata, niego que sea jurista, pero me declaro dispuesto a darle un consejo. ¿De qué se trata? Empieza su explicación; me interesa; para aumentar la confianza, le invito a que siga hablándome mientras paseamos; quiere acompañarme, pero no, prefiero ser yo quien lo acompañe, Puesto que no voy a ningún sitio concreto.

Es un buen recitador; antes distaba mucho de ser tan bueno corno ahora, pero ahora puede ya imitar a Kainz sin que nadie note a diferencia. Se dirá que sólo le imita, pero también hay en su actuación muchas cosas propias. En realidad es de baja estatura, pero tiene mímica, memoria, buen porte, todo, todo. Cuando hizo el servicio militar allá en Milowitz, solía recitar en el campamento; un compañero cantaba, y se divertían muchísimo. Fue una buena época. Le gusta sobre todo recitar a Dehmel; por ejemplo, el poema frívolo y apasionado de la novia que se imagina la noche de bodas; cuando lo recita produce una impresión enorme, principalmente a las muchachas. Esto es lógico, desde luego. A Dehmel, lo tiene hermosamente encuadernado en piel de color rojo. (Lo describe moviendo las manos bajadas.) Pero no se trata ahora de la encuadernación. Además, le gusta mucho recitar Rideamus. No, la gente no discute, él ya procura intervenir, dice cosas que se le ocurren, se burla del público. Luego, también tiene en programa el *Prometeo*. No le teme a nadie, ni a Moissi; Moissi bebe, él no. Finalmente, le gusta mucho leer a Swet Marten; es un nuevo escritor nórdico. Muy bueno. De él hay una especie de epigramas y de breves sentencias. Son especialmente admirables los que ha escrito sobre Napoleón, pero también todos los demás, sobre otros grandes hombres. No, aún no puede recitar nada, no lo ha estudiado todavía; ni siquiera ha terminado de leerlo; sólo su tía se lo leyó hace poco y a él le gustó sobremanera.

O sea que, con este programa, quería presentarse en público y se había ofrecido a dar una sesión en el «Progreso de la Mujer». En realidad quería empezar leyendo *Historia de una propiedad rural*, de la Lagerlöf, y ya ha prestado este relato, para que lo examine, a la presidenta del «Progreso de la Mujer», la señora Durège-Wodnanski. Ella le dijo que la historia era indudablemente bonita, pero demasiado larga, si se consideraba, además, que en la velada prevista también tocaría el piano su hermano. Este hermano, de veintinueve años, un joven agradabilísimo, era un virtuoso; estuvo dos años (de esto hacía ya cuatro años) en la Escuela Superior de Música de Berlín. Pero volvió completamente echado a perder. No propiamente echado a perder, pero resultaba que su patrona se había enamorado de él. Después contó que a menudo estaba demasiado cansado para tocar el piano, porque tenía que estar todo el tiempo cabalgando a aquella estantigua de la pensión.

O sea que, al no haber la historia de la propiedad rural, habían acordado el otro programa: Dehmel, Rideamus, Prometeo y Swet Marten. Ahora bien, para demostrar de entrada a la señora Durège qué clase de persona era él, le había llevado el original de un ensayo. *La alegría de vivir*, que había escrito durante el verano de ese mismo año. Lo había escrito durante las vacaciones estivales; de día lo taquígrafiaba; de noche lo pasaba en limpio, lo pulía, hacía supresiones, aunque en realidad no le dio mucho trabajo, porque en seguida le había salido perfecto. Me lo puede prestar, si así lo deseo está escrito incluso en un lenguaje popular, adrede, pero hay en él muy buenas ideas y le ha salido «redondo», como suele decirse. (Sonrisa afilada, levantando la barbilla.) Incluso puedo hojearlo aquí mismo, a la luz del farol. (Es una exhortación a la juventud para que no esté triste, puesto que existe la naturaleza, la libertad, Goethe, Schiller, Shakespeare, las flores, los insectos, etc.)

La Durège le dijo que ahora no tenía tiempo de leerlo, pero que podía dejárselo y se lo devolvería unos días después. Pero él tenía ya sus sospechas y no quería dejarlo allí; se defendió, dijo por ejemplo: “Mire usted, señora Durège, no son más que banalidades, sin duda bien escritas, pero...” No le sirvió de nada; tuvo que dejarlo. Era un viernes.

28 de febrero. El domingo por la mañana, mientras se lava, piensa que aún no ha leído el *Tagblatt*. Lo abre, por casualidad se encuentra con la primera página del suplemento dominical. El título del primer artículo, «El niño como creador», le llama la atención; lee las primeras líneas... y se echa a llorar de alegría. Es su ensayo, palabra por palabra, su ensayo. Es la primera vez que ve impreso algo suyo; corre a ver a su madre y se lo cuenta. ¡Qué alegría! La anciana, diabética y separada de su marido, que era quien por otra parte tenía razón, está tan orgullosa. Uno de sus hijos es ya un virtuoso, ¡y ahora el otro se convierte en un escritor! Tras el primer momento de entusiasmo, éste reflexiona sobre el asunto. ¿Cómo ha llegado el ensayo al periódico? ¿Sin su consentimiento? ¿Sin el nombre del autor? ¿Sin recibir honorario alguno? Esto no es más que un abuso de confianza, una estafa. Esta señora Durège es sin duda un demonio. Y las mujeres no tienen alma, como dice Mahoma (lo repite a menudo). Es fácil imaginar cómo se ha producido el plagio. Era un hermoso artículo, ¿dónde encontrar uno igual? Y la señora D. se va al *Tagblatt*, se junta con un redactor, ambos la mar de contentos, y se ponen a hacer la adaptación. Porque evidentemente había que adaptarlo, ya que, en primer lugar, el plagio no tenía que descubrirse a primera vista, y, en segundo lugar, un artículo de treinta y dos páginas era un artículo demasiado extenso para el periódico.

Al preguntarle yo si quería mostrarme los pasajes que coincidían, porque me interesaba mucho verlos y porque sólo así podía darle un consejo sobre la conducta a seguir, él se me pone a leer su ensayo, busca luego otro fragmento, pasa hojas sin encontrarlo, y acaba diciendo que es la totalidad lo que han copiado. Así, por ejemplo, dice el periódico: El alma del niño es una página en blanco, y también en su ensayo aparece la expresión «página en blanco». O la expresión «el antedicho», que también está copiada; ¿cómo, si no, se les habría ocurrido poner «antedicho»? Pero no puede comparar pasajes concretos. Evidentemente, todo está copiado, pero justamente con disimulo, en otro orden, abreviado y con pequeñas interpolaciones. Leo en voz alta algunos fragmentos de los más llamativos en el artículo del periódico. ¿Aparece esto en el ensayo? No. ¿Y esto? No. ¿Y esto? No. Pero éstos son precisamente los trozos añadidos. En el fondo, todo, todo está copiado. Pero me temo que le será difícil probarlo. Ya conseguirá probarlo con ayuda de un buen abogado, que para eso están los abogados. (Considera esta prueba como una tarea completamente nueva, absolutamente independiente del asunto mismo, y está orgulloso de confiar en llevarla a término.)

Además, se nota que se trata de su ensayo por el simple hecho de que lo han publicado a los dos días. Por lo general, suelen transcurrir seis semanas antes de que un material aceptado pase a la imprenta. Pero en este caso tuvieron que actuar de prisa, para que él no interviniese. Les bastaron dos días.

Por otra parte, el artículo del periódico se titula «El niño como creador». Esto tiene una evidente relación con él, y es además una indirecta de tipo irónico. Con lo de «niño» se refieren a él, porque antes le consideraban un «niño», un «tonto» (realmente lo fue sólo durante el servicio militar; sirvió un año y medio), y ahora, con este título, quieren decir que él, un niño, ha conseguido hacer algo tan bueno como un ensayo, que se ha acreditado por tanto como un creador, pero que al mismo tiempo sigue siendo un tonto y un niño, porque se ha dejado estafar de este modo. El niño al que se refiere el párrafo primero de su ensayo es una prima del campo que ahora vive en casa de su madre.

Sin embargo, el plagio se demuestra de manera particularmente clara por una circunstancia en la que sólo ha caído tras una larga reflexión: «El niño como creador» se encuentra en la primera página del suplemento dominical; pero en la tercera hay un cuento de una tal «Feldstein». El nombre es evidentemente un seudónimo. No hace falta leer toda la narración, basta con echar una ojeada a las primeras líneas para ver inmediatamente que la autora ha imitado a la Lagerlöf de una manera descarada. Esto resulta aún más claro después de leer todo el cuento. ¿Qué significa esto? Significa que esta Feldstein, o como se llame, es una invención de la Durège, que ésta leyó en su casa la *Historia de una propiedad rural* (que él le prestó) y que dicha lectura le ha servido para escribir el cuento, o sea que ambas mujeres lo explotan a él, una en la primera página y la otra en la tercera página del suplemento dominical. Como es lógico, cualquiera puede, por su propia iniciativa, leer a la Lagerlöf e imitarla, pero en este caso la influencia ejercida por él es demasiado evidente. (Agita sin cesar el periódico.)

El lunes a mediodía, a la salida del banco, se dirige naturalmente a casa de la señora Durège. Esta entreabre tan sólo la puerta y dice muy angustiada: «Pero, señor Reichmann, ¿por qué viene usted al mediodía? Mi marido está durmiendo. No puedo hacerle pasar.» «Señora Durège, es imprescindible que me deje usted pasar. Se trata de un asunto importante.» Se da cuenta de que hablo en serio y me deja pasar. Seguro que el marido no estaba en casa. En una habitación vecina, veo mi manuscrito sobre una mesa y en seguida expongo mis pensamientos. «Señora Durège, ¿qué ha hecho usted con mi manuscrito? Lo ha dado al *Tagblatt* sin mi consentimiento. ¿Cuánto le han pagado?» Tiembla, no sabe nada, no tiene ni idea de cómo ha podido aparecer en el periódico. «J'accuse, señora Durège», le dije, medio en broma, pero de modo que advirtiese mi verdadero estado de ánimo, y le repito este «j'accuse, señora Durège» durante todo el tiempo que permanezco en su casa, para que se haga cargo, y lo digo aún varias veces junto a la puerta, al despedirme. Comprendo perfectamente su miedo. Si divulgo el asunto, o si la acuso, su situación sería insostenible, tendría que abandonar el «Progreso de la Mujer», etc.

De su casa me voy directamente a la dirección del *Tagblatt* y mando llamar al redactor Löw. Sale naturalmente con el rostro lívido, apenas si puede andar. Sin embargo, no quiero empezar directamente con mi asunto, y antes quiero ponerle a prueba. Así que le pregunto: «Señor Löw, ¿es usted sionista?» (Porque sé que es sionista.) «No», me dice. Yo sé que lo es, o sea que tiene que simular ante mí. Entonces le pregunto por el ensayo. De nuevo palabras vacilantes. No sabe nada, no tiene nada que ver con el suplemento dominical; si lo deseo, mandará llamar al redactor responsable. «Señor Wittmann, venga», llama, y está contento de poder escapar. Viene Wittmann, también completamente lívido. Pregunto: «¿Es usted el redactor del suplemento dominical?» El: «Sí». Entonces digo simplemente: «J'accuse», y me voy.

En el banco, llamo inmediatamente por teléfono al *Bohemia*. Quiero cederles toda la historia para que la publiquen. Pero no consigo comunicación. ¿Sabe por qué? La redacción del *Tagblatt* está cerca de la central telefónica, y desde el *Tagblatt* pueden interferir las comunicaciones a su gusto, cortarlas o ponerlas. Y oigo efectivamente unas voces indistintas, susurrantes, a través del teléfono; seguramente son las voces de los redactores del *Tagblatt*. Tienen un gran interés en que esta comunicación telefónica no se efectúe. Oigo entonces (naturalmente de un modo muy confuso) cómo algunos de ellos convencen a la señorita para que no ponga esa comunicación, mientras otros están comunicando ya con el *Bohemia* y pretenden impedirles que escuchen mi historia. "Señorita», grito en el aparato, «si no me da usted inmediatamente la comunicación, me quejaré a la dirección de la central.» Mis colegas del banco se ríen a mi alrededor al oírme hablar tan enérgicamente con la telefonista. Al fin me dan la comunicación. "Llame al redactor Kisch. Tengo una noticia de extraordinaria importancia para el *Bohemia*. Si no la

aceptan, la cedo inmediatamente a otro periódico. Tengo prisa.» Pero como Kisch no está, cuelgo sin revelar nada.

Por la noche, me voy al *Bohemia* y mando llamar al redactor Kisch. Le cuento la historia, pero no quiere publicarla. «El *Bohemia*, dice, no puede hacer una cosa así; sería un escándalo y no podemos arriesgarnos, porque no dependemos de nosotros mismos. Hable con un abogado, será lo mejor.»

«Al volver del *Bohemia* lo he encontrado a usted y por esta razón le pido consejo.»

«Le aconsejo que arregle usted este asunto amistosamente.»

«También he pensado que sería lo mejor. Al fin y al cabo es una mujer. Las mujeres no tienen alma, dice Mahoma, con razón. El perdón sería también más humano, más goethiano.»

«Seguro. Y además no debe usted renunciar a su recital, que de otro modo se perdería.»

«Pero, ¿qué debo hacer ahora?»

«Vaya a verla mañana y dígame que, por esta vez, está dispuesto a aceptar que ha habido una influencia inconsciente.»

«Está muy bien. Es así como actuaré.»

«Pero no por ello debe renunciar a su venganza. Haga imprimir simplemente el ensayo en cualquier otra parte y luego se lo manda a la señora Durège con una bonita dedicatoria.»

«Será el mejor castigo. Haré que lo imprima el *Deutsches Abendblatt*. Me lo aceptará, no hay cuidado. Me limitaré a no pedir ninguna remuneración.»

Después hablamos de su talento como actor. Opino que debería adquirir una formación. «Sí, tiene usted razón, pero, ¿dónde? ¿Sabe usted quizás algún lugar donde estudiar?» Le digo: «Es difícil. No tengo ni idea.» El: «No importa, se lo preguntaré a Kisch. Es periodista y tiene muchas relaciones. Sabrá aconsejarme perfectamente. Simplemente, le telefonearé, así le ahorro y me ahorro un desplazamiento y me entero de todo.»

«Y con la señora Durège, ¿hará usted lo que le he aconsejado?»

«Sí, aunque ya lo olvidé. ¿Qué me ha aconsejado?» Le repetí mi consejo.

«Bien, así lo haré.» Entra en el Café Corso; yo me voy a casa con la experiencia de lo muy reconfortante que resulta hablar con un necio integral. Casi ni me reí, sino que estuve sólo completamente despierto.

El melancólico «vormal» (en otros tiempos) que sólo se usa en los carteles de anuncio de las empresas.

2 de marzo. Quién me confirma la verdad o la verosimilitud de este hecho: que sólo a causa de mi vocación literaria carezco de cualquier otro interés y, por consiguiente, soy insensible.

3 de marzo. El 28 de febrero fui a ver a Moissi. Espectáculo contrario a la naturaleza. Está sentado, aparentemente tranquilo, siempre que puede, pone las manos juntas entre las rodillas; los ojos en el libro que se mantiene abierto ante él; hace que su voz venga a a nosotros con la respiración de un corredor.

Buena acústica de la sala. Ni una sola palabra se pierde o vuelve a perderse tragada por el aliento, sino que todo crece progresivamente, como si la voz, ocupada desde hace rato en otra cosa, siguiera ejerciendo aún un efecto inmediato; se intensifica después de colocarla en el primer instante, y nos envuelve. — Las posibilidades de la propia voz que uno descubre en este momento. Del mismo modo que la sala actúa en favor de la voz de Moissi, su voz actúa en favor de la nuestra. Desvergonzadas artimañas y sorpresas, que le obligan a uno a mirar al suelo y que uno mismo no haría jamás: canta algunos versos, justamente al comienzo, por ejemplo: «Duerme, Mirjam, mi niña», dejando que la voz

ande perdida en la melodía; súbita explosión de la Canción de Mayo (parece como si sólo la punta de la lengua se meta entre las palabras); separación de las palabras «November-Wind» (viento de noviembre), para empujar el «Wind» hacia abajo y emitirlo luego de un modo silbante. Si uno mira el techo de la sala, se siente elevado por los versos.

Poesías de Goethe fuera del alcance del recitador; pero esto mismo hace difícil poner objeciones a esta forma de recitar; porque cada poema se afana hacia el objetivo. — Gran efecto cuando después, al recitar fuera de programa *Canción de la lluvia*, de Shakespeare, se puso en pie, sin texto alguno, estirando y retorciendo el pañuelo en las manos, y echando chispas por los ojos. — Mejillas redondas y no obstante rostro anguloso. Cabello flojo y suelto, alisado una y otra vez con una mano floja y suelta. Las críticas entusiastas que se han leído sobre él sólo le sirven, en nuestra opinión, hasta que se le oye por primera vez; luego se enreda con ellas y no puede producir una impresión pura.

Esta forma de recitar, sentado y con el libro delante, recuerda un poco el arte de los ventrílocuos. El artista, aparentemente al margen, está sentado igual que nosotros; apenas si vemos de vez en cuando en su rostro inclinado los movimientos de los labios, y en vez de decirlos él mismo, deja que los versos se digan por encima de su cabeza. — Aunque había tantas melodías y la voz parecía guiada como un ligero bote en el agua, en realidad la melodía de los versos resultaba imperceptible. — Muchas palabras quedaban desmembradas por la voz; habían sido cogidas con tanta delicadeza, que saltaban hacia lo alto y ya no tenían nada que ver con la voz humana, hasta que finalmente la voz se veía obligada emitir alguna consonante fuerte, traía la palabra a la tierra y la concluía.

Después, paseo con Otla, la señorita Taussig, el matrimonio Baum y Pick; Puente de Elisabeth, muelle, Kleinseite, Café Radetzky, Puente de Piedra, Karlsgasse. Aún tenía la perspectiva de mi buen humor, por lo que no había mucho que objetar a mi compañía.

5 de marzo. ¡Estos médicos indignantes! Tan decididos en lo comercial y tan ignorantes en la curación de enfermedades que, si perdiesen ese aplomo de comerciantes, quedarían como colegiales junto a las camas de los enfermos. Ojalá tuviese la energía suficiente para fundar una sociedad de medicina natural. De tanto rascarle el oído a mi hermana, el doctor K. convierte una inflamación del tímpano en una inflamación del oído medio; la criada se desmaya al encender la estufa; el doctor, con la facilidad de diagnóstico que le da el hecho de hallarse frente a una criada, declara que ésta tiene el estómago mal, y por lo tanto una congestión; al día siguiente vuelve a sentirse decaída, tiene mucha fiebre; el doctor la hace volver a la derecha y a la izquierda, constata una angina y se va corriendo para que el minuto siguiente no le contradiga. Se atreve incluso a hablar de «las reacciones abominablemente fuertes de la muchacha», lo cual es cierto en el sentido de que él está acostumbrado a personas cuyo estado físico es digno de sus conocimientos médicos y provocado por los mismos; se siente más ofendido de lo que él mismo sabe por la fuerte naturaleza de esa muchacha del campo.

Ayer, en casa de Baum. Lectura de *El demonio*. En conjunto, impresión desabrida. Humor bueno y preciso mientras subía a casa de Baum; inmediato desfallecimiento una vez arriba; confusión frente al niño.

Domingo: en el «Continental», con los jugadores de cartas. *Periodistas*, con Kramer a la cabeza, un acto y medio. A Bolz se le nota mucha hilaridad forzada, que a veces, sin embargo, se vuelve un poco real, tierna. Encontré a la señorita Taussig frente al teatro, en el descanso posterior al segundo acto. Corrí al guardarropía, volví con el abrigo ondeante y la acompañé a casa.

8 de marzo. Anteayer me hicieron reproches a causa de la fábrica. Luego, una hora en el canapé reflexionando sobre tirarse-por-la-ventana.

Ayer, conferencia de Harden sobre «Teatro». Ostensiblemente improvisada de arriba abajo. Yo estaba de bastante buen humor y por ello no la encontré tan vacía como otras. Buen comienzo: «A esta hora, en la que nos hemos reunido aquí para hablar de teatro, se abre el telón en todas las salas de espectáculos de Europa y de los otros continentes, y pone al descubierto ante el público el escenario.» Con una lámpara eléctrica colocada en un pie, movable, a la altura de su pecho, se ilumina la pechera como si la tuviese en el escaparate de una camisería y, en el transcurso de la conferencia, va variando la iluminación con movimientos de la lámpara. Danza sobre las puntas de los pies, para parecer más alto y para estirar su capacidad de improvisación. Pantalones apretados, incluso en las ingles. Un frac corto, que parece clavado a un muñeco con alfileres. Rostro serio, casi fatigado, que a veces se parece al de una vieja dama y a veces al de Napoleón. Cambio de color en la frente, como si llevara peluca. Probablemente lleva corsé.

He repasado unos viejos papeles. Uno necesita de todas sus energías para soportar semejante cosa. La desdicha que hay que soportar al interrumpir un trabajo que sólo puede tener éxito cuando se hace de una sola tirada; esto es lo que siempre me ha sucedido hasta ahora, y hay que pasar por esta desdicha con tantos apuros, aunque no con la antigua intensidad, cuando uno lo relea todo.

Hoy, al bañarme, he creído sentir viejas energías, como si el largo intervalo las hubiese dejado incólumes.

10 de marzo. Domingo. Sedujo a una muchacha en un pueblecito del Isergebirge, donde pasó todo un verano para restablecer sus delicados pulmones. Incomprendiblemente, como suelen hacer a veces los enfermos de los pulmones; después de un breve intento de convencerla, derribó a la muchacha, que era la hija de su patrono y que solía pasear gustosa con él por la noche después del trabajo, sobre la hierba de la orilla del río y la poseyó mientras ella estaba sin sentido a causa del espanto. Luego tuvo que sacar agua del río en el hueco de sus manos y rociar con ella el rostro de la muchacha para volverla a la vida. «Julchen, Julchen...», le dijo innumerables veces, inclinado sobre ella. Estaba dispuesto a asumir toda la responsabilidad de su abuso y sólo hacía esfuerzos por hacerse cargo de la gravedad de su situación. No hubiera podido comprenderla sin reflexión. La muchacha sencilla que tenía acostada ante él, que volvía a respirar con regularidad y sólo mantenía aún los ojos cerrados por el miedo a la confusión, no podía crearle problemas; con la punta del pie, él, un hombre alto y fuerte, podía apartar a la muchacha. Era débil e insignificante, ¿acaso lo que le había ocurrido podía tener para ella una importancia que durase siquiera hasta la mañana siguiente? ¿No lo juzgaría así cualquiera que les comparase? El río corría tranquilo entre las praderas y campos, hacia las montañas más alejadas. Aún daba el sol en el echve de la orilla opuesta. Las últimas nubes se alejaban bajo Puro cielo del crepúsculo.

Nada, nada. Así es como urdo mis fantasmas. Hubo una partí, cipación mía, aunque débil, en el fragmento que empieza «Luego tuvo que...», especialmente en el «rociar». En la descripción del paisaje he creído ver en algún momento algo que está bien.

Tan abandonado por mí, por todo. Ruido en la habitación contigua.

11 de marzo. Ayer, insoportable. ¿Por qué no se juntan todos para cenar? Sería tan bonito.

Al día siguiente de nuestra conversación, el recitador Reichmann fue internado en el manicomio.

Hoy he quemado muchos viejos papeles, repugnantes.

12 de marzo. En el tranvía eléctrico que pasaba a toda marcha, sentado en un rincón con la mejilla pegada al cristal, el brazo izquierdo extendido sobre el respaldo, había un joven con un sobretodo abierto, abombado en torno a su cuerpo, y miraba con ojos escrutadores el banco vacío. Hoy acababa de comprometerse para el matrimonio y no pensaba en otra cosa. Se sentía bien protegido en su situación de novio formal y, con este sentimiento, a veces levantaba fugazmente la vista hacia el techo del vehículo. Cuando pasó el cobrador para darle el billete, halló fácilmente la moneda, después de un tintineo, la puso con gesto ágil en la mano del cobrador y tomó el billete con dos dedos extendidos como tijeras. No existía ninguna conexión verdadera entre él y el tranvía, y no habría sido nada raro que, sin servirse de la plataforma ni del estribo, hubiese aparecido de pronto en la calle y hubiese continuado su camino a pie, con aquella misma mirada.

Sólo persiste el sobretodo abombado; todo lo demás es imaginario.

16 de marzo. Sábado. Nuevamente animado. Nuevamente me domino como se dominan las pelotas que caen y que uno coge al vuelo. Mañana, hoy, empezaré un trabajo más importante, que habrá de responder sin violencia a mis facultades. No lo dejaré escapar mientras pueda. Es mejor el insomnio que seguir arrastrando esta vida.

Cabaret Lucerna. Unos cuantos jóvenes cantan cada uno una canción. Si uno está fresco y escucha, al oír un recital semejante le vienen más a la memoria las consecuencias que el texto permite sacar para nuestra vida que si oyera un recital de cantantes más experimentados. Porque en ningún caso la fuerza de los versos es aumentada por el cantante; los versos mantienen su independencia y nos tiranizan con el cantante, que ni siquiera lleva botas de charol, cuya mano se niega más de una vez a separarse de la rodilla (y si tiene que hacerlo, lo hace a regañadientes) y que se arroja con la mayor prontitud posible sobre un banco, para que se vean lo menos posible la gran cantidad de pequeños movimientos inhábiles que debe efectuar.

Escena de amor en primavera, como las que se ven en las tarjetas postales. La fidelidad representada de un modo que conmueve y avergüenza al público. — Fatinitza. Una cantante de Viena. Dulce sonrisa llena de significado. Recuerda a Hansi. Una cara con detalles insignificantes, casi siempre también excesivamente acusados, contenida y equilibrada por la risa. Prepotencia ineficaz sobre el público; hay que suponerse la cuando está en el proscenio y dedica su sonrisa al público indiferente. — Estúpida danza de la espada, con fuegos fatuos que vuelan, ramajes, mariposas, papeles encendidos, una calavera. — Cuatro «Rocking Girls». Una, muy bonita. No hay un programa donde conste su nombre. Estaba situada en el extremo de la derecha, desde la sala. Cómo lanzaba los brazos con afán, con qué palpable silencio se movían las piernas largas y delgadas y los tiernos y juguetones huesecitos, cómo no seguía el ritmo, pero tampoco se dejaba intimidar por nada en su afanosa actividad, qué sonrisa tan dulce tenía en contraste con las sonrisas contraídas de las otras, cómo su cara y su pelo eran casi exuberantes en comparación con la delgadez del cuerpo, cómo les gritaba «lento» a los músicos, hablando también por sus hermanas. Su maestro de baile, un joven flaco, vestido de una manera llamativa, estaba detrás de los músicos y agitaba rítmicamente una mano, sin que ni los músicos ni las bailarinas le hicieran caso y con la vista fija, además, en el público. — Warnebold, fogoso

nerviosismo de un hombre robusto. En sus movimientos, a veces una gracia cuyo poder le eleva a uno. Cómo, después de anunciar el número, corre hacia el piano a grandes pasos.

He leído *De la vida de un pintor de batallas*. He hecho una lectura en voz alta de Flaubert, a satisfacción.

Necesidad de hablar sobre bailarinas con signos de admiración. Porque así uno imita su movimiento; porque se queda en el ritmo y así el pensamiento no le estorba a uno en su goce; porque la actividad permanece siempre al final de la frase y sigue ejerciendo mejor su efecto.

17 de marzo. En estos días he leído *Alba*, de Stoessl.

Concierto de Max, el domingo. Mi atención casi sin conciencia. Desde ahora, ya no podré aburrirme con la música. Este círculo impenetrable que con la música se forma a mi alrededor, no intentaré ya penetrarlo, como hacía antes, inútilmente; también me guardaré de saltármelo, como sería perfectamente capaz de hacer sino que permaneceré tranquilo con mis pensamientos que, en la estrechez, se desarrollan y expiran sin que pueda intervenir una autoobservación perturbadora en esta lenta aglomeración. — El hermoso *Círculo mágico* (de Max), que a intervalos parece abrir el pecho de la cantante.

Goethe. Consuelo en el dolor. Todo lo dan los dioses infinitos de un modo total a sus preferidos; todas las alegrías, infinitas, todos los dolores, infinitos, de un modo total. — Mi incapacidad frente a mi madre, frente a la señorita Taussig, y luego frente a todos en el «Continental» y más tarde en la calle.

Mam'zelle Nitouche el lunes. El buen efecto de una palabra francesa dentro de una triste representación alemana. — Niñas de un pensionado, con vestidos claros, corren tras una verja, con los brazos extendidos, hacia el jardín. — Cuartel de dragones en la noche. Unos oficiales celebran una fiesta de despedida en una sala del edificio trasero del cuartel, a la que se accede subiendo unos cuantos escalones. Aparece Mam'zelle Nitouche y, por amor e imprudencia, se deja convencer para tomar parte en la fiesta. ¡Lo que les puede ocurrir a las muchachas! Por la mañana en el convento, por la tarde actuación en lugar de una cantante de opereta que se ha negado a aparecer, y por la noche en el cuartel de dragones.

Hoy me he pasado toda la tarde en el canapé con dolorido cansancio.

18 de marzo. Era sabio, si se quiere, porque me sentía dispuesta a morir en cualquier momento, pero no porque hubiese cumplido todo lo que se me había ordenado, sino porque no había hecho nada de ello, ni tampoco podía esperar hacer nunca nada.

22 de marzo. (Durante los últimos días he puesto fechas equivocadas.) Lectura de Baum en la Biblioteca. G. F., diecinueve años, se casa la semana que viene. Rostro delgado, oscuro, sin defectos. Aletas de la nariz abultadas. Siempre ha llevado sombrero y vestidos como de cazador. También este reflejo verde oscuro en la cara. Los mechones de sus cabellos, que bajan por las mejillas, parecen unirse a otros que acaban de crecer a lo largo de las mejillas, como también hay una sombra de ligero vello por toda la cara, que se inclina en la oscuridad. Puntas de los codos débilmente apoyadas en los brazos del sillón. Luego, en la Wenzelsplatz, una reverencia airosa, que termina perfectamente con menos energía; inclinación e incorporación del cuerpo flaco, vestido de un modo pobre y basto. La miré con mucha menos frecuencia de lo que quería mirarla.

24 de marzo. Sábado, ayer. *La novia de las estrellas*, de Christian von Ehrenfels. — Perdido en la contemplación; enfrentado a una intrincada y burda relación ante los tres matrimonios conocidos, que siento vinculados a mí. — El oficial enfermo de la obra. El cuerpo enfermo dentro del uniforme apretado, que le compromete la salud y la resolución.

Media hora de la mañana con un humor perfecto, en casa de Max.

En la habitación contigua, mi madre está charlando con el matrimonio L. Hablan de cucarachas y de callos. (El señor L. tiene seis callos en cada dedo.) Fácilmente se, observa que tales conversaciones no favorecen un verdadero progreso. Son comunicaciones que ambas partes olvidan en seguida y que ya en su momento se producen distraídamente, sin sensación de responsabilidad. Pero precisamente porque tales conversaciones son impensables sin tener la mente en otra parte, presentan vacíos que, si uno insiste, sólo pueden llenarse con reflexiones, o mejor, con sueños.

25 de marzo. La escoba que barre la alfombra de la habitación contigua suena como la cola de un vestido movida a sacudidas.

26 de marzo. Simplemente, no dar un valor excesivo a lo que he escrito, porque me resultaría inalcanzable lo que he de escribir.

27 de marzo. El lunes, en la calle, agarré por el cuello a un chiquillo que, junto con otros, tiraba una gran pelota contra una indefensa criada que caminaba delante de ellos; lo atrapé justo en el momento en que la pelota rebotaba en el trasero de la muchacha; le apreté el cuello con gran indignación y lo lancé a un lado entre improperios. Luego continué andando sin mirar siquiera a la muchacha. Uno olvida su existencia terrenal al llenarse de furor, y puede creer que, de presentarse la ocasión, se llenaría completa, mente de sentimientos aún más hermosos.

28 de marzo. De la conferencia de la señora Fanta, «Impresiones de Berlín»: Una vez, Grillparzer no quería ir a una tertulia, porque sabía que también estaría Hebbel, de quien era amigo. «Volverá a preguntarme mi opinión sobre Dios, y si no sé qué decirle se pondrá grosero.» —Mi comportamiento vacilante.

29 de marzo. El gusto por estar en el cuarto de baño. Progresivo reconocimiento. Las tardes que he pasado ocupado con mi cabello.

1 de abril. Por primera vez en una semana, fracaso casi absoluto al escribir. ¿Por qué? También la semana anterior pasé por diversos estados de ánimo y preservé de su influencia la actividad de escribir; pero me da miedo escribir sobre esto.

3 de abril. Así transcurre un día. — Por la mañana la oficina, por la tarde la fábrica, y ahora, por la noche, gritos en las habitaciones de la derecha y de la izquierda; luego, recoger a mi hermana, que está viendo *Hamlet* —y en ningún momento he acertado a emprender nada.

8 de abril. Sábado Santo. Absoluta incompreensión de uno mismo. Poder abarcar el volumen de las propias facultades como una pequeña bola. Aceptar la mayor decadencia como algo conocido y así, dentro de ella, seguir manteniéndose elástico.

Deseo de un sueño más profundo, que disuelva más. La necesidad metafísica no es más que necesidad de muerte.

Con qué amaneramiento he hablado hoy ante Haas, porque ensalzó las notas de viaje de Max y mías, para hacerme al menos digno de la alabanza que no corresponde a esas notas, o para que los efectos engañosos o ficticios de las notas de viaje se prolonguen en el engaño, o en la amable mentira de Haas, que intenté hacerle más llevadera.

6 de mayo. Las once. Por primera vez desde hace algún tiempo, fracaso absoluto al escribir. Sensación de un hombre puesto a prueba.

Sueño de hace poco:

Iba con mi padre por Berlín en el tranvía eléctrico. Lo propio de una gran ciudad era representado por barreras alzadas, rectas, a intervalos regulares, pintadas a dos colores y de punta pulida y roma. Por lo demás, todo estaba casi vacío, pero la aglomeración de esas barreras era grande. Llegamos ante un portal de arcadas, nos apeamos sin sentirlo, cruzamos el portal. Tras el portal se alzaba un muro muy empinado al que mi padre se encaramó casi bailando. Las piernas le volaban, tanta era la facilidad con que se movía. Seguramente había también cierta desconsideración en el hecho de que no me ayudase, puesto que yo sólo pude subir con los más arduos esfuerzos, a gatas, volviendo a resbalar hacia abajo con frecuencia, como si el muro se hubiese vuelto más empinado bajo mi cuerpo. Además, resultaba molesto que [el muro] estuviese cubierto de excrementos humanos, de suerte que me quedaron colgando como copos, sobre todo en el pecho.

Los miraba con el rostro inclinado, y les pasaba la mano por encima. Cuando finalmente llegué a lo alto, mi padre, que volvía a salir ya del interior de un edificio, voló hacia mi cuello, me besó y me abrazó. Llevaba una levita cruzada, corta, pasada de moda, acolchada por dentro como un sofá, y que yo conocía muy bien y la recordaba. «¡Este doctor Von Leyden! Es un hombre estupendo», me gritaba una y otra vez. Pero él no le había visitado como médico, sino sólo como hombre a quien valía la pena conocer. Yo sentía un poco de miedo a tener que entrar también en la casa, pero no me lo pidió. Detrás de mí, a la izquierda, en una habitación rodeada materialmente de paredes de cristal, vi sentado a un hombre que me daba la espalda. Resultó que este hombre era el secretario del profesor, que en realidad mi padre sólo había hablado con él y no con el profesor en persona, pero que de algún modo, a través del secretario, había llegado a conocer palpablemente las preeminencias del profesor de suerte que, en todos los aspectos, tenía tanto derecho a formular un juicio sobre el profesor como si hubiese hablado personalmente con él.

Teatro Lessing: *Las ratas*.

Carta a Pick, porque no le había escrito. Tarjeta postal a Max, por lo mucho que me gustó *Arnold Beer*.

9 de mayo. Anoche, con Pick en el café. Cómo, contra todas las inquietudes, me aferro a mi novela (*El desaparecido*), igual que la figura de un monumento que mira a lo lejos y se aterra al bloque de piedra.

Hoy, noche desolada en familia. El cuñado necesita dinero para la fábrica, el padre está excitado a causa de la hermana, del negocio y de su corazón; mi desgraciada segunda hermana; mi madre, más desgraciada que nadie, y yo ensuciando papel.

22 de mayo. Ayer, velada maravillosa con Max. Si me quiero a mí mismo, aún le quiero más a él. Lucerna. *Madame la Mort*, de Rachilde. *Sueño de una mañana de primavera* de

d'Annunzio. La alegre gorda del palco. La impetuosa de la nariz basta, el rostro cubierto de ceniza, los hombros que pugnaban por salirse del vestido, por otra parte nada escotado, las caderas que se movían violentamente, la sencilla blusa azul de topes blancos, el guante de luchador de esgrima, que siempre quedaba visible, porque generalmente la mano derecha se posaba del todo o únicamente con las puntas de los dedos sobre el muslo de la alegre madre, sentada al lado. Las trenzas enroscadas sobre las orejas, la cinta azul celeste, no precisamente inmaculada, en la nuca; el pelo, con el fleco delgado pero tupido, combado sobre la frente, y que se proyecta mucho más adelante. Su abrigo cálido, arrugado, ligero, que cuelga descuidadamente a causa de su flexibilidad, cuando estaba conversando junto a la caja.

23 de mayo. Ayer: un hombre se cayó del sillón detrás de nosotros, de puro aburrimiento. — Una metáfora de Rachilde: Aquellos a quienes el sol alegra y que exigen también alegría en los demás, son como borrachos que regresan de noche de una boda y obligan a los que se cruzan con ellos a beber a la salud de la novia desconocida.

Carta a Weltsch en la que le propongo el tuteo. Ayer, una buena carta al tío Alfred acerca de la fábrica. Anteayer, carta a Löwy.

Esta noche, de puro aburrimiento, me he lavado las manos tres veces seguidas en el cuarto de baño.

La niña de las dos pequeñas trenzas, la cabeza descubierta, el vestidito suelto, de color rojo con puntitos blancos, las piernas y los pies desnudos, que cruza indecisa la calzada a la altura del Teatro Nacional, con un cestito en una mano y una cajita en la otra.

El juego de espaldas al iniciarse *Madame la Mort*, de acuerdo con el principio: la espalda de un aficionado, en idénticas circunstancias, queda tan bien como la espalda de un buen actor. ¡La escrupulosidad de la gente!

En los últimos días, estupenda conferencia de David Triesch sobre la colonización de Palestina.

25 de mayo. Ritmo débil. Poca sangre.

27 de mayo. Ayer, Domingo de Pentecostés, tiempo frío, excursión nada bonita con Max y Weltsch; por la noche, en el café, Werfel me da *Visita del Elíseo*.

Una parte de la Niklasstrasse y todo el puente se vuelven conmovidos para ver a un perro que acompaña, ladrando ruidosamente, un automóvil del servicio de socorro. Hasta que finalmente el perro abandona, se vuelve y se muestra como un vulgar perro callejero, que no pretendía nada concreto con la persecución del vehículo.

1 de junio. No he escrito nada.

2 de junio. No he escrito casi nada.

Ayer, conferencia del doctor Soukup en la Repräsentationshaus sobre América. (Los checos en Nebraska, todos los funcionarios de América son elegidos, todos deben pertenecer a uno de los tres partidos —republicano, demócrata, socialista—, reunión electoral de Roosevelt, el cual amenaza con su vaso a un granjero que le hace una objeción,

oradores callejeros que llevan consigo una pequeña caja para que les sirva de podio.) Luego, Festival de Primavera, encuentro con Paul Kisch, que cuenta cosas de su tesis sobre *Hebbel y los checos*.

6 de junio. Jueves. Corpus. Cómo, de dos caballos que corren, uno mantiene aparte la cabeza y la agacha, al margen de la carrera, y agita todas las crines, luego yergue la cabeza y sólo entonces, aparentemente más satisfecho, reemprende la carrera que en realidad no había interrumpido.

Leo ahora, en las cartas de Flaubert: «Mi novela es la roca donde estoy agarrado, y nada sé de lo que sucede en el mundo.» — Es parecido a lo que anoté respecto a mí el día 9 de mayo.

Sin peso, sin huesos, sin cuerpo, he andado durante dos horas Por las calles y he reflexionado sobre lo que he conseguido superar esta tarde escribiendo.

7 de junio. Fatal. Hoy no he escrito nada. Mañana no tendré tiempo.

Lunes, 6 de julio. He empezado a trabajar un poco. Un poco soñoliento. Además, perdido entre todas estas gentes extrañas.

9 de julio. Tanto tiempo sin escribir nada. Mañana, empezar. De lo contrario volveré a caer en una insatisfacción insostenible y progresiva; en realidad ya estoy en ella. Se inician los nerviosismos. Pero si puedo hacer algo, entonces puedo hacerlo sin medidas de precaución supersticiosas.

La invención del diablo. Cuando estamos poseídos por el diablo, no puede ser uno solo, porque entonces viviríamos, al menos en la tierra, tranquilos, como con Dios, en unidad, sin contradicción, sin reflexión, siempre seguros del ser que tenemos detrás. Su rostro no nos asustaría, porque como seres demoníacos, por poca sensibilidad que tuviésemos para esta visión, seríamos lo bastante listos para sacrificar una mano con que mantener tapado su rostro. Si simplemente nos poseyera un único demonio, con una visión global, tranquila e inalterable de todo nuestro ser y con la libertad de disponer de nosotros en cualquier momento, entonces tendría asimismo fuerza suficiente para mantenernos durante toda una vida humana tan por encima del espíritu de Dios, y para lanzarnos hacia todas partes, que tampoco llegaríamos a ver un solo destello de él, o sea que tampoco por este lado seríamos inquietados. Sólo toda la caterva de demonios puede determinar nuestra infelicidad terrena. ¿Por qué no se exterminan mutuamente hasta que sólo quede uno de ellos, o por qué no se someten jerárquicamente a un gran diablo? Ambas cosas responderían al principio diabólico de engañarnos lo más completamente posible. Si sigue faltando la unidad, ¿de qué sirve la penosa atención que nos dedican todos los diablos? Es sencillamente obvio que la caída de un solo cabello de un hombre tiene más importancia para los diablos que para Dios, porque al diablo se le cae realmente el pelo, y a Dios no. Así, mientras haya en nosotros toda esa cantidad de diablos, nunca llegaremos a sentirnos cómodos.

7 de agosto. Largo tormento. Finalmente le he escrito a Max que no puedo sacar nada en limpio de los pequeños fragmentos que aún quedan; no puedo forzarme a ello y por esta razón no publicaré el libro.

Se trata del primer libro de Kafka, *Contemplación*, sobre cuya definitiva redacción, que era en gran parte una recopilación de prosas anteriores y

terminadas, yo le insistí mucho. Finalmente, a mediados de agosto, me entregó el original, que envié a la editorial Rowohlt (Kurt Wolff). El libro apareció a principios de 1913.

8 de agosto. *El embaucador* terminado, por ahora de un modo satisfactorio. Con las últimas energías de un estado de espíritu normal. Las doce. ¿Cómo voy a poder dormir?

9 de agosto. La noche agitada. — Ayer, la criada, que dijo al niño pequeño en la escalera: «¡Agárrate a mis faldas!»

Mi lectura fluida y llena de momentos inspirados de *El pobre juglar*. — En este poema, reconocimiento de lo humano que tiene Grillparzer. Hasta qué punto puede atreverse a todo y no se atreve a nada, porque ya sólo tiene en su interior lo verdadero, que se justificará como verdadero en el momento decisivo, aun cuando subsista una momentánea impresión contradictoria. La tranquila disposición sobre uno mismo. El lento caminar, que nada omite. El súbito disponerse cuando es necesario, no antes, porque todo lo ve venir de lejos.

10 de agosto. No he escrito nada. He estado en la fábrica tragando gas en la sala de motores durante dos horas. La energía del capataz y del fogonero ante el motor, que no quiere ponerse en marcha por alguna razón imposible de descubrir. Abominable fábrica.

11 de agosto. Nada, nada. ¡Cuánto tiempo me hace perder la publicación del pequeño libro y cuánta presunción ridícula, perjudicial, surge al leer estas viejas cosas con la perspectiva de publicarlas! Sólo esto me impide escribir. Y sin embargo no he conseguido realmente nada; la perturbación es la mejor prueba de ello. De todos modos ahora, tras la publicación del libro, tendré que mantenerme aún mucho más apartado de las revistas y de las críticas, si no quiero darme por satisfecho con meter únicamente las puntas de los dedos en la verdad. ¡Qué difícil de mover me he vuelto, además! Antes, con una sola palabra que se enfrentara a la tendencia del momento, volaba ya hacia el otro lado; ahora me limito a contemplarme y sigo siendo como soy.

14 de agosto. Carta a Rowohlt.

Muy distinguido señor Rowohlt:

Someto a su consideración las pequeñas prosas que deseaba ver; probablemente forman ya un pequeño volumen. Cuando las reunía con dicha finalidad, tenía que elegir a veces entre apaciguar mi sensación de responsabilidad y ese deseo de tener también un volumen mío entre los hermosos libros que usted publica. La verdad es que no siempre he tomado una decisión totalmente clara. Pero ahora, naturalmente, sería dichoso si a usted le gustaran mis cosas lo bastante como para publicarlas. Después de todo, aun poseyendo la máxima práctica y la máxima comprensión de estas cosas, no se ve a primera vista lo malo que hay en ellas. Casi siempre, la personalidad individual del escritor consiste en que cada uno oculta lo malo a su manera.

Suyo afectísimo...

15 de agosto. Día inútil. Soñoliento, desconcertado. Fiestas de Santa María en el Altstädter Ring. El hombre cuya voz parecía salir de un agujero en la tierra. He pensado mucho en (qué confusión al tener que escribir nombres) F. B. Ayer *La posada polaca* de Jean Gilbert. —Ahora, O. ha recitado poemas de Goethe. Los elige con verdadera sensibilidad. *Consuelo entre lágrimas. A Lotte. A Werther. A la luna.*

He vuelto a leer viejos fragmentos de diario, en lugar de apartar de mí tales cosas. Vivo tan irrazonablemente como puedo. Pero de todo ello tiene la culpa la publicación de las treinta y una páginas. Y aún es más culpable, en cualquier caso, mi debilidad, al permitir que tales cosas influyan en mí. En lugar de sacudírmelas, estoy sentado y medito cómo podría expresar todo esto del modo más ofensivo posible. Pero mi tremenda calma me quita la inventiva. Tengo curiosidad por ver cómo encontraré una salida a esta situación. No me dejaré atropellar, aunque tampoco tengo idea del verdadero camino. ¿Cómo acabará esto? ¿Quedaré definitivamente embarrancado como una gran masa en mi angosto camino? —Entonces, al menos, podría girar la cabeza. — Y esto es lo que hago, en efecto.

16 de agosto. Nada, ni en la oficina ni en casa. He escrito unas páginas del diario de Weimar.

Por la noche, el rezongar de mi pobre madre porque no como.

20 de agosto. Los dos niños, ambos con batas azules; la del uno, de un azul más claro; la del otro, el más pequeño, de un tono más oscuro; cruzan, frente a mi ventana, por los terrenos destinados a construir la universidad, en parte invadidos por hierbajos; cada uno de ellos lleva un haz de heno seco que apenas si puede abarcar con los brazos. Con él ascienden trabajosamente una cuesta. Encanto de todo el conjunto para la vista.

Esta mañana, a primera hora, la carretera vacía y el grande y flaco que tira de ella. Ambos, al hacer el último esfuerzo para llegar a lo alto de una pendiente, parecen alargarse de un modo desacostumbrado. Posición oblicua al espectador. El caballo, con las patas delanteras un poco levantadas, el cuello estirado hacia un lado y hacia adelante. Y encima, el látigo del carretero.

Si Rowohlt lo devolviera y yo pudiera volver a guardarlo todo bajo llave y dado por no hecho, de suerte que me sintiera simplemente tan desgraciado como antes.

La señorita F. B. El 13 de agosto, cuando llegué a casa de Brod, estaba sentada a la mesa con ellos y sin embargo la tomé por una criada. Tampoco sentí curiosidad alguna por saber quién era, pero en seguida me sentí cómodo con ella. Rostro huesudo, vacío, que llevaba su vacío al descubierto. Cuello despejado. Blusa que le caía de cualquier manera. Parecía vestida muy de estar por casa, aunque, como después se demostró, no era así. (La distancio un poco por haberme aproximado demasiado a su persona. Por lo demás, en qué estado me encuentro, distanciado de todo lo bueno en la comunidad, y además, aún sigo sin creerlo. Si hoy, en casa de Max, no me dispersan demasiado las noticias literarias, intentaré escribir la historia de Blenkelt. No tiene que ser larga, pero tiene que salirme bien.) Nariz casi quebrada. Rubia, cabello algo tieso y sin encanto, barbilla robusta. Al sentarme, la miré por primera vez más detenidamente; en el momento de quedar sentado, ya tenía un juicio inquebrantable. Cómo se... [se interrumpe]

21 de agosto. He leído a Lenz incesantemente, y él —así estoy yo— me ha hecho entrar en razón.

La imagen de la insatisfacción representada por una calle en la que todo el mundo levanta los pies del lugar en que se encuentra, para escapar corriendo.

30 de agosto. Todo el tiempo sin hacer nada. Visita del tío de España. El sábado pasado, Werfel recitó en el Arco las *Canciones de amor y el Sacrificio*. ¡Un monstruo! Pero le miré a los ojos y sostuve su mirada toda la noche.

Será difícil removerme, y sin embargo estoy inquieto. Esta mañana, cuando aún estaba en la cama y alguien hacía girar rápidamente la llave en la cerradura, durante unos instantes tuve cerraduras por todo el cuerpo, como en un baile de disfraces, y en breves intervalos, se abría o se cerraba una cerradura aquí, otra allá.

Encuesta de la revista *Miroir* sobre el amor en la actualidad y sobre las transformaciones del amor desde los tiempos de nuestros abuelos. Una actriz contestó: Nunca se ha amado tan bien como hoy en día.

¡Qué abyecto y qué ennoblecido me sentí después de escuchar a Werfel! Cómo me comporté después, entre salvaje y sin defectos, en la reunión de L.

Este mes, que hubiese podido ser bien aprovechado por ausencia del jefe, he andado haciendo el vago y durmiendo sin demasiada justificación (envío del libro a Rowohlt, abscesos, visita del tío). Esta misma tarde me he pasado tres horas en la cama con soñadoras disculpas.

4 de setiembre. El tío de España. El corte de su levita. El efecto de su proximidad. La pormenorización de su personalidad. — Su andar flotante por la antesala cuando va al retrete. Entonces no da respuesta a nadie que se dirija a él. — Día tras día se vuelve más tierno, si uno no juzga un cambio gradual, sino unos momentos que destacan.

5 de setiembre. Le pregunto: ¿Cómo encajar el hecho de que no estés contento, como decías hace poco, con el de que te adaptes tan bien a todo, como se ve a cada paso? (demostrando con esta fácil adaptación una falta de finura siempre característica, pensé). El contestó, tal como lo recuerdo ahora: «En cuestiones de detalle, me siento insatisfecho, pero esto no atañe al conjunto. A menudo ceno en una pequeña pensión francesa, muy elegante y cara. Una habitación de matrimonio, con pensión completa, cuesta, por ejemplo, cincuenta francos. Allí me siento, por ejemplo, entre un secretario de la Embajada francesa y un general español de artillería. Frente a mí, tengo a un alto funcionario del Ministerio de Marina y a algún que otro conde. A todos los conozco muy bien; ocupo mi sitio enviando saludos en todas direcciones, pero por otra parte no digo ni una sola palabra, porque estoy de mal humor, hasta que llega el momento de los saludos con los que vuelvo a despedirme. Entonces me encuentro solo en la calle y realmente no llego a comprender de qué puede haber servido la velada. Me voy a casa y me arrepiento de no haberme casado. Naturalmente, este estado vuelve a esfumarse, sea porque lo pienso todo hasta el final, sea porque los pensamientos se extravían. Pero hay ocasiones en que la situación se repite.»

8 de setiembre. Domingo, mediodía. Ayer, carta al doctor Schiller.

Tarde. Cómo mi madre, a voz en grito, en la habitación contigua, juega con los niños en medio de un grupo de mujeres, y me obliga a salir de casa. ¡No llores! ¡No llores!, etc. ¡Esto es suyo! ¡Esto es suyo!, etc. ¡Dos hombrecitos!, etc. ¡No lo quiere...! ¡Pero, pero...! ¿Te ha gustado Viena, Dolphi? ¿Era bonito...? ¡Por favor, mire usted qué manos!

11 de setiembre. El día antes de anteayer, por la noche, con Utitz.

Un sueño: Me hallaba en un malecón construido de sillares, que se adentraba mucho en el mar. Había gente conmigo, pero la conciencia que yo tenía de mí mismo era tan intensa que de ellos sólo sabía que les dirigía la palabra. No quedan en mi memoria más que las rodillas levantadas de alguien que estaba sentado junto a mí. Al principio, no sabía exactamente dónde me hallaba; sólo cuando me levanté una vez por casualidad, vi a mi izquierda y a mi derecha, detrás de mí, el ancho mar, claramente contorneado, con muchos barcos de guerra formando diversas hileras y sólidamente anclados. A la derecha se veía Nueva York; estábamos en el puerto de Nueva York. El cielo era gris, pero de una claridad uniforme. Yo giraba sobre mí mismo, expuesto libremente a todos los vientos, para verlo todo. En dirección a Nueva York, la mirada descendía un poco; hacia el mar, se remontaba. Advertí además que el agua, a nuestro lado, se agitaba formando olas elevadas, y se desarrollaba en ella un trasiego enorme de buques extranjeros. Recuerdo tan sólo que, en lugar de nuestras balsas, había unos troncos atados formando un gigantesco haz redondo, que asomaba más o menos, según la altura de las olas, durante la navegación, dejando visibles los extremos cortados de los troncos; también giraba horizontalmente en el agua. Me senté, encogí los pies contra mi cuerpo, me estremecí de placer, me hundí literalmente en el suelo con gusto, y dije: Esto es aún más interesante que la circulación en los bulevares de París.

12 de setiembre. Por la noche, el doctor L. en nuestra casa. Otro que se va a Palestina. Efectúa el examen de abogacía un año antes de que acaben sus prácticas de pasante, y se va a Palestina con mil doscientas coronas (dentro de dos semanas). Buscará un empleo en la Administración de Palestina. Todos los que se van a Palestina (el doctor B., el doctor K.) tienen los ojos bajos, se sienten deslumbrados ante sus interlocutores, pasean las puntas de los dedos estirados por la mesa, pierden el dominio de la voz, sonrín débilmente y mantienen esta sonrisa con un poco de ironía. — El doctor K. contó que sus alumnos eran chauvinistas, que continuamente estaban hablando de los macabeos y querían emularlos.

Me doy cuenta de que he escrito tan bien y tan a gusto al doctor Schiller únicamente porque la señorita B. estuvo en Breslau, aunque de esto hace ya dos semanas, y aún queda en el aire un residuo de todo ello, puesto que, con anterioridad, pensé mucho en enviar flores por mediación del doctor Schiller.

15 de setiembre. Compromiso matrimonial de mi hermana Valli.

Desde el fondo
del cansancio,
subimos con
nuevas fuerzas,
como oscuros
caballeros
esperando
que los niños
se extenúen.

Amor entre hermano y hermana —la repetición del amor entre madre y padre.

El presentimiento del único biógrafo.

El hueco que la obra genial ha dejado al quemar lo que nos rodea es un buen lugar para encender la pequeña luz propia. De ahí la incitación que parte de lo genial, la general incitación que no sólo nos induce a imitar.

18 de setiembre. Las historias que ayer contó H. en la oficina. El picapedrero que le pidió insistentemente una rana en la carretera; cogió al animal por las patas y, en tres bocados, engulló primero la cabecita, luego el tronco y finalmente las patas. — La mejor manera de matar gatos que tienen una vida tenaz: se les aplasta la cabeza en una puerta y se les tira de la cola. — Su repugnancia por los insectos. Una noche, durante el servicio militar, algo le picó bajo la nariz; lo agarró sin despertar y aplastó algo. Ese algo era una chinche, y anduvo arrastrando el mal olor durante días.

Cuatro personas comían un asado de gato muy bien aderezado, pero sólo tres sabían lo que comían. Después de la comida, esos tres se pusieron a maullar, pero el cuarto no quería creerlo; sólo lo creyó cuando le mostraron la piel ensangrentada. Le faltó tiempo para salir corriendo a vomitarlo todo y estuvo dos semanas gravemente enfermo.

El picapedrero no comía más que pan, y las frutas o seres vivos que pudiese encontrar por casualidad, y no bebía más que aguardiente. Dormía en el depósito de ladrillos de un ladrillar. Una vez, H. lo encontró al ponerse el sol andando por los campos. «Párate», dijo el hombre, «o si no...». H. se paró en son de broma. «Dame un cigarrillo», siguió diciendo el hombre. H. se lo dio. «¡Dame otro!» «Ah, ¿quieres otro?», preguntó H.; blandió su bastón de nudos en la mano izquierda por lo que pudiese pasar, y con la derecha le dio al hombre un puñetazo que le hizo caer el cigarrillo. El hombre echó a correr inmediatamente, cobarde y débil, como suelen serlo los bebedores de aguardiente.

Ayer, en casa de B. con el doctor L. — Canción de Reb Dovidl; Reb Dovidl, el wassilenko, parte hoy hacia Talne. En una ciudad entre Wassilko y Talne, cantó con indiferencia; en Wassilko, llorando; en Talne, con alegría.

19 de setiembre. El contable P. explica el viaje que, siendo un chiquillo de trece años, emprendió en compañía de un camarada de la escuela, con setenta kreutzern en el bolsillo. Cómo llegaron a una posada donde se estaba efectuando una tremenda bacanal en honor del alcalde, que había regresado del ejército. Había en el suelo más de cincuenta botellas de cerveza vacías. Todo estaba lleno del humo de las pipas. Los restos apestosos de la fermentación. Los dos chiquillos junto a la pared. El alcalde borracho, que, recordando su vida militar, quiere poner orden en todas partes, se dirige a ellos dos y les amenaza con mandarlos a casa bajo custodia como prófugos, puesto que insiste en considerarlos como tales a pesar de todas las explicaciones. Los muchachos tiemblan, muestran unos carnets de identidad del Instituto, declinan «mensa», les observa un maestro de escuela borracho, sin prestarles ayuda. Como no se decide claramente cuál será su destino, les obligan a beber; están muy contentos de que les den gratis tanta cerveza de buena calidad, que jamás hubiesen podido pagarse con sus escasos medios. Beben hasta que no pueden más y, ya muy entrada la noche, cuando se han ido los últimos parroquianos, se tienden a dormir en aquella sala sin ventilación, sobre un poco de paja esparcida, y duermen como señores. Sólo que, a las cuatro, aparece con la escoba una gigantesca criada, declara que no tiene tiempo que perder y que les hubiese barrido a la calle, invadida por la niebla matinal, de no haber escapado ellos voluntariamente. Cuando la estancia estuvo un poco arreglada, les pusieron sobre la mesa dos grandes tazones de café, llenos a rebosar. Pero al revolver el café con la cuchara, aparecía de vez en cuando en la superficie una cosa grande, negra, redonda. Pensaron que más tarde ya aclararían lo que era aquello y bebieron con apetito, hasta que, al ver aquella cosa oscura en el tazón medio vacío, sintieron temor y le

preguntaron a la criada. Resultó que la cosa negra era sangre vieja de ganso, coagulada, que había quedado en los tazones del festín del día anterior, y sobre la cual, con la somnolencia matutina, habían vertido el café. Los chiquillos salieron corriendo a la calle y lo vomitaron todo hasta la última gota. Más tarde fueron llamados por el párroco, el cual, tras un breve examen de religión, comprobó que eran dos buenos chicos; mandó a la cocinera que les sirviese una sopa y los despidió luego, dándoles su bendición sacerdotal como pupilos de un Instituto dirigido por religiosos, consiguieron que les dieran esa misma sopa y esa bendición en casi todas las parroquias por donde pasaron.

20 de setiembre. Ayer, carta a Löwy y a la señora Taussig; hoy a la señorita B. y a Max.

Sigue el texto completo de la narración *La condena*.

23 de setiembre. Esta narración, *La condena*, la he escrito de un tirón, durante la noche del 22 al 23, entre las diez de la noche y las seis de la mañana. Apenas si podía sacar las piernas de debajo de la mesa, entumecidas por haber permanecido sentado tanto tiempo. La tensión y la alegría terribles con que la historia se iba desplegando ante mí, y cómo me iba abriendo paso entre las aguas. Varias veces, durante esta noche, todo mi peso se concentró en la espalda. Cómo todas las cosas pueden decirse, cómo para todas, para las más extrañas ocurrencias, hay preparado un gran fuego en el que se consumen y renacen. Cómo la ventana se volvió azul. Pasó un carruaje. Dos hombres cruzaron el puente. A las dos, miré el reloj por última vez. Cuando la criada recorrió por primera vez la antesala, yo escribía la última frase. Acción de apagar la lámpara y luz diurna. Leves dolores cardíacos. El cansancio que desaparece a la mitad de la noche. La entrada temblorosa de las hermanas en el aposento. Lectura en voz alta. Previamente, el acto de estirar los miembros ante la criada y decir: «He estado escribiendo hasta ahora.» El aspecto de la cama intacta, como si acabaran de introducirla. La confirmada convicción de que, con mi novela, me encuentro en las vergonzosas depresiones que tiene el arte de escribir. Sólo así se puede escribir, sólo con esa cohesión, con esa apertura total de cuerpo y alma. Mañana pasada en la cama. Los ojos siempre claros. Mientras escribía, acarreo de muchos sentimientos, por ejemplo, la alegría de que voy a tener algo hermoso para la *Arcadia* de Max; naturalmente, recordé a Freud en un pasaje; en otro, *Arnold Beer*; en otro, a Wassermann; en otro, *La giganta*, de Werfel; también, por supuesto, mi narración *El mundo urbano*.

Gustav Blenkelt fue un hombre sencillo, de hábitos regulares. No le gustaban los lujos innecesarios y tenía formado un juicio seguro sobre las gentes aficionadas a tales lujos. Aunque era soltero, se sentía con pleno derecho a pronunciar una palabra decisiva en los asuntos matrimoniales de sus conocidos, y si alguno se hubiese simplemente atrevido a poner en duda este derecho, habría sido muy mal visto por él. Solía exponer sus opiniones rotundamente y sin rodeos, y no retenía en modo alguno a los oyentes a quienes su opinión no sentaba bien. Había, como en todas partes, gente que le admiraba, gente que le aprobaba, gente que le toleraba y, finalmente los que no querían saber nada de él. Cualquiera persona, aun la más insignificante, constituye, si uno lo mira objetivamente, el centro de un círculo que se forma aquí y allá. ¿Cómo podía suceder de otro modo en el caso de Gustav Blenkelt, que era en el fondo un hombre especialmente sociable?

Al cumplir los treinta y cinco, el último año de su vida, frecuentaba con asiduidad un joven matrimonio llamado Strong. Era indudable que para el señor Strong, que había abierto una tienda de muebles con el dinero de su mujer, el trato con Blenkelt ofrecía diversas ventajas, puesto que la mayor parte de los conocidos de éste eran gente joven, casadera, que más pronto o más tarde tendrían que pensar en instalar un nuevo mobiliario,

y que, por simple costumbre, tampoco en este aspecto desatendían por lo general los consejos de Blenkelt. «Los sujeto con las riendas firmes», solía decir Blenkelt.

25 de setiembre. Me he mantenido apartado por la violencia de la actividad de escribir. Me he revuelto en la cama. La presión de la sangre en la cabeza y el inútil ir tirando. ¡Qué perjudiciales efectos! Ayer, en casa de Baum, leí ante la familia Baum, mis hermanas, la señora del doctor Bloch con dos hijos suyos (uno de ellos voluntario del ejército). Hacia el final, me pasaba la mano, realmente y sin posibilidad de dominarla, por delante de la cara. Tenía lágrimas en los ojos. Lo indudable de la narración se confirmó. — Esta noche me he arrancado violentamente el deseo de escribir. Cinematógrafo en el Teatro Nacional. Palco. La señorita O., a quien una vez persiguió un clérigo. Llegó a su casa completamente empapada de sudor, a causa del miedo que había pasado. Danzig. Vida de Körner. Los caballos. El caballo blanco. El humo de la pólvora. La salvaje cacería de Lützow.

Sigue la copia en limpio de la narración «El fogonero», sin título. Véase *América*, capítulo primero.

1913

11 de febrero. Con motivo de la corrección de pruebas de *La condena*, anoto todas las relaciones que se han aclarado para mí en la narración, tal como las establezco en este momento. Esto es necesario, porque la narración salió de mí como en un verdadero parto, cubierta de suciedad y de mucosidades, y sólo yo tengo la mano capaz de llegar al cuerpo y deseosa de hacerlo.

El amigo es el nexo entre padre e hijo; es su máxima comunidad. Únicamente sentado junto a su ventana, Georg penetra en este elemento común, y lo hace con voluptuosidad, cree tener al padre en su interior y considera que todo es idílico excepto cierta fugaz y melancólica tendencia a la meditación. El desarrollo de la historia muestra luego cómo, a partir del nexo de unión del amigo, el padre se destaca y se alza como antagonista de Georg, fortalecido por otros vínculos comunes menores, a saber, por el amor, el apego a la madre, por el triste recuerdo de la misma y por la clientela que el padre se ganó originariamente para el negocio. Georg no tiene nada; la novia, que en la narración sólo vive a través de la relación con el amigo, o sea con el nexo común, y que, puesto que aún no ha habido nupcias, no puede entrar en el círculo de consanguinidad que encierra a padre e hijo, es expulsada fácilmente por el padre. Lo común se acumula íntegramente en torno al padre; Georg lo siente sólo como algo ajeno, que se ha vuelto autónomo, que él nunca ha protegido lo suficiente, expuesto a revoluciones rusas; sólo porque él mismo no posee ya otra cosa que la visión de su padre, le produce un efecto tan grande la condena que le priva de todo acceso al padre.

Georg tiene el mismo número de letras que Franz. En Bendemann, el «mann» es sólo un refuerzo del «Bende», aplicado pensando en todas las posibilidades, aún desconocidas, de la narración. A su vez, la palabra «Bende» tiene el mismo número de letras que Kafka, y la vocal «e» se repite en los mismos lugares que la vocal «a» en Kafka.

Frieda tiene asimismo tantas letras como F. y la misma inicial. Brandenfeld tiene la misma inicial que B. y el sufijo «feld» establece también cierta relación en el significado. Puede que incluso el recuerdo de Berlín haya ejercido cierta influencia, y también habrá actuado tal vez el recuerdo de la Marca de Brandenburgo.

12 de febrero. Al describir el amigo en el extranjero, pensé mucho en Steuer. Pero luego, cuando me encontré con él casualmente, unos tres meses después de esta narración, me contó que se había prometido hacía tres meses.

Ayer, después que hube leído la narración en casa de Weltsch el viejo Weltsch salió, y al regresar unos instantes después, ensalzó de manera especial lo gráfico de la descripción en el relato. Con la mano extendida, dijo: «Veo a este padre ante mí», y al mismo tiempo miraba exclusivamente el sillón vacío donde estuvo sentado durante la lectura.

Mi hermana dijo: «Es nuestra casa.» Me asombró que hubiese comprendido mal la localización, y dije: «Entonces el padre tendría que vivir en el retrete.»

28 de febrero. Ernst Liman llegó a Constantinopla, en viaje de negocios, una lluviosa mañana de un día de otoño, y según su costumbre —era ya la décima vez que efectuaba aquel viaje— se dirigió sin preocuparse de ninguna otra cosa hacia el hotel donde siempre solía alojarse con plena satisfacción, a través de las calles, por otra parte desiertas. Hacía más bien fresco, la llovizna penetraba por las ventanillas del coche y, molesto por el mal tiempo, que ese año le perseguía durante todo su viaje, levantó hasta arriba el cristal de la ventanilla y se reclinó en un rincón para pasar durmiendo el cuarto de hora aproximado de viaje que le esperaba. Pero como circulaba precisamente por el barrio comercial, no pudo

descansar, y los gritos de los vendedores callejeros, el rodar de los carromatos y otros ruidos que carecían de sentido sin un examen más detenido —por ejemplo, las palmadas de una multitud— perturbaron su sueño, generalmente profundo.

En su punto de destino le esperaba una desagradable sorpresa. En el último gran incendio de Estambul, del que Liman había leído algo durante el viaje, el Hotel Kingston, donde solía residir, quedó casi completamente destruido por las llamas; sin embargo el cochero, que naturalmente estaba enterado de ello, con absoluta indiferencia hacia su pasajero, había cumplido el encargo de éste y lo había conducido sin decir palabra ante los restos carbonizados del hotel. Luego se bajó del pescante tranquilamente e incluso habría descargado las maletas de Liman si éste no le hubiese agarrado de los hombros y lo hubiese sacudido, después de lo cual el cochero soltó las maletas, pero de un modo tan calmoso y soñoliento como si no le hubiese inducido a ello Liman, sino su propio cambio de decisión.

La planta baja del hotel se conservaba en parte y se había hecho medianamente habitable, porque habían puesto tablas en la parte superior y a los lados. Un cartel en turco y en francés anunciaba que, en breve tiempo, el hotel sería reconstruido más hermoso y más moderno que antes. Pero el único indicio de ello era el trabajo de tres jornaleros que, con palas y picos, amontonaban cascotes a un lado y cargaban con ellos una pequeña carretilla.

Resultó, al parecer, que en aquellos escombros vivía parte del personal, que se había quedado sin trabajo a causa del incendio. además, en el preciso momento en que se detuvo el coche de Liman, un señor de negra levita y corbata de un rojo subido apareció inmediatamente, corriendo, contó la historia del incendio a Liman, que le escuchaba malhumorado, al propio tiempo que enroscaba en torno a sus dedos los extremos de su barba larga y exigua; sólo abandonó esta actividad para indicar a Liman dónde se había declarado el incendio, cómo se había propagado y cómo al final se había desplomado todo. Liman, que durante toda esta historia apenas había levantado los ojos del suelo y que no había soltado la manilla de la puerta del coche, iba a gritarle precisamente al cochero el nombre de otro hotel al que éste debía conducirlo, cuando el hombre de la levita le pidió con los brazos en alto que no fuese a ningún otro hotel y que permaneciera fiel a éste, del que siempre había quedado contento. Aunque aquello no era sin duda más que una forma de hablar y nadie podía acordarse de Liman, como tampoco Liman reconoció apenas a uno solo de los empleados masculinos y femeninos que veía en la puerta y en las ventanas, no dejó sin embargo de preguntar —como hombre apegado a sus costumbres— de qué manera podía mantener en aquel momento su fidelidad al hotel incendiado. Entonces le dijeron —y esta ocurrencia no pudo menos que hacerle sonreír— que para los antiguos clientes del hotel, pero sólo para ellos, disponían de hermosas habitaciones en casas particulares, que a Liman le bastaba con dar la orden e inmediatamente le conducirían a una de ellas; estaba muy cerca, no supondría para él una pérdida de tiempo y el precio, por deferencia y porque al fin y al cabo se trataba de una sustitución, era especialmente módico, a pesar de que la comida, hecha con recetas vienesas, era aún mejor, si cabía, y el servicio más esmerado que en el antiguo Hotel Kingston, sin duda insuficiente en más de un aspecto.

«Gracias», dijo Liman, y subió al coche. «Sólo estaré cinco días en Constantinopla y por tan poco tiempo no voy a instalarme en una casa particular, no, me voy a un hotel. Sin embargo, el año que viene, cuando regrese y ustedes hayan reconstruido su hotel, pueden tener la seguridad de que pararé en él. ¡Permítame!» Y Liman quería cerrar la portezuela del coche, cuya manilla tenía agarrada ahora el empleado del hotel. «¡Caballero!», decía éste en tono de súplica, y levantó los ojos hacia Liman.

«¡Suelto!», gritó Liman, dio una sacudida a la portezuela y ordenó al cochero: «Al Hotel Royal.» Pero, bien porque el cochero no le entendió, bien porque esperase a que cerraran la

puerta, el caso es que permanecía en su pescante como una estatua. Y el representante del hotel no soltaba la puerta, e incluso hizo señas con vehemencia a un colega para que se pusiese en movimiento y acudiese en su ayuda. Especialmente esperaba mucho de una de las muchachas y no cesaba de gritar: «¡Fini! ¡A ver, Fini! Pero, ¿dónde está Fini?» La gente de las ventanas y de la puerta se había vuelto hacia el interior de la casa, se lanzaban gritos mutuamente, se les veía cruzar corriendo tras las ventanas. Todos buscaban a Fini.

Sin duda Liman habría podido apartar de la puerta con un empujón al hombre que le impedía marcharse y a quien sólo el hambre daba evidentemente fuerzas para una conducta semejante —y aquel hombre también se daba cuenta y por ello no se atrevía a mirar a Liman—; pero Liman, en sus viajes, había tenido ya demasiadas experiencias desagradables para no saber lo importante que es evitar todo escándalo en el extranjero, por mucha razón que uno tenga; de ahí que volviese a apearse tranquilamente del coche; sin hacer momentáneamente el menor caso del hombre que seguía aferrado a la puerta con las manos crispadas, se dirigió al cochero, le dio la orden expresa de alejarse de allí a toda prisa, se acercó al hombre de la portezuela, le asió la mano de un modo en apariencia normal, pero, subrepticamente, le apretó la muñeca con tanta fuerza, que el hombre casi saltó y separó los dedos de la manilla gritando: «Fini». Su grito era a la vez una orden y una explosión de dolor.

«¡Ya viene! ¡Ya viene!», gritaron desde todas las ventanas, y una muchacha sonriente, con las manos retocando aún el peinado recién hecho, salía corriendo de la casa con la cabeza algo inclinada y se dirigía al coche. «¡Rápido! ¡Al coche! ¡Está diluviando!», gritó tomando a Liman de los hombros y juntando mucho su cara a la de él. «Soy Fini», dijo luego en voz baja, e hizo descender las manos por sus hombros, acariciándolos.

«Es evidente que no tienen conmigo malas intenciones», se dijo Liman, y miró sonriente a la muchacha, «lástima que ya no soy un jovencito y no puedo meterme en dudosas aventuras.» «Debe de ser un error, señorita», dijo volviendo al coche, «ni la he mandado llamar ni tengo la intención de irme con usted.» Y p desde el coche, añadió: «No siga molestándose.»

Pero Fini tenía ya un pie en el estribo y, con los brazos cruzados sobre el pecho, dijo: «¿Por qué no permite que yo le recomiende una casa?» Cansado de las molestias que ya había tenido que aguantar allí, Liman, asomándose e inclinado hacia Fini, dijo: «¡Por favor, no me entretenga más con preguntas inútiles! Me voy al hotel, y basta. Quite el pie del estribo, de lo contrario corre usted peligro. ¡Adelante, cochero!» Pero la muchacha gritó: «¡Alto!» e intentó resueltamente introducirse en el coche. Meneando la cabeza, Liman se levantó y obstruyó toda la puerta con su figura corpulenta. La muchacha intentó empujarle y para ello se sirvió incluso de la cabeza y de las rodillas; el vehículo empezó a tambalearse sobre sus pobres ballestas, Liman no tenía donde agarrarse. «¿Por qué no quiere llevarme con usted?», repetía incesantemente la muchacha.

Liman habría conseguido indudablemente rechazar a la joven, aunque ésta era fuerte, sin necesidad de recurrir a una violencia excesiva, si el hombre de la levita, que hasta entonces se había mantenido quieto (como si Fini le hubiese relevado) no hubiese acudido de un salto al ver vacilar a Fini y no hubiese agarrado a ésta por detrás intentando izarla en el coche con todas sus fuerzas, frente a la defensa, siempre cuidadosa, de Liman. Adivinando esta contención, la joven se lanzó efectivamente al interior del vehículo, cerró la portezuela, que además era empujada desde fuera, dijo como para ella misma: «bueno, ya está»; primero se arregló someramente la blusa y luego, más a fondo, el peinado. «Esto es inaudito», dijo Liman, que había caído hacia atrás en su asiento, a la muchacha sentada frente a él.

2 de mayo. Se ha hecho muy necesario llevar un diario nuevamente. Mi cabeza insegura, F., el derrumbamiento en la oficina, la imposibilidad física de escribir y la íntima necesidad de hacerlo.

Valli abandona nuestra casa para seguir a mi cuñado, que mañana parte hacia Tschortkov para unos ejercicios militares. En esta acción de seguirle, es curioso el reconocimiento del matrimonio como institución a la que una persona se ha adaptado hasta el fondo.

La historia de la hija del jardinero, que anteayer me interrumpió en mi trabajo. Yo, que quiero curarme la neurastenia trabajando, tengo que oír que el hermano de la señorita, que se llamaba Jan y era el verdadero jardinero y presunto sucesor del viejo Dvorsky, e incluso era ya el propietario del jardín, se ha envenenado por causa de la melancolía hace dos meses, a la edad de veintiocho años. En verano se encontraba relativamente bien, a pesar de su naturaleza retraída, ya que al menos tenía que tratar con los clientes; Pero en invierno se encerró totalmente en sí mismo. Su amada era una empleada —*urednice*— no menos melancólica que él. Con frecuencia iban juntos al cementerio.

El gigantesco Menasse durante la representación en yiddish. Algo mágico, que me conmovió, en sus movimientos, en consonancia con la música. Lo he olvidado.

Mi risa estúpida al decirle hoy a mi madre que iría a Berlín para Pentecostés. «¿Por qué te ríes?», dijo mi madre (entre algunas observaciones, como por ejemplo «que se ande con ojo el que quiere atarse para siempre», a las que yo me opuse con observaciones como «no hay nada», etcétera). «Porque estoy confuso», dije, y me sentí contento de haber dicho por primera vez algo verdadero en este asunto.

A B. la encontré ayer. Su calma, su satisfacción, su naturalidad y su claridad, aunque en los últimos años se ha consumado el proceso que ha hecho de ella una mujer vieja; esa opulencia que ya entonces le resultaba molesta y que pronto habrá alcanzado el límite de una obesidad estéril; una especie de movimiento danzarín y de arrastrar el cuerpo con avances, o más bien con una constante exposición del vientre, que se manifiesta al andar; en la barbilla —a primera vista sólo en la barbilla— han crecido unos pelos rizados donde antes tenía vello.

3 de mayo. La terrible inseguridad de mi existencia interior.

Cómo me desabrocho el chaleco para mostrar mi erupción cutánea al señor B. Cómo le hago una seña para llevarlo a la habitación contigua.

El marido ha sido alcanzado por detrás por una estaca —no se sabe de dónde vino—, ha sido derribado y traspasado por ella. Tendido en el suelo, se lamenta con la cabeza levantada y los brazos extendidos. Posteriormente puede ya incluso levantarse unos instantes, tambaleándose. No sabe hacer otra cosa que contar cómo fue alcanzado, y señala la dirección de donde, a su parecer, vino la estaca. Estas narraciones, siempre iguales, están cansando ya a la esposa, sobre todo porque el marido señala siempre una dirección distinta.

4 de mayo. Una y otra vez, la idea de un ancho cuchillo de charcutero, que a toda velocidad y con una regularidad mecánica penetra por el costado y me corta rodajas muy finas que, por la rapidez de la acción, van saltando casi enrolladas.

Una mañana temprano, las calles estaban vacías aún en toda su extensión, un hombre descalzo y vestido sólo con camisión y pantalones, abrió el portal de una gran casa de inquilinos en la Calle Mayor. Se agarró con fuerza a las dos hojas de la puerta y aspiró profundamente: «Oh desdicha, maldita desdicha», dijo, y con apante calma miró primero a lo largo de la calle y luego algunas de las casas.

De aquí también sale la desesperación. No hay acogida en ninguna parte.

24 de mayo. Paseo con Pick.

Entusiasmo porque consideraba tan bueno *El fogonero*. Por la noche se lo leí a mis padres. No hay mejor crítico que yo mientras leo en voz alta ante mi padre, que escucha con suma repugnancia. Muchos pasajes superficiales al lado de unas profundidades al parecer inaccesibles.

5 de junio. Las íntimas ventajas que las obras literarias mediocres obtienen del hecho de que sus autores aún estén vivos y detrás de ellas. El verdadero sentido del envejecimiento.

Löwy, historia del cruce de una frontera.

21 de junio. La angustia a la que hago frente en todas direcciones. El reconocimiento en casa del médico; cómo éste avanza directamente hacia mí, yo me vacío literalmente, y él me dirige sus vacíos discursos, despreciado e irrefutado.

El mundo tremendo que tengo en la cabeza. Pero, cómo liberarme y liberarlo sin que se desgarre y me desgarre. Y es mil veces preferible desgarrarse que retenerlo o enterrarlo dentro de mí. Para eso estoy aquí, esto me resulta perfectamente claro.

Un hombre alto, con un capote hasta los pies, hacia las cinco de una fría mañana de primavera, llamó con el puño a la puerta de una pequeña choza que se hallaba en una región de colinas desnudas. Después de cada golpe con la mano cerrada, escuchaba, y la choza permanecía en silencio.

1 de julio. El deseo de una soledad sin sentido. Enfrentado tan solo conmigo mismo. Puede que en Riva lo consiga.

Anteayer, con Weiss, autor de *La galera*. Médico judío, del tipo que más se aproxima al judío europeo occidental y con quien uno por esta razón, se siente en seguida identificado. La enorme ventaja de los cristianos, que en su trato habitual tienen incesantemente el mismo sentimiento de identificación y lo gozan, como por ejemplo los checos cristianos entre checos cristianos.

La pareja en viaje de novios que salió del hotel de Saxe. Por la tarde. Acto de echar la tarjeta postal en el buzón. Ropas estrujadas, paso cansino, tarde tibia, turbia. Rostros poco característicos a la primera ojeada.

La fotografía de las fiestas del tricentenario de los Romanov en Jaroslav, junto al Volga. El zar, las princesas molestas, de pie al sol; sólo una mira ante sí con aire dulce, avejentado, negligente, apoyándose en la sombrilla. El heredero del trono en brazos del enorme cosaco de la cabeza descubierta. — En otra fotografía, unos hombres que han pasado hace un rato, saludan a lo lejos.

El millonario en la película *Esclavos del oro*. Retenerlo. La calma, los lentos movimientos premeditados, los pasos rápidos cuando es necesario, los bruscos ademanes de los brazos. Rico, mimado, arrullado; pero cómo se levanta de pronto, igual que un siervo, y registra la habitación de la cantina del bosque en la que le han encerrado.

2 de julio. He sollozado ante la información del proceso contra una tal Marie Abraham, de veintitrés años, que, empujada por la miseria y el hambre, estranguló a su hijita Barbara, de casi nueve meses, con una corbata masculina que le servía de liga y que se desató. Una historia completamente esquemática.

El entusiasmo con que he representado en el cuarto de baño, ante mis hermanas, una escena de una película cómica. ¿Por qué no puedo hacerlo nunca ante gente extraña?

Jamás me habría casado con una muchacha con quien hubiera habitado un año seguido en la misma ciudad.

3 de julio. La ampliación y la elevación de la existencia gracias a un matrimonio. Lema para un sermón. Pero casi lo adivino.

Cuando digo algo, pierde inmediata y definitivamente su importancia; si lo escribo, también la pierde siempre, pero a veces adquiere una nueva.

Una sarta de bolitas de oro en torno a un cuello bronceado.

19 de julio. De una casa salieron cuatro hombres armados. Cada uno de ellos sostenía ante sí, recta, una alabarda. De vez en cuando, uno de ellos volvía el rostro para ver si venía ya aquel por cuya causa permanecían allí. Era muy de mañana, la calleja estaba completamente vacía.

Bueno, ¿qué queréis? ¡Venid! — No queremos nada. Déjanos.

¡Para esto este desgaste interior! De ahí que a uno le suene de este modo al oído la música que viene del café. Se hace visible el tiro de piedra de que hablaba Elsa B.

Una mujer sentada junto a la rueca. Un hombre, con una espada que está metida en la vaina (la lleva suelta en la mano), abre la puerta de un empujón.

HOMBRE: ¡Estaba aquí!

MUJER: ¿Quién? ¿Qué queréis?

HOMBRE: El ladrón de caballos. Se ha escondido aquí. No lo niegues.

Blande la espada.

MUJER *levanta la rueca para protegerse*: ¡Nadie ha estado aquí! ¡Dejadme!

20 de julio. Abajo, en el río, había varios botes; unos pescadores habían echado sus anzuelos, era un día nublado. En la baranda del malecón se apoyaban algunos muchachos con las piernas entrecruzadas.

Cuando, para celebrar su partida, se levantaron y alzaron las copas de champaña, era ya la hora del crepúsculo. Los padres y algunos invitados a la boda la acompañaron al coche.

21 de julio. No hay que desesperar, ni por el hecho de que nunca desesperes. Cuando ya todo parece acabado, avanzan sin embargo nuevas formas, lo cual significa precisamente que estás vivo. Si no uniesen, entonces sí que se acabaría todo, pero de un modo definitivo.

No puedo dormir. Tengo sueños, pero no tengo sueño. Hoy, en sueños, he inventado un nuevo medio de transporte para un parque en pendiente. Se toma una rama, que no sea muy fuerte, se la apoya contra el suelo de través, sosteniendo uno de los extremos en la mano, se sienta uno encima con la mayor ligereza posible, como en una silla de montar para señoras; luego, toda la rama desciende velozmente por el declive; puesto que uno está sentado sobre ella, la rama le lleva y uno se balancea cómodamente, a toda velocidad, sobre la madera elástica. También se podrá hallar una posibilidad de utilizar la rama para el ascenso. Aparte de la sencillez del mecanismo, la principal ventaja reside en el hecho de que la rama, al ser delgada y movable, puede bajarse y subirse según sea preciso, y puede pasar por todas partes, incluso por aquellos lugares por donde un hombre solo pasaría difícilmente.

Ser arrastrado hacia adentro a través de la ventana de la planta baja de una casa por una sogá atada al cuello y, sin la menor consideración, como si una persona que no prestara la menor atención a ello tirase de mi cuerpo ensangrentado y desgarrado a través de todos los cielos rasos, muebles, paredes y buhardillas, hasta que en lo alto, sobre el tejado, apareciese la sogá vacía, que hubiese perdido lo que quedase de mí al abrir la última brecha en las tejas.

Método especial de pensamiento. Impregnado de sensibilidad. Todo se siente como idea, aun en la mayor imprecisión. (Dostoyevski.)

Este juego de aparatos en mi interior. Un ganchito avanza en algún lugar oculto, apenas si uno se da cuenta en el primer momento, y ya está en marcha todo el aparato. Sometido a un poder incomprensible, del mismo modo que el reloj parece sometido al tiempo, se oyen chasquidos aquí y allá, y todas las cadenas, una tras otra, suenan efectuando el recorrido que tienen prescrito.

Recopilación de todo lo que se puede decir a favor y en contra de mi matrimonio:

1. Incapacidad de soportar la vida solo, aunque no incapacidad de vivir, sino al contrario; quizás es improbable que sepa vivir con alguien; pero sí soy incapaz de soportar a solas el embate de mi propia vida, las exigencias de mi propia persona, la ofensiva del tiempo y de la edad, la vaga afluencia del gusto por escribir, el insomnio, la proximidad de la locura. Puede que, naturalmente, lo mezcle todo. La unión con F. daría a mi existencia mayor capacidad de resistir.

2. Todas las cosas me dan en seguida que pensar. Cada uno de los chistes de la revista humorística, el recuerdo de Flaubert y de Grillparzer, la visión de los camisones dispuestos para acostarse sobre la cama de mis padres, el matrimonio de Max. Ayer le dije a mi hermana: «Todos los casados (entre nuestras amistades) son felices, no puedo concebirlo»; también esta manifestación me dio que pensar y volvía a sentir angustia.

3. Necesito estar solo mucho tiempo. Lo que he realizado hasta ahora no es más que un triunfo de la soledad.

4. Odio todo lo que no tiene relación con la literatura, me aburre sostener conversaciones (aunque sean sobre literatura), me aburre ir de visita; las penas y las alegrías de mis parientes me llenan el alma de aburrimiento. Las conversaciones quitan la importancia, la seriedad, la verdad a todo lo que pienso.

5. El miedo a la unión, a dar el paso. Ya nunca más estaré solo.

6. Ante mis hermanas, así ocurría al menos en otro tiempo, he sido una persona completamente distinta a como soy ante la otra gente, intrépido, expuesto a todo, poderoso, sorprendente, conmovido como sólo lo estoy cuando escribo. ¡Si pudiera ser así ante todo el mundo por mediación de mi mujer! Pero, ¿no sería en detrimento de la literatura? ¡Eso sí que no!

7. Solo, es posible que alguna vez pudiese dejar mi empleo. Casado, nunca será posible.

En nuestra clase de quinto curso de enseñanza media del Gimnasio Amalien, había un chico llamado Friedrich Guss, a quien todos odiábamos. Cuando llegábamos temprano a clase y lo veíamos sentado en su asiento cercano a la estufa, apenas acertábamos a comprender cómo había podido cobrar ánimos para regresar a la escuela. Pero no lo cuento bien. No le odiábamos a él solo, sino a todo el mundo. Eramos un terrible grupo. Una vez que el inspector nacional asistió a una clase —era la clase de geografía y el profesor estaba describiendo, con la vista puesta en la pizarra o en la ventana, como todos nuestros profesores, la península de Morea... [se interrumpe]

Era el primer día de clase y ya caía la tarde. Los profesores del Gimnasio Superior estaban aún en la sala de reuniones, estudiaban las listas de los alumnos, preparaban nuevos libros de escolaridad, se contaban sus viajes de vacaciones.

¡Desdichado de mí!

¡Con tal que el caballo sea fustigado como es debido! Clavarle lentamente las espuelas y luego retirarlas de golpe, y luego volvérselas ya a hundir en la carne con todas las fuerzas.

¡Qué miseria!

¿Estábamos locos? Corríamos de noche por el parque y blandíamos ramas.

Penetré con un bote en una pequeña bahía natural.

Durante mi época de Instituto, visitaba de vez en cuando a un tal Josef Mack, amigo de mi difunto padre. Después, cuando obtuve el título de bachiller... [se interrumpe]

Durante su época de Instituto, Hugo Seifert solía hacer una visita de vez en cuando a un tal Josef Kiemann, un viejo solterón que había tenido amistad con el difunto padre de Hugo. Las visitas cesaron de repente cuando Hugo obtuvo, inesperadamente, un cargo en el extranjero, que tenía que ir a ocupar de inmediato, y abandonó su ciudad natal por unos cuantos años. Cuando regresó, se propuso realmente visitar al anciano, pero nunca se presentó la ocasión, posiblemente semejante visita no hubiese correspondido ya a sus nuevas opiniones, y sin embargo pasó muchas veces por la calleja donde vivía Kiemann, y aunque le vio incluso más de una vez asomado a la ventana, y probablemente también fue visto, se abstuvo de efectuar la visita.

Nada, nada, nada. Debilidad, autodestrucción, punta de una llama del infierno que atraviesa el suelo.

23 de julio. Con Félix en Rostock. La sexualidad que estalla era las mujeres. Su impureza natural. El juego, para mi insensato, con la pequeña Lenchen. La visión de una mujer

gorda, acurrucada en una silla de mimbre, con un pie visiblemente retraído, que estaba cosiendo algo y conversaba con una vieja, probablemente una; solterona, cuya dentadura postiza, cada vez más patente, asomaba a un lado de la boca. El aspecto pletórico y la inteligencia de la mujer embarazada. Su trasero literalmente formando facetas, col las superficies lisas delimitadas. La vida en la pequeña terraza. Cómo tomé con toda frialdad en mi regazo a la niña pequeña, sin que la frialdad me hiciera sentir desgraciado. El ascenso en el «valle silencioso».

Qué infantil parece, a través de la puerta abierta de la tienda» un calderero sentado frente a su trabajo, golpeando incesantemente con el martillo.

Historia del diablo, de Roskoff: entre los actuales caribes, «aquel que trabaja de noche» es considerado el Creador del Mundo.

13 de agosto. Puede que ahora todo haya terminado y que mi carta de ayer fuese la última. Sin duda sería lo correcto. Lo que yo sufriré, lo que sufrirá ella... no es nada comparado con« sufrimiento común que vendría después. Yo me repondré pocci poco, ella se casará: es la única salida posible entre los vivos. No podíamos abrir para los dos un camino en una roca, basta con que nos hayamos pasado un año llorando y atormentándonos. Se dará cuenta de ello por mis cartas. Si no es así, sin duda me casaré con ella, porque soy demasiado débil para oponerme a su opinión sobre nuestra felicidad común, y no estoy en condiciones de dejar de realizar, en lo que de mí depende, unas cosas que ella considera posibles.

Anoche, en el Belvedere, bajo las estrellas.

14 de agosto. Ha ocurrido al revés de lo esperado. Han llegado tres cartas. A la última no he podido resistirme. La quiero, dentro de lo que soy capaz, pero el amor está enterrado hasta sofocarse bajo el miedo y los reproches a mí mismo.

Conclusiones sacadas de *La condena* para mi caso. Indirectamente, es a ella a quien debo mi historia. Pero Georg se hunde por causa de su novia.

El coito como castigo por la felicidad de estar juntos. Vivir lo más ascéticamente posible, más ascéticamente que un soltero; ésta es para mí la única posibilidad de soportar el matrimonio. Pero, ¿y ella?

Y con todo, si nosotros, yo y F.,uviésemos una absoluta igualdad de derechos, siuviésemos las mismas perspectivas y posibilidades, yo no me casaría. Pero este callejón sin salida al que lentamente he ido empujando su destino, me lo convierte en un deber ineludible, aunque tampoco sea en modo alguno imprevisible. Alguna ley secreta de las relaciones humanas deja sentir ahí su influjo.

La carta a los padres me causó grandes dificultades, especialmente porque un borrador redactado en unas circunstancias muy desfavorables se resistió durante mucho tiempo a cualquier cambio. Hoy lo he conseguido medianamente; al menos no hay en él ninguna falsedad y sin duda sigue siendo para los padres legible y comprensible.

15 de agosto. Tormentos en la cama, al amanecer. Vi la única solución en saltar por la ventana. Mi madre se acercó a la cama y preguntó si había enviado la carta y si era el texto

primitivo. Yo le dije que era el texto primitivo, pero aún más crudo. Dijo que no me entendía. Le respondí que efectivamente no me entendía, y no sólo en lo relativo a este asunto. Después me preguntó si escribiría a tío Alfred, y dijo que él merecía que le escribiese. Le pregunté por qué razón lo merecía. Ha teleografiado, ha escrito, tiene contigo las mejores intenciones. «Puras formalidades», dije; «me es totalmente extraño, su incompreensión por mí es absoluta, no sabe lo que quiero ni lo que necesito, no tengo nada que ver con él.» «O sea que nadie te entiende», dijo mi madre, «probablemente yo también soy para ti una persona extraña, y tu padre. Y sólo queremos tu mal.» «Es evidente que me sois extraños, sólo existen los lazos de sangre, pero éstos no se manifiestan. También es evidente que no queréis mi mal.»

Estas y algunas otras observaciones de mí mismo me convencieron de que en mi firmeza interior, cada vez más grande, y en mi convicción existen posibilidades de subsistir a pesar de todo en el matrimonio, e incluso de conducirlo a una evolución ventajosa para mi destino. Es, en cualquier caso, una creencia a la que me aferré cuando, en cierto modo, estoy ya en el borde de la ventana.

Me aislaré de todos, hasta la insensibilización. Me enemistaré con todo el mundo, no hablaré con nadie.

El hombre de ojos oscuros, de mirada severa, que llevaba sobre el hombro el montón de abrigos viejos.

LEOPOLD S., *un hombre alto y robusto, de movimientos desmañados, ropas demasiado holgadas, arrugadas, a cuadros blancos y negros, entra corriendo en la gran habitación por la puerta de la derecha, da una palmada y llama: ¡Felice! ¡Felice!*

Sin esperar ni un instante el resultado de su llamada, corre hacia la puerta del centro, que abre gritando nuevamente «Felice».

FELICE S. *aparece por la puerta de la izquierda, se detiene en el marco de la puerta, es una mujer de cuarenta años, que lleva un delantal de cocina: Estoy aquí, Leo. ¡Qué nervioso te has vuelto en los últimos tiempos! ¿Qué es lo que quieres?*

LEOPOLD *se vuelve bruscamente, luego se detiene y se muerde los labios: ¡Vaya, por fin! ¡Ven aquí! Va hacia el canapé.*

FELICE *no se mueve: ¡Rápido! ¿Qué quieres? Tengo que volver a la cocina.*

LEOPOLD *desde el canapé: ¡Deja la cocina! ¡Ven aquí! Tengo que decirte algo importante. Vale la pena. ¡Anda, ven!*

FELICE *se le aproxima lentamente, levantando las tiras del delantal: ¿Qué es esto tan importante? Si vas a tomarme el pelo, me enfado, de verdad. Se queda de pie frente a él.*

LEOPOLD: Anda, siéntate.

FELICE: ¿Y si no quiero?

LEOPOLD: Entonces no puedo decírtelo. He de tenerte cerca.

FELICE: Bueno, ya me siento.

21 de agosto. Hoy he conseguido el *Libro del juez*, de Kierkegaard. Como ya suponía, su caso, a pesar de algunas diferencias esenciales, es muy semejante al mío, por lo menos se encuentra en el mismo lado del mundo. Me confirma, como un amigo. Redacto la siguiente carta al padre, que pienso enviar mañana, si tengo fuerzas para ello.

«Usted vacila en dar respuesta a mi petición, lo cual es del todo comprensible; cualquier padre haría lo mismo frente a cualquier pretendiente; de ahí que no sea esto en absoluto lo que me induce a escribir esta carta; en todo caso, aumenta mi esperanza de que sepa valorarla con calma. Sin embargo, escribo esta carta impulsado por el temor de que su vacilación o su consideración tengan más razones generales de las que provocaría (sería lo

único capaz de provocarlas) el único pasaje de mi primera carta que podía revelarme como soy. El pasaje que se refiere a lo insoportable que me resulta mi empleo.

»Puede que usted pase por alto estas palabras, pero no debería hacerlo; más bien debería hacer preguntas precisas al respecto, en cuyo caso yo tendría que responderle, en palabras breves y exactas, lo siguiente.

»Mi empleo me resulta insoportable, porque contradice mi único anhelo y mi única profesión, que es la literatura. Puesto que no soy otra cosa que literatura, y no puedo ni quiero ser otra cosa, mi empleo no podrá nunca atraerme, pudiendo en cambio destrozarme totalmente. No estoy muy lejos de esta situación. Alteraciones nerviosas de la peor especie me dominan sin interrupción, y este año de preocupaciones y torturas en torno a mi futuro y al de su hija ha puesto totalmente de manifiesto mi falta de resistencia. Podría usted preguntarme por qué no dejo mi puesto y no intento mantenerme —no tengo medios de fortuna— con mis trabajos literarios. A esto sólo puedo dar la lamentable respuesta de que no tengo fuerzas para ello y, en lo que alcanzo a ver de mi actual situación, sucumbiré más bien en este mismo empleo, aunque al menos sucumbiré en poco tiempo.

»Y ahora, compáreme usted con su hija, con esa muchacha sana, alegre, natural, vigorosa. Aunque se lo he repetido muchas veces en unas quinientas cartas, y aunque ella me haya tranquilizado otras tantas con un "no" que no tiene unas motivaciones demasiado convincentes..., lo cierto es que conmigo debe ser desgraciada, por lo que a mí se me alcanza. No sólo por mis circunstancias externas, sino mucho más por mi propia manera de ser; soy una persona reservada, silenciosa, insociable, insatisfecha, sin que pueda definirlo para mí como una desgracia, puesto que sólo se trata del reflejo de mis objetivos. De la forma de vida que llevo en mi casa se pueden sacar al menos algunas conclusiones. Así, vivo en el seno de mi familia, en medio de las personas mejores y más amables, sintiéndome más extranjero que un extranjero. Con mi madre, en los últimos años, habré intercambiado por término medio unas veinte palabras diarias; con mi padre, nunca cambiamos apenas más que palabras de saludo. Con mis hermanas casadas y los cuñados no hablo en absoluto, sin que esté enfadado con ellos. El motivo es simplemente que no tengo ni una sola palabra que decirles. Todo lo que no es literatura me aburre y lo odio, porque me demora o me estorba, aunque sólo me lo figure así. Por otra parte, para la vida familiar carezco del menor sentido, como no sea el de observación, en el mejor de los casos.

»No tengo ninguna sensación de parentesco; en las visitas veo una malignidad literalmente dirigida contra mí.

»Un matrimonio no podría cambiarme, como tampoco puede cambiarme mi empleo.»

30 de agosto. ¿Dónde hallaré salvación? Cuántas falsedades de las que había perdido ya toda noción serán remontadas a la superficie. Si la verdadera unión fue tan impregnada de ellas como la verdadera despedida, entonces seguramente he obrado bien. Sin una relación humana, no hay en mí mismo mentiras visibles. El círculo limitado es puro.

14 de octubre. La pequeña calleja se iniciaba a un lado con la pared de un cementerio, y al otro lado con una casa baja provista de un balcón. En la casa vivían el funcionario jubilado Friedrich Munch y su hermana Elisabeth.

Un tropel de caballos arrolló el vallado.

Dos amigos dieron un paseo matinal a caballo.

«¡Diablo, salvadme de las tinieblas!», exclamó un viejo comerciante que, por la noche, cansado, se había tendido en el canapé y ahora, en plena noche, sólo haciendo acopio de todas sus fuerzas, se incorporó pesadamente. Hubo una sorda llamada a la puerta: «¡Adelante, adelante todo lo que esté fuera!», gritó.

15 de octubre. Tal vez he vuelto a dominarme a mí mismo, tal vez he hecho en secreto un camino más corto y vuelvo a reencontrarme, desesperado ya de estar solo. ¡Pero esos dolores de cabeza, ese insomnio! De todos modos conviene luchar, o mejor, no tengo otra alternativa.

La estancia en Riva tuvo para mí una gran importancia. Por primera vez comprendí a una muchacha cristiana y viví casi totalmente en su círculo de influencia. Soy incapaz de escribir aquí nada decisivo para el recuerdo. Sólo para mantenerse, mi debilidad prefiere que mi torpe cabeza esté vacía y clara, siempre que la confusión se deje oprimir contra los bordes. Pero este estado es para mí preferible a la aglomeración simplemente sorda e incierta, para obtener la liberación de la cual, una liberación por demás insegura, sería preciso un martillo que previamente me partiese en pedazos.

Intento fallido de escribir a E. Weiss. Y ayer, en la cama, la carta me bullía dentro de la cabeza.

Sentarse en el rincón del tranvía eléctrico, envolviéndose en el abrigo.

El profesor G., en el viaje de regreso de Riva. La nariz germano-bohemia, que recuerda la Muerte; las mejillas, tumefactas, enrojecidas, granujientas, de un rostro predispuesto al enflaquecimiento anémico; la barba rubia rodeándolo. Poseído de la manía de comer y beber. Cómo engulle la sopa caliente, cómo muerde y lame a la vez el pedazo de embutido sin cortarlo a rodajas, con qué seriedad bebe a largos sorbos una cerveza que ya está caliente; cómo le brota el sudor en torno a la nariz; una cosa repugnante cuyo goce no se agota con la contemplación ni el olfato más ávidos.

La casa estaba ya cerrada. En dos ventanas del segundo piso había luz, y también la había en una ventana del cuarto piso. Un coche se detuvo frente a la casa. En la ventana iluminada del cuarto piso apareció un joven, la abrió y miró a la calleja. A la luz de la luna.

Era ya una hora muy avanzada de la noche. El estudiante había perdido totalmente las ganas de seguir trabajando. Tampoco era en absoluto necesario, porque en las últimas semanas había hecho realmente grandes progresos, podía tomarse sin duda un poco de descanso y reducir su tarea nocturna. Cerró sus libros y cuadernos, lo puso todo en orden sobre su pequeña mesa y se dispuso a desnudarse para irse a acostar. Pero casualmente miró a la ventana y, al ver la claridad de la luna llena, le vino la idea de dar aún un pequeño paseo en la hermosa noche otoñal. Apagó la luz, tomó el sombrero y abrió la puerta que daba a la cocina. Por lo general, le era del todo indiferente tener que salir siempre por la cocina, y además esta incomodidad reducía considerablemente el precio de la habitación, aunque algunas veces, cuando en la cocina había mucho alboroto o cuando, como hoy, quería salir tarde, la cosa resultaba molesta.

Desolado. Hoy, medio en sueños, por la tarde; el dolor tiene que acabar por hacerme estallar la cabeza. Y precisamente en las sienes. Al imaginarlo, lo que vi fue en realidad

una herida de bala, sólo que en torno al orificio los bordes aparecían abiertos hacia afuera, rectos, con los cantos agudos, como cuando se abre una lata con violencia.

¡No olvidar a Krapotkin!

20 de octubre. La inimaginable tristeza de la mañana. Por la noche, leí *El caso Jacobsohn*, de Jacobsohn. Esta energía para vivir, para decidir, para poner el pie con satisfacción en el lugar preciso. Se sienta en sí mismo, como un diestro remero se sienta en su bote y se sentaría en cualquier bote. Quise escribirle.

En lugar de hacerlo, salí a pasear, borré todos los sentimientos que tenía acumulados en mí mediante una conversación con Haas, a quien encontré; me excitaron las mujeres; después, en casa, me puse a leer *La metamorfosis*; me parece mala. Puede que esté realmente perdido, volverá la tristeza de esta mañana, no podré resistirla mucho tiempo, me quita toda esperanza. Ni siquiera tengo ganas de llevar un diario, probablemente porque ya faltan en él demasiadas cosas, tal vez porque sólo tuve que describir una y otra vez unas acciones efectuadas a medias, necesariamente a medias, según todas las apariencias, o tal vez porque incluso el escribir contribuye a mi tristeza.

Me gustaría escribir cuentos infantiles (¿por qué odio tanto esta expresión?), que pudiesen gustar a W. y que ella pudiera tener escondidos bajo la mesa durante la comida; que los leyera en las pausas y se ruborizase terriblemente al notar que el médico del sanatorio llevaba un ratito detrás de ella, observándola. A veces, en realidad siempre, su emoción durante el relato (me doy cuenta de que temo el esfuerzo literalmente físico de recordar, el dolor bajo el que el suelo del ámbito vacío de pensamientos se abre con lentitud o, al principio, sólo se abomba un poco). Todo se resiste a ser escrito. Si supiera que influye en esto su orden de no decir nada sobre ella (la he cumplido rigurosamente, casi sin esfuerzo), me daría por satisfecho; pero no es más que incapacidad. Por otra parte, qué pienso de que esta noche haya estado mucho rato considerando que mi relación con W. me ha hecho perder oportunidades de gozar con la rusa, quien probablemente me habría dejado entrar de noche en su habitación, situada frente a la mía, algo que no puede excluirse en absoluto. En cambio, todo mi trato nocturno con W. consistía en que, sirviéndome de un lenguaje de golpes cuya clave nunca establecimos del todo, yo daba golpecitos en el techo de mi habitación, situada debajo de la suya, recibía su respuesta, me asomaba a la ventana, la saludaba; una vez permití que me bendijese, otra vez agarré al vuelo una cinta que dejó caer; me pasaba horas y horas sentado en el alféizar; oía todos sus pasos en la habitación de arriba, creía erróneamente que cualquier golpe casual era una señal de inteligencia; oía su tos, sus cantos antes de dormirse.

21 de octubre. Día perdido. Visita a la fábrica de Ringhoffer, "seminario de Ehrenfels, visita a Weltsch, cena, paseo, y ahora, a las diez, aquí. Pienso sin cesar en el escarabajo negro, pero no escribiré.

En el pequeño puerto de un pueblo de pescadores, una barca es aparejada para navegar. Un joven de pantalones bombachos dirigía los trabajos. Dos viejos marineros transportaban sacos y cajas a una pasarela donde un hombre alto, con las piernas separadas y bien afirmadas en el suelo, iba recibiendo los bultos y los iba depositando en unas manos que se tendían hacia él desde el oscuro interior de la barca. Sobre unos grandes bloques cuadrados, que limitaban uno de los ángulos del muelle, había cinco hombres medio tumbados que lanzaban en todas direcciones el humo de sus pipas. De vez en cuando, el hombre de los pantalones bombachos se acercaba a ellos, les dirigía unas palabras y les daba un golpe en las rodillas. Generalmente sacaban una jarra de vino de detrás de una

piedra, a cuya sombra la guardaban, y un vaso lleno de vino tinto, opaco, pasaba de mano en mano.

22 de octubre. Demasiado tarde. La dulzura de la melancolía y del amor. Que, en el bote, ella me dirigiera su sonrisa. Esto fue lo más hermoso de todo. Sólo el deseo de morir y el hecho de seguir resistiendo todavía, sólo eso es amor.

Observación de ayer. La situación más adecuada para mí: escuchar una conversación entre dos personas que hablan de un asunto que les afecta muy de cerca, en tanto que a mí me concierne de una manera muy remota, que además es completamente ajena a mis propios intereses.

26 de octubre. La familia se había sentado a cenar. Por las ventanas sin visillos, se veía la noche tropical.

«Pero, ¿quién soy yo?», me increpé a mí mismo. Me levanté del canapé donde estaba recostado con las rodillas levantadas y me senté con el busto erguido. La puerta que, desde la escalera principal, daba acceso directamente a mi habitación, se abrió y entró por ella un joven con la cabeza baja y una mirada escrutadora. En la medida en que lo permitía la estrecha estancia, describió un arco en torno al canapé y se detuvo en el rincón cercano a la ventana, en la oscuridad. Quise averiguar qué clase de aparición era aquélla; me acerqué y agarré al hombre por el brazo. Era un ser viviente! Levantó sonriente la vista hacia mí — era un poco más bajo que yo— y sólo la despreocupación con que asintió y dijo «exámíname usted» hubiera tenido que convencerme. Sin embargo, lo cogí por delante, por el chaleco, y por la parte trasera de la chaqueta y le zarandeeé. Su hermosa cadena de oro macizo me llamó la atención, le eché mano y se la arranqué con tal fuerza que se rasgó el ojal donde se sostenía. El lo aguantó pacientemente, se limitó a bajar la vista hacia los destrozos, intentó en vano abrochar el botón del chaleco en el ojal desgarrado. «¿Qué haces?», dijo finalmente, y me señaló el chaleco; «¡Te callas!», le dije amenazador.

Me puse a deambular por la habitación; del paso pasé al trote, del trote al galope, y siempre que pasaba junto al hombre levantaba el puño contra él. El no me miraba, sino que continuaba afanándose con su chaleco. Me sentí muy libre, mi respiración adquiría una fuerza extraordinaria, mi pecho no sentía otro obstáculo que las ropas para ensancharse de un modo gigantesco.

Hacía ya muchos meses que Wilhelm Menz, joven tenedor de libros, tenía la intención de dirigir la palabra a una muchacha a quien solía encontrar regularmente por las mañanas, cuando iba a la oficina, en un callejón muy largo, siempre a una altura diferente. Ya se había resignado a que aquello no pasase nunca de ser una intención; era muy poco decidido con las mujeres, y la mañana era además un momento poco favorable para abordar a una muchacha apresurada; sucedió entonces que una noche —durante los días navideños— vio a la muchacha andando delante de él. «Señorita», le dijo. Ella se volvió, reconoció al hombre que solía encontrar siempre por la mañana, posó unos momentos su mirada en él, sin detenerse, y en vista de que Menz no le decía nada más, le volvió nuevamente la espalda. Estaban en una calleja bien iluminada, en medio de una gran aglomeración de gente, y Menz pudo acercarse mucho a la joven sin llamar la atención. En aquel instante decisivo, a Menz no se le ocurría nada apropiado, pero tampoco quería seguir siendo un extraño para la muchacha, porque deseaba llevar adelante algo que había empezado en serio, y así se atrevió a tirar del borde inferior de la chaqueta de la muchacha. Esta lo toleró, como si nada hubiera ocurrido.

6 de noviembre. ¿A qué viene esa repentina seguridad? ¡Si continuase! Si pudiese entrar y salir así por todas las puertas, como un hombre que anda con la cabeza medianamente erguida. Aunque no sé si lo quiero.

No queríamos decirles nada de ello a nuestros padres, pero cada noche, después de dar las nueve, nos reuníamos, yo y dos primos míos, junto a la verja del cementerio, en un lugar donde había una pequeña elevación del terreno que nos permitía tener una buena visión del conjunto.

A la izquierda la verja de hierro del cementerio deja un gran espacio libre, cubierto de hierba.

17 de noviembre. Sueño: En un camino empinado, aproximadamente en medio de la cuesta, y situado de lleno en la calzada, empezando por la izquierda si se miraba desde abajo, había un montón de basura o de barro solidificado, que se había ido rebajando hacia la derecha a causa del desmoronamiento, mientras que a la izquierda aparecía tan alto como una empalizada. Me dirigí hacia la derecha, donde el camino quedaba casi despejado, y vi a un hombre en un triciclo que se me iba acercando desde abajo y que, al parecer, iba lanzado contra el obstáculo. Era un hombre que parecía carecer de ojos, o al menos sus ojos eran como dos huecos difuminados. El triciclo era desvencijado, por lo que avanzaba de un modo inseguro y bamboleante, y sin embargo no hacía el menor ruido; su silencio y su ligereza eran casi exagerados. En el último momento agarré al hombre, lo retuve como si fuese el manillar de su vehículo y lo orienté hacia la brecha por la que yo había podido pasar. Entonces se volcó sobre mí; yo era de una estatura gigantesca y no obstante sólo lo sostenía en una actitud forzada; además, el vehículo, como si no tuviese quien lo condujera, empezó a retroceder, aunque lentamente, y me arrastraba consigo. Pasamos junto a una carreta en la que estaban de pie, apretujadas, unas cuantas personas, todas vestidas de negro; entre ellas había un boy-scout con un sombrero gris claro, de ala levantada. Esperaba que aquel muchacho, a quien había identificado desde cierta distancia, me ayudase, pero él se volvió y se metió entre la gente. Luego, de detrás de la carreta —el triciclo seguía rodando y yo, muy agachado, tenía que seguirlo con las piernas muy separadas— salió alguien que vino en mi ayuda y a quien sin embargo no puedo recordar. Sólo sé que era un hombre digno de confianza, el cual se oculta ahora como detrás de una tela negra extendida y cuyo ocultamiento debo respetar.

18 de noviembre. Volveré a escribir, pero cuántas dudas he tenido entretanto sobre mis escritos. En el fondo, soy un incapaz y un ignorante que, de no haberse visto obligado, sin ningún mérito Por su parte y sin notar apenas la coacción, a ir a la escuela, ahora sería apto para agazaparse en una caseta de perro, para saltar al exterior cuando le arrojasen la pitanza, y retroceder después de engullirla.

En un patio fuertemente iluminado por el sol, dos perros iban corriendo a encontrarse desde direcciones opuestas.

Me atormenta el principio de una carta a la señorita Bl.

19 de noviembre. Me conmueve la lectura del diario. ¿Será debido a que en la actualidad no tengo ya la menor seguridad? *Todo me parece una construcción*. Cualquier observación de otro, cualquier mirada casual lo vuelca todo hacia el otro lado en mi interior, incluso las cosas ya olvidadas, absolutamente insignificantes. Ahora me siento más inseguro que nunca; sólo siento en mí la violencia de la vida. Y estoy insensatamente vacío. Soy

realmente como un cordero perdido en la noche y en las montañas, o como un cordero que corre detrás de ese cordero. Estar tan perdido y no tener fuerza para lamentarse de ello.

Camino adrede por las calles donde hay prostitutas. La acción de pasar junto a ellas me excita; esta posibilidad remota, pero no por ello menos existente, de irme con una de ellas. ¿Es esto una bajeza? No conozco, sin embargo, otra cosa mejor, y el hecho de realizarlo me parece en el fondo inocente y casi no me produce remordimiento. Sólo deseo a las gordas de cierta edad, con vestidos anticuados, en cierto modo suntuosos gracias a algunos colgajos. Probablemente una de esas mujeres ya me conoce. La he encontrado este mediodía; no llevaba aún su traje de faena; el cabello se veía pegado a la cabeza; iba sin sombrero, con una bata de trabajo como las cocineras, y llevaba un bulto, tal vez a la lavandera. Nadie habría visto en ella el menor atractivo, sólo yo. Nos miramos fugazmente. Esa misma noche (desde el mediodía bajó la temperatura), la vi con un abrigo ajustado, de color pardo amarillento, al otro lado de la angosta calleja que sale de la Zeltnergasse, donde hace la carrera. Volví dos veces la vista hacia ella, que también captó mi mirada, pero lo que hice fue realmente escaparme.

Es evidente que la inseguridad nace de pensar en F.

20 de noviembre. He estado en el cine. He llorado. *Lolotte*. El buen cura párroco. La pequeña bicicleta. La reconciliación de los padres. Diversión sin medida. Antes, una película triste, *Accidente en el astillero*; después una cómica, *Al fin solos*. Me siento completamente vacío y sin sentido; el tranvía eléctrico que pasa tiene un sentido más vivo.

21 de noviembre. Sueño: El ministerio francés —cuatro hombres— alrededor de una mesa. Se celebra un consejo. Recuerdo al hombre sentado en la parte alargada de la derecha, con un rostro que la posición de perfil parece allanar, el cutis amarillento, una nariz muy saliente (es tan saliente a causa del aplastamiento lateral) Y recta, y un espeso bigote negro, aceitoso, que se curva sobre la boca.

Observación penosa, que sin duda parte también de una construcción cuyo extremo inferior flota en alguna parte del vacío: cuando tomé el tintero del escritorio para llevarlo al cuarto de estar, sentí en mí cierta solidez, como cuando, por ejemplo, la esquina de un gran edificio aparece entre la niebla y vuelve a desaparecer en seguida. No me sentía perdido; algo esperaba en mí, independiente de los seres humanos, incluso de F. ¿Qué ocurriría si saliese corriendo, como cuando, por ejemplo, uno echa a correr de pronto por los campos?

Este pronosticar, este guiarse por unos ejemplos, este miedo definido es ridículo. Son figuraciones que incluso en la imaginación, único lugar donde reinan, sólo llegan casi a la superficie viva, pero siempre deben quedar sumergidas con una sacudida. ¿Quién tendrá la mano mágica para meterla entre los mecanismos sin que se la corten y se la dispersen mil cuchillos?

Ando a la caza de construcciones. Entro en una habitación y las encuentro entremezclándose blanquecinas en un rincón.

24 de noviembre. Anteayer, por la noche, en casa de Max. Se vuelve cada vez más distante; a menudo lo ha sido para mí, y ahora yo lo soy también para él. Anoche me fui simplemente a acostar.

Sueño, al hacerse de día: Estoy sentado en el jardín de un sanatorio junto a una larga mesa, ocupando incluso la cabecera, de suerte que, en el sueño, me veo propiamente de espaldas. Es un día nublado, debo de haber salido de excursión y he llegado hace poco en un automóvil que subió por la rampa con elegante impulso. Precisamente están a punto de servir la comida; entonces veo a una de las sirvientes, una dulce jovencita de andar muy ágil, o tal vez fluctuante, con un vestido del color de las hojas en otoño; se acerca por la sala porticada que sirve de vestíbulo al sanatorio y desciende hacia el jardín. Aún no sé lo que quiere, pero me señalo a mí mismo en actitud interrogante, para saber si se dirige a mí. En efecto, me trae una carta. Pienso que no puede ser la carta que estoy esperando; es una carta muy delgada y tiene una letra insegura y estrecha, para mí desconocida. Sin embargo la abro y sale una gran cantidad de hojas de papel fino, atiborradas de escritura, y todas con aquella letra desconocida. Me pongo a leer los papeles y descubro que debe ser una carta muy importante, al parecer de la hermana menor de F. Empiezo a leerla con avidez y he aquí que mi vecino de la derecha, no sé si es hombre o mujer, probablemente un niño, mira la carta por encima de mi brazo. Grito: «¡No!» Los comensales, gente nerviosa, se ponen a temblar. Probablemente he provocado una desgracia. Intento disculparme con unas palabras apresuradas, a fin de poder volver en seguida a la lectura. Asimismo, vuelvo a inclinarme sobre mi carta, y entonces me despierto de un modo definitivo como si me hubiese despertado mi propio grito. Con la conciencia clara, me obligo violentamente a dormir de nuevo; efectivamente, la situación se reproduce, leo con rapidez dos, tres líneas nebulosas de la carta, de cuyo contenido no recuerdo nada, y se pierde el sueño al continuar durmiendo.

El viejo comerciante, un hombre gigantesco, subía la escalera de su casa; le fallaban las rodillas y no se agarraba, sino que apretaba con la mano la barandilla. Ante la puerta de la habitación, una puerta cristalera enrejada, quiso sacar como de costumbre el llavero del bolsillo del pantalón; entonces se dio cuenta de que en un rincón oscuro había un joven que le hizo una reverencia.

«¿Quién es usted? ¿Qué quiere?», preguntó el comerciante, jadeando aún por el esfuerzo de la subida. «¿Es usted el comerciante Messner?», preguntó el joven. «Sí», dijo el comerciante.

«Entonces tengo algo que comunicarle. En este caso es indiferente saber quién soy, porque yo no tengo parte alguna en el asunto; sólo soy portador de la noticia. Sin embargo me presentaré: me llamo Kette y soy estudiante.»

«Vaya», dijo Messner, y reflexionó unos breves instantes. «Bueno, ¿y la noticia?», dijo entonces.

«Será mejor que hablemos de ello en la habitación», dijo el estudiante, «se trata de un asunto que no se puede resolver en la escalera.»

«No sabía que tuviera que recibir noticia alguna», dijo Messner, y miró al suelo de soslayo.

«Puede ser», dijo el estudiante.

«Por otra parte», dijo Messner, «ya han dado las once de la noche y aquí no nos va a oír nadie.»

«No», respondió el estudiante, «aquí me es imposible decirlo.»

«Y yo», dijo Messner, «no recibo visitas de noche», y metió la llave en la cerradura con tanta fuerza que las restantes llaves del llavero continuaron tintineando un buen rato.

«Pero es que yo estoy esperando desde las ocho, tres horas», dijo el estudiante.

«Esto demuestra únicamente que la noticia es importante para usted. Pero yo no quiero noticia alguna. Cada noticia que puedo ahorrarme, es algo que salgo ganando. No soy curioso, así que váyase, váyase.» Cogió al estudiante por su delgado sobretodo y lo empujó

un trecho. Después abrió un poco la puerta de la habitación, de la que emergió un calor excesivo, que invadió el frío rellano. «Además, ¿se trata de una noticia de negocios?», preguntó aún, situado ya en el marco de la puerta abierta.

«Tampoco esto puedo decírselo aquí», dijo el estudiante.

«Entonces, le deseo buenas noches», dijo Messner, se metió en su habitación, cerró por dentro con llave, encendió la lamparilla eléctrica del lado de la cama, se sirvió una copita junto a un pequeño armario de pared que contenía varias botellas de licor, se la bebió chasqueando la lengua y comenzó a desnudarse. Ya recostado en las altas almohadas, se disponía a leer un periódico cuando le pareció que alguien llamaba a la puerta con suavidad. Volvió a dejar el periódico sobre la colcha, cruzó los brazos y prestó atención. Efectivamente, volvieron a llamar; lo hacían muy suavemente y en la parte de abajo de la puerta.

«Vaya mono entrometido», se rió Messner. Cuando cesaron los golpes, tomó nuevamente el periódico. Pero entonces llamaron con más fuerza y en seguida aporrearon la puerta. Como unos niños que, jugando, repartiesen los golpes por toda la puerta, así llamaban; tan pronto daban unos golpes sordos en la madera de la parte inferior, como unos golpes claros y resonantes en la parte alta, de cristal. «Tendré que levantarme», pensó Messner, meneando la cabeza. «No puedo llamar por teléfono al portero, porque el aparato está al otro lado del vestíbulo y tendría que llamar a la patrona para poder usarlo. No me queda otro remedio que arrojar a este joven escaleras abajo con mis propias manos.» Se encasquetó su gorro de fieltro, apartó los cobertores, se sentó en el borde de la cama apoyándose en las manos separadas, puso lentamente los pies en el suelo y los embutió en unas altas y acolchadas zapatillas. «Ahora», pensó mordiéndose el labio superior con la vista fija en la puerta, «ha vuelto a parar. Pero tengo que conseguir que me deje en paz definitivamente», se dijo entonces; descolgó de una percha un bastón con el puño de asta, lo agarró por el medio y se dirigió a la puerta.

«¿Hay todavía alguien ahí afuera?», preguntó ante la puerta cerrada.

«Sí», fue la respuesta, «abra, por favor.» «Abro», dijo Messner; abrió y se plantó frente a la puerta con el bastón.

«No me pegue», dijo el estudiante en tono de advertencia, y dio un paso atrás.

«¡Entonces, fuera!», dijo Messner, y señaló la escalera con el índice. «Pero si no puedo», dijo el estudiante, y se lanzó por sorpresa sobre Messner... [se interrumpe]

27 de noviembre. Tengo que acabar, sin que realmente me lo haya sacudido todo de encima. Tampoco siento el menor peligro de perderme, aunque no dejo de sentirme desesperado y al margen. Sin embargo, la firmeza que me da el hecho de escribir algo, por poco que sea, es indudable y maravillosa. ¡La mirada con que ayer lo dominé todo durante el paseo!

La niña de la portera, que abrió la puerta. Embutida en un viejo mantón de mujer, pálida, con su carita carnosa, pasmada. De noche, la portera la lleva así hasta la puerta.

El perro de lanas de la portera, sentado abajo, en un escalón; escucha mi zapateo que se inicia en el cuarto piso, me mira cuando paso por su lado y me sigue con los ojos cuando me alejo. Agradable sensación de confianza, puesto que no se asusta de mí y me asimila a la casa familiar y a sus ruidos.

Fotografía: Bautismo de los grumetes al pasar el Ecuador. Los marineros haraganean alrededor. El barco, que permite encaramarse en todas direcciones y a todas las alturas, les ofrece por doquier lugares donde sentarse. Los altos marineros colgados de las escalas y

apoyándose con los hombros redondos y poderosos en el casco del buque, con un pie delante del otro, contemplan el espectáculo mirando hacia abajo.

4 de diciembre. Visto desde fuera, es horrible morir en edad madura pero todavía joven, o matarse incluso. Dejar el mundo en una confusión total, que tendría sentido dentro de una posterior evolución, sin esperanza o con la única esperanza de que este hacer acto de presencia en la vida, dentro del cálculo supremo, sea considerado como algo no ocurrido. Esta sería mi situación actual. Morir no sería nada más que entregar una nada a la nada; pero esto sería imposible de concebir, porque cómo podría uno, no siendo más que una nada, entregarse de un modo consciente a la nada, y no sólo a una nada vacía, sino a una nada rugiente, cuya nulidad sólo consiste en su incomprensibilidad.

Un conjunto de hombres que son amos y criados. Rostros trabajados, que brillan con vivos colores. El señor se sienta y el criado le trae los manjares en la bandeja. Entre ambos no hay una gran diferencia, ninguna diferencia que pueda estimarse distinta a la que existe, por ejemplo, entre un hombre que, por la coincidencia de innumerables circunstancias, es inglés y vive en Londres, y otro que es lapón y que en ese mismo momento cruza el mar en un bote, solo en medio de la tormenta. Sin duda el criado —aunque sólo en determinadas circunstancias— puede convertirse en señor, pero esta cuestión, cualquiera que sea la respuesta que pueda dársele, no altera para nada los hechos, puesto que se trata de la valoración actual de unas relaciones actuales.

La unidad de la humanidad, puesta en duda de vez en cuando —aunque sólo sea emocionalmente— por todos, incluso por las personas más asequibles y acomodaticias, se manifiesta por otra parte, o parece manifestarse, a cualquiera en la identificación total, constantemente localizable, de una evolución general e individual de los hombres. Aun en los más reservados sentimientos del individuo.

El miedo a la necesidad. Ver necesidad en todo sentimiento que aspira a algo de un modo directo, que hace olvidar todo lo demás. ¿Qué será entonces la necesidad? Es no-necesidad quedarse de pie ante el umbral, a un lado de la entrada, como un mendigo, pudrirse y derrumbarse. Pero P. y O. son sin embargo verdaderos necios. Tiene que haber necesidades mayores que sus depositarios. Este estirarse de los pequeños necios dentro de su gran necesidad es tal vez lo más repulsivo. Pero, ¿no fue en este sentido cómo los fariseos vieron a Cristo?

Idea maravillosa, totalmente contradictoria, de que alguien que, por ejemplo, ha muerto a las tres de la madrugada, accede poco después, más o menos al alba, a una vida superior. ¡Qué incompatibilidad existe entre lo visiblemente humano y todo lo demás! ¡Cómo de este secreto se sigue siempre otro mayor! En el primer instante, pierde el aliento el humano calculador. En realidad, a uno debería darle miedo salir de casa.

5 de diciembre. ¡Qué furioso estoy contra mi madre! Basta con que me ponga a hablar con ella para excitarme y estar a punto de gritar.

O. sufre sin duda, y yo no creo que sufra, que pueda sufrir; no lo creo a pesar de que tengo la evidencia de ello; no lo creo para no tener que ayudarla, cosa que no podría hacer, porque también estoy irritado contra ella.

De F. sólo veo exteriormente, al menos algunas veces, ciertos pequeños detalles contabilizables. Gracias a ellos su imagen resulta tan clara, pura, original, delimitada y etérea al mismo tiempo.

8 de diciembre. Construcciones forzadas en la novela de Weiss. La energía para darlas de lado, el deber de hacerlo. Casi niego las experiencias. Quiero reposo, andar paso a paso, o echar a correr, pero no esos saltos calculados de saltamontes.

9 de diciembre. *La galera*, de Weiss. Disminución del interés cuando se inicia el desenlace de la historia. El mundo ha sido dominado y lo hemos presenciado con los ojos abiertos. O sea que podemos darnos la vuelta tranquilamente y seguir viviendo.

Odio la autoobservación activa. Interpretación del espíritu como: ayer estaba así y hoy, por tal o cual cosa, estoy así y la razón es tal. Esto no es cierto, ni por tal o cual cosa, ni por tal razón ni, por consiguiente, así o así. Sobrellevarse con calma, sin precipitarse, vivir como uno debe, no andar persiguiéndose la cola como los perros.

Me había dormido entre la maleza. Un ruido me despertó. Encontré en mis manos un libro que antes había estado leyendo. Lo arrojé a un lado y me levanté de un salto. Era poco después de mediodía; ante la loma donde me encontraba, se extendía una gran llanura con aldeas y estanques y, entre ellos, monte bajo de altura uniforme, que parecía formado por cañaverales. Me puse las manos en las caderas, lo escudriñé todo con los ojos y a la vez escuché atentamente el ruido.

10 de diciembre. Los descubrimientos se han impuesto a los seres humanos.

La cara risueña, juvenil, astuta y sin secretos del inspector jefe, una cara que jamás le había visto y que sólo hoy he advertido al leerle un trabajo del director, cuando he levantado la vista casualmente. Se ha metido la mano derecha en el bolsillo del pantalón encogiéndose de hombros, como si fuese otra persona.

Nunca es posible advertir y enjuiciar todas las circunstancias que obran sobre el humor de un momento, que llegan a influenciarlo y acaban actuando en el juicio, por lo que es falso decir: Ayer me sentía con el espíritu firme y hoy estoy desesperado. Tales diferenciaciones demuestran únicamente que uno tiene ganas de influenciarse a sí mismo y de llevar temporalmente una vida artificial, distanciado de sí mismo, escondido tras prejuicios y fantasías, del mismo modo que, a veces, en un rincón de taberna, escondido de un modo suficientemente satisfactorio tras una copa de licor, uno se entretiene exclusivamente consigo mismo, con imaginaciones y sueños absolutamente falsos, indemostrables.

Hacia medianoche, un joven con un sobretodo estrecho, de un color gris pálido, a cuadros y ligeramente cubierto por la nieve, descendía las escaleras del pequeño café cantante. Pagó en el mostrador de la caja, tras el cual una señorita soñolienta se asustó y le miró a la cara con los ojos negros muy abiertos; luego se quedó unos instantes de pie, para abarcar con la vista la sala, situada tres escalones más abajo.

Casi cada noche voy a la Estación de los Ferrocarriles del Estado; hoy, como llovía, deambulé por el vestíbulo durante media hora. El chiquillo que comía sin cesar las golosinas que salían del aparato automático. Se llevaba la mano al bolsillo, del que sacaba un montón de calderilla; la acción de echar negligentemente las monedas en la ranura; la

lectura de las etiquetas mientras comía; los pedazos sueltos que caían al suelo sucio, de donde volvía a cogerlos y se los llevaba directamente a la boca. — El hombre que masticaba con calma, que hablaba familiarmente en la ventana con una mujer, una pariente.

11 de diciembre. En la Sala Toynbee, he leído el principio de *Michael Kohlhaas*. Fracaso absoluto. Mal elegida, mal expuesta, la cosa acabó nadando yo insensatamente en el texto. Auditorio modélico. Niños muy pequeños en primera fila. Uno de ellos intenta mitigar su inocente aburrimiento tirando la gorra al suelo con cuidado y volviéndola a recoger también con cuidado, y así varias veces. Como es demasiado pequeño para efectuarlo desde el asiento, siempre tiene que dejarse deslizar un poco de la butaca. He leído de un modo descuidado e incorrecto e imprudente e incomprensible. Y por la tarde temblaba aún de ansias de leer, y apenas si podía mantener la boca cerrada.

Verdaderamente, no necesito un impulso, basta con que se retiren las últimas fuerzas que he empleado en mí mismo, y caigo en una desesperación que me desgarrar. Hoy, cuando imaginaba que durante la lectura estaría necesariamente tranquilo, me he preguntado qué clase de tranquilidad sería ésta, en qué se fundaría, y sólo he podido decir que sería simplemente una tranquilidad inmotivada, una gracia incomprensible y no otra cosa.

12 de diciembre. Y a primera hora de la mañana, me he levantado relativamente fresco.

Ayer, de vuelta a casa, el chiquillo enfundado en gris, que corría paralelamente a un grupo de niños, se golpeaba el muslo, cogía a otro chiquillo con la otra mano y gritaba... sin darse relativamente cuenta de lo que hacía, cosa que no debo olvidar: «Dnes to bylo docela hezky.»

«Hoy ha sido un día muy bonito.» Esta crítica de su fracasada lectura de Kleist (véase anotación del 11 de diciembre) me la contó Kafka frecuentemente con tanto humor, que las palabras del chiquillo llegaron a hacerse proverbiales entre nosotros, sus amigos. Kafka contaba que el niño, con el rostro muy grave, había añadido: «Very well». Cuando alguien hablaba con altivez, de un modo condescendiente y erudito, o hacía elogios de algo que no conocía en absoluto, nosotros decíamos muy divertidos: «Very well», e inmediatamente sabíamos de qué se trataba. Este pequeño episodio de la lectura produjo en realidad una impresión mucho menos penosa que la descrita en el diario. Naturalmente, Kafka leyó maravillosamente bien, y yo, como espectador de la velada, lo recuerdo aún perfectamente. Lo que ocurrió fue que había elegido un fragmento excesivamente largo y tuvo que abreviar al final. Añádase a esto la absurda contradicción entre esta gran literatura y el público, pobre y sin interés. En su mayoría, los espectadores sólo acudían a dichas conferencias benéficas porque les servían una taza de té gratis.

La frescura con que hoy, tras haber distribuido de un modo algo distinto las horas del día, he salido a la calle más o menos a las seis. Observación ridícula. ¿Cuándo voy a acabar con esto?

Hace poco me he mirado detenidamente en el espejo, y —aunque lo he hecho sólo con luz artificial y con el foco luminoso colocado detrás de mí, de suerte que sólo quedaba realmente iluminado el vello de los bordes de las orejas— me ha dado la impresión de que en mi fisonomía, aun después de un examen más detenido, soy mejor de lo que yo mismo

creía saber. Un rostro claro, distintamente formado, de contornos casi bellos. El negro del cabello, las cejas y las órbitas de los ojos son como vida que sale de la masa restante, que está a la expectativa. La mirada no es desolada, no hay de ello el menor síntoma, pero tampoco es infantil, sino más bien de una energía increíble, aunque quizás era una mirada simplemente observadora, porque precisamente me estaba observando a mí mismo y quería infundirme miedo.

12 de diciembre. Ayer, mucho rato sin dormirme. F. Finalmente tuve la idea, y así me dormí de un modo inseguro, de rogar a Weiss que fuese a verla a la oficina con una carta, y de escribir en esta carta únicamente que espero recibir una noticia de ella o sobre ella, y que por esta razón le he enviado a Weiss, para que él me escriba. Entretanto, Weiss estará sentado junto al escritorio de ella, esperando a que haya leído la carta, se inclinará para saludarla, porque no tiene otro encargo y porque es difícil que obtenga una respuesta, y saldrá.

Sesión de debate en el Círculo de Funcionarios. He sido yo quien lo ha presidido. Las curiosas fuentes del sentimiento de la propia dignidad. Mi frase introductoria: «Debo iniciar el debate de hoy lamentando el hecho de que se celebre.» La verdad es que no me habían avisado con tiempo y por ello no estaba preparado.

14 de diciembre. Conferencia de Beermann. Nada, pero se ha explicado con una autosatisfacción que de vez en cuando resultaba contagiosa. Rostro de muchacha, con bocio. Antes de emitir casi cada una de las frases, idénticas contracciones musculares en la cara, como si estornudase. Unos versos de la Feria de Navidad en su artículo del diario de hoy:

Señor, esto a sus niños debe comprar
para hacerles reír y no llorar.

He citado a Shaw: «Soy un civil sedentario, irresoluto.»

Carta a F., escrita en la oficina.

El susto de esta mañana, cuando, camino de la oficina, encontré a la muchacha del seminario que se parece a F.; de momento no sabía quién era y sólo advertí que se parecía a F., pero que indudablemente no era F.; además, tenía aún otra relación con F., que iba más allá del parecido: la de que al verla yo en el seminario, había pensado mucho en F.

Leo en Dostoyevski el pasaje que tanto me recuerda mi «Desdicha».

15 de diciembre. Carta al doctor Weiss y a tío Alfred. No ha llegado ningún telegrama.

He leído *Nosotros los jóvenes de 1870/71*. Con contenidos sollozos, he vuelto a leer las escenas entusiastas y de victoria. Ser padre y hablar apaciblemente con el propio hijo. Pero entonces no hay que tener un martillito de juguete en lugar del corazón.

«¿Has escrito ya al tío?», me preguntó mi madre, como yo esperaba ya con inquina desde hacía mucho tiempo. Ella llevaba también mucho tiempo observándome temerosa; por diversas razones, en primer lugar no se atrevía a hacerme la pregunta, y en segundo lugar, no quería hacérmela en presencia de mi padre, aunque finalmente, en su tribulación, acabó

preguntándome al ver que me disponía a salir de casa. Cuando yo pasaba por detrás de su sillón, ella levantó la vista de los naipes, con un dulce movimiento del rostro, olvidado hacía tiempo y resucitado de algún modo para aquel momento, y me preguntó con una mirada furtiva, sonriendo tímidamente y humillada ya al hacer la pregunta, aun sin haber recibido una respuesta.

16 de diciembre. «El grito atronador del arrobo de los serafines.»

En casa de Weltsch, estaba sentado en la mecedora; hablamos del desorden de nuestras vidas; él lo hacía indudablemente con cierta confianza («hay que desear lo imposible»), yo sin ella, con la vista fija en mis dedos, con la sensación de ser el representante de mi vacío interior, que es exclusivo y que ni siquiera tiene un tamaño desmesurado.

17 de diciembre. Carta a W. con el encargo siguiente: «Ser desbordante y no ser, sin embargo, más que una olla en un fogón apagado.»

Conferencia de Bergmann. «Moisés y el presente.» Impresión pura. — De todos modos, no tengo nada que ver con ello. Entre libertad y esclavitud, los caminos realmente terribles se cruzan sin indicación de la ruta a seguir y con la inmediata extinción de lo que ya hemos seguido. Es imposible comprobar si estos caminos son innumerables o si no hay más que uno, puesto que no existe una visión de conjunto. Ahí estoy yo. Y no puedo irme. No tengo por qué quejarme. No sufro excesivamente, porque no hay conexión en mis sufrimientos, no se acumulan, o al menos no lo siento por el momento, y la dimensión de mi sufrimiento queda muy por debajo del sufrimiento que tal vez me correspondería.

La silueta de un hombre que con los brazos medio levantados en posición distinta, se vuelve hacia la niebla total para entrar en ella.

Las hermosas y enérgicas distinciones que existen en el judaísmo. Uno tiene cabida en él. Se ve mejor y se juzga mejor a sí mismo.

Me voy a dormir, estoy cansado. Puede que allí ya lo tengan decidido. Muchos sueños al respecto.

Falsa carta de Bl.

19 de diciembre. Carta de F. Hermosa mañana. Calor en la sangre.

20 de diciembre. No hay carta.

Los efectos de un rostro pacífico, de una charla tranquila, especialmente de una persona desconocida, cuyas intenciones aún no se han adivinado. La voz de Dios en una boca humana.

Una noche de invierno, un anciano recorría las calles entre la niebla. Hacía un frío glacial. Las calles estaban desiertas. Nadie pasaba por su lado, sólo de vez en cuando veía a lo lejos, medio perdidos entre la niebla, la alta figura de un agente de policía, o una mujer envuelta en pieles o mantones. Nada le preocupaba; sólo deseaba ir a ver a un amigo en cuya casa no había estado desde hacía mucho tiempo y que acababa de mandarle llamar por una criada.

Hacía ya mucho que había pasado la medianoche, cuando llamaron suavemente a la puerta de la habitación del comerciante Messner. No tuvo que despertarse; nunca se dormía hasta el alba; entretanto, solía permanecer despierto boca abajo, en la cama, con el rostro contra la almohada, los brazos abiertos y las manos enlazadas sobre la cabeza. Había oído inmediatamente la llamada. “¿Quién es?», preguntó. Un murmullo incomprensible, más débil que los golpes, fue la respuesta. «Está abierto», dijo el comerciante pendiendo la luz eléctrica. Entró una mujeruca envuelta en un gran mantón gris.